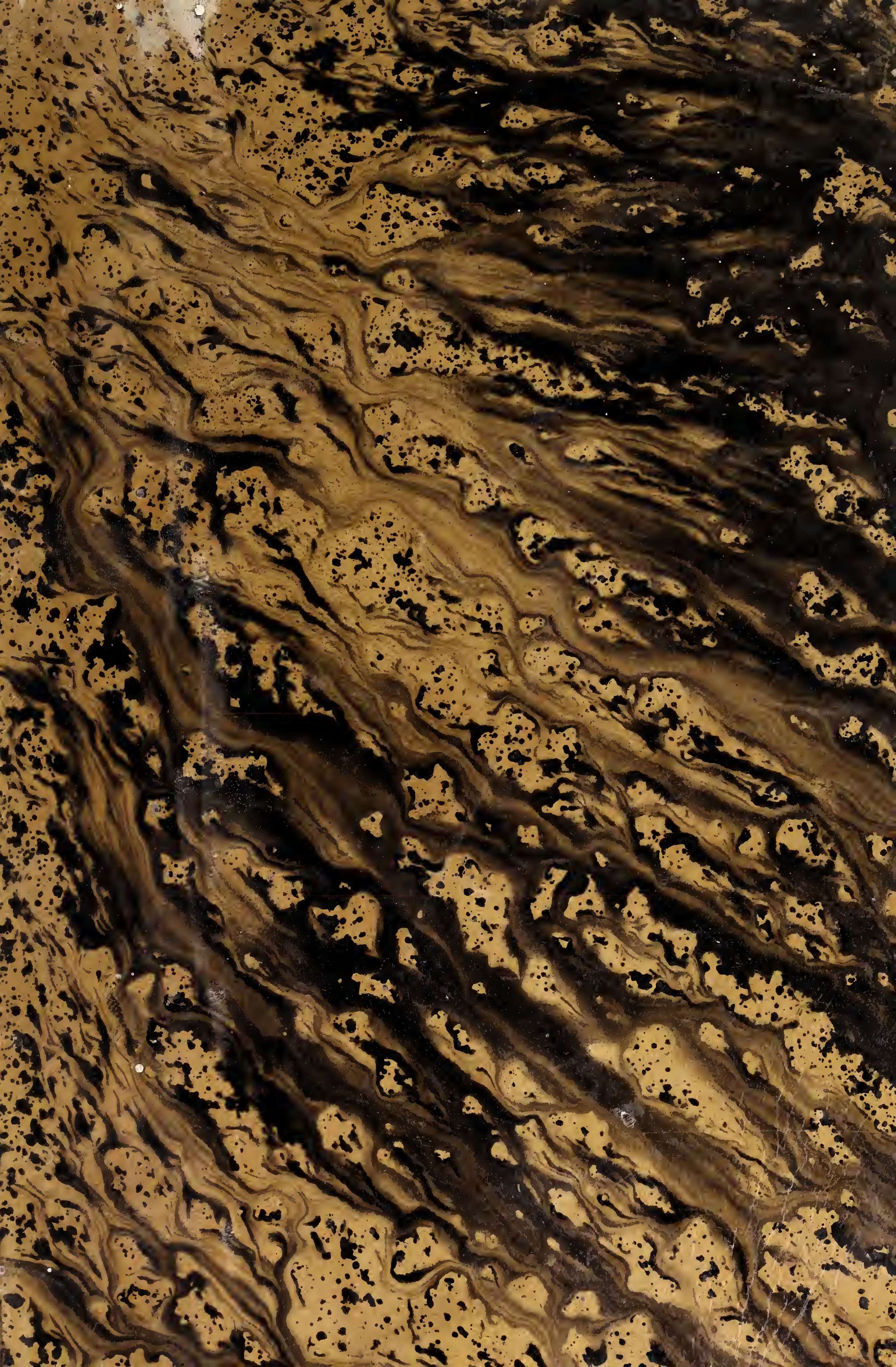


HISTORIA GENERAL

DE LA

REPUBLICA DEL ECUADOR

ESCRITA POR

FEDERICO GONZALEZ SUAREZ

PRESBITERO

TOMO SEXTO

QUITO

IMPRENTA DEL CLERO

Carrera de Chile, número 14

1901

LA COLONIA

O

EL ECUADOR

DURANTE EL GOBIERNO DE LOS REYES DE ESPAÑA

IV

(1534 — 1809)

ADVERTENCIA

En los libros anteriores de esta nuestra *Historia General de la República del Ecuador* hemos narrado los acontecimientos, que se verificaron durante la época del gobierno colonial; mas, para que el cuadro de la sociedad ecuatoriana en aquella época quede completo, faltan todavía algunos rasgos muy importantes, pues hasta ahora no hemos referido nada de lo que sucedió en la región oriental, en las comarcas situadas al otro lado de la cordillera real de los Andes. Esa región tiene su

historia propia, la cual debía ser contada por separado, porque los sucesos que acontecieron en aquella región no tuvieron influencia ninguna en la vida de la sociedad ecuatoriana durante la colonia, ni contribuyeron en nada para la prosperidad de ella, ni para su decadencia. Fueron, al principio, una esperanza halagüeña y, por lo mismo, fascinadora así para los conquistadores españoles, como para los misioneros de las diversas Ordenes religiosas; mas, al fin, tanto para conquistadores como para misioneros se convirtieron en una realidad desconsoladora.

Hablaremos del descubrimiento de esas provincias, de las continuadas expediciones que á ellas se hicieron desde la fundación de la ciudad de Quito hasta fines del siglo décimo sexto, de la entrada de los misioneros, de la fundación de ciudades en aquellas comarcas apartadas y salvajes, del levantamiento de las tribus bárbaras contra los primeros pobladores, de la organización de

las misiones de Mainas, de la decadencia, abandono y ruina de ellas, de las comisiones, que, para arreglar los límites con Portugal en la hoya amazónica, envió el gobierno español, y, en fin, de la erección del obispado y de la gobernación de Mainas, con los límites que á entrambos les fueron señalados. Hé ahí el asunto del Libro quinto de la Historia General de la República del Ecuador.

Para escribir este libro, así como para componer los anteriores, hemos estudiado detenidamente un número muy considerable de obras impresas y de documentos inéditos, y narramos la verdad sin pasión ninguna: la hemos buscado con perseverancia, y la decimos con serena imparcialidad, porque aborrecemos los elogios convencionales y las censuras apasionadas. Como estamos convencidos de que la historia debe tener un fin moral nobilísimo, cual es el mejoramiento de la sociedad, no podemos menos de expresar sin reticencias, ambajes ni rodeos, nuestro juicio acerca del por-

venir de la región trasandina y de los medios que hubiera convenido adoptar para la evangelización de las tribus indígenas desparramadas en aquellas vastas comarcas. Nuestro juicio disgustará, sin duda, á no pocas personas, pero no lo retractaremos; pues huímos de la lisonja y evitamos el panegírico rutinario, rindiendo culto únicamente á la verdad, la cual, aunque desagradable para algunos, es provechosa para muchos, y necesaria para todos.

Con la narración de los sucesos acaecidos en la región oriental quedará casi acabado el cuadro de la sociedad ecuatoriana durante los tres siglos del gobierno colonial, y se conocerá cómo puede esa gran porción del territorio ecuatoriano ser incorporada en la marcha de la civilización, formando parte moral y no meramente geográfica de la Nación. Si hemos de decir con franqueza toda la verdad, las comarcas orientales ó trasandinas difícilmente podrán formar parte moral integrante de nues-

tra actual República ecuatoriana: las razones en que fundamos esta nuestra aseveración se encontrarán leyendo las páginas de este libro, las cuales han sido escritas después de un estudio concienzudo de los hechos que van á ser objeto de nuestra narración, y de una meditación detenida de las causas que los han producido. Nuestro lenguaje es el lenguaje de quien ama sinceramente la verdad.

Quito: Enero de 1894.

FEDERICO GONZÁLEZ SUÁREZ.

HISTORIA GENERAL
DE LA
REPUBLICA DEL ECUADOR

LIBRO QUINTO

LA COLONIA

Desde la fundación de la ciudad de Quito en 1534 hasta el año de 1809: sucesos que en ese transcurso de tiempo acaecieron en las provincias trasandinas

1534 - 1809

CAPITULO PRIMERO

Descubrimientos y conquistas

[PRIMEROS DESCUBRIMIENTOS]

1534 - 1550

La región oriental ecuatoriana.—Noticias acerca de las relaciones, que con las tribus indígenas orientales tuvieron los Incas.—El famoso Dorado.—La provincia de la Canela.— Primera expedición de los españoles á esa provincia.—Gonzalo Díaz de Pineda.—Descubrimiento del río Cozanga.—Pineda descubre el volcán de Sumaco.—Segunda expedición al país de la Canela.—Esta fué la célebre de Gonzalo Pizarro.— Descubrimiento del río Coca.—Francisco de Orellana.—Descubrimiento del río Napo.—Orellana se separa de Gonzalo Pizarro.—Llega al Marañón.—Su viaje de descubrimiento.—El Amazonas.—Capitulaciones de Orellana con el Rey de España.—Proyecto de colonización.—Regreso de Orellana.—Su fallecimiento.

I

El día quince de Agosto del año de mil quinientos treinta y cuatro, fundaban, como de improviso, los conquistadores la primera ciudad española en el todavía no sojuzgado reino de Quito, eligiendo para esa fundación la llanura de Cicalpa y Cajabamba: vencidos los ejércitos

de indígenas que acaudillaba el valiente Rumiñahui, se verificó, casi cuatro meses después, el cuatro de Diciembre, la fundación no de la ciudad, sino simplemente de la villa de San Francisco, en el punto donde ahora se levanta la capital de la República.

Cuatro años recién después de fundada la villa de San Francisco de Quito, ya comenzaron las expediciones formales á la región oriental, tras la gran cordillera de los Andes. Las riquezas encontradas en el derribado imperio de los Incas eran estímulo constante para la emprendedora codicia de los españoles, que, sin entender la lengua de los indios, interpretaban las noticias que de éstos recibían, según los deseos de su exaltada fantasía, y, con la esperanza de enriquecerse rápidamente, se lanzaban á empresas aventuradas.— Los vecinos de la apenas naciente ciudad de Quito se ponían á contemplar despacio el muro gigantesco de la cordillera, que se levantaba hacia el Oriente, y se entretenían en fantasear á sus anchas con los ricos imperios, que suponían había de haber en aquellas regiones, tanto más misteriosas, cuanto más desconocidas. Los indígenas hablaban de ellas como de comarcas inmensas y muy pobladas, y referían cosas singulares acerca de sus moradores: allí crecían los árboles de la aromática canela, allí era donde estaba la corte del famoso rey *Dorado*, que solía cubrirse todo el cuerpo con oro en polvo, y allí, finalmente, vivían las célebres hembras guerreras. A todas estas noticias de los indios las abultaban los conquistadores, prestándoles con su acalorada imaginación proporciones fabulosas: era aquella la época

en que la imaginación de los castellanos se apacentaba con las ficciones maravillosas de los libros de caballería, cuyas escenas inverosímiles parecía haberlas hecho posibles el descubrimiento del Nuevo Mundo.—Descubrir, pues, lo desconocido, luchar con dificultades extraordinarias, vencer obstáculos superiores á las fuerzas humanas, y enriquecerse, haciendo á la vez su nombre famoso, hé ahí los estímulos, que no cesaban de estar espoleando el ánimo emprendedor de los conquistadores castellanos.

El primero que acometió la empresa de ir á explorar la región oriental ecuatoriana con una expedición organizada formalmente con aquel propósito, fué Gonzalo Díaz de Pineda, uno de los conquistadores y primeros pobladores de Quito.

En Septiembre de 1538, apenas cuatro años escasos después de fundada Quito, fué cuando salió de aquí la primera expedición exploradora de las comarcas orientales trasandinas: su jefe era Gonzalo Díaz de Pineda: la emprendía por orden de Francisco Pizarro, descubridor, conquistador y gobernador de los reinos de Quito y del Perú. Componíase esta primera expedición en demanda de la tierra de la Canela de unos ciento treinta españoles, entre los cuales había cuarenta y cinco de á caballo, treinta ballesteros y diez arcabuceros: de Maese de campo iba Angelo de Armendaña, y por alférez fué nombrado Gonzalo Herrera de Zalamea, ambos vecinos de Quito. En equipar la expedición gastó Gonzalo Díaz de Pineda más de ocho mil pesos, y para esta expedición se fabricó la primera pólvora que se hizo en Quito.

Tomaron los expedicionarios el camino por Cumbayá y Tumbaco, trasmontaron la cordillera por Guamaní y descendieron á Papallacta: cuando comenzaron á internarse en los bosques de Atunquijos, les salieron al encuentro algunos indios de guerra y les disputaron el paso. Peleaban con denuedo los bárbaros, ya acometiendo á los expedicionarios por entre los árboles del bosque, ya haciendo rodar sobre ellos galgas enormes desde las breñas ó peñoles en que se habían fortificado, para defender la entrada de los extranjeros desconocidos á las montañas nativas de ellos. El camino era fragoso y estaba lleno de laderas y precipicios: la tupida vegetación estorbaba la marcha y las continuas lluvias la hacían molesta. Sin embargo, Díaz de Pineda siguió hasta dar en el valle de Cozanga, después de vencer y desbaratar las tropas de los bárbaros, casi del todo desnudos, que le hicieron guerra (1).

---

(1) Las noticias acerca de la expedición de Gonzalo Díaz de Pineda á la región oriental ecuatoriana las hemos tomado de documentos contemporáneos, que se conservan inéditos en el Real Archivo de Indias en Sevilla.—(Audiencia de Quito.—Cartas y expedientes de personas seculares.—1537-1569).

Tomando datos de esta misma fuente, escribió el Señor Don Marcos Jiménez de la Espada el artículo, que con el título de *Primeros descubrimientos del país de la Canela*, publicó en el volumen tercero de EL CENTENARIO.—(Madrid. 1892).—*El Centenario* fué una revista ilustrada, que se dió á luz para celebrar el cuarto aniversario secular del descubrimiento de América.

De la Expedición de Gonzalo Díaz de Pineda á la provincia de la Canela hablan Herrera y Cieza de León: aquél en sus *Décadas*, y éste en su *Guerra de Chupas*.—El Señor

De los nevados y de las lugunas de la gran cordillera oriental descienden arroyos y riachuelos innumerables, de cuya congregación se forman torrentes y ríos caudalosos, que se dirigen á derramar sus aguas en la inmensa hoya del Amazonas. Gonzalo Díaz de Pineda se había alejado como unas cuarenta leguas de distancia de Quito, y en su viaje de exploración á la región oriental había tocado en el valle de Cozanga, después de haber atravesado el río de Maspa. El río de Maspa tiene su más remoto origen en las cordilleras de Pambamarca; pasa por Oyacachi, recibe los pequeños tributarios que manan de Guamaní, y, haciendo una ligera curva, se dirige hacia el Este.—El río Cozanga nace tras del Antisana, y, tomando un camino casi paralelo al Maspa, y formando también una curva prolongada, se encamina á encontrarse con el Maspa, para constituir juntos el caudaloso Coca. Los expedicionarios de Pineda establecieron su campamento en el valle estrecho, que limitan por un lado el Maspa y por otro el Cozanga: allí dejó

Jiménez de la Espada dice que en esta expedición de Díaz de Pineda no fué sacerdote alguno; pero el cronista Cieza de León refiere, que entre los soldados de Pineda que murieron á manos de los indios en las guerras que sostuvieron contra ellos, pereció también un clérigo.

Cieza de Leon.—Guerras civiles del Perú.—Guerra de Chupas.—(Capítulo 18°.)—Esta obra de Cieza se halla en el tomo LXXVI de la Colección de documentos inéditos para la historia de España.—El que hizo la pólvora fué el mismo Armendoña, maese de campo de la expedición.—Un caballo en Quito en aquellos años valían mil y hasta dos mil pesos de oro: Pineda tuvo hasta tres caballos.

los caballos y, caminando á pie, siguió con algunos de sus compañeros la exploración en busca del país de la Canela hasta llegar á las faldas del volcán de Sumaco, que se levanta casi aislado de la cordillera principal, como un promontorio, que avanzara hacia adentro en el océano de la enmarañada vegetación de la banda oriental. Pineda encontró una no escasa población de indios salvajes en el valle que forma la base del cerro de Sumaco, y gastados veintisiete días en recorrer la comarca, buscando camino para seguir adelante, regresó, desalentado, al real, donde había dejado esperando á sus compañeros. El resultado de la expedición había sido un desengaño: la realidad estaba muy lejos de corresponder á las ilusiones de la fantasía. El descubrimiento del río Cozanga y del volcán de Sumaco fué el único resultado positivo de la primera expedición de los conquistadores españoles á la región oriental ecuatoriana (2).

---

(2) El Señor Doctor Don Teodoro Wolf duda de que el Sumaco sea volcán y asegura que ese cerro no ha sido visitado por ningún geólogo ni naturalista. *Geografía y Geología del Ecuador.*—(Geología.—Capítulo séptimo.—El terreno volcánico —Leipzig.—1892.) — No hay exactitud en esta aserción.

El Sumaco es volcán, y fué visitado en 1865 por el Señor Don Marcos Jiménez de la Espada, docto naturalista y americanista eruditísimo, que visitó y exploró la región oriental, aquel año, cuando vino á la América meridional la expedición científica española. El 19 de Junio de 1865, á las once de la mañana, estuvo el Señor Espada en el cráter del Sumaco: hé aquí la descripción que ha hecho de él.—*El diámetro de esta cavidad en los bordes mide más de cien metros; es circular y presenta por el Sur una gran mella ó escotadura,*

Pineda dió la vuelta á Quito, sin que sepamos con seguridad el tiempo preciso que gastó en su primera expedición: seis meses después se preparaba para hacer una segunda, pero variando de dirección en su ruta, pues determinó entrar al Oriente por Tusa, es decir, como unas veinte leguas más al Norte del punto por donde había entrado la primera vez: frustróse esta nueva expedición con la noticia de que venía á Quito Gonzalo Pizarro, con el nombramiento de gobernador y con el propósito de acometer la hazaña de descubrir y conquistar la provincia de la Canela.

Conservábase en Quito la tradición de la entrada que á la región oriental había hecho el Inca

abierta por la última de sus erupciones de lava, cuyos materiales, en cantidad enorme, debieron salir con tal violencia, que la cresta del cerro que forman pegado al cuerpo del volcán alcanza casi la misma altura de los bordes del cráter. En su fondo se veía un lagunajo de aguas de color verdinegro, á causa de la profundidad, en parte cubierta por una capa de plantas acuáticas. Todo respiraba allí placidez y sosiego. La masa eruptiva ocultaba sus asperezas bajo un manto de la vegetación que su altitud le permite; envolvían al cono terminal de la montaña brezales y manchones de chuquiragua, y una guirnalda de plantas con flores, muy semejantes á nuestras margaritas, coronaba los bordes del cráter. Al rededor de la base del cono terminal forma la montaña una cornisa ó escalón, compuesto con las cenizas, arenas y otros materiales menudos lanzados por el volcán; en cualquier parte de la cornisa donde se excave, aunque sea con la mano, se forma un pocito con el agua trasminada á través de dicho cono.— El Sumaco es, pues, volcán, y ha sido visitado y examinado por un naturalista muy competente, como lo fué el Señor Jiménez de la Espada, recientemente fallecido en Madrid (1899).—Véase *El Centenario* citado antes.

El Sumaco estuvo en actividad en los últimos años del

3

Huaina-Cápac, por el pueblo de Chapi, situado en la cordillera de Pimampiro, y se pensaba que por ese punto sería más fácil llegar á la comarca de Hatun-Ique, célebre por sus ricos lavaderos de oro; no obstante, Gonzalo Pizarro resolvió verificar su entrada á la provincia de la Canela por el mismo cerro de Guamaní, por donde había hecho la suya el capitán Díaz de Pineda, á quien lo llevó en su compañía, para aprovecharse de su conocimiento de aquellas regiones.

De la expedición de Gonzalo Pizarro á las provincias orientales hemos hablado ya en otro lugar de nuestra Historia, al referir los principales sucesos del descubrimiento y la conquista de

siglo décimo sexto, como consta de la relación de Pedro Ordóñez de Zevallos, quien asegura que en los meses de Junio, Julio y Agosto echaba tanto humo y ceniza, que en dos leguas no dejaba hierba y la quemaba toda. Ordóñez de Zevallos estuvo en la provincia oriental del Ecuador allá por los años de 1588 á 1592.

Pertenece el Sumaco al mismo grupo de volcanes de la gran cordillera de los Andes ecuatorianos: su formación geológica es la misma, y la época de esa formación es precisamente la misma en que se formaron el Cayambi, el Antisana, el Cotopaxi, el Tunguragua, &.—El Sumaco no está tampoco aislado, sino que es el último extremo del bastión, que con el nombre de Cordillera de Guacamayos, avanza de Occidente á Oriente, separando el valle del Coca del valle del Napo.—El Señor Jiménez de la Espada nos ha dado en el mismo volumen tercero de *El Centenario* una lámina preciosa del Sumaco, visto desde Loreto al caer de la tarde: hace notar el Señor Jiménez de la Espada, que el Sumaco ha sido designado con los nombres de volcán de la Coca, volcán de Guacamayos y volcán de Moti, y que ha prevalecido el de Sumaco, que no es más que una forma españolizada del adjetivo quichua *sumac*, que significa bello, hermoso. El Señor

las comarcas que forman actualmente el territorio de la República del Ecuador; nos bastará, pues, ahora recordar, que en aquella tan aparatosa como desgraciada expedición, Gonzalo Pizarro, siguiendo el mismo rumbo que había tomado Díaz de Pineda, llegó al río Cozanga, por cuya margen izquierda bajó, hasta dar con el punto donde el Cozanga entra en el Coca.

En este río fué donde se fabricó el bergantín, en que se embarcó Francisco de Orellana: surcando las aguas de este mismo río, descendió Orellana hasta descubrir el caudaloso Napo, y en las riberas del Coca dejó abandonado á su caudillo, yendo adelante con parte de la expedición en bus-

---

Wolf duda de que el Sumaco sea volcán, se manifiesta indeciso acerca de la verdadera situación geográfica del cerro, y pregunta si ha habido alguien que haya subido á su boca: no nos sorprende esta indecisión, porque el trabajo del Señor Espada se publicó el mismo año en que se dió á luz la obra del Señor Wolf, quien, indudablemente, ignoraba la expedición científica del anticuario y naturalista español.

En cuanto á que nadie haya subido á la cumbre del Sumaco para reconocer su cráter, eso manifiesta que el Señor Wolf careció de los datos que hay á ese respecto. Don Pedro Ordóñez de Zevallos subió á la cima del volcán y visitó su cráter, dentro del cual nos cuenta que encontró un indio de la tribu de los Cofanes; y nos hace saber que los mohanes ó hechiceros de esa tribu solían venir, en el mes de Diciembre, á practicar sus observancias supersticiosas en el cráter del volcán, hondo, (según nos dice), como de treinta estados.— No pudo, pues, equivocarse Humboldt, cuando, desde Sangolquí, en el valle de Chillo, oía los bramidos subterráneos del Sumaco: los volcanes andinos, aunque parece que están apagados, no siempre lo están de veras.

Al viajero norte-americano James Orton le faltaron también datos sobre el Sumaco, como les faltan á todos los

ca de comida.—Los grandes ríos de la región oriental estaban, pues, descubiertos y explorados poco tiempo después de fundada la ciudad de Quito; y, antes de que se cumpliera todavía ni el segundo lustro de su fundación, ya Orellana había descubierto el Amazonas y realizado un importantísimo viaje desde las orillas del Pacífico hasta las aguas del Atlántico.

Orellana salió de Guayaquil y vino á Quito: de esta ciudad partió al Oriente, se embarcó en el Coca, siguió hasta la confluencia del Coca con el Napo, descendió aguas abajo por este río y descubrió el Marañón: navegando él primero por las aguas de este río llegó al Atlántico, dando

---

viajeros que andan muy de prisa en sus excursiones: Orton visitó el oriente solamente dos años después del Señor Espada, y parece haber ignorado completamente los trabajos de la Comisión científica española.

ORDOÑEZ DE ZEVALLOS.—Historia y viaje del mundo. (Libro tercero, capítulo XVIII).

HUMBOLDT.—Miscelánea de Geología y de Física General.—(Capítulo segundo.—Segunda memoria sobre los volcanes de la planicie de Quito).—Traducción francesa de Mr. Galuski.—Humboldt llama al Sumaco con el nombre de volcán de Guacamayo: parece que no conocía la denominación de Sumaco, que es el nombre propio del volcán, pues Guacamayo es el nombre de la cordillera de la cual hace parte el Sumaco.

ORTON.—Los Andes y el Amazonas.—(Capítulo XIII). La obra de Orton está en inglés: este viajero bajó al oriente en Octubre de 1867.

La descripción, que en pocas palabras hace, pues, del Sumaco nuestro historiador Cevallos, es exacta.—CEVALLOS. Resumen de la Historia del Ecuador.—(Tomo sexto, página 363ª)—Para abundar en noticias, reproduciremos aquí las que acerca del Sumaco encontramos en un documento iné-

cima de este modo, en pocos meses, á uno de los más atrevidos viajes de exploración de que haya memoria en la historia del descubrimiento de América. Esa historia, llena de hechos memorables, no presenta úno de consecuencias tan trascendentales para la geografía y para la navegación, como la expedición de Gonzalo Pizarro á la Canela y el viaje de Orellana por el Napo al Amazonas y del Amazonas al Atlántico (3).

---

dito de 1577: dice así.—"Tiene la ciudad de Avila (en la "provincia de los Quijos), junto á sí una sierra á manera de "volcán, de hechura de un pan de azúcar altísimo, que se "ve de gran parte de las montañas, y del medio arriba es sin "montaña, aunque no tiene nieve: hase derrumbado algu- "nas veces con los temblores de tierra ó temporales, que los "suele hacer como en Baeza, y hecho grandes quebradas, por "donde echa mucha piedra grande y agua y á las veces ha "puesto gran temor al pueblo".—(Descripción de la provincia de Quijos, Sumaco y la Canela, hecha por el Licenciado Ortegón.—Febrero de 1577.—Inédita en el Archivo de Indias en Sevilla).

(3) La expedición de Gonzalo Pizarro á la provincia de la Canela y el viaje de Francisco de Orellana por el Amazonas son dos sucesos unidos íntimamente, pero cuya narración puede muy bien separarse sin perjuicio de la claridad: nosotros hemos referido ya la expedición de Gonzalo Pizarro, al historiar los acaecimientos del tiempo del descubrimiento y de la conquista de estas comarcas. Ahora, hemos puesto, como en su lugar propio, lo relativo al viaje de Orellana, dando á este suceso la importancia social, que tuvo en la historia de las provincias trasandinas del Ecuador.—La historia del viaje de Orellana ha sido referida por López de Gomara, Zárate, Herrera, Garcilaso y Cieza de León entre los cronistas de Indias: la narraba también el más antiguo de éstos, Gonzalo Fernández de Oviedo, pero su *Historia General de las Indias* permaneció inédita hasta mediados del presente siglo, en que la dió á luz la Real Academia de la

Gonzalo Pizarro fué el descubridor del Coca y de una parte considerable de la provincia oriental; pues, en busca de camino menos fragoso para sus compañeros y menos desprovisto de comida, recorrió en varias direcciones los valles trasandinos, tanto á la ida de Quito á esas partes, como á su regreso á esta ciudad. Conocido es el fin desgraciado de Gonzalo Pizarro y el éxito de su malhadada expedición al país de la Canela, por lo cual no es necesario repetir aquí lo que ya en otra parte de esta historia queda referido; y así, hablaremos solamente del viaje de Orellana, principiando á narrar lo sucedido desde que el teniente de Gonzalo Pizarro se apartó de su ca-

Historia.—Entre los modernos, la habían historiado Mendiburu, Lorente, Raimondi y el célebre Prescott; no obstante, podemos decir que un acontecimiento tan importante no fué bien conocido, sino hasta que lo ilustró el Señor Don José Toribio Medina, chileno de nacimiento y muy distinguido historiador de sucesos americanos.—El Señor Medina publicó la *Relación del viaje de Orellana*, escrita por el Padre Fray Gaspar de Carvajal, haciéndola preceder de una Introducción, muy razonada y erudita, y enriqueciéndola con documentos históricos hasta entonces inéditos y desconocidos. La publicación del Señor Medina ha causado una completa reforma en el criterio histórico según el cual se debe juzgar del viaje de Orellana y de su desgraciada expedición para conquistar y poblar las riberas del Amazonas.

Poco tiempo antes que saliera á luz la erudita obra del Señor Medina, publicó, en la *Ilustración española y americana*, el Señor Don Marcos Jiménez de la Espada unos artículos curiosos sobre el viaje de Orellana, con el título de "La traición de un tuerto".

Entre los escritores ecuatorianos han hablado sobre el viaje de Orellana, el Padre Juan de Velasco, Villavicencio, Herrera y Cevallos.—Citaremos á todos los autores que nos han servido como de fuentes para escribir este capítulo.

pitán en las aguas del Coca, hasta que arribó á la isla de Cubagua en el Océano Atlántico.

II

Francisco de Orellana estaba en la recién fundada ciudad de Guayaquil, cuando Gonzalo Pizarro llegó á Quito y se hizo reconocer por el Cabildo de esta última población como Gobernador de todas estas provincias, nombrado por su hermano el conquistador del Perú; pues, aunque Francisco Pizarro no tenía autorización del Emperador para erigir gobernaciones aparte, con todo constituyó de las provincias de Quito, Guayaquil y Portoviejo una gobernación separada en beneficio del menor y más querido de sus

---

LOPEZ DE GOMARA.—Historia general de las Indias.—(Página 210ª. en la edición de la Biblioteca de Autores españoles de Rivadeneira: Historiadores primitivos de Indias, Tomo primero).

ZARATE.—Historia del descubrimiento y conquista del Perú.—(Libro cuarto.—Tomo segundo de los Historiadores primitivos de Indias, en la misma edición de Rivadeneira).

HERRERA.—Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra-firme del Mar Océano.—(Década VIª.—Libro IX.—Capítulos 2º., 3º., 4 º, 5º. y 6º.—Década VIIª.—Libro IX.—Capítulos 8º. y 9º.)

CIEZA DE LEON.—Guerra de Chupas.(Capítulo XXI).—La obra de Cieza está en el Tomo LXXVI de la Colección de documentos inéditos para la historia de España, como lo hemos indicado ya.

GARCILASO DE LA VEGA.—Comentarios reales.—(Segunda parte.—Libro tercero, capítulos 3º. y 4º.)

FERNANDEZ DE OVIEDO.—Historia general y natural de las Indias.—(Libro cuadragésimo nono, capítulos 1º., 2º,. 3º., 4º. y 5º.—Libro quincuagésimo, capítulo 24º.—En este capítulo inserta Oviedo la Relación del viaje de Orellana es-

hermanos. Orellana vino á Quito para tributar personalmente el homenaje de su obediencia á Gonzalo Pizarro, y aquí se le ofreció por compañero para la expedición al país de la Canela, que era la empresa, en cuya realización estaba trabajando con entusiasmo el nuevo Gobernador desde que llegó á Quito: puesto de acuerdo con Gonzalo Pizarro, tornóse Orellana á Guayaquil, donde contaba con abundantes recursos para su viaje de exploración en compañía de Pizarro. En efecto, en Guayaquil reunió hasta treinta españoles, á todos los cuales armó á su costa y les acudió con lo necesario para el viaje, gastando en esto la no despreciable suma de cuarenta mil pesos.

Cuando Orellana estuvo de vuelta en Quito,

---

crita por el Padre Fray Gaspar de Carvajal.—(Tomo cuarto de la obra).

MEDINA.—Descubrimiento del Río de las Amazonas.—Sevilla.—Año de 1894.—Un volumen.—En este volumen es donde se encuentra también la Relación del Padre Carvajal: según parece, el Padre Gaspar de Carvajal escribió dos relaciones del viaje de Orellana, á una de ellas, sin duda, la primera es la que insertó Oviedo en su obra, pero modificándola y, acaso, compendiándola.

JIMENEZ DE LA ESPADA.—La traición de un tuerto.—(Ilustración española y americana: número de Agosto de 1892 y de Agosto de 1894).

PRESCOTT.—Historia de la conquista del Perú.—(Libro cuarto, capítulo cuarto).

LORENTE.—Historia de la conquista del Perú.—(Libro octavo, capítulo segundo).

MENDIBURU.—Diccionario histórico biográfico del Perú.—(Tomo sexto).

RAIMONDI.—El Perú.—Volumen segundo.—Historia de la geografía del Perú.—(Libro primero, capítulo décimo).

Habla también del descubrimiento de Orellana el escri-

ya Pizarro había salido de esta ciudad; púsose, pues, en camino sin tardanza y dióle alcance en la provincia de Sumaco, donde Pizarro había hecho alto para reforzar á su cansada hueste. Orellana necesitaba también de descanso: llegaba hambriento y desfallecido, sin más aperos de viaje que su espada y su rodela: de las provisiones de boca sacadas de Quito ya no les quedaba nada á él y sus compañeros; y, si Pizarro no les hubiera enviado al encuentro guías expertos y comida, habrían estado en peligro de perecer aún antes de llegar á juntarse con el campamento del Gobernador en Sumaco (4).

---

tor alemán SOPHUS RUGE en su obra titulada *Historia de los descubrimientos*: citamos nosotros la traducción italiana, hecha por Valbusa.—Milán, 1886.

VELASCO.—Historia del Reino de Quito.—(Tomo segundo.—Historia antigua, Libro 5º., párrafo 2º.)

CEVALLOS.—Resumen de la Historia del Ecuador.—(Tomo primero, capítulo VIII).

ORTIGUERA.—*Jornada del Río Marañón, con todo lo acaecido en ella y otras cosas notables y dignas de ser sabidas acaecidas en las Indias occidentales del Perú.*—Obra inédita, de la cual poseemos una copia, tomada del manuscrita que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid. La introducción de esta obra y el capítulo décimo quinto en que narra Ortiguera la expedición de Gonzalo Pizarro y el viaje de Orellana fueron publicados por el Señor Medina, entre los documentos con que enriqueció é ilustró la relación del Padre Carvajal.—Toribio de Ortiguera vivió en Quito algunos años.

(4) No es posible fijar de una manera segura el día preciso, en que Gonzalo Pizarro salió de Quito para su expedición á la provincia de la Canela; pero, podemos decir que fué en los primeros días de Marzo de 1541: el primero de Marzo de 1541 expidió en Quito Fray Gaspar de Carvajal el

Después de descansar algunos días en este mismo punto, continuaron la jornada, yendo tras Gonzalo Pizarro, que con setenta españoles se había adelantado para reconocer el terreno y abrir camino: después de varios días de marcha penosa, llegaron todos á las orillas del Coca, donde acamparon el tiempo necesario para construir un bergantín. Construído éste y aparejado el viaje, se embarcó Orellana y partió aguas abajo: iba con el encargo especial de buscar comida y de regresar trayéndola, sin tardanza. Pizarro con todos los demás debía continuar bajando por las orillas del río, hasta el punto donde éste se en-

---

título de Cura de Pasto para el Bachiller Gómez de Tapia. Era un día martes. El título está firmado en Quito aquel día.

Fray Gaspar de Carvajal desempeñaba entonces el cargo de visitador de los curatos de Quito, por comisión del Padre Vicente Valverde, Obispo del Cuzco, pues los límites de esa diócesis, la única que entonces estaba erigida en la América meridional, llegaban hasta Popayán.—En cuanto al Bachiller Gómez de Tapia, conviene saber que fué el primer Cura de Pasto: era natural de la villa de Arévalo, en España, y vino á Quito ya ordenado de sacerdote: sirvió de valde durante cinco años el curato de Pasto, de donde regresó á Quito en compañía del Virrey Blasco Núñez Vela. Fué después Cura de Chimbo. En 1547 se le dió título de Cura y Capellán de las Minas de Santa Bárbara, situadas en la comarca de Gualaseo y Sigsig en la parroquia del Azuay: el título se lo expidió en el pueblo de Luisa, el primero de Noviembre, Don Baltasar Loaisa, Provisor y Vicario General del primer Obispo de Quito. En 1560 le dió el Ilmo. Señor Peña el curato de Ambato: fué Cura de la Catedral de Quito y por fin canónigo de la misma iglesia, por presentación del Marqués de Cañete, Virrey del Perú, con la condición expresa de alcanzar del Rey la confirmación, la cual no le fué negada. Vivía todavía en 1570, pero ya muy anciano y pobre.—

contraba con otro más caudaloso; pues, los indios, que Pizarro tenía presos, daban noticia de que á pocos días de viaje se encontrarían grandes poblaciones y comida en abundancia, á las orillas de otro río mayor que aquel, por cuya margen izquierda andaban vagando. Los indios decían verdad; pero el desengaño de Pizarro iba á ser cruel, cuando llegando por fin, cansado, maltratado y hambriento á las anheladas juntas de los ríos, no encontrara allí ni la esperada comida ni el salvador bergantín: las playas estaban solitarias, Orellana había tocado en ellas, y, burlando la confianza de su jefe, había seguido adelante. Pizarro llegaba á las orillas del vistoso Napo, por cuyas aguas había bajado como de fuga el poco escrupuloso Orellana.

Pizarro dió la vuelta á Quito, mientras su teniente ponía por obra el descubrimiento del río más grande del Mundo, el sin rival Amazonas (5).

Talvez, respecto del Padre Fray Gaspar de Carvajal habrá también que rectificar un dato biográfico, pues sospechamos que estaba en Quito antes que llegara Gonzalo Pizarro á esta ciudad, porque ejerció en estas provincias el cargo de visitador de Curas y Vicario eclesiástico por comisión del Obispo del Cuzco. ¿Habría venido á Quito con ese cargo, antes de que viniera Pizarro? ¿Se le daría ese cargo, al venir acá en compañía de Pizarro?—En Marzo de 1541 no había todavía convento de dominicanos en Quito: el primero de Junio de aquel año se presentó ante el Cabildo civil de Quito el Padre Fray Gregorio Zarazo, pidiendo solares para edificar convento, según consta del primer libro de actas del Cabildo, que se guarda original en el archivo de la Municipalidad de esta Capital.

(5) El Señor Don Marcos Jiménez de la Espada, en su opúsculo sobre la expedición de Gonzalo Pizarro á la Canela

Era el día veintiseis de Diciembre de 1542: Orellana se ponía en camino aquel día para ir á cumplir la misión, que de buscar y traer comida, Pizarro le había dado: embarcóse en el bergantín, á bordo del cual entraron cincuenta y siete individuos, los dos religiosos que iban en la expedición y los soldados que se encontraban enfermos y en condiciones de no poder continuar el viaje á pie. Llevaron también algunas canoas quitadas á los indios.—Los dos religiosos eran el Padre Fray Gaspar de Carvajal, dominicano, y Fray Gonzalo de Vera, mercenario.

El segundo día de viaje el bergantín estuvo á punto de naufragar, porque tropezó con un madero clavado en el río: del golpe se sumió una tabla y comenzó á hacer agua; pero, por fortuna, estaban cerca de tierra, y así pudieron sacar el barco á la playa y reparar el daño. Compuesto el bergantín, continuaron el viaje: surcaban aguas

---

y el viaje de Orellana por el Amazonas, censura como contrarias á la rigurosa verdad histórica algunas circunstancias, referidas generalmente por todos los cronistas é historiadores americanos: una de ellas es la construcción del puente sobre el estrecho de uno de los ríos caudalosos de la provincia de Quijos, y se funda para negar la verdad de esta circunstancia en la carta que el mismo Gonzalo Pizarro escribió desde Tomebamba, con fecha 3 de Septiembre de 1542, al Emperador, haciéndole relación de su expedición al país de la Canela.—No obstante, en esa misma carta, dice Pizarro, que se habían construído no uno sino muchos puentes: *Iban todos muy fatigados de los grandes trabajos que habían pasado de subir y bajar las grandes sierras y de las muchas puentes, que se habían fecho para pasar los ríos.*—Muy difícil es determinar con exactitud la posición geográfica de los lugares por donde iba caminando Pizarro: dice que acampó en la

abajo, y la rapidez de las corrientes cooperaba á facilitar la marcha. Las orillas del río estaban desiertas, y en seis días de viaje las provisiones se acabaron y el hambre comenzó á atormentar á los expedicionarios. El primero de Enero se les figuró, que, á lo lejos, oían el ruído de tambores, con lo cual se reanimaron tomándolo como indicio seguro de la proximidad de algunas poblaciones de indígenas; mas su alegría se les trocó en desengaño, porque los pueblos imaginados no parecieron: el dos de Enero, un lunes por la noche, estaban con el barco anclado, matando el hambre

---

provincia de Sumaco, y la describe añadiendo que en ella había muchas ciénegas y sierras. ¿Qué límites daba Pizarro á lo que él llamaba provincia de Sumaco?

Cieza de León, cuya autoridad acata con tanta justicia el Señor Jiménez de la Espada, refiere la construcción del puente con los otros pormenores, que á este señor le parecían novelescos: hé aquí las palabras de Cieza.—"Llegaron á "una angostura que hacía el río, donde hicieron una puente "é por allí pasaron".—¿Qué río era ese? Cieza no dice qué río era, pero refiere que se navegaba en canoas; luego debió ser caudaloso. Continúa Cieza de León refiriendo que:—"Los bárbaros montañeses, como supieron la estada de los "cristianos en aquella tierra, apellidáronse muchos de ellos, "y tomando sus armas se pusieron en la otra parte del río, "adonde hicieron sus albarradas é fuertes para se defender "de ellos; y como aquello vido Gonzalo Pizarro, mandó á "algunos arcabuceros que con él estaban que soltasen los ar-"cabuces é procurasen de matar algunos de ellos, y ansí lo "hicieron, é mataron seis ó siete indios, y los demás viendo "las muertes tan súpitas é prestas de sus compañeros, comen-"zaron de huir, dando muy grandísima grita".—(Guerra de Chupas, página 69ª)—El silencio de Gonzalo Pizarro en su carta al Emperador no es, pues, argumento concluyente para condenar como novelescas algunas de las circunstancias del

con las raíces y hierbas que recogían en la orilla, cuando percibieron de nuevo sonido de tambores: pararon la atención, escucharon un rato en silencio, y, conociendo que no era ilusión sino realidad lo que oían, se alegraron grandemente. Orellana, como jefe previsivo, dispuso que aquella noche se mantuviesen en vela y nombró centinelas, para que estuviesen vigilando, no sucediera que, habiéndolos descubierto los indios, cayeran sobre ellos de sorpresa en altas horas de la noche, esperando cogerlos desprevenidos. Al día siguiente, muy por la mañana, á poco de haber comenzado

---

viaje, referidas por otros autores; tanto más, cuanto la expresada carta no tenía por objeto hacer una relación prolija del viaje, sino dar cuenta de la rebelión de Orellana. Esa carta, como observa el Señor Medina, parece haber estado acompañada de informaciones, en las cuales estaría notado con esmero todo lo que merecía más consideración en el viaje de expedición en demanda de la Canela.

Cieza, como se ha visto, no expresa el nombre del río; pero otro autor contemporáneo, no menos autorizado que Cieza, á saber, Toribio de Ortiguera dice terminantemente que fué el Coca. Léanse sus palabras: "Deste pueblo (Su- "maco), fué (Gonzalo Pizarro) al valle de la Coca, por donde "pasa un hermoso y caudaloso río; procurando buscar por "donde le pasar con más seguridad y menos daño de su real, "siguió su corriente riberas de él tres leguas, donde halló "sobre la mano derecha una angostura grande y salto que "el río hace por entre dos peñas de trece pies de ancho, don- "de mandó hacer una buena puente de madera por donde "pasase su real y bagajes, con buena seguridad".—El Señor Jiménez de la Espada piensa que el río, donde se refiere que Pizarro mandó construir la puente de madera, no fué el Coca sino el Suno: en el Suno hay una angostura; pero los cronistas hablan de una angostura y de una cascada, y ambas se encuentran en el Coca: hablando de este río dice Villa-

la navegación, divisaron una cuantas canoas de indios que subían río arriba; mas, así que vieron el bergantín, voltearon proas y precipitadamente regresaron á sus poblaciones, dando gritos de alarma: por su parte, los expedicionarios apuraron el barco y, á todo remar, siguieron tras las canoas, á fin de dar en el primer pueblo de indios, antes que éstos tuviesen tiempo de prevenirse y estorbarles con las armas el desembarque. Logróse su intento: á las dos de la tarde, Orellana con sus compañeros tomaba tierra en una población, cuyos moradores los recibían de paz, entre admirados y recelosos.

---

vicencio:—"El Coca desde su origen hasta su cascada corre "encañonado entre las cordilleras de Guacamayos y de Ga"leras, por un lecho profundo y de escarpados peñascos, "estrechándose tanto en algunas partes y principalmente en"cima de la cascada, que, á pesar de su gran cantidad de "aguas, se estrecha tanto que un palo chico le serviría de "puente".—*Geografía del Ecuador.*—(Página 77ª.)—Villavicencio se equivocaría, talvez, al calcular que la cascada se precipita como de cincuenta varas de elevación?—Nos parece probable.

Zárate habla también del salto del Coca y de la angostura, y asimismo la menciona y describe el *Clérigo agradecido* (Pedro Ordóñez de Zevallos), en su ya citada "Historia y viaje del mundo".

En una observación tiene suma justicia el Señor Jiménez de la Espada, y es en el número de pies ó metros de altura señalado á la cascada ó salto del Coca; pues, en verdad, ese número no puede menos de tenerse como muy exagerado: también se halla exagerado el cómputo de las leguas que consideraban recorridas los aventureros, ya por tierra ya por agua. En efecto, lo nuevo del espectáculo que se presentaba á sus ojos, la exhuberante vegetación, el calor insoportable, lo fragoso de los caminos, la molestísima plaga de los mosquitos, la lluvia incesante, la continua presencia de la nebli-

¿Dónde habían llegado los expedicionarios? ¿A qué playa habían arribado? Descendiendo por el Coca aguas abajo, habían entrado en el Napo, y, llevados por la corriente de éste, habían llegado al punto donde el Aguarico desemboca en el Napo. Nuestro hermoso río, que señorea las regiones orientales ecuatorianas, fué, pues, descubierto en los últimos días de Diciembre del año de 1542, y los primeros europeos que navegaron por sus aguas, fueron Francisco de Orellana y sus compañeros (6).

Una vez desembarcados en el pueblo de los Irimaraes, trataron de poner por obra su comi-

na que se tiende en aquellas localidades, el viaje hecho á pie y, sobre todo, el hambre, mal satisfecha con escaso y desagradable alimento, eran circunstancias muy oportunas para que los viajeros se engañaran fácilmente y lo vieran todo con proporciones muy exageradas.

(6) Debe eliminarse de la historia del viaje de Orellana la escena del abandono del joven Hernán Sánchez de Vargas en las playas despobladas del Napo: es un hecho falso. No consta de ningún documento auténtico, y se admitía hasta ahora por la autoridad de Garcilaso de la Vega, quien estuvo manifiestamente engañado. Si el hecho fuera cierto, Gonzalo Pizarro no lo habría callado en su carta al Emperador: nosotros lo aceptamos, siguiendo las huellas de Mendiburu y de Prescott; pero hacemos constar aquí que, apoyándonos en los documentos publicados por el Señor Medina, lo borramos de nuestra Historia, como un hecho falso y sin fundamento.

Hay una circunstancia que abona mucho la conducta de Orellana y lo limpia de la nota de traidor, con que ha sido infamado; pues, el Padre Fray Gaspar de Carvajal refiere, que, al despedirse de Pizarro, le advirtió Orellana á éste, que no le esperara más, si, pasados doce días, no regresaba con la comida á su encuentro: esto manifiesta, que ya se preveía que sería muy difícil tornar contra corriente, al punto en que quedaba Pizarro.

sión; pero los ánimos estaban ya tan quebrantados que, ponderando las dificultades del regreso, se acobardaron, y resolvieron esperar allí unas pocas semanas, para continuar luego más bien aguas abajo, que tornar, remando contra corriente, al punto donde habían dejado á Pizarro. Estaban tan flacos y desfallecidos los compañeros de Orellana, que muchos de ellos, al saltar en tierra, no podían tenerse en pie; y unos, apoyándose en bastones; y otros, arrastrándose á gatas, recorrían las montañas en busca de raíces, de hojas tiernas y de frutas de los árboles, con qué entretener el hambre para no perecer. Las provisiones de boca se acabaron pronto: se habían comido las correas y las zuelas de los zapatos, remojándolas en agua para ablandarlas y poderlas mascar: algunos habían enloquecido, comiendo raíces venenosas, que les hicieron perder el seso. Según el cálculo de algunos de ellos, que se preciaban de entendidos en cosas de navegación, habían recorrido veinticinco leguas diarias, remando de sol á sol, y se horrorizaban de sólo pensar en la vuelta. Orellana, simulando repugnancia, convino al fin en descansar allí, y accedió al requerimiento, que de seguir aguas abajo le hicieron sus compañeros. Como los caciques venían de paz, practicó la ceremonia de tomar posesión de los pueblos de ellos, á nombre del Rey de España; y, para emplear útilmente el tiempo del descanso, se ocuparon en forjar clavos, para construir otro bergantín en el lugar que para ello ofreciera menos dificultad. Unos edificaron hornos; otros fueron por leña al bosque; varios hacían sus tareas diarias de carbón; los más débiles

soplaban aire con los fuelles, formados de un par de borceguíes, y Juan de Alcántara trabajaba en la fragua, poniendo en prueba su habilidad y haciendo un primer ensayo en el improvisado arte de la herrería. En estos quehaceres gastaron todo el mes de Enero, y el 2 de Febrero se hicieron de nuevo á la vela, para continuar á la ventura su arriesgada expedición: el número de los aventureros, que entraban de nuevo á bordo, estaba disminuido, porque siete habían muerto de extenuación en el viaje.

La flotilla continuó surcando la corriente del Napo, cuyo caudal se presentaba considerablemente aumentado con los varios afluentes que entraban en su cauce, entre los cuales no pudieron menos de notar los expedicionarios el Curaray, por el empuje de su corriente y por la gran palizada que traía, la cual los puso en inminente peligro de zozobrar: el once de Febrero advirtieron que el río, por donde iban navegando, se derramaba en otro muchísimo más caudaloso, en cuyas aguas no tardaron en verse engolfados, pareciéndoles que navegaban en un anchísimo mar. Estaban en el Marañón: había transcurrido un año completo desde su salida de Quito.

Ocho meses largos gastaron en navegar por el Amazonas, pasando trabajos increíbles y venciendo obstáculos insuperables, con una constancia á toda prueba, con un valor inquebrantable y con una audacia rayana de la más consumada temeridad. Construyeron de nuevo otro bergantín, con el cual no temieron lanzarse á la ventura, sin rumbo conocido ni norte fijo á las aguas de un río para ellos enteramente desconocido: lo

único que sabían era que las aguas de ese río salían al Océano Atlántico, y á esas aguas se entregaron, confiando en que, siguiendo la corriente de ellas, habían de ir á alguna playa habitada por cristianos; y en sus dos maltrabados barquichuelos, sin brújula ni carta de marear, se entraron al Atlántico y fueron á parar en la Isla de Cubagua, en los primeros días del mes de Septiembre del año de 1542.

Habían navegado mil y ochocientas leguas, y dejaban explorado el curso del mayor río de América: en sus orillas habían descubierto extensas poblaciones de indígenas; unos hospitalarios, que los habían recibido de paz; y otros guerreros y belicosos, que los habían perseguido y hostilizado días y noches seguidos, sin darles ni un momento de tregua ni un instante de reposo. Todas las tardes, cuando se acercaba la puesta del sol, arrimaban los bergantines á alguna playa que les ofreciera cómodo surgidero, para pasar la noche en tierra; y su primera ocupación todos los días, así que amanecía, era buscar en las poblaciones de indios, que divisaban en las orillas, el punto más adecuado para desembarcar y proveerse de comida: saltaban en tierra, apercibidos para el combate, y con sus armas á punto para rechazar las embestidas de los indios. Ocasiones hubo, en que, después de horas enteras de guazabaras reñidísimas con los salvajes, se veían precisados á reembarcarse precipitadamente con las manos vacías, dándose por contentos con unos cuantos granos de maíz, para acallar su hambre.

A los heridos los envolvían en mantas y los metían con disimulo en los bergantines, para que

los indios no advirtieran el daño que con sus flechas les habían causado: cuando se veían acometidos por salvajes, que usaban flechas envenenadas, el terror de los aventureros era espantoso: entonces procuraban huír, y no empeñaban combate ninguno, sino empleando cuantas precauciones podían contra el daño de las flechas emponzoñadas. Los efectos mortíferos del veneno eran, en verdad, muy temibles, así por la rapidez como por la seguridad con que causaba la muerte: una herida casi superficial, hecha en la pierna por una flecha envenenada, le causó la muerte á un soldado, sin que hubiera remedio para salvarle la vida.

En los primeros días de Agosto, al tiempo de arrimarse á la playa para descansar en tierra durante la noche, según tenían de costumbre, el bergantín menor chocó contra un trozo de árbol y se rompió una tabla: la situación de aquella tarde memorable no pudo ser más apurada: el buque roto comenzaba á hundirse; los indios acometían en todas direcciones y el bergantín grande, bajando la marea, principiaba á quedar encallado en la arena. Dividiéronse en tres cuerpos los expedicionarios: unos peleaban con los indios y les hacían frente: otros reparaban á toda prisa la avería del bergantín pequeño, y los terceros se esforzaban por empujar el grande hacia la corriente y echarlo á flote. La serenidad y el valor les dieron el triunfo en tan angustiosa situación, y, con ambos barcos salvados de manos de los indios, se pusieron inmediatamente en camino.

Lejos de enemigos, en una playa desierta

pero segura, se detuvieron más de quince días, reparando el bergantín averiado: el hambre los atormentaba, y, para no perecer, así que se retiraba la marea, recogían algunos mariscos y ciertos cangrejos pequeños, que en muy escaso número se dejaban ver en la playa.—Un día su alegría fué grande, porque cogieron una danta muerta, que las olas venían arrastrando: con los tasajos de la danta, que la casualidad les había proporcionado, banquetearon algunos días los mal parados expedicionarios. En uno de los días más apurados habían entretenido su hambre repartiéndose un puñadillo de la harina que llevaban para hacer hostias: sentados por la tarde á la sombra de los árboles que hermosean las orillas del Napo, habían consumido esa harina para ellos tan sagrada: ¿no había de ser para ellos un festín la mortesina que el Amazonas les hechaba de repente á la playa?

Hacía días á que, observando las aguas del río, habían advertido el flujo y reflujo de la marea, y se consolaban considerándose próximos ya al mar: las riberas del río no se divisaban ya, y en su navegación iban atravesando por muchas islas extensas y pobladas: el aspecto de la naturaleza había cambiado, la proximidad del mar del Norte era indudable, y el viaje estaba, por fin, á punto de terminar. Adobaron, pues, sus improvisados bergantines: de las mantas, que desde Quito habían llevado, hicieron velas: de hierbas fabricaron jarcias, pusiéronles mástiles y unas piedras destinaron al importante papel de áncoras: con algodón y resinas de árboles se dieron modo para calafatearlos; y, hecha la provisión

que de maíz y agua dulce fué posible, se lanzaron á las olas temibles del Atlántico.—El bergantín pequeño recibió el nombre de *El San Pedro*, y al grande lo condecoraron con el de *Victoria*.

Buscaron con diligencia la ribera, procurando no perder de vista la tierra; pero luego las corrientes arremolinadas del golfo de Paria los arrastraron: el San Pedro se separó del Victoria, y éste se metió en las bocas del Drago, donde estuvo bregando con los remolinos siete días enteros: al fin, el 11 de Septiembre arribó á la ciudad de nueva Cádiz en la Isla de Cubagua, y la sorpresa de los tripulantes fué grande, encontrando allí el bergantín pequeño, que dos días antes había aportado allí con felicidad. Viéndose otra vez todos reunidos y salvos, no cabían en sí de contento: unos á otros se habían tenido por muertos, y, sin esperarlo, se encontraban vivos y en tierra amiga, donde eran recibidos con señaladas muestras de generosa hospitalidad.

Lo atrevido de la navegación realizada, lo nuevo del espectáculo que por primera vez habían contemplado, surcando las aguas del mayor río del mundo, y la innata propensión que tiene el hombre á exagerar la magnitud de los peligros de que se ha salvado con felicidad, explican cómo describían los expedicionarios su arrisgado viaje, haciendo cuenta de muchos centenares de leguas y divulgando noticias increíbles y sucesos maravillosos. La corriente del Coca les parecía de doscientas leguas: en las márgenes del Marañón habían tenido noticias circunstanciadas acerca de las mujeres guerreras y de los estados señoreados por ellas, y una avecilla misteriosa les había

acompañado durante todo el curso de la expedición, dándoles, muy á tiempo, la voz de alerta, en un canto, que los cuitados aventureros interpretaban á su modo (7).

Orellana y sus soldados eran hombres profundamente religiosos, y sus procedimientos no

(7) El Padre Carvajal, en su relación del viaje de Orellana, refiere como cosa curiosa y digna de ponderación, que un pájaro les acompañó á los navegantes, desde el Napo casi hasta el Atlántico: era el tal pájaro señal segura de poblado, y lo raro del caso era el canto de él, pues decía claramente *buhío, buhío,* y la última vez que lo oyeron cantar ya no dijo *buhío,* sino *huí.* Entre la narración que se encuentra en Oviedo y la publicada por el Señor Medina se notan diferencias, que no pueden pasar desadvertidas: como ya lo hemos insinuado antes, parece que la relación transcrita por Oviedo fué la que escribió primero el Padre Carvajal y, por eso, hay en ella más entusiasmo, más exaltación, que en la segunda, en la cual prevalecen la serenidad y la reflexión: la historia del pájaro desconocido es una prueba de ello. Pero ¿semejante cosa será cierta? Si fué cierta ¿cómo se podrá explicar?—El Señor Jiménez de la Espada, zoólogo que viajó por nuestra región oriental, siguiendo la misma derrota que Orellana, ha dado acerca de la avecica recordada por Fray Gaspar de Carvajal, la explicación siguiente:—"En las sel-"vas del Napo ó Río de Santa Ana de nuestros viajeros, tan "luego como la tierra tapa el sol, sin andarse en crepúsculos, "como si lo apagara de repente, empiezan á salir de la som-"bra unas aves tamañas como tórtolas, que revoloteando al "rededor de las cabañas y ranchos, ó corriendo y registrando "las espesas cobijas y cumbreras de palma, persiguen con "incesante diligencia los insectos, abundantísimos allí, sin "cuidarse del indio, á quien realmente prestan un favor lim-"piándole la parte alta de su vivienda. Su vuelo silencioso "y suave, el color y dibujo de sus plumas, su enorme boca, "á propósito para la caza de que se alimentan, y su genio, "manso y sociable, revelan su parentesco con nuestras cho-

desdijeron nunca del carácter español: sin que ni por un momento se les ocurriera dudar siquiera de la moralidad de su empresa, se encomendaban con vivo fervor á los santos, guardaban las prácticas devotas de la Cuaresma y se confesaban; pero prendían fuego, sin escrúpulo ninguno,

---

"tacabras ó engañapastores. (Caprimulgas). Durante su "faena venatoria lanzan de vez en cuando, solo ó repetido, "este grito: *hoío*; el mismo que en su ilusión el Padre Car-"vajal tradujo por *bohío*. De *hoío* á *bohío* no va mucho. Los "naturales del Napo le llaman *Tuayo;* los naturalistas *Nyc-"tidromus*. Tengo sobre mi conciencia algunas muertes "de esta inocente y benéfica avecilla.

"No andan los ornitólogos muy conformes sobre el "número de especies que componen el género *Nyctidromus*. "Unos dicen que son dos: el *Nyctidromus albicollis*, y el *Nyc-"tidromus Cayennensis;* otros que sólo una, con estos dos "nombres. Si Fray Gaspar hubiera oído bien, era por donde "quedaba la duda resuelta. Porque entre especies muy afines, "diferencias en el canto ó grito, como la de *hoío* y *huir*, sue-"len bastar para distinguirlas; y como la especie del Napo, "el *Tuayo*, tiene como carácter saliente un collar blanco, el "Nyctidromus que decía *hoío*, sería el Nyctidromus albicollis, "y el que dijo *huid* ó *huir*, allá en el bajo Amazonas, y en "tierras de condiciones semejantes á la de Cayena y además "contiguas á las Guayanas, el *Nyctidromus Cayennensis*".—(La traición de un tuerto, artículos citados ya antes). El Señor Jiménez de la Espada tuvo presente para escribir estos artículos la relación, que se halla en la obra de Oviedo; pues, la otra se publicó después, y en ella el Padre Carvajal se limita á decir que el pajaro aquel, á muy gran priesa y distintamente decía *huí*, y que eso dijo tres veces, dándose muy gran priesa.—En la otra relación es donde se lee que decía bohío: esta relación la conocía, sin duda, el tantas veces citado Señor Jiménez de la Espada.—*Bohío* es palabra de la lengua caribe y en el dialecto antillano significa *Casa*.

á una casa en que se habían recogido los indios de uno de los pueblos del bajo Marañón, y los mataban haciendo perecer abrasados en las llamas mujeres indefensas y niños inocentes: mezclaban siempre la conversión al Cristianismo con la sumisión al Rey de España, hablándoles á los infieles á la vez de los profundos misterios de la Religión católica y del reconocimiento de la autoridad del monarca de Castilla, como cosas íntimamente enlazadas una con otra.

III

De Cubagua se dispersaron los expedicionarios, tomando rumbos diversos: el Padre Carvajal y algunos otros regresaron al Perú, viniendo por Nombre-de-Dios y Panamá: varios vecinos de Quito se restituyeron á esta ciudad y tomaron parte en la guerra civil del Virrey Blasco Núñez Vela con Gonzalo Pizarro: el capitán Francisco de Orellana, acompañado de unos cuantos de sus soldados, emprendió viaje á España, para solicitar en la corte la gobernación de las extensas comarcas que había descubierto. Pero ¿no era un traidor? ¿No había cometido, acaso, el crimen de deslealtad contra su jefe? ¿Cómo se atrevía, pues, á solicitar mercedes?

Pesadas severamente en la balanza de una justicia imparcial todas las circunstancias del viaje de Orellana, no podemos menos de reconocer que era sumamente difícil el regreso con bastimentos aguas arriba del Coca y del Napo, para cumplir la orden de Pizarro: tornar remando contra corriente no era, en verdad, de todo punto

imposible; pero sí era arriesgado y sobremanera difícil. Los compañeros repugnaron la vuelta, se resistieron á ella y la contradijeron resueltamente: Orellana trató de halagar con promesas y remuneraciones á los que se prestaran á volver al real de Pizarro, llevándole comida, y huvo solamente dos individuos que se ofrecieran á tan peligroso viaje. Orellana renunció la autoridad que ejercía como teniente de Pizarro y aceptó la que, en nombre del Rey, le confirieron sus camaradas de expedición: para regresar había sumas dificultades, ¿cómo no se podía cohonestar el desconocimiento de la autoridad de Gonzalo Pizarro, cuyo teniente era Orellana? . . . .

La existencia del gran río Marañón, llamado *Mar dulce*, no era desconocida ni para Pizarro ni para Orellana, quienes sabían muy bien que ese río desaguaba en el mar del Norte.

Si en las provincias de la Canela no encontraba las riquezas apetecidas y las poblaciones imaginadas del Dorado, se proponía Gonzalo Pizarro continuar su camino de exploración hasta salir al Océano Atlántico. Si en la conducta de Orellana no hubo, pues, ni deslealtad ni traición, hubo, por lo menos, falta de pundonor y de caballerosidad. Orellana, hacía tiempo, que estaba acariciando el proyecto de alcanzar para sí una gobernación por separado: al salir de Guayaquil, cuidó de proveerse de un informe en su favor, lo solicitó del cabildo de aquella ciudad y los cabildantes se lo dieron muy cumplido, ¿podía esperar mal informe del ayuntamiento de la ciudad que él había fundado? En el viaje de expedición á la región oriental se le presentó la ocasión de

merecer lo que anhelaba, y en el ánimo del capitán extremeño pudo más la ambición que el pundonor.

Orellana llegó á la corte, alegó sus merecimientos, hizo presentes sus servicios, no dejó de ponderar las ventajas de su descubrimiento, y obtuvo que, de las provincias orientales bañadas por el Amazonas se constituyera, con el nombre de Nueva Andalucía, una gobernación, cuyo mando se le concedió á él, con el título de Adelantado. Pactáronse con la Corona las condiciones y se fijó plazo para la partida del Adelantado á su gobernación; pero el triste de Orellana comenzó desde el mismo día en que recibió las reales mercedes á ser víctima de multiplicados contratiempos: su escasez de dinero era absoluta, había contraído muchas deudas y, para aparejar su nueva expedición, carecía de recursos: los comerciantes genoveses de Sevilla se los ofrecían, pero con condiciones demasiado usurarias: el Rey no le acudió ni con la más pequeña suma, ni le favoreció con las piezas de artillería necesaria, aunque Orellana las pidió una y otra vez, ni consintió que fuera en la expedición ningún piloto portugués, á pesar de que se le presentó que entre los españoles no se encontraría ni uno solo que conociera aquellas costas y fuera práctico en esa navegación. Al fin, á los dos años de trabajos y de contradicciones, logró zarpar Orellana, como de fuga, con su mal armada escuadrilla, compuesta de cuatro naves de distinto porte,

Su marcha fué lenta y llena de contratiempos: se detuvo tres meses en las Canarias y dos en las Islas de Cabo-Verde, le sorprendieron las

calmas y la tripulación sufrió los tormentos de la sed: de sus cuatro buques, úno se perdió en el rumbo al Brasil; al ótro fué necesario echarlo á pique, para reparar con sus mástiles y velas y otros aparejos las averías de los otros dos, los únicos con que logró, por fin, penetrar en las aguas del Marañón, tomando puerto en una de las muchas islas que forma el río en su desembocadura.

Con el un buque subió algunas leguas hacia arriba, buscando uno de los brazos del río: construyó un bergantín con los materiales, que, para aquel objeto, había traído desde España, y estuvo tan desgraciado que una corriente rompió el único cable que sostenía al buque y lo arrojó en una playa anegadiza. De sus compañeros, unos habían muerto en las Canarias y en Cabo-Verde, ótros se habían quedado enfermos en esta última isla, donde murieron también varios: no pocos habían naufragado: de los restantes, parte se quedó en una isla del río, parte andaba con su capitán: de estos últimos, diez y siete perecieron flechados por los indios, y Orellana, andando en busca de los otros, fué acometido de la fiebre y pereció á bordo del bergantín, mientras vagaba á tientas por entre las islas del Amazonas. Tal fué el fin del descubridor del más caudaloso río del Nuevo Mundo! Esto sucedía á fines del año de 1547.

Orellana estaba entonces en todo el vigor de la edad, pues aún no llegaba ni á los cincuenta años: había nacido en Trujillo, y era deudo y compatriota de los Pizarros: vino, casi todavía niño, á América y se distinguió entre sus compañeros de armas en las guerras con las tribus be-

licosas del litoral ecuatoriano, cuya reducción y pacificación le fué encomendada por el Marqués Don Francisco Pizarro: establecióse primero en Pertoviejo; y, así que puso por obra la fundación de Guayaquil de un modo definitivo, en el lugar en que está ahora aquella ciudad, desempeñó, por nombramiento del mismo Pizarro, el cargo de teniente de Gobernador de las provincias de Guayaquil y Manabí.—El fundador de Guayaquil fué, pues, el descubridor del Amazonas.

Era Orellana de carácter benigno, más inclinado á la clemencia que al rigor: de ingenio vivo y de ánimo esforzado: muy hábil para aprender los idiomas naturales de los indígenas, y curioso en formar diccionarios de ellos para entenderlos mejor. Su rostro estaba desmejorado, porque mucho antes de la fundación de Guayaquil había perdido un ojo, sin duda en alguna de las guazabaras con los indios de la costa. Casóse en Sevilla con Doña Ana de Ayala, poco antes de salir á su desgraciada expedición al Amazonas: su esposa lo acompañó, dando muestras de ánimo varonil en los peligros; estuvo al lado de Orellana, cuando este falleció, y cuidó de dar sepultura á su cadáver. Después, con el puñado de camaradas que habían sobrado de la expedición, se embarcó en el bergantín y, arrostrando las borrascas del Atlántico, aportó á la isla de la Margarita, de donde pasó á Panamá, y de ahí vino á Guayaquil para recoger los bienes de su fallecido esposo. Doña Ana de Ayala, viuda del Adelantado Orellana, era entonces todavía muy joven.

No sé qué destino funesto ó expiación providencial perseguía, como ya lo hemos hecho notar

otras veces, á los descubridores y conquistadores de Quito y del Perú: Gonzalo Pizarro pereció degollado en un cadalso: Díaz de Pineda encontró una muerte triste, falleciendo fugitivo, en Abril de 1545: comió unas frutillas desconocidas y se envenenó con ellas, y echó el ánima rabiando, como dice su enemigo, el cronista Cieza de León. – Gonzalo Díaz de Pineda, el descubridor del Cozanga y del Sumaco, era asturiano, estaba casado con una hija natural de Pedro de Puelles y tomó parte muy activa en la guerra contra el Virrey Blasco Núñez Vela, peleando bajo las banderas de Gonzalo Pizarro: en los términos australes de la provincia de Loja fué sorprendido por una avanzada del Virrey y logró huír, y en su fuga murió, inconscientemente atosigado. Después de la ejecución de Pizarro, se condenó la memoria de Pineda, calificándolo de traidor y de infame (8).

(8) CIEZA DE LEON.—Guerras civiles del Perú.—La guerra de Quito.—(Capítulo centésimo séptimo).—Inédito. Poseemos una copia de la parte todavía inédita de esta obra de Cieza, que la hicimos sacar en Madrid del manuscrito que se guarda en la Biblioteca del Palacio del Rey.

Varios de los compañeros de Orellana regresaron casi inmediatamente á Quito; pues, como eran conquistadores de estas provincias y fundadores y primeros pobladores de esta ciudad, tenían aquí su casa y sus bienes.

Mas, acerca del que guardan las memorias de aquel tiempo un silencio absoluto, es el Padre mercenario fray Gonzalo de Vera. No encontramos mención ninguna de este Padre ni en la *Historia de la Orden de la Merced*, que escribió en latín el Padre Vargas, ni en los *Recuerdos históricos* de Salmerón. En la *Crónica* del Padre Remón, entre los mercenarios que vinieron al Perú apenas acabada la conquista de estos reinos, se mencionan dos Padres Gonzalos, el uno de

Orellana tuvo una muerte prematura, y encontró su sepulcro en una de las playas desconocidas del gran río por él descubierto, y con cuya gobernación tanto se había halagado.—El río, por cuyas aguas navegó con tantos peligros, recibió del apellido de su descubridor el nombre de *Orellana;* se le llamó de las *Amazonas*, por las noticias con que el Adelantado solía ponderar lo raro de su descubrimiento, y se le dió también el nombre de *Marañón*, con que era ya conocido mucho antes que Orellana, bajando por sus aguas, saliera desde la base de los Andes á las olas del Atlántico (9).

Pontevedra y otro, del cual escribe que algunos autores dicen que era lego: Fray Gonzalo de Vera no era lego sino sacerdote, según se deduce claramete de la relación del Padre Carvajal,quien refiere que los compañeros de Orellana se confesaron con los dos religiosos que iban en la expedición.

(9) El Marañón ó Amazonas fué descubierto el año de 1500 por Vicente Yánez Pinzón: este marino célebre descubrió la desembocadura del río en el Océano Atlántico. Cuarenta y dos años después, Francisco de Orellana descubrió el río y navegó por él aguas abajo, hasta salir al Atlántico por entre las islas de su desembocadura.— Véase la obra ya citada del Señor *Medina.*— (Descubrimiento del Río de las Amazonas.— Introducción. — Párrafo undécimo. — Sobre los nombres del río descubierto por Orellana).—En la Geografía de Enciso se habla ya del Marañón,aunque con ciertas inexactitudes.— Pedro Mártir de Anglería en sus Décadas refiere también el descubrimiento del Marañón, al cual en aquellos primeros tiempos se le apellidaba el Mar dulce: llamóse más tarde Río de las Amazonas, por las que Orellana contaba que moraban en las márgenes del Río.

En cuanto á esto de las Amazonas, lo único que conviene tener como cierto es, que las mujeres de algunas tribus indígenas tomaban parte en la guerra y peleaban valientemente en compañía de sus maridos, lo cual no era raro en

El nombre de Francisco de Orellana ha pasado á la posteridad infamado con la fea nota de traidor, de la cual acaba de limpiarlo una crítica histórica, concienzuda y desapasionada, la que, mediante el estudio serio de documentos coetáneos, ha puesto de manifiesto el procedimiento del descubridor del Amazonas y los verdaderos motivos que le impulsaron á no cumplir la palabra, que de regresar al real de Gonzalo Pizarro empeñó en el momento de su partida.

América: todo lo demás se ha de echar á la región de las fábulas y de las narraciones faltas de verdad.

Por lo que hace á la fundación de la ciudad de Guayaquil, conviene no confundir los hechos ni desfigurarlos: una cosa es la fundación de la ciudad, y otra la traslación de ella de un sitio á otro. La ciudad fué fundada por Don Sebastián de Benalcázar el año de 1535, en el punto donde ahora está la ciudad vieja de Babahoyo: este fué el primer asiento de la ciudad.—Trasladóse luego á la Boca de Baba: después á la orilla del río de Yaguachi y, por fin, á la falda del cerrito de Santa Ana. Esta última traslación fué la que hizo Don Francisco de Orellana, mereciendo por ello el título de fundador de Guayaquil.—Para estas traslaciones hubo varias causas: las tribus indígenas de la provincia eran muy belicosas y se alzaron contra los españoles, mataron muchos de ellos y les obligaron á abandonar la ciudad, apenas fundada.—La condición de los terrenos, anegadizos y cenagosos, y la falta de medios de comunicación eran parte para que los españoles no pudieran defenderse, y se vieran forzados más bien á huir que á combatir: los indios en sus balsas y canoas discurrían por todas partes, con la mayor ligereza y desembarazo.—El asiento donde la pobló Orellana se llamaba *el paso de Huayna-Cápac*, porque este Inca atravezó por ahí en sus guerras con los Guancavilcas.—Se pueden fijar con precisión los años de las dos principales fundaciones de Guayaquil, pero no el mes ni el día: Benalcázar la fundó en 1535: Orellana en 1538, es decir, tres años después.

CAPITULO SEGUNDO

Nuevos descubrimientos y conquistas

(*1550 - 1600*)

Observaciones necesarias.—Epocas en que conviene considerar dividida la historia de la región oriental.— Las tres gobernaciones de Yaguarsongo, de Macas y de Quijos, que se establecieron en ella.— Excursión del Capitán Hernando de Benavente.— Gil Ramírez Dávalos funda la ciudad de Baeza en Quijos.— Fundación de las ciudades de Avila, de Archidona y de Alcalá del río en la misma gobernación. — Usos y costumbres de los indios de Quijos. — Sus levantamientos.— Causas de ellos.— Destrucción de las ciudades de Avila y de Archidona.— Còmo se salvó la de Baeza.— Gobernación de Juan de Salinas.—Fundación de otras ciudades.— Viaje de Salinas por el Marañón.— Noticia acerca de Salinas. — Las ciudades de Logroño y de Sevilla del Oro.—Decadencia y ruina de las ciudades fundadas en la región oriental.—Causas de esta ruina.

I

En la historia de los sucesos acaecidos en la región oriental ecuatoriana seguiremos, en cuanto nos fuere posible, un orden cronológico, procurando dar á nuestra relación cierta unidad moral, sin la cual aparecería, talvez, confusa y desordenada. La historia de toda la vasta región oriental ecuatoriana puede considerarse dividida en cuatro épocas, claramente distintas: la primera, desde la fundación de la ciudad de

Quito hasta la batalla de Jaquijaguana: la segunda, desde la completa pacificación del Perú por La-Gasca hasta el establecimiento y organización definitiva de las misiones de Mainas y el Marañón: la tercera, desde el establecimiento de las Misiones de Mainas hasta la erección del obispado del mismo nombre; y la cuarta, desde la erección del obispado de Mainas hasta la fundación de la República del Ecuador el año de 1830.

En la primera época, apenas fundada la ciudad de Quito, emprendieron los españoles nuevas expediciones de descubrimientos y de conquistas en las comarcas orientales. Esta época termina con la pacificación, que del Perú, alterado por la rebelión de Gonzalo Pizarro, hizo el Presidente La-Gasca.

En la segunda, se llevaron á cabo expediciones más bien de exploración que de conquista en el territorio oriental, se puso por obra la fundación de unas cuantas ciudades en aquellas provincias y comenzó á establecerse allí la vida social; mas, para continuarla, hubo tantas dificultades que, al fin, los colonos salieron de las comenzadas ciudades, dejando la región oriental casi por completo entregada de nuevo al señorío de los indios salvajes, sus primitivos pobladores.

Siguió un tiempo de abandono de la región situada tras la cordillera de los Andes, hasta que con motivo de la expedición del Capitán Tejeira, aguas arriba del Marañón y del Napo, se dió principio á la reducción pacífica de los salvajes por medio de Misioneros, y se establecieron y organizaron varios centros de misiones, siendo la más importante de todas ellas la de Mainas, confiada

á los Padres de la Compañía de Jesús. La tercera época comprende, pues, el establecimiento, organización, progreso y vicisitudes de las misiones, y dura más de ciento cincuenta años.

Con la expulsión de los Padres de la Compañía de Jesús las misiones de Mainas sufrieron un golpe destructor: las poblaciones de indígenas establecidas á orillas del Marañón y de sus principales afluentes vinieron muy á menos, y, para evitar la completa desaparición de ellas; discurrió el Gobierno español el arbitrio de erigir un obispado y establecer un gobierno, con unos y los mismos límites: con la erección del obispado de Mainas comienza, pues, la cuarta época de la historia de nuestra región oriental, época de corta duración, porque antes de que el nuevo obispado y gobierno de Mainas hubiese logrado establecerse de un modo satisfactorio, comenzó la guerra de nuestra emancipación política de España; alteróse el orden público y otra vez las provincias trasandinas volvieron á quedar abandonadas. Tales son los sucesos principales acaecidos en la región oriental ecuatoriana, durante todo el tiempo de la colonia ó de la dominación de España en la América Meridional.

Hemos narrado ya las primeras expediciones, que los españoles emprendieron para descubrir y conquistar las regiones situadas tras la gran cordillera oriental de los Andes. Como no conocían esas regiones, se las imaginaban semejantes á las provincias de este lado de la cordillera, y las suponían habitadas por naciones indígenas más ricas y más poderosas que los incas, á quienes tan fácilmente habían vencido y sojuzgado. Con estas

ilusiones se empeñaban en explorar las comarcas orientales; y, cuando la experiencia castigaba su temeridad con tristes desengaños, no se desalantaban ni perdían sus bríos extraordinarios; antes, halagados con la esperanza de que en un más allá (que se iba alejando delante de ellos á medida que avanzaban), habían de descubrir por fin los imperios y las riquezas imaginadas, continuaban su marcha exploradora, sin que nada fuera capaz de arredrarlos: la naturaleza les oponía obstáculos invencibles, con lluvias incesantes, calor sofocante, hondos precipicios, y ríos invadeables: el hambre los atormentaba cruelmente: el cansancio los postraba, las fatigas los dejaban desfallecidos: no había caminos; era necesario abrirlos, y los abrían descuajando con sus machetes la tupida y enmarañada selva: faltaban puentes, y los improvisaban derribando árboles y tendiéndolos de orilla á orilla, con exfuerzos extraordinarios y una constancia que pasma: los salvajes les salían al encuentro y les disputaban el paso; había que pelear con ellos, y peleaban y los vencían: el cansancio, la fatiga, las enfermedades, el hambre, las flechas enervoladas causaban todos los días numerosas bajas en la hueste expedicionaria, pero no por eso decaía el ánimo de los aventureros, y los que sobraban seguían adelante en la empresa sostenidos por la esperanza de ese más allá, que ninguno de ellos sabía dónde estaba: más allá, más allá ¿pero dónde? Se habían caminado leguas y leguas, se había atravesado el desierto: los bosques seculares se hallaban solitarios, la naturaleza entera estaba muda: el silencio reinaba en todas partes, la muerte había

casi exterminado á los expedicionarios, y los que todavía sobraban, seguían adelante tentados por lo desconocido que los fascinaba.—Así, en pocos años el vasto continente meridional americano fué descubierto y explorado en todas direcciones.

En cuanto al Reino de Quito, no fué solamente la expedición de Gonzalo Díaz de Pineda la que entró á la región oriental, ni la de Gonzalo Pizarro la única que exploró aquellas selvas: además de éstas que fueron las más notables hubo otras expediciones, y entre ellas la del Capitán Pedro de Vergara, el año de 1541. La expedición ó, mejor dicho, correría de Pedro de Vergara no tuvo resultado alguno, porque Vergara, saliendo de las montañas, acudió en servicio del Rey y se alistó entre los que se disponían á debelar la facción de Don Diego de Almagro, el joven. Los compañeros de Vergara estaban tan necesitados, que imploraron de Vaca de Castro un socorro, que les fué concedido, con prontitud y largueza.—En esta excursión fué reconocida la región oriental, que actualmente corresponde á las provincias de Loja y del Azuay, designada en aquel tiempo con el nombre vago de los *Bracamoros* (1).

(1) Pedro de Vergara tuvo comisión de Francisco Pizarro para hacer la conquista de los Bracamoros, cuyo territorio atravesó para salir á la actual provincia del Azuay, donde comenzó á ejercer extorsiones con los indios ya reducidos y pacíficos, por lo cual el Cabildo civil de Quito acordó que Lorenzo de Aldana partiera de esta ciudad para defender á los indios y echar con las armas, si fuere necesario, á Vergara: Lorenzo de Aldana era entonces teniente de gobernador en Quito, nombrado por el mismo Don Francisco Pizarro. Entre los dos capitanes celebraron un avenimiento, y Ver-

Terminada prósperamente la pacificación del Perú en la jornada de Jaquijaguana, que tan desgraciada fué para Gonzalo Pizarro y sus partidarios, resolvió el discreto y sagaz Don Pedro de La-Gasca desahogar la tierra, como él decía, dando entretenimiento lucrativo á los soldados, que habían peleado en defensa de la causa del Rey, y repartió comisiones para entrar á las provincias trasandinas y hacer en ellas descubrimientos y conquistas. Con más conocimiento ya por entonces de la configuración del suelo americano, se distribuyó toda la región oriental en secciones ó departamentos, que recibieron nombres especiales: tomóse por base la gran cordillera de los Andes, que atraviesa de Norte á Sur todo el continente meridional americano, y se trazaron de Occidente á Oriente líneas horizontales imaginarias, paralelas, dejando hacia el lado del Atlántico abierto el campo á la actividad y fortuna de los expedicionarios. Como no hace

gara se tornó á Lima, evitándose así una guerra civil.—Véase á Herrera en la Década sexta, y á Mendiburu en su Diccionario histórico y biográfico del Perú.—El cronista Herrera dice que la comisión para descubrir y conquistar en los Bracamoros le fué dada á Pedro de Vergara por Hernando Pizarro: cuando Gonzalo Pizarro venía para Quito se encontró en la provincia de Loja con Vergara, empeñado en la pacificación de los indios de Malacatos.

En el Libro primero de actas del Cabildo civil de Quito se encuentra, en el acta de la sesión del 31 de Marzo del año de 1540, la representación de los Regidores de Quito contra Pedro de Vergara, el cual, según dicen los Regidores, hacía dos meses y medio á que había salido al pueblo de Tomebamba y estaba cometiendo extorsiones contra los indios cañaris.

á nuestro propósito ocuparnos en los descubrimientos que se hicieron en provincias, que hoy forman parte de nuestras Repúblicas vecinas, hablaremos solamente de los que se llevaron á cabo en nuestros actuales territorios (2).

Toda la región oriental se consideró dividida en cuatro provincias ó gobernaciones, como se decía entonces: la de Yahuarsongo y Bracamoros, al extremo meridional: la de Macas, en el centro; y la de Quijos, al Norte: con esta última partía límites por el lado del Sur la de Mocoa y Sucumbíos, que ahora es territorio colombiano.—La primera comprendía propiamente dos secciones: la de Yahuarsongo al Sur, y la de Bracamoros al Norte: la llamada de Macas, desde las selvas de Gualaquiza á las espaldas de Cuenca, hasta las orillas del Pastaza, designado en aquellos remotos tiempos con el nombre de Río de Tunguragua: la de Quijos se apellidaba también de Sumaco y la Canela.—En tan inmenso territorio hicieron los primeros descubridores y conquistadores la fundación de unos cuantos villorios, á los cuales condecoraron con el título de ciudades, apellidándolos con los nombres de algunas de las más famosas de Castilla y de Andalucía: en el territorio de Yahuarsongo

(2) CALVETE DE ESTRELLA.—Rebelión de Pizarro en el Perú y Vida de Don Pedro Gasca.—(Libro cuarto, capítulo nono.—Tomo segundo, en la edición de Madrid de 1889).—A la gobernación de los Quijos se le señalan veinte leguas de Norte á Sur, y doscientas de Occidente á Oriente.-El mismo La-Gasca le dió esta gobernación á Rodrigo Núñez de Bonilla.

hubo primero una ciudad de Jerez, y después una de Jaen: en los Bracamoros fundó el Capitán Juan de Salinas cuatro ciudades á las que honró con los nombres de Valladolid, Loyola, Neiva y Santiago: en los mismos Bracamoros los capitanes Mercadillo y Benavente fundaron á Zamora, la más antigua fundación que en la región oriental ecuatoriana verificaron los españoles: en la dilatada gobernación de Macas se fundaron Logroño y Sevilla del Oro: en la de los Quijos estuvieron Baeza, Avila, Archidona y Alcalá: más al Norte, existió Ecija de Sucumbíos.— En la segunda mitad del siglo décimo sexto estaban fundadas en la región oriental todas esas ciudades; mas, aún no había concluído todavía el siglo, cuando ya todas ellas habían desaparecido casi completamente: tenían los privilegios municipales de ciudad, pero ninguna de las condiciones para prosperar. Las casas de ellas no eran sino cabañas pequeñas, construídas de cañas y techadas de paja, con paredes delgadas, á las que una ligera capa de barro servía para darles consistencia. En la región oriental suele ser prolongada la estación de las lluvias: el terreno de ordinario es húmedo, y la temperatura más bien abrigada que fresca.— En ninguna de estas tristes aldeas, condecoradas con el nombre de ciudades, había edificio alguno sólido: las calles estaban tiradas á cordel, y las manzanas bien distribuídas; pero los edificios eran chozas de aspecto desapacible y de frágil construcción. No obstante, diremos algo acerca de la fundación de ellas: la historia conviene que recoja circunstancias, que, bajo ciertos respectos, parecen insignificantes.

II

De los tres departamentos, en que á los principios de la época colonial estaba dividido el inmenso territorio trasandino, el que primero recibió pobladores y colonos españoles fué el de Yahuarsango y Bracamoros: después el de Quijos y, por último, el de Macas.

Casi inmediatamente después de la batalla de Jaquijaguana, en que fué vencido Gonzalo Pizarro, concedió La-Gasca al Capitán Diego Palomino, vecino de Piura, la conquista de los Bracamoros; y el 31 de Diciembre de 1548, al Capitán Hernando de Benavente, la de Macas.—En el mes de Abril de 1549, Palomino llegó á las orillas del Chinchipe; de ahí pasó á una provincia llamada Perico; visitó la de Cherinos y, por fin, en la de Chuquinga fundó la ciudad de Jaen, la cual ha mudado de asiento cuatro veces, hasta venir á las cercanías de Tomependa, donde se halla actualmente (3).

Benavente entró por Zuña y bajó hasta Gualaquiza, siendo el primero que hubo de habérselas con los jíbaros, gente, cuya altivez sorprendió al Capitán español: en el territorio habitado por las tribus de estos bárbaros indomables no se hizo por entonces fundación ninguna.

La fundación de Baeza en la gobernación de Quijos se verificó como nueve años después, y el

(3) PAZ-SOLDAN.—Diccionario geográfico del Perú.

que la puso por obra fué Gil Ramírez Dávalos, por comisión expresa que para ello trajo de Don Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, Virrey del Perú. Como los indios de Quijos andaban alzados y se manifestaban resueltos á no consentir establecimiento ninguno de blancos en las tierras de ellos, Ramírez Dávalos procedió discretamente, procurando ganarse primero la confianza de los jefes, para lo cual se valió de los buenos oficios del cacique de Latacunga, indio muy ladino, afecto á los españoles y unido por relaciones de parentesco político con una de los más influyentes curacas de Quijos; y tan buena maña se dió el advertido Ramírez Dávalos, que logró que los mismos indios principales salieran á Quito y le rogaran que fundara en su provincia una ciudad de españoles. No obstante, Ramírez Dávalos todavía se hizo esperar, y lo único que les prometió fué que los iría á visitar personalmente en su tierra.—Fijóse el día de la visita: los indios le salieron al encuentro haciéndole fiestas y ostentosas demostraciones de regocijo, á su modo. Casas en que se hospedara le tenían preparadas al término de cada jornada: en estas casas había cruces puestas ahí adrede por los indios: los caminos estaban aderezados y los objetos de comida no se hacían aguardar: los indios le obsequiaban lo mejor que tenían en su tierra, frutas de sus bosques, papas, camotes y papagayos: reunidos los caciques de muchos lugares comarcanos le instaban que allí en esos valles fundara un pueblo de cristianos, porque ellos deseaban abrazar la religión cristiana y ponerse bajo la obediencia de los blancos, á quienes prometían servir. Los in-

dios se presentaban llevando una cruz en la mano, como para agasajar con esa demostración religiosa á sus huéspedes: Ramírez Dávalos confió en la sinceridad de los indios; y, un domingo, 14 de Mayo de 1559, después de mediodía, elegido de antemano el sitio conveniente, hizo la fundación de una ciudad, á la cual, en recuerdo de la patria en que había nacido, le puso el nombre de Baeza: delineó el plano de ella, trazó su plaza principal y sus calles, señaló sitio para iglesia, cementerio y casa de cabildo, y distribuyó solares á los setenta vecinos. que se inscribieron aquel día como primeros pobladores de la nueva ciudad: hincóse un madero en medio de la plaza, desenvainó el fundador su espada y dió en él tres golpes, en señal de que en la reciente población se administraría justicia en nombre de Dios y del Rey. La ciudad de Baeza fué fundada cerca del río Cozanga, en la provincia que se llamaba de Atunquijos, como á veinte leguas de distancia de Quito.—El valle era ameno, sano: el clima abrigado, el suelo húmedo y feraz; en verano soplaban vientos recios; en invierno las lluvias eran incesantes.

Felipe segundo concedió escudo de armas á la nueva ciudad, con los títulos de muy noble y muy leal, y señaláronsele veinte leguas de jurisdicción, con repartimientos de indios y encomiendas para sus primeros pobladores.

Poco tiempo después de fundada la ciudad de Baeza, fué Gil Ramírez Dávalos separado de la gobernación de Quito: por la de Quijos sostuvo un pleito con Rodrigo Núñez de Bonilla, que se la disputaba; y, como la Audiencia de Lima falló en contra de él, se vió obligado á entregarla á su

rival, aceptando una compensación en dinero, por los gastos hechos en la fundación de Baeza.

Don Rodrigo Núñez de Bonilla, segundo gobernador de la provincia de Quijos, era uno de los personajes más notables que había entonces en la colonia: compañero de Benalcázar en la conquista de estas provincias y uno de los primeros pobladores de Quito, gozaba de la consideración debida á su riqueza, á su jerarquía social y á sus merecimientos; pero, como era anciano y achacoso, falleció pronto dejando vacante la gobernación, la cual, por el mismo Marqués de Cañete, le fué concedida á Melchor Vázquez de Avila, quien vino á ser, por esto, el tercer gobernador de Quijos, Sumaco y la Canela.

Bonilla trasladó la ciudad de Baeza del sitio en que la había fundado Gil Ramírez á otro más sano, porque el primero era húmedo y pantanoso; pero los alzamientos de los indios comenzaron casi al mismo tiempo en que se hizo la traslación de la ciudad; y Alonso Bastidas, teniente de Bonilla, se vió en tanto apuro, para defenderse que, no teniendo plomo de qué hacer balas, fundió su vajilla de plata, y con tan rico pertrecho hizo disparos á los sitiadores. Baeza tuvo así la suerte de ser defendida con balas de plata por sus primeros pobladores: balas de plata contra las flechas de los indios!.... ¿No era una expiación providencial para la codicia de los conquistadores?

Gil Ramírez Dávalos era humano, y con sus acciones no contradecía la nobleza de su linaje: trataba con blandura á los indios y se hacía amar de ellos. En nuestra historia colonial es uno de los personajes más prominentes, y merece pasar

á la posteridad con un nombre merecidamente honorable (4),

Para no cortar el hilo de nuestra narración, continuaremos refiriendo lo que sucedió en la gobernación de los Quijos, hasta la completa decadencia de ella; después contaremos lo que acaeció en la de Macas y en la de Yahuarsongo y Bracamoros.

Melchor Vázquez de Avila, tercer gobernador de Quijos, residía en el Cuzco, y obtuvo la gracia de nombrar como su teniente al Capitán Andrés Contero, muy conocido ya por sus expediciones á la provincia de Esmeraldas. Contero fué quien fundó la ciudad de Avila, á la orilla del Suno: corre el rio en aquella parte hundido en

(4) La ciudad de Baeza se llamó Baeza del Espíritu Santo de la Nueva Andalucía, en los de Quijos: como se fundó el día de la Pascua de Pentecostés, por eso la llamaron del Espíritu Santo, y á la provincia de los Quijos le dieron el nombre de la Nueva Andalucía.

Gil Ramírez Dávalos era natural de la ciudad de Baeza en el reino de Jaen en España, hijodalgo y persona digna de consideración: fué á la fundación de Baeza con sólo treinta y nueve españoles, y después de Quito se le enviaron otros cuarenta más: los primeros pobladores de Baeza fueron, pues, setenta, casi todos extremeños, andaluces y castellanos.—Rodrigo Núñez de Bonilla alegaba tener derecho á la gobernación de los Quijos, por haberla merecido en premio de los servicios hechos á la causa del Rey cuando la rebelión de Pizarro: la Audiencia de Lima reconoció el derecho de Bonilla á la gobernación de Quijos, pero le obligó á pagar á Ramírez Dávalos cinco mil pesos de oro, que éste había gastado en la fundación de Baeza.—El escudo que Felipe segundo concedió á la ciudad de Baeza era una imagen de Nuestra Señora del Rosario, con dos indios arrodillados á los pies, uno á cada lado, llevando sendos rosarios pendientes del cuello.

un cauce profundo y estrecho entre dos peñas negras tajadas á plomo (5).

La ciudad de Archidona fué fundada por el Capitán Bartolomé Marín: el asiento de la ciudad se puso en un punto llamado los *Algodonales*, por las muchas plantaciones de algodón que había allí, y diósele el nombre de Archidona en recuerdo de la patria del fundador, nacido en Archidona de Andalucía.

Algunos años más tarde el mismo Marín hizo la fundación de otra ciudad, á la cual llamó San Pedro de Alcalá del río, porque se asentó cerca del Coca, en la provincia de los Cofanes.—Tales

(5) Andrés Contero era teniente de Melchor Vázquez de Avila, como lo hemos advertido en el texto, y Bartolomé Marín era subalterno de Contero.— La ciudad de Alcalá del río se fundó el 14 de Agosto de 1563, en medio del valle del Coca: este valle en la lengua de los indios se llamaba Maza, y el Cacique principal era Taje. La ciudad de Alcalá se llamó también Alcalá de los Quijos, y San Pedro de Alcalá del río dorado.—Bartolomé Marín era natural de Archidona en España: cuando entró á la provincia de los Quijos, estaba ocupado en reunir algunos soldados para acompañar á Pedro de Ursúa en su expedición al Marañón; y, como supiera que Ursúa había partido ya de Lima, se asoció á Andrés Contero para la expedición á los Quijos.—La primera fundación de Archidona hecha por Bartolomé Marín se deshizo, á consecuencia de lo muy malsano del punto en que estaba fundada; y Juan Mosquera la trasladó al sitio llamado los *Algodonales*.

En cuanto á Gil Ramírez Dávalos, ha cometido un error grocero nuestro historiador el Padre Juan de Velasco, asegurando que los Ramírez Dávalos eran dos, ambos hermanos, el uno llamado Gil y el otro Egidio: no hubo más que un solo Gil Ramírez Dávalos y Gil y Egidio no son dos nombres distintos, sino un solo nombre, de un solo personaje. Véase lo que acerca de esto escribió un americanista tan au-

fueron las cuatro poblaciones principales de gente blanca ó española que hubo en la gobernación de los Quijos: las llamaron ciudades, nombre pomposo, que hacía contraste con el aspecto miserable de ellas. Las poblaciones de los indios eran bastantes, pero desparramadas en una extensión inmensa de terreno y alejadas á no poca distancia unas de otras.

El Capitán Bartolomé Marín descubrió en el distrito de la ciudad de Archidona unas ricas minas de oro; mas la noticia de este descubrimiento le fué perjudicial, porque, despertando la codicia de algunos vecinos de Quito, lo acusaron de que era casado en España y de que vivía en Indias

---

torizado y erudito como el Señor Don Marcos Jiménez de la Espada.-"GIL RAMIREZ DE AVALOS ó DAVALOS (ps. 156 "y 183).—Dos hermanos hizo de este honrado y exelente va- "ron el autor de la *Historia del Reino de Quito*, que sin vacilar "llamaré perniciosa, así por haber sido escrita poco menos "que totalmente de memoria y en mucha parte de fantasía, "como porque, con todo eso, no hay quien pueda arrancarla "de cuajo del corazón de los quiteños.

"Dividió, como dijo, el jesuíta quitense en dos á Gil Ra- "mírez Dávalos, Gil y Egidio, de la misma manera que pudo "hacer tres de su Santo Patriarca, Ignacio, Iñigo y Eneco, "y resultó de la operación tan lastimada la verdad de los "hechos del único Gil Ramírez, que de sobra valía la pena "de que un historiador como el Sr. González Suárez, en quien "la imparcialidad se iguala con la perspicacia, hubiera reme- "diado el desperfecto, yéndose derecho al disparate y proban- "do que lo es y en qué consiste, y de pasada aclarando una "distinción sospechosa de los nombres del fundador de *Baeza* "y de *Cuenca* que corre en la *Geografía* del Sr. Villavicencio, "y debe, sin duda alguna, endosarse al P. Velasco...."

El error estaba ya rectificado en esta nota, cuando salió á luz en Madrid el *Volumen tercero* de las "Relaciones geo-

dejando abandonada á su mujer. Acogió la denuncia el Presidente Don Hernando de Santillana, hizo venir á Quito á Marín y lo metió en la cárcel, donde lo tuvo encerrado algún tiempo. Esto pasaba el año de 1565.

En tiempo de Melchor Vázquez de Avila sucedieron los más espantosos levantamientos y rebeliones de los indios de Quijos. Melchor Vázquez era muy anciano y murió en el Cuzco, sin haber venido á residir en su gobernación ni un solo día: los indios, tiranizados por los encomenderos, se alzaron y cometieron robos, incendios y asesinatos. Con este motivo fué depuesto y residenciado Melchor Vázquez, y en su lugar el

---

gráficas de Indias''; pero el *Tomo sexto* de esta nuestra Historia General de la República del Ecuador aún no se había dado á la estampa.

Rodrigo Núñez de Bonilla fué tesorero del ejército en la conquista de Quito: tuvo muy pingües repartimientos en diversas provincias, cayó prisionero en la batalla de Iñaquito y fué desterrado á Chile por Gonzalo Pizarro; pero logró fugar en el camino y se dirigió á Méjico, de donde regresó para militar bajo las banderas reales. Casóse en Quito con Doña María de la Cueva, hija de Francisco Flores, el cual con su esposa y dos hijas vino de Méjico á establecerse en Quito. Bonilla murió en Quito el año de 1560, á los dos meses de haber salido de Baeza.

Alonso Bastidas era casado con Doña Isabel de la Cueva, la otra hija de Francisco Flores, uno de sus compañeros y soldados de Hernán Cortés en la conquista de Méjico: Flores era casado con Doña Francisca de la Cueva.—Este Bastidas fué uno de los primeros descubridores y conquistadores del Nuevo Reino de Granada, en compañía del Capitán Vadillo.—(Informaciones de servicios de Gil Ramírez Dávalos y de Alonso Bastidas: documentos inéditos en el Real Archivo de Indias en Sevilla).

Virrey del Perú Don Francisco de Toledo dió la gobernación de los Quijos á Don Agustín Ahumada, hermano de Don Lorenzo de Cepeda y, por consiguiente, también de la célebre reformadora del Carmelo, Santa Teresa de Jesús.

Parece que Don Agustín Ahumada vino al Perú en compañía de La-Gasca, ó talvez antes: militó siempre bajo la bandera de los leales y granjeó merecimientos, sirviendo en Chile á órdenes de Don García Hurtado de Mendoza.—El once de Agosto de 1580, en la ciudad de Baeza tomó posesión de su destino, el cual se le había concedido para cuatro años: hizo un viaje de exploración hasta los Omaguas, y, al concluir su gobierno, fué acusado de exacciones cometidas contra los indios y estuvo encarcelado, hasta que logró vindicar su conducta y salir absuelto. En 1584, emprendió viaje de regreso á España y falleció en la Península antes de poder volver á América, donde se le había hecho merced del corregimiento de Tucumán. Entre tanto, la gobernación de los Quijos cada día iba arruinándose más y más y caminando rápidamente á su completa destrucción: ¿qué causas había para ello?—Esas causas eran varias, y conviene que las demos á conocer.

III

Todas las comarcas orientales, que se extienden tras la gran cordillera de los Andes, estaban pobladas por tribus numerosas de indígenas, acostumbrados desde que nacían á llevar una vida de separación y de aislamiento, morando cada

familia en rancherías aparte, levantadas de ordinario en medio de la espesura de aquellos bosques seculares. Los varones eran altos, delgados y casi amarillentos: vestían una especie de túnica ligera, formada de un par de tiras de lienzo de algodón, sujetadas con nudos sobre los hombros: esto en los días de fiesta, en que se ponían de gala; en los otros andaban por lo común desnudos, y los más pulcros ataban el miembro suyo con un hilillo, que se lo envolvían al rededor de la cintura.—Las mujeres se cubrían de la cinta abajo con un paño de lienzo de algodón, que les daba vueltas sobre el cuerpo. El cabello lo acostumbraban siempre crecido, lasio y desgreñado, así los varones como las mujeres.

La poligamia era usada entre ellos; y de la fidelidad conyugal de sus mujeres no hacían mucha cuenta, pues el huésped que llegaba á sus cabañas no llevaban á mal que holgara con una de sus esposas, con tal que pagara puntualmente el precio acostumbrado por la cohabitación; porque, es de saber que corría entre ellos una cierta especie de moneda, la cual consistía en unas cuentezuelas de hueso ensartadas en un hilo: un número contado de esas cuentezuelas era una moneda, que llamaban *carato*: tantas sartas iguales de esas cuentas, otras tantas monedas.

Eran débiles de fuerzas, enarvados por el calor del clima, ociosos, taciturnos y muy dicimulados: avezados á traiciones, sospechaban lazos donde quiera, y se recelaban de todos. Estos indios de Quijos, antes de la dominación de los Incas y después en tiempo de estos soberanos, tenían trato frecuente y comercio establecido con

las tribus de la planicie interandina, á donde acudían para sus tratos y granjerías: compraban indios é indias de otras partes, para servirse de ellos como esclavos, ocupándolos de preferencia en la labranza del campo y cuidado de sus sementeras.— Cultivaban el maiz, la yuca, la papa y el camote: comían carne de la que cazaban: dantas, zahinos ó puercos de monte y aves. Muy dados á la embriaguez, en sus reuniones y fiestas hacían borracheras estrepitosas: una vez perdido el uso claro de la razón se entregaban á ciegas á los placeres de la carne, y entonces no respetaban ni los vínculos más estrechos de parentesco, riéndose después de sus más feos incestos: tan extragado estaba en ellos el sentimiento del pudor, y tan torcido el criterio moral.

En sus banquetes solían tomar á manera de postre un bocado de coca, y luego mordían un bollo duro, formado de una masa sólida de cal y ciertas hierbas molidas: asimismo, un bocado de coca mascada les servía para adivinar, poniéndola en la planta de la mano, cuando estaba todavía humedecida con saliva: ahí miraban en los trozos de ella, y en los colores de las bombillas formadas por la saliva.

No edificaban templos, y adoraban árboles, pájaros y otros objetos: eran agoreros, y entre ellos había ciertos indios que ejercían la profesión de adivinos, por lo cual eran muy reverenciados y obedecidos.

Cuando querían contraer matrimonio se presentaba el novio ante los padres de su pretendida y arreglaba con ellos el precio en que la había de comprar, pagándolo en aquellas cuentezuelas de

que hemos hablado ya: satisfecho el precio, iba, callado, al otro día, y dejaba en la puerta de la casa un haz de leña, un atado de paja y algo de comida: salía el padre de la novia y la entregaba al pretendiente, con lo cual el matrimonio estaba celebrado.

Con los muertos hacían pocas ceremonias: si eran caciques, les abrían el vientre, les sacaban las vísceras interiores, les untaban todo el cuerpo con un cierto betún y luego les colgaban para momificarlos, al aire, al viento y con el humo del hogar: si era un muerto común lo enterraban debajo de sus fogones, en la propia casa de su habitación.

No formaban un gran estado ni una nación organizada: cada parcialidad se gobernaba por sí; y, cuando iban á la guerra, elegían por jefe al más valiente y esforzado de entre los caciques, y el mando le duraba lo que duraba la guerra, nada más: sus armas eran lanzas, picas de madera, rodelas; la macana y dardos.—Cortaban las cabezas de los enemigos y las calocaban en maderos clavados en el suelo, al rededor de sus casas: eran antropófagos, y en los banquetes con que celebraban sus triunfos servían como plato regalado una pierna ó un brazo asado de los prisioneros de guerra.

Como arbitrio contra sus enemigos, empleaban enormes piedras, que, atándolas con bejucos, las suspendían en las laderas de los cerros sobre los caminos estrechos y fragosos: al pasar descuidados sus contrarios, cortaban las ataduras y aquellos pedrones se desgalgaban con ímpetu, dando botes y arrastrando en su caída cuanto

encontraban al paso: manera de guerrear terrible y desastrosa, de la cual fueron víctimas algunos soldados de Gonzalo Díaz de Pineda. Lo frondoso de la vegetación contribuía para hacer más grave el peligro, ocultando á la vista aquella máquina de guerra, tan original.

En todo eran raros estos indígenas: cuando una mujer sentía los dolores del parto, se ponía junto á un río, y allí daba á luz: luego se bañaba ella, y lavaba también á la criatura recién nacida; después volvía á sus faenas domésticas, mientras el marido, acostado en cama, ayunaba, observando una dieta rigurosa. Tan estricta era esta dieta, y tan prolongado el ayuno, que algunos morían á consecuencia de esto.

Tenían también la costumbre de deformar el cráneo, atando dos tablillas, una á la frente y otra á la nuca de los niños, desde que nacían.— Los indios de Baeza, en tiempo de su gentilidad sabían hacer con pasta de coca algunas figurillas de animales, y las sacaban á vender á otros pueblos: estas figurillas eran idolillos ó amuletos caseros.

No por andar casi completamente desnudos, estos indios eran menos aficionados á adornos y joyas; antes, por el contrario, se esmeraban en engalanarse con patenas de oro, que se las colgaban al pecho; con narigueras del mismo metal precioso y con unos clavos de cierta sustancia parecida al ámbar blanco, que se los metían en el labio superior. Eran muy diestros en trabajar el oro, y en todas las casas de ellos tenían sus fundiciones.

Usaban también el pan de yuca; y del zumo

de esta raiz asada sacaban un licor, con el cual se embriagaban, haciendolo fermentar: su ocupación era de ordinario la caza, y, cuando no andaban en la guerra se pasaban los días enteros en la más completa inacción, porque nada odiaban tanto, como trabajar y someterse á volutad ajena (6).

Nunca se resignaron á obedecer á los españoles, ni menos á servirlos; siempre aborrecieron á los blancos y buscaron el modo de sustraerse á la servidumbre de ellos. La instrucción religiosa la recibían de mala gana, y su conversión al cristianismo no fué nunca sincera, porque en secreto conservaban la adhesión á sus antiguas prácticas supersticiosas. Como los españoles los constreñían al trabajo, en la labranza del campo, en la plantación de algodón y en el tejido de mantas, la vida se les hacía insoportable: de suyo holgazanes y voluntariosos, débiles de fuerzas y acostumbrados antes á gozar de absoluta independencia, gemían viendose esclavos de los colonos: ni era la labor del campo y el tejido la única ocupación de los indios: muchos andaban de una parte á otra, llevando á cuestas cargas pesadas: no pocos eran echados á los lavaderos de oro, faena ruda y penosa: otros servían en todos los

(6) ORTEGON.—Descripción de la gobernación de los Quijos.—(Todas las noticias relativas á los usos y costumbres de los indios quijeños se han tomado del informe ó descripción, que el Licenciado Don Diego de Ortegón remitió al Consejo, después de haber practicado la visita de esas provincias.—Quito, á primero de Febrero de 1577.—Inédito en el Real Archivo de Indias en Sevilla).

quehaceres domésticos, como pajes de los cristianos. Los castigos eran frecuentes, á menudo crueles, y casi siempre impuestos según el humor de los patrones, causas suficientes para que los indios ansiaran sacudir de sobre ellos el yugo de la servidumbre, que los tenía tan oprimidos.—Este yugo en vez de aligerarse se hizo todavía más pesado con la medida, que la autoridad empleó para suavisarlo.

Fué el caso que, por disposición de Felipe segundo, debía salir uno de los Oidores á recorrer la tierra, visitándola para hacer justicia y reparar los agravios que los indios estuviesen padeciendo: el designado para practicar la visita en la gobernación de Quijos fué el Licenciado Diego Ortegón, á quien ya conocen los lectores de esta historia.—Ortegón se puso en camino para Quijos: no iba solo; antes viajaba con aparato, acompañado de notarios, alguaciles y escribano; le seguían sus domésticos y hasta una negra, su cocinera. El Oidor fué visitando los pueblecillos del tránsito, y en Baeza, Avila y Archidona se detuvo de propósito, inquiriendo el proceder de los encomenderos y administrando justicia.

Ahí, á vista suya, hizo matar los perros que los españoles tenían para rastrear á los indios y cogerlos: estos perros eran un auxiliar poderoso para los encomenderos, olfateaban á los indios y daban con ellos por escondidos que estuviesen; cuando el conquistador ó el encomendero los azuzaba, hacían presa en el indio y lo despedazaban á dentelladas. El verbo aperrear, inventado por los conquistadores de América, ha perpetuado en la lengua castellana el recuerdo de uno de los

más feroces arbitrios, que contra los desnudos indios se pusieron entonces en práctica, para aterrarlos, vencerlos y conservarlos sumisos.

La visita del Oidor Ortegón fué onerosa para los colonos y sumamente perjudicial para los indios: el recibimiento al visitador fué costosísimo, porque los banquetes en esas montañas exigieron gastos muy superiores á las proporciones de los visitados: los salarios de los empleados de visita fueron exorbitantes, los penados casi todos, y las multas y condenaciones demasiado excesivas. ¿Qué había de suceder? Lo que sucedió: los indios cayeron en una opresión más dura y más insoportable, que aquella bajo la cual habían estado gimiendo antes de la visita: si antes habían trabajado, después se les obligó á trabajar sin descanso, porque con el trabajo de sus indios y con los tributos de sus encomiendas hubieron de pagar los vecinos de Quijos las multas y los demás gastos de la visita. Abrumados de trabajo, los indios se rebelaron.

Nada hacían sin consultar primero sus oráculos: los hechiceros, llamados *Pendes*, ayunaron el riguroso ayuno ritual que solía preceder á toda empresa importante, y para ellos ninguna lo era tanto como la de libertarse de sus opresores: concluído el ayuno, aseguraron que el mismo Dios de los cristianos les había hablado y les había mandado que los mataran á todos, sin perdonar la vida á ninguno. Principió, pues, la conjuración: los indios son muy fieles en guardar secreto, y los de Quijos se distinguían entre todos por esa cualidad. No hubo ni un solo cacique que se negara á tomar parte en el alzamiento: todo

preparado, señalaron el día y se distribuyeron el trabajo de la acometida. En un mismo día y á la misma hora habían de caer sobre todas tres ciudades, procurando sorprender á los españoles, cuando todos estuvieran reunidos y descuidados. El caudillo de la conjuración era el cacique Jumandi.

Ahora es tiempo de acabar con nuestros opresores, decían los indios: después, ellos se han de aumentar más, y á nosotros nos han de oprimir á medida de su aumento, y ya nos será difícil librarnos de los blancos! Tan grande era el odio de los indios contra los blancos, que las mujeres, apenas parían, mataban á las criaturas, y, poniéndolas en una olla, las enterraban, diciendo que, para qué habían de vivir en tiempo tan miserable, y que era mejor consumirse todos, antes que padecer, como estaban padeciendo (7).

Parece que el recelo de que el plan se descubriera obligó á los indios á anticipar el día del

---

(7) Baeza tenía cinco mil trece indios.

Avila, dos mil seiscientos trece.

Archidona, dos mil trescientos setenta y seis. Esta era la población de la gobernación de los Quijos el año de 1576.-- Había varias parcialidades de indios distribuídas en los términos de todas tres ciudades.

Baeza contaba con tres provincias que eran Atunquijos, la Coca y Cozanga: en la primera había cuatro poblaciones, á saber Atunquijos, Chalpe, Pachamama y Coxque.

En la de la Coca estaba el pueblo del Barco, llamado así por hallarse situado en el punto en que Gonzalo Pizarro hizo construir el bergantín en que se embarcó Orellana.

En la de Cozanga se contaban los pueblos siguientes: Cozanga, Guarioita, Seteta, Conduceta y Guacamayos.

ataque, y el 29 de Noviembre de 1578 fueron acometidas las ciudades de Avila y de Archidona: en la primera los vecinos estaban no sólo desprevenidos, sino hasta descuidados; y, á mediodía, cuando los bárbaros se derramaron por la ciudad, matando á cuantos encontraban, entonces cayeron en la cuenta del peligro, y perecieron todos, sin que ninguno lograra escapar: los indios, ciegos de furor, no perdonaron á nadie, y, después de dar muerte á todos los moradores de la ciudad, prendieron fuego á las casas y las redujeron á cenizas: dejaron solamente dos de las más grandes, para alojarse ellos ahí aquella noche, y, á la mañana siguiente, las quemaron también: arrancaron hasta los árboles frutales que los vecinos tenían plantados en sus huertas. Satisfecha así de un modo tan sangriento su venganza, se dispersaron.

Los de Archidona pudieron defenderse tres días: advirtiendo el peligro, formaron apresuradamente una especie de palenque ó fuerte con los materiales de construcción que encontraron á mano; pero, como no tenían pólvora ni provisiones de boca, sucumbieron, y los indios los mataron á todos, y quemaron la ciudad. En el sitio de ambas ciudades muchos vecinos murieron á pedradas, porque los indios, con sus hondas, lanzaban de todas partes á la redonda una granizada incensante de piedras.

En esta ocasión se puso de manifiesto cuán implacable era el aborrecimiento de los indios contra los blancos: en Avila echaron de ver que el Cura se había escondido en la iglesia, y le prendieron fuego: resistió el Cura cuanto pudo en

medio del incendio; al fin, saltando por entre las llamas, huyó: lo persiguieron los indios y lo mataron á lanzazos: el sacerdote, hincado de rodillas y puestas las manos, imploraba compasión de sus asesinos; pero, en vano!

Una india, en quien un español tenía cinco hijos y con la cual había vivido en el mismo hogar, salió á la plaza y á grandes gritos llamó ella misma á los indios, les advirtió que el español estaba desarmado, y lo hizo matar no solo á él, sino hasta á sus propios hijos.— Un indiecillo, que servía de paje á otro español, lo asesinó de la manera más alevosa: huía el patrón montado á caballo; hizo el paje demostración de mucho sentimiento, porque lo dejaba abandonado; tomólo á la grupa, y el traidor le dió por la espalda, á mansalva, una cuchillada. De Baeza escapó con vida solamente una niña, á quien la encontró escondida en el monte un cacique: la amparó entre los suyos y la destinó á su servicio, en la humilde condición de esclava.—Tan triste fin tuvieron Avila y Archidona, á los pocos años de fundadas.

Baeza se conservó, merced al aviso que los de Archidona alcanzaron á enviarle muy á tiempo: de Baeza vino la noticia á Quito, y de esta ciudad partió con grande diligencia un auxilio de más de trescientos individuos armados, bajo el mando de Rodrigo Núñez de Bonilla, hijo del conquistador: llevaban arcabuces, balas y pólvora, único pertrecho con que era posible hacer frente á los bárbaros, cuyas muchedumbres eran innumerables. En menos de cuatro días estuvo Bonilla en Baeza: vinieron los indios, cercaron

la ciudad y comenzaron el ataque con furia desesperada; pero las balas no tardaron en derrotarlos: temblaban de los arcabuces; y, cuando advirtieron que los soldados estaban armados de ellos, se desconcertaron y huyeron. Bonilla los persiguió, sin darles tiempo para que pudieran reponerse del susto, y entre los prisioneros cayó Jumandi, el tan atrevido caudillo.

Después de vencidos los indios, comenzaron los españoles á ejercer castigos en los prisioneros, para poner escarmiento en los demás: únos fueron ahorcados, allá mismo en Quijos; ótros, traídos á Quito, fueron ajusticiados con grande aparato en esta ciudad, y entre ellos Jumandi, cuya cabeza se puso en una picota en el camino público que conduce al Oriente.--En esta ocasión fué cuando el régulo de Cayambi auxilió á Bonilla, dándole muchísimos indios de servicio y yendo él mismo en persona con los españoles á la defensa de Baeza: sin la cooperación oficiosa de unos indios contra otros, la completa sumisión de los bárbaros de Quijos habría sido imposible. Por otra parte, los indios son impetuosos para acometer, pero luego ceden, y su primer arrojo se trueca en desaliento, con lo cual es difícil desbaratarlos.

Según las costumbres de aquella época, á la ejecución de Jumandi y los hechiceros ó pendes se le dió en Quito un aparato exterior de crueldad, muy repugnante: los infelices indios fueron paseados por las calles de la ciudad en un carro, y con tenazas, caldeadas al fuego, les iba el verdugo atenaceando el cuerpo: cuando llegaron al lugar del suplicio, ya los pendes estaban casi

muertos: Jumandi conservó hasta el fin su fortaleza y murió dando señales de arrepentimiento, pues este indio era cristiano.—A otros muchos indios principales de los pueblos de Quito se los desterró á la costa, como precaución necesaria para evitar alzamientos contra la ciudad: ninguno de estos indios regresó á su hogar; todos perecieron en poco tiempo, víctimas, del clima de la costa! Mucho se temía entonces un levantamiento general de las tribus indígenas, mal avenidas con la raza conquistadora: de ahí, esos castigos, de ahí, esos escarmientos.—La dominanación de los españoles sobre los indios no llegó á establecerse de un modo seguro, sino mediante el terror (8).

---

(8) ORTIGUERA.—La jornada del río Marañón.—(En los capítulos 56° y siguientes hasta el 61° inclusive se encuentra la relación, prolija y circunstanciada,de la sublevación de los indios de Quijos y de la destrucción de Avila y Archidona, con el sitio y defensa de Baeza).—La obra de Toribio Ortiguera se conserva inédita en la Biblioteca Nacional de Madrid.

A la pacificación de Quijos fueron enviados Rodrigo Núñez de Bonilla, el joven, y Don Diego López de Zúñiga, á quien se le gratificó dándole la gobernación de Esmeraldas.

Hemos dicho que los indios serraniegos auxiliaron á los blancos para la conquista y pacificacion de Quijos: el cacique de Latacunga que auxilió á Gil Ramírez Dávalos fué un Don Sancho Hacho, con cuya hermana carnal estaba casado uno de los principales curacas de Quijos.—El cacique de Cayambi, llamado Don Jerómino Puento, acompañó, con doscientos indios, á Rodrigo Núñez de Bonilla á la pacificación de Baeza, y estos indios de Cayambi fueron los que, haciendo una trasnochada, cayeron de improviso sobre Jumandi y lo tomaron prisionero.

La primera rebelión de los indios de Quijos sucedió en

Desde aquella época la provincia de los Quijos quedó casi despoblada, y las ciudades incendiadas no volvieron á levantarse de entre sus ruinas.— Como unos diez años después, entró á esa gobernación como Cura de los pueblos de ella el célebre Don Pedro Ordóñez de Zevallos, conocido ordinariamente por el sobrenombre de *el clérigo agradecido*, que el mismo se puso, cuando dió á luz la relación de sus viajes.—Don Pedro Ordóñez era un hombre raro: activo, infatigable, amigo de aventuras y por todo extremo curioso: comenzó por ser estudiante en Sevilla, abrazó la profesión de marino, viajó por casi todo el mundo y, desengañado de una vida tan inquieta, se ordenó de sacerdote en Bogotá; pero las órdenes sagradas no le mudaron de carácter, y anduvo de una parte á otra, sufriendo naufragios, visitando comarcas remotas y conociendo las costumbres de casi todos los países del mundo. En Quijos se dió maña para reunir á unos cuantos pendes, los tomó desprevenidos y los remitió presos á Quito, como medida segura para conservar sumisos y tranquilos á los demás indios: los presos fueron distribuídos como sirvientes en los conventos de Quito.—Ordóñez de Zevallos recorrió la provincia en varias direcciones y visitó dos veces las tribus de los Cofanes: al fin, cansado y enfermo,

---

Julio de 1560, un año y algo más después de fundada Baeza: la segunda estaba completamente debelada en Mayo de 1579.—Tanto el Obispo Peña, como el Presidente Barros informaron al Rey que la causa principal del levantamiento de los Quijos fué la visita del Oidor Ortegón y la manera cómo la practicó.

salió de Quijos y sirvió como párroco en el pueblo de Pimampiro, hasta que regresó á España y falleció en la ciudad de Jaen, de donde era nativo.

El libro de viajes que escribió el clérigo agradecido tiene algo de novelesco, y no acierta uno á discernir con seguridad los hechos reales, de las circunstancias con que el narrador los ha exhornado, para dar mayor atractivo á su relación (9).

IV

Hemos referido todos los sucesos acaecidos en la gobernación de los Quijos: contaremos ahora lo que sucedió en la de Macas y en la de Yaguarsongo y Bracamoros, conocidas y designadas más tarde en la historia con el nombre de gobernación de Juan de Salinas.

El año de 1557 formóse en Loja una expedición considerable para entrar á la región oriental y conquistar aquellas comarcas: era caudillo de esta expedición un caballero español, llamado Juan de Salinas, á quien, en remuneración de sus servicios al Rey, se le había concedido la gobernación de Yaguarsongo y la de Macas, dándole además el corregimiento de las ciudades de San Miguel de Piura, Loja y Zamora, para que así

(9) ORDOÑEZ DE ZEVALLOS.-Historia y viaje del mundo, del clérigo agradecido.— (En los capítulos 29°, 30°, 31°, 32°, 33°, 34° y 35° del libro segundo está la narración de la entrada á la gobernación de los Quijos y los sucesos, que mientras desempeñó el cargo de Vicario en ella le acontecieron. En el libro tercero hace la descripción de algunas cosas naturales dignas de atención en las mismas provincias).

pudiera con más facilidad realizar la empresa de explorar la región oriental y verificar en ella la fundación de nuevas poblaciones españolas. Organizada la expedición, púsose en camino desde Loja, tomando la derrota hacia el Oriente: tras la cordillera oriental estaba ya fundada hacía algunos años la ciudad de Zamora, apellidada *de los alcaides*: Salinas franqueó el paso de la cordillera, trasmontándola un poco más hacia el Sur, y en el primer valle que le pareció adecuado para establecer su primera población de españoles, allí fundó á Valladolid. Siguió adelante, y en el valle de Cumbinamá fundó una segunda población, á lo cual le dió el nombre de Loyola, para perpetuar el segundo apellido de familia del fundador, emparentado con la casa solariega de Loyola, que tan célebre llegó á ser poco después por San Ignacio y la Compañía de Jesús.

Avanzando todavía más en la misma dirección de Occidente á Oriente, fundó una tercera ciudad, á la cual la llamó Santiago de las montañas; y todavía fundó una cuarta, que recibió el nombre de Santa María de Nieva. De estas cuatro ciudades fundadas por Salinas en la región oriental, la más importante fué la de Santiago, cuyo asiento definitivo se fijó á la orilla del río del mismo nombre, uno de los brazos ó principios más caudalosos del Amazonas. El Capitán Juan de Salinas era infatigable: embarcóse en el río Santiago, y, siguiendo aguas abajo, llegó cerca del famoso Pongo de Manseriche, y, atravesándolo, salió á las tierras de los Mainas: continuó navegando por el Marañón, reconoció el Ucayali y avanzó hasta ponerse en la parte oriental que

cae á espaldas del Cuzco: visitó también la gran laguna de Rimachuma, y, regresando por el mismo camino que había llevado á la ida, tornó á Santiago á los diez y ocho meses después de haber salido de aquella ciudad y cuando ya los primeros pobladores de ella, creyéndolo perdido y muerto, habían comenzado á abandonarla. Este viaje de Salinas es uno de los más notables entre los muchos viajes de exploración que hicieron los españoles en la región oriental americana, poco tiempo después de descubierto y conquistado el Perú.

Salinas gastó dos años en estas fundaciones y en su arriesgado viaje al Marañón: salió de Loja el 8 de Julio de 1557, y regresó el 28 de Agosto de 1559. En su expedición llevó 250 hombres, con los cuales puso por obra la fundación de las cuatro ciudades, cuyos primeros pobladores y vecinos encomenderos fueron ellos (10).

---

(10) RELACIONES GEOGRAFICAS DE INDIAS.-(Citamos esta obra como fuente de nuestra narración: contiene un gran número de documentos inéditos, publicados por la primera vez, y se halla enriquecida con una extensa introducción, con notas curiosísimas y con eruditos apéndices debidos á la pluma del Señor Don Marcos Jiménez de la Espada, académico de la Real Academia de la Historia, y uno de los más insignes americanistas que ha tenido España: la publicación consta de cuatro grandes tomos, de los cuales el tercero y el cuarto contienen documentos relativos casi exclusivamente al Ecuador.—La muerte del Señor Jiménez de la Espada ha sido una calamidad para los estudios americanistas; y en este lugar cumplimos el deber de tributar el merecido elogio á su memoria, por fortuna, muy respetada en la república de las letras; así es que, nuestras alabanzas no podrán atribuirse en manera alguna á parcialidad, por los honrosos y

Otra vez se había llegado al Marañón: Orellana lo había descubierto, bajando por el Napo: Juan de Salinas navegó por el Marañón, entrando en sus aguas por el Santiago y por el Guallaga: Orellana había salido de Guayaquil: Salinas partió de Loja, y llegó al Marañón, á los diez y siete años después que lo descubriera Orellana.—En la relación de su viaje advierte Salinas, que entraban por la orilla izquierda del Marañón dos grandes ríos, de los cuales, dice, el uno tiene sus orígenes en la provincia de Cuenca, y el otro en la de Quito: esos dos grandes ríos eran el Morona y el Pastasa, y Salinas se equivocó al indicar dónde estaban los orígenes de esos dos ríos, cuyos nombres ignoraba: Salinas los llamó, de un modo vago, el río de Cuenca y el río de Quito.

Salinas recibió su nombramiento de gobernador de Yaguarsongo el 10 de Noviembre de 1556, y se le señalaron doscientas leguas de ex-

---

distinguidos calificativos con que citó nuestro nombre en el volumen tercero de estas mismas Relaciones geográficas de Indias).

En el tomo primero se encuentra la *Descripción de la gobernación de los Quijos* hecha por el Conde de Lemos, obra que era ya muy rara: lleva también la reproducción del mapa.

Los documentos relativos á las expediciones y descubrimientos de Juan de Salinas se hallan en el tomo cuarto.—Los originales que se conservan en el Real Archivo de Indias en Sevilla fueron estudiados y extractados por nosotros el año de 1885.

LOPEZ DE VELASCO.-Geografía y descripción universal de las Indias.—(Se publicó por la primera vez en Madrid, el año de 1894, adicionada é ilustrada por el Señor Don Justo Zaragoza, americanista de nota; sin embargo, la edición está

tensión, para que en ellas hiciera las conquistas y fundaciones que pretendía: en esta expedición gastó Salinas más de cincuenta mil ducados.

La fundación de la ciudad de Logroño de los caballeros, en la provincia de Gualaquiza, habitada por la más guerrera tribu de los jíbaros, al Oriente de Cuenca, la hizo el Capitán Bernardo de Loyola y Guinea, sobrino de Juan de Salinas, por comisión de éste; pues, ejercía el cargo de justicia mayor en la gobernación de su tío.

La ciudad de Sevilla del Oro la fundó el Capitán José Villanueva Maldonado. Acerca de la fundación de esta ciudad hubo disputa entre Juan de Salinas y Rodrigo Núñez de Bonilla; pues, el úno sostenía que el asiento de la ciudad estaba en la provincia de Macas, y el ótro pretendía que se hallaba dentro de los términos de la gobernación

---

llena de incorrecciones graves y aún de defectos, que enmendó y rectificó en parte el Señor Jiménez de la Espada, en la Introducción al Tomo tercero de las Relaciones geográficas de Indias).

Herrera.—Descripción de las Indias occidentales.—(La que da de la gobernación de Yaguarsongo y Bracamoros, al hacer la del distrito de la Audiencia de Quito, es cortísima, lo mismo que la de la gobernación de los Quijos: tiene su mapa correspondiente. En el capítulo catorce del libro décimo de la década quinta, vuelve á hacer una descripción, asimismo brevísima, de ambas gobernaciones).

No será por demás citar también las obras de Alsedo, de Coleti y de Raimondi: el Diccionario histórico-geográfico de Alsedo contiene noticias escasas y no del todo exactas; el de Coleti es todavía más imperfecto: Raimondi sigue al cronista Herrera, cuya autoridad aduce, copiando literalmente sus palabras.—En cuanto al Padre Velasco, nos reservamos emitir francamente nuestro juicio en otro lugar de esta historia.

de Quijos.—Entonces con el nombre de provincia de Macas se designaba todo el distrito oriental, desde Loja hasta Riobamba: ocho ciudades había, pues, en la gobernación de Salinas, y eran Jaen, Zamora, Valladolid, Loyola, Nieva, Santiago, Logroño y Sevilla del Oro.

En el año de 1569 hizo Salinas un viaje á España para solicitar mercedes del Rey y ratificación de las concesiones que le había otorgado el Virrey del Perú, Don Antonio Hurtado de Mendoza; permaneció como cuatro años en la Corte y regresó á América. Los últimos años de su vida fueron penosos para Salinas: vióse reducido á prisión en Quito, y envuelto en un juicio criminal, que le seguía la Audiencia, ante la cual se habían presentado quejas y acusaciones gravísimas: obtuvo, al fin, su excarcelación, mediante ciertos obsequios cuantiosos, con que se desembarazó de la hipócrita severidad de sus jueces, y, restituído á sus antiguos empleos, estableció su residencia en Loja, donde, el año de 1582, acabó sus días, achacoso y enfermo del cuerpo, pero muy entero todavía en los devaneos de su juventud.—Salinas era el último de los conquistadores del Reino de Quito, que habían sobrevivido hasta aquella época: no se puede fijar ni el año ni el lugar de su nacimiento; parece haber sido nativo de Córdoba. Hombre de gran carácter y de una entereza de ánimo inquebrantable: meditaba empresas grandiosas, y las acometía con perseverancia: fué acusado de crueldad para con los indios, en quienes se aseguraba que había ejecutado actos feroces de una maldad que horroriza: su temperamento lo inclinaba más á la dureza que á la

blandura; ¿pero será cierto que fué tan calculadamente sanguinario, como se colige de las informaciones que contra él se recibieron en la Audiencia de Quito? El historiador no tiene documentos suficientes ni para condenarlo ni para absolverlo (11).

Juan de Salinas fué el primer europeo que atravesó el tan temido estrecho del Marañón, llamado el *Pongo de Manseriche:* Salinas fué no sólo el primer europeo que navegó por ahí, sino el descubridor de esa asombrosa maravilla natural; y, lo que es todavía más digno de ponderación, Salinas surcó el Pongo aguas abajo, y, tornando desde el Ucayali, volvió á navegarlo contra corriente, subiendo á Santiago, de donde había

(11) En cuanto á las crueldades cometidas por Salinas contra los indios, se le acusó de que los hacía despedazar vivos con lebreles adiestrados á eso: de que los enterraba vivos en hoyos, donde adrede se habían clavado estacas agudas: de que los había quemado vivos, pegando fuego á las casas en que moraban ellos con sus familias: de que, por diversión, mandaba que un pastelero les sacara las muelas y los dientes: de que los mataba metiéndoles púas por las sienes ó empalándolos con un palo que les introducía por el estantino: de que los amarraban en cueros junto á los árboles en que abundaban las hormigas bravas, para que comidos por éstas, pereciesen: á las criaturas que estaban mamando las mataban los soldados, sentándose sobre ellas y aplastándolas, á vista de sus madres: á éstas les cortaban un pecho, ó una mano y un pecho: amarrándoles las manos á la espalda, los despeñaban en hondos precipicios.

Todas estas crueldades se las echó en cara á Juan de Salinas el Fiscal de la Audiencia de Quito, que lo era el Doctor Juan de Peralta. ¿Hubo plena verdad en todo eso? ¿Se exageraba, tal vez?.... La historia no puede ni absolver ni condenar con fundamento.

partido. Conviene que la historia saque del olvido, en que hasta ahora se ha conservado el nombre de Salinas, y lo haga aparecer ante la posteridad con la merecida gloria, que, como á descubridor del Pongo de Manseriche, le pertenece (12).

Las ciudades fundadas por Juan de Salinas tuvieron una duración muy precaria y azarosa: asentadas en lugares sanos, pero muy alejados del centro de civilización establecido en la colonia, con caminos fragosos y despoblados, rodeadas de tribus bárbaras tenaces, aguerridas é indomables, desaparecieron á poco tiempo de fundadas. Los alzamientos de los indios eran frecuentes: la raza indómita y orgullosa de los jíbaros no dejó tranquilos ni un solo día á los vecinos de Logroño; así

(12) El Padre José de Acosta, entre los antiguos historiadores de las cosas de América, fué quien refirió que Salinas había atravesado antes que ningún otro español el Pongo de Manseriche: de la obra de Acosta tomó la noticia el Padre Feijoo: contradijo á ambos el Padre Velasco, pero muy equivocadamente; pues, por documentos fidedignos contemporáneos consta, sin lugar á duda alguna, que Juan de Salinas fué el primer europeo que descubrió el Pongo de Manseriche y que lo navegó de ida y de vuelta, en el año de 1558.

Salinas vino de España á Méjico; acompañó á Hernán Cortés en la expedición al golfo de Higueras; pasó con Benalcázar al Perú y fué uno de los primeros pobladores de Lima, donde edificó casa y tuvo solares propios: sus padres legítimos fueron Martín Sánchez y Victoria Gómez.—Salinas fué el tercer español que navegó por el Marañón: el primero fué Orellana, y el segundo el Capitán Don Alonso Mercadillo en su expedición á la provincia de los Chupachos. Véase el opúsculo, que sobre aquella jornada publicó el Señor Jiménez de la Espada en Madrid, el año de 1890.

es que, esta ciudad fué la primera que desapareció completamente, dejando burlada la esperanza de riqueza, que sus pobladores habían concebido con la muestra de las riquísimas minas y lavaderos de oro, que se encontraron cerca de ella.

En estas sublevaciones incesantes de los indios tomaban parte algunos mestizos díscolos, que, aunados con los bárbaros, acometían á los blancos y los asesinaban; así murieron muchos, y la conservación de esas ciudades en la región trasandina llegó á ser imposible. La acción de la justicia no alcanzaba hasta allá; y, cuando allá se hacía sentir, era para irritar los ánimos con multas y exacciones odiosas; por otra parte, esos lugares remotos y casi inaccesibles eran el refugio de todos los hombres perversos, que, huyendo de la justicia se escondían en la montaña, para vivir ahí impunemente.

Los indios se acabaron en breve tiempo: el trabajo á que no estaban acostumbrados fué causa de que murieran muchísimos. Y ¿cómo no habían de morir, si, echados á las minas, permanecían de sol á sol sin un instante de descanso, hundidos casi siempre en el agua y en el lodo, en tierras, de suyo malsanas y enfermizas, con poco alimento y excesivo trabajo? ¿Cómo no habían de morir, si en los trapiches se los ocupaba en moler la caña, haciendo ellos mismos las veces de los bueyes, que faltaban en aquellas provincias? ¿Cómo no habían de morir, si, en vez de acémilas, se los hacía trasportar cargas á sus espaldas, aunque muchos de ellos estaban llagados y hasta agusanados de aquel trabajo?.... El tributo lo pagaban en oro, y ese oro se les recibía sin peso

ni medida: se exigía tributo hasta por los que habían muerto, fingiéndolos huídos; y los caciques eran metidos en el cepo y castigados, cuando por estas injusticias hacían algún reclamo. La peste de la viruela, llevada por los blancos, prendió en los tristes indios y casi los exterminó.

En lo eclesiástico tampoco pudieron ser bien atendidas esas regiones: hubo falta de sacerdotes, y algunos de los que entraron á la gobernación de Salinas eran frailes fugitivos de los conventos de Quito, y hasta excomulgados dos de ellos. No era fácil que los buenos clérigos, que iban de Curas á esas doctrinas, aprendieran los idiomas de los bárbaros, y la catequización se hacía por intérpretes rústicos, con lo cual, de la religión cristiana aquellas pobres gentes no alcanzaban nada, y las prácticas del culto externo les eran aborrecibles, porque con castigos los constreñían á ellas los doctrineros.—En Baeza fundó el Licenciado Ortegón un convento de dominicanos, que subsistió por muy poco tiempo: en Jaen hubo otro de mercenarios, asimismo de no muy larga duración (13).

Aún no había terminado, pues, el siglo décimo quinto, cuando ya todo ese aparato de gober-

(13) El primer Cura de Baeza fué Don Manuel Diez.—En 1564 fué nombrado el Licenciado Gonzalo Flores, el cual antes de ordenarse de sacerdote fué abogado y ejercía su profesión en Bogotá.

El convento, que, con la advocación de Nuestra Señora del Rosario, fundaron los dominicanos en Baeza no subsistió sino unos pocos años: la fundación se hizo por el Licenciado Ortegón, cuando fué á la visita de los Quijos. El Prior fué Fray Hernando Tellez, y hubo cuatro conventuales más.

naciones y de ciudades y de doctrinas en la región oriental, se había reducido á nada: Zamora duró todavía con el nombre de ciudad; pero no merecía llamarse ni aldea, y asimismo las demás. De los sitios de Valladolid y de Loyola se recogieron en un solo punto los pocos vecinos que habían sobrado, y con ellos se formó un pueblecillo miserable; de otras ciudades se perdió hasta la memoria del lugar donde habían estado. La historia de la región oriental en aquella primera época concluyó, pues, con un triste desengaño (14).—

(14) En la gobernación de Yaguarsongo estuvo desempeñando el ministerio parroquial el ya conocido clérigo Juan de Cáseres Patiño, compañero de Cabello Balboa en las reducciones de los mulatos de Esmeraldas: fué Cura de Santiago de las montañas, y desde esa ciudad pasó con grandísimos trabajos y peligro de la vida á las cercanías de Logroño, cuando el alzamiento de los jíbaros contra aquella ciudad en tiempo de Alderete, sucesor de Juan de Salinas.—Los soldados enviados para la defensa de la ciudad se recogieron en una especie de palenque ó fuerte, donde permanecieron durante un año entero, y ahí fueron socorridos por Cáseres Patiño: los sitiados enviaron aviso pidiendo auxilio á Santiago de las montañas, porque la salida á Cuenca les estaba cerrada. Los sitiados en el palenque eran nueve, bajo las órdenes del Capitán Juan de Zapata. Sufrieron tanta escasez, que se vieron reducidos al extremo de comerse todos los perros que tenían para su defensa, después de haber echado mano de los cueros de las rodelas.

La ciudad de Logroño no tuvo convento ninguno de monjas: tampoco hubo conventos de monjas en Sevilla del Oro, ni en Zamora ni en ninguna otra de las ciudades de la banda oriental fundadas en territorio ecuatoriano; lo que se refiere, pues, acerca de la suerte de las monjas en el alzamiento de los jíbaros carece absolutamente de verdad.

Ninguna de esas poblaciones llamadas ciudades contaba con elementos de conservación y menos de prosperidad:

En el capítulo siguiente comenzaremos á narrar la historia de las misiones, cuyo éxito fué casi idéntico al de la conquista de la banda oriental y la fundación de ciudades en la región trasandina: como historiadores, nuestro criterio es desapasionado y deseamos que la experiencia de lo pasado sirva de lección para lo futuro. Las comarcas orientales estarán perdidas para la civilización, mientras no haya fáciles y cómodas vías de comunicación, que sirvan para unir y enlazar con el vínculo de la vida civil á los que la palabra del Evangelio hubiere iluminado.

Zamora existía hasta el año de 1622, y entonces se dispuso que las campanas de su iglesia parroquial y los vasos sagrados se trasladaran á Loja para el convento de la Concepción que era muy pobre. Entonces en Zamora ya no vivían más que tres vecinos mestizos viejos.—En el territorio de Zamora no se logró aclimatar el ganado vacuno, á pesar de los esfuerzos que se hicieron para conseguirlo.—En el distrito de la ciudad, cuando recién se fundó, se contaban diez y seis mil indios: en 1622 ya no había más que ciento cuarenta, todos los demás habían perecido.

La ciudad de Valladolid se fundó y se abandonó, porque los indios eran muy belicosos y no se daban de paz: volvió á fundarse, y los indios la quemaron y mataron al Capitán Francisco de Mercado, que hacía de teniente de gobernador. En 1598, en Valladolid no había más que unos quince vecinos. La Audiencia pedía en aquel año que de las dos ciudades, Valladolid y Loyola, se formara una sola población incorporándola al regimiento de Loja.

Sobre la fundación de Sevilla del Oro hubo litigio entre los gobernadores, el gobernador de Quijos y el de Yaguarsongo: se fundó la ciudad en distintos puntos, y la primera fundación la hizo el Capitán Alvaro de Paz, con el nombre de Nuestra Señora del Rosario.

CAPITULO TERCERO

Las misiones en la región oriental

Epoca en que principiaron las misiones.—El Padre Rafael Ferrer de la Compañía de Jesús.—Sus entradas á la provincia de los Cofanes.—Su muerte.—Misiones de los franciscanos en el Putumayo.—Los Encabellados.—Se funda entre ellos una misión.—Exito desgraciado de ella.—Viaje aventurado al Pará.—Expedición del Capitán Pedro de Texeira aguas arriba del Marañón.—Texeira llega á Quito.—Su regreso por el Napo.—Le acompaña el Padre Cristóbal de Acuña, jesuíta.—Resultados de la expedición de Texeira.—Los franciscanos fundan una misión entre los Omaguas.—Fray Laureano de la Cruz emprende un viaje á España y se abandona la misión.—Nuevas misiones de los franciscanos en el Putumayo.—Estado en que se hallaban estas misiones á mediados del siglo décimo octavo.—Erección de un colegio de misiones en Quito.—Se traslada á Popayán.—Observaciones.

I

En el capítulo anterior narramos la historia de las varias expediciones que se acometieron para explorar, conquistar y reducir á la obediencia del Rey de España las provincias situadas al otro lado de la gran cordillera de los Andes, en la región oriental; ahora, vamos á referir el establecimiento y el progreso de las misiones en esas mismas provincias. El establecimiento formal de las misiones y la organización de ellas comenzó casi á mediados del siglo décimo

séptimo, más de cien años después de la fundación de Quito.

Dos sucesos de índole semejante ocurrieron, á consecuencia de los cuales se despertó en los Padres de la Compañía de Jesús el celo por la conversión de los infieles y el fervor por reducirlos al gremio de la Iglesia católica: esos sucesos fueron el viaje de exploración, que, desde la ciudad del Pará en el Brasil hasta Quito, realizó en 1638 el Capitán Pedro de Texeira, subiendo aguas arriba por el Marañón y por el Napo: el otro fué la fundación de la ciudad de San Francisco de Borja en el territorio de los Mainas, á la salida del famoso estrecho ó Pongo de Manseriche en el año de 1616.

Los jesuítas habían comenzado años antes sus misiones entre los infieles; pues, á fines del siglo décimo sexto, en tiempo del Obispo Don Fray Luis López de Solís, el año de 1599, había entrado á la provincia de los Cofanes el Padre Rafael Ferrer; pero esas misiones no tuvieron estabilidad.

Era el Padre Rafael Ferrer un jesuíta valenciano, lleno de fervor, y que en las misiones entre infieles tenía puesto el blanco de su celo: entró cuatro veces á la provincia de los Cofanes: la primera solo y sin ningún compañero: en la segunda le acompañó un religioso lego, el Hermano Antón Martín, francés de nación: cuando entró por tercera vez fué acompañado del Padre Fernando Arnolfini, italiano, natural de Luca: en la última llevaba un sacerdote secular, á quien deseaba constituirlo como párroco en la pequeña reducción que había fundado.

Al principio los indios lo recibieron de paz, y aún se mostraron bien dispuestos para aceptar las enseñanzas religiosas del Padre; pero, como observaron que después de las salidas de éste, entraban á sus tierras algunos españoles que los reducían á servidumbre, los forzaban al trabajo y los trataban duramente, sospecharon que el misionero estaba de acuerdo con los blancos, y que la reducción al cristianismo no era sino un medio para oprimirlos y hacerlos esclavos: el amor, pues, se convirtió en odio, y la veneración se trocó en rencor. La muerte del Padre fué resuelta por los principales jefes de la tribu, y se la dieron á traición, de la manera más alevosa. Estaba el Padre de camino con dirección á la ciudad de Pasto, á donde había resuelto salir para reconciliarse: le acompañaban algunos indios, y, al pasar un río caudaloso por un puente formado de un solo madero, voltearon adrede el madero para que el Padre cayera al agua y pereciera: el Padre, en efecto, cayó, y se habría salvado, si su muerte no hubiera estado resuelta de antemano, pues logró asirse del madero, y colgado de él pidió auxilo á los indios: uno de éstos fingió que se lo daba y le alargó la mano; mas, apenas el Padre se hubo cogido de ella, cuando el traicionero la abrió, y, soltándolo de improviso, lo dejó caer al río, cuyas aguas envolvieron el cadáver y lo arrebataron sin que fuera posible encontrarlo, por más diligencias que para ello se practicaron. Así pereció á traición, á manos de sus mismos neófitos, el primer jesuíta, que, deseoso de evangelizar á las tribus infieles, penetró en los bosques orientales: los salvajes, siempre cavilosos y des-

confiados, le dieron muerte ahogándolo en uno de esos innumerables ríos sin nombre, que llevan el tributo de sus aguas al Amazonas.

El Padre Rafael Ferrer era un sacerdote verdaderamente evangélico: deshacido de lo terreno, buscaba sólo el bien sobrenatural de las almas: para entrar á evangelizar á los Cofanes, caminaba á pie, soportando con grande paciencia las incomodidades del viaje penoso desde Quito hasta las márgenes del Aguarico, sin posada segura ni más alimento que el grosero de las tribus salvajes, yuca desabrida, casabe insípido. La Compañía de Jesús cuenta con razón al Padre Rafael Ferrer en el número de sus más ilustres misioneros de las tribus salvajes de la América meridional (1).

(1) De la entrada del Padre Rafael Ferrer á la provincia de los Cofanes y de su muerte á manos de aquellos salvajes hablan los autores siguientes:

NIEREMBERG.—Vidas ejemplares y venerables memorias de algunos claros varones de la Compañía de Jesús.—Tomo cuarto.

VELASCO.—Historia del Reino de Quito—(Tomo tercero.—Libro cuarto, párrafos 3°. y 4°.)

RODRIGUEZ.—El Marañón y Amazonas.—(Libro primero, capítulo décimo).

MARONI.—Noticias auténticas del famoso río Marañón. (Parte segunda, capítulo primero, párrafo primero).

BARNUEVO.—Relación apologética así del antiguo como del nuevo descubrimiento del río de las Amazonas ó Marañón.

ACUÑA.—Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas.

Hablan también del Padre Ferrer, el Licenciado Montesinos en sus *Anales del Perú*, los Padres Cordara, Cassani y

Después de la muerte del Padre Ferrer, las comenzadas misiones de los jesuítas quedaron interrumpidas por más de veinte años, hasta que en 1638 las continuaron con un plan vasto, proponiéndose como teatro para sus trabajos apostólicos la extensa hoya del Marañón y de sus principales afluentes. Suscitóse por aquel entonces una cierta rivalidad entre los jesuítas y los franciscanos, á causa de las misiones del Marañón; y por parte de ambas Ordenes religiosas se elevaron al Real Consejo de Indias representaciones y memoriales, en cuyo lenguaje la acrimonia y el resentimiento se encuentran mal disimulados con los elogios rutinarios que unos á otros se tri-

Tanner en sus respectivas historias de la Compañía de Jesús, las Cartas Annuas de la misma Compañía y nuestro compatriota Cevallos (D. P. F.) en el segundo tomo de su *Resumen de la Historia de la República del Ecuador*. Las noticias más exactas acerca de la misión de los Cofanes y de las circunstancias de la muerte del Padre Ferrer nos parecen las que se contienen en la Relación apologética del Padre Barnuevo. La muerte del Padre Rafael Ferrer sucedió el año de 1611, pero no se pueden fijar con seguridad ni el mes ni el día. En fin, el Padre Ferrer no fué el primer sacerdote que entró á la provincia de los Cofanes; pues, antes la recorrió el presbítero Pedro Ordóñez de Zevallos, cuando ejercía el cargo de Vicario eclesiástico en la gobernación de los Quijos. *Poblé todos estos pueblos, que son ocho*, dice el clérigo agradecido, *y bapticé más de cuatro mil almas. Tardéme en todo esto dos meses y veinte días.* La primera edición de la obra de Ordóñez de Zevallos se hizo en 1614: si Ordóñez de Zevallos habló la verdad, no fué, pues, el Padre Rafael Ferrer el primer sacerdote que catequizó á los Cofanes. Preséntase aquí una cuestión: ¿el Padre Ferrer llegó al Marañón?—Parece que no llegó hasta el Marañón, y que sus excursiones terminaron en el Aguarico.

butaban. La historia no puede menos de decidir esta original contienda en favor de los jesuítas.

En efecto, los franciscanos no principiaron sus misiones entre infieles sino el año de 1633. En las ciudades fundadas en la región oriental había varios encomenderos, quienes, buscando á los indios bautizados de sus encomiendas, descubrieron muchas tribus salvajes, entre las cuales acudían á ocultarse los indios cristianos, fastidiados de servir á los blancos. Así se descubrieron las tribus de los Ceños y de los Becabas en el alto Putumayo, y las de los Abijiras y las de los Icaguates, pobladores de las orillas del Aguarico y del Napo.

Los franciscanos comenzaron sus misiones en el Putumayo, y los primeros á quienes intentaron convertir al cristianismo fueron los Ceños; empero esta tentativa de evangelización fué abandonada, al tropezar con las primeras contradicciones que encontraron los misioneros. La empresa de reducir á los Becabas tuvo un éxito todavía más desgraciado, pues los salvajes se alborotaron y, cayendo de sorpresa sobre los religiosos y los españoles que los acompañaban, hirieron á algunos y dieron muerte á otros: así la misión se dispersó y los misioneros regresaron á su convento de Quito (2).

(2) Los primeros religiosos franciscanos que entraron al alto Putumayo como misioneros de las tribus salvajes fueron los Padres Fray Francisco Anguita y Fray Salvador de Cassarrubia, sacerdotes, y los Hermanos legos Domingo Brieva, Pedro Moya y Pedro Pecador. Los Padres Anguita y Cassarrubia eran españoles, el primero nativo de Murcia, y el segundo de Osuna: vinieron á Quito en el año de 1627.—

La tercera entrada se hizo con mejores auspicios. Don Gabriel Machacón, rico encomendero de la provincia de los Quijos, se comprometió á favorecer á los misioneros y les propuso la empresa de convertir á los Abijiras, abandonando á los sublevados Becabas: aceptada por los franciscanos la propuesta, tratóse de fundar un pueblo, para lo cual la Real Audiencia de Quito concedió el permiso necesario al Capitán Juan de Palacios, subordinado de Machacón y muy conocedor de la hoya del Napo y de las tribus salva-

---

El Padre Fray Francisco María Compte dice, que el Padre Anguita tuvo la dicha y la gloria de ser el primero de los franciscanos, *que descubrió y surcó con frágil canoa las aguas del gran río de las Amazonas*, en lo cual se equivoca miserablemente; pues, el Padre Anguita y sus compañeros no llegaron más que al alto Putumayo y no al Amazonas: la equivocación del Padre Compte nació, sin duda, de que en las relaciones de las misiones de los franciscanos de donde tomó sus noticias, se dice que el Putumayo desagua en el Napo, lo cual no es exacto. Al Marañón lo llaman Napo, porque creían que este río era el origen principal de aquel: ese es el fundamento de la equivocación.

En la segunda vez entraron como misioneros dos sacerdotes y dos legos: los sacerdotes fueron el Padre Lorenzo Fernández y el Padre Antonio Caicedo; los legos, el Hermano Domingo Brieva y el Hermano Pedro Pecador, los mismos que entraron antes. El Padre Caicedo era natural de Almaguer, población que al presente pertenece á la vecina República de Colombia.—El derrotero que siguieron los misioneros franciscanos en ambas entradas fué el siguiente: de Quito á la ciudad de Pasto, y de ahí á Ecija en la provincia de Sucumbíos: se embarcaban en el río San Miguel, en un punto llamado la Quebrada, y por el San Miguel descendían al Putumayo: gastaban sólo en el viaje más de tres meses.

jes que moraban en ella. Palacios prefirió fundar el nuevo pueblo en las tierras de los Icaguates ó Encabellados, que parecían todavía mejor dispuestos que los Abijiras para entrar en comunicación con los blancos. Formalizóse la empresa, eligióse sitio conveniente y fundóse el nuevo pueblo, al cual los franciscanos le pusieron el nombre de San Diego de Alcalá de los Encabellados; pero ni el pueblo subsistió ni la comenzada misión tuvo buen éxito (3).

Palacios estaba autorizado para llevar treinta soldados, á fin de hacerse respetar de los salvajes; mas, apenas verificada la fundación, la mayor parte de los soldados y de los indios amigos se tornó á Quito, y con ellos salieron también algunos de los misioneros. La conducta del Capitán Juan de Palacios para con los salvajes no fué atinada: enfurecidos éstos, acometieron á los colonos y dieron muerte al Capitán. Confiando Palacios en su valor, les salió al encuentro, y, armado solamente de su espada y defendido por su rodela, logró contener el ímpetu de los salvajes; pero, abrumado por el gran número de ellos, pereció al fin y fué despedazado. Las descargas que con sus arcabuces hicieron los soldados pu-

(3) Los franciscanos que entraron á la provincia de los Encabellados fueron el Padre Fray Juan Calderón y el Padre Fray Laureano de la Cruz, ambos sacerdotes, y tres legos, á saber los Hermanos Domingo Brieva, Pedro de la Cruz y Francisco Piña: poco después siguieron otros dos legos, Fray Pedro Pecador y Fray Andrés de Toledo.—El Padre Calderón con los Hermanos Pedro de la Cruz, y Pedro Pecador regresó luego á Quito.

sieron temor á los indios, y los obligaron á retroceder, dando campo á los misioneros para ponerse en salvo.

Temiendo una nueva acometida de los salvajes, tanto los soldados como los religiosos procuraron guarecerse en un lugar más seguro; y, mientras les llegaban los auxilios que de las otras poblaciones de cristianos habían solicitado, se trasladaron á una isla del Napo.—El Superior de los misioneros era el Padre Fray Laureano de la Cruz: los otros eran tres Hermanos legos, llamados fray Domingo Brieva, fray Andrés de Toledo y Fray Francisco Piña, y un donado, cuyo nombre no ha conservado la historia. Tal fué el triste fin de la misión de los Encabellados, que los franciscanos se vieron obligados á abandonar, cuando apenas la habían comenzado.

Los Encabellados eran orgullosos y valientes, muy vengativos y resueltos: no soportaron con paciencia el desdén con que los trató el Capitán Palacios, acostumbrado á la abyección y envilecimiento de los demás indígenas: su nombre propio era el de Icaguates, pues el de Encabellados se lo dieron los españoles á causa del cabello, que tanto las hembras como los varones hacían crecer con esmero, preciándose de tenerlo lacio, crecido y abundante. — Las entradas de los franciscanos á la región oriental por el viaje aventurado de seis soldados españoles y dos frailes legos tuvieron, cuando menos se esperaba, una trascendencia de mucha consideración en la colonia.

Entre los diez y ocho soldados que acompañaban al Capitán Palacios estaba un cierto Her-

nández, de nación portugués, el cual solía referir á sus camaradas que había estado en la ciudad del Pará en el Brasil, y que allá había oído decir que el *Dorado* se encontraba en un lugar no muy distante de aquel en que ellos estaban: este río (añadía el portugués hablando del Napo), va á salir al gran Pará, y el Dorado y la Casa del Sol han de estar indudablemente á la mitad del camino que hay de aquí al Pará: estas noticias enardecieron el ánimo de unos cinco soldados, y se propusieron navegar aguas abajo para descubrir lo que por aquellas partes se encontrara, y por más que Fray Laureano procuró disuadirles de su proyecto, no lo consiguió: para estorbárselo, hizo que á hurtadillas se echara á la corriente del río la mayor de las canoas que tenían. Un soldado obedeció al misionero, y, en altas horas de la noche, mientras todos estaban durmiendo, desató la canoa y la abandonó á la corriente: al otro día, los aventureros no se desalentaron, y, embarcándose en una canoa pequeña, se arrojaron aguas abajo, resueltos á sucumbir en la empresa ó á descubrir los secretos de las orillas del Marañón, que ellos creían inexploradas. A los seis soldados se asociaron dos Hermanos legos franciscanos, fray Domingo Brieva y fray Andrés de Toledo, cuyo viaje llegó á ser después una de las glorias con que en la América meridional se ha tenido por muy honrada la Orden seráfica.

Viéndose solo el Padre Fray Laureano de la Cruz, dejó el trabajo de las misiones entre infieles para mejor ocasión y se tornó á su convento de la recolección de San Diego de Quito. Entre tanto, los seis soldados y los dos legos verifi-

caron con éxito feliz uno de los viajes más atrevidos y hasta temerarios aguas abajo del Napo y del Amazonas.

Con solos dos indios remeros y un puñado de maíz tostado por matalotaje para cada viajero, en una canoa pequeña, se echaron á la agua el día 9 de Octubre de 1636: al segundo día de viaje encontraron la canoa grande encallada en la arena de la playa, y mejoraron de embarcación, teniendo el hallazgo de la canoa como presagio de que el remate de su aventurada exploración sería feliz.—En efecto, el 5 de Febrero de 1637, casi á los cuatro meses de viaje, llegaron sanos y salvos á la fortaleza de Curupá, que era el último punto avanzado que ocupaban los portugueses en las orillas del Marañón. Sorpresa causó la inesperada aparición de los viajeros en aquel punto: el Capitán de la fortaleza los recibió con mucho agrado, los agazajó del mejor modo posible y los despachó sin pérdida de tiempo al Pará, y del Pará fueron á San Luis del Marañón, para dar cuenta de todo lo ocurrido al Gobernador (4).

---

(4) Cordova y Salinas.—Crónica de la religiosísima provincia de los franciscanos del Perú.—(Libro primero, capítulos 32°., 33°. y 34°.)—El Padre Salinas, cronista de los franciscanos del Perú, se apoya en la relación del viaje del Padre Acuña, y principalmente en el Memorial presentado en 1641 por el Padre Fray José Maldonado al Consejo de Indias.

Laureano de la Cruz.—Nuevo descubrimiento del Marañón, año de 1651.—Este opúsculo del Padre Fray Laureano de la Cruz se conservó inédito en la Biblioteca nacional de Madrid, hasta que en 1879 lo dió á luz por la imprenta el Padre Fray Marcelino de Civezza, en su obra italiana

La llegada de los viajeros no podía ser más oportuna: Portugal estaba entonces incorporado á la monarquía española, y las posesiones que tenía en el Brasil hacían parte del inmenso imperio del Rey de España en América: Felipe cuarto había dado, no hacía mucho tiempo, órdenes precisas y terminantes á los gobernadores del Pará y Marañón para que exploraran aguas arriba el río de las Amazonas, y las órdenes reales no se habían cumplido todavía, cuando asomaron en las puertas de la fortaleza del Curapá los dos frailes franciscanos, realizando precisamente, aunque en sentido contrario, el viaje mandado por Su Majestad.—Sorprendióse con tan inesperado suceso el Gobernador, que lo era Jácome Raimundo de Noroña, y alegróse considerando cuánto se le facilitaba el cumplimiento de las reales disposiciones: despachó inmediatamente á Europa á

titulada *Ensayo de Bibliografía geográfica, histórica y etnográfica San-franciscana:* después lo reprodujo en Quito el año de 1885 el Padre Compte, en el Tomo primero de sus *Varones ilustres* de la Orden Seráfica en el Ecuador. Tanto en la edición de Prato, como en la de Quito, el escrito del Padre Laureano se halla plagado de errores tipográficos é incorrecciones.

Alacano.—(El Padre Fray Bartolomé).—Informe sobre las misiones de los franciscanos en el Putumayo, año de 1739.—Documento inédito hasta hace pocos años, pues en el de 1885 lo imprimió el Padre Compte en su obra ya citada: nosotros hemos tenido á la vista una copia auténtica, con la firma y rúbrica del Padre Alácano, y así hemos podido advertir las equivocaciones que se encuentran en la edición hecha por el Padre Compte, quien ha estampado, v. g., *provisor* en donde el Padre Alácano escribió claramente *gobernador* en abreviatura, error cometido no una sino muchas

Fray Andrés de Toledo para que comunicara al Consejo de Indias una noticia tan halagüeña, y detuvo á Fray Domingo Brieva para que sirviera de guía en la expedición que proyectaba. Tan difícil y arriesgada se creía entonces la navegación del Amazonas, que el viaje de los seis soldados castellanos y los dos legos franciscanos se tuvo como una hazaña extraordinaria, á cuya realización había contribuído la Providencia divina con auxilios sobrenaturales: contaban los felices aventureros ciertos acaecimientos sucedidos en el viaje, á los cuales no podía menos de dárseles, según ellos, una explicación milagrosa. Una vez vencidos los obstáculos y llegados con salvamento al término del viaje, natural era que se ponderaran los peligros sufridos, exagerando la magnitud de ellos para hacer más extraordinaria la hazaña y más meritoria la empresa.—El viaje de

veces por el Padre Compte: así Jácome Raimundo de Noroña resulta no gobernador sino provisor del Marañón. El Padre Compte asegura que el informe del Padre Alácano fué presentado al Presidente Don Jacinto Sánchez de Orellana, Marqués de Villa-orellana, en lo cual hay casi tantas equivocaciones como palabras; pues ni el Presidente Orellana se llamaba Jacinto, ni era Marqués de Villa-orellana, ni el informe le fué presentado á él, sino á su inmediato antecesor el Sr. Don José de Araujo y Río.

Compte.—Varones ilustres de la Orden de San Francisco en el Ecuador.—De esta obra hay dos ediciones, ambas hechas en Quito: nosotros nos referimos siempre á la segunda, á la en dos volúmenes, publicada el año de 1885.—En cuanto á su criterio histórico y á los conocimientos indispensables para componer una obra histórica, no podemos menos de decir con franqueza que este padre escribía *potius ad landandum quam ad narrandum.*

los seis soldados españoles y los dos frailes franciscanos fué el segundo, que desde Quito se verificó al Atlántico, bajando por el Napo al Amazonas: un siglo antes había hecho Orellana ese mismo viaje, descubriendo entonces por la primera vez ambos famosos ríos.

La exploración del Amazonas, navegando por él aguas abajo, estaba, pues, realizada: faltaba solamente explorar aquel gran río subiendo contra su corriente, desde su desembocadura en el Brasil hasta su origen en las vertientes ó manantiales de la gran cordillera oriental de los Andes ecuatorianos.

II

Hechos los preparativos necesarios para el viaje de exploración y nombrado por jefe el Capitán Pedro de Texeira, salieron del Curupá los expedicionarios el 28 de Agosto de 1637: era más bien un pueblo entero y no un ejército lo que se ponía en marcha para subir aguas arriba el Marañón: cuarenta y siete canoas grandes de á veinte remeros cada una, setenta soldados portugueses con tres jefes experimentados, mil y doscientos indios domésticos para bogas, mujeres y muchachos de servicio, en número no pequeño, componían un cuerpo que pasaba de dos mil individuos. Venía por capellán un religioso franciscano llamado Fray Agustín de las Llagas, y traían por guía un piloto diestro y además un conocedor práctico del río, que lo era el Hermano Domingo Brieva. Volvían también cuatro de los seis soldados que realizaron la expedición anterior.—

Esta muchedumbre tan considerable navegaba despacio y se movía lentamente; así fué que tardaron diez largos meses en el viaje.

Como los indios se fatigaban y aburridos de un viaje tan lento y dilatado, comenzaban á desertar fugándose del ejército y tornando á ocultas á sus hogares, y como hasta los mismos soldados portugueses principiaban á dar manifiestas señales de cansancio y de desaliento, el prudente Capitán Pedro de Texeira discurrió el arbitrio de dividir en tres grupos todo el cuerpo de la expedición, haciendo que Benito Rodríguez de Oliveira adelantara con ocho canoas y algunos soldados como para preparar alojamiento para el grueso del ejército que seguía detrás comandado por el Capitán Pedro de Acosta Favela, mientras Texeira, puesto en medio, atendía á ambas divisiones, dando órdenes oportunas para continuar la marcha. Así llegaron hasta la confluencia del Aguarico con el Napo, donde se acordó que Acosta hiciera alto, esperando con su gente el regreso del Capitán mayor: entretanto, Rodríguez de Oliveira avanzaba y, entrándose por el Payamino, tomaba puerto cerca de Archidona, el 24 de Junio de 1638. Pronto le dió alcance el jefe principal Pedro de Texeira; y de Archidona á Quito ya el viaje no fué tan penoso ni la marcha tan fatigosa: el buen lego Brieva se vino adelante, llegó á Quito antes que todos y comunicó la noticia de la gran expedición de los portugueses aguas arriba del Marañón al Presidente y á los Ministros de la Real Audiencia.

Conmovióse la ciudad entera con una nueva tan extraordinaria: enviáronse recursos y víveres

al encuentro de los expedicionarios y acudióseles generosamente con cuanto necesitaban. Poco á poco y por partidas fueron llegando los viajeros á la ciudad: el último que entró en ella fué el Capitán Pedro de Texeira, á quien se le hizo un ostentoso recibimiento.— Dióse cuenta inmediatamente al Virrey del Perú así de la llegada de los portugueses á Quito como de los principales acaecimientos del viaje, y aún marchó en persona á Lima el piloto de la expedición, llevando el mapa que de todo el curso del río de las Amazonas había trazado, notando todas las circunstancias que le parecían dignas de ser conocidas.

Un hecho tan notable como la navegación aguas arriba del Napo y del Amazonas, embarcándose á orillas del Atlántico para venir á tomar puerto al pie de la cordillera de los Andes en la provincia de los Quijos, á las espaldas de la ciudad de Quito, y á no muchas leguas de distancia de ella, era, en verdad, un acaecimiento sorprendente.— Sucedía esto cabalmente en el segundo tercio del siglo décimo séptimo, cuando las incursiones piráticas á las colonias americanas eran tan frecuentes y tan temidas; cuando los Holandeses habían entrado al Brasil por el Marañón, y cuando á los gobernantes españoles del Perú no se les ocultaba que muy pronto, rota la unión con Portugal, el reino lusitano se emanciparía de España, volviendo á recobrar su perdida independencia (5).

---

(5) De la expedición de Texeira han hablado todos los escritores, cuya autoridad hemos aducido en apoyo de nuestra narración en las notas anteriores, tales como Barnuevo,

Era á la sazón Virrey de Lima Don Jerónimo Fernández de Cabrera y Bobadilla, Conde de Chinchón, el cual consultó el asunto con la Audiencia de los Reyes, y, después de bien mirado y ponderado todo, resolvió que el Capitán mayor Pedro de Texeira con todos los suyos regresara inmediatamente desde Quito á la ciudad del gran Pará, tomando para su regreso el mismo camino por donde había subido hasta Quito: para cohonestar lo duro de semejante resolución, encarecía el Virrey la mucha falta que un Capitán como Texeira hacía en el Brasil, expuesto á las invasiones hostiles de los enemigos de la Corona de Castilla. Recomendó también el Virrey á la Audiencia de Quito, que con los portugueses mandaran dos personas instruídas y competentes, encargándoles que fueran observando y anotando

---

Acuña, Rodríguez, Velasco, Córdova-Salinas y Laureano de la Cruz, á los cuales añadiremos ahora los siguientes:

MENDIBURU.-Diccionario histórico biográfico del Perú.

RAIMONDI.— El Perú.— (Historia de la Geografía del Perú.—Capítulo décimo sexto.—Tomo segundo).

VARNHAGEN.—Historia general del Brasil.—(Sección trigésima primera.)—En portugués.

CONSTANCIO.--Historia del Brasil.-(Capítulo quinto.—Tomo primero.)—En portugués.—Este autor equivoca el nombre de Fray Domingo Brieva, llamándolo Domingo Brito.

JIMENEZ DE LA ESPADA.— Viaje del Capitán Pedro Texeira aguas arriba del río de las Amazonas.— (Es obra anónima; el Señor Espada la publicó en el Boletín de la Sociedad de Geografía de Madrid, ilustrándola con un estudio preliminar muy discreto y erudito.—Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid.—Tomo nono, 1880.—Tomo décimo tercio, 1882).

todas las cosas dignas de consideración, para que, terminado el viaje, pasaran inmediatamente á España con el objeto de informar acerca de todo lo sucedido á Su Majestad Católica.—En la elección de estas dos personas estaban fincadas las esperanzas de enriquecerse, que algunos españoles de los más pudientes de la colonia habían concebido, proyectando emprender conquistas y reducciones en los territorios recientemente descubiertos; pero el influjo poderoso de los jesuítas y la amistad de muchos de ellos con el Presidente, á quien se esmeraban en agasajar, fué parte para que la elección recayera en dos Padres de la Compañía, que fueron el Padre Cristóbal de Acuña y el Padre Andrés Artieda, ambos españoles y hombres de letras.—El Padre Artieda era profesor de Teología en el colegio de Quito: el Padre Acuña estaba en Cuenca desempeñando el cargo de primer Rector de esa casa, que acababa de fundarse.—Este padre gozaba de mucha autoridad en la colonia por ser hermano de Don Juan de Acuña, caballero de Calatrava y Corregidor de Quito, pues en ese tiempo el personaje más autorizado después del Presidente de la Audiencia era el Corregidor de Quito.

Más de siete meses se detuvo Texeira en Quito y, al fin, se puso en camino para regresar al Pará á mediados de Febrero del año de 1639, cuando ya comienza el buen tiempo en la región oriental, terminada la estación de las lluvias. Diez meses tardaron los expedicionarios en su viaje de vuelta, pues llegaron á la ciudad del gran Pará á principios de Diciembre de 1639.—Los dos jesuítas desempeñaron con esmero su comisión:

pasaron á Madrid, y allí el Padre Acuña presentó un informe al Real Consejo de Indias y escribió y dió á luz por la imprenta una narración circunstanciada del viaje, con una descripción interesante del Amazonas, de sus principales afluentes, de los pueblos salvajes que habitaban en sus orillas y de las ricas producciones naturales en que abundan las extensas comarcas regadas y fecundizadas por aquel famoso río. Mas, poco después de la llegada de los dos jesuítas á España y cuando todavía en el Consejo no se había resuelto nada acerca de los arbitrios insinuados por la Audiencia de Quito para la conquista y pacificación de las provincias de la región amazónica, sucedió el levantamiento de Portugal y su emancipación de la Corona de Castilla; por lo cual se mandó recoger el libro del Padre Acuña y se le prohibió escribir y publicar noticia alguna acerca del nuevo descubrimiento del río de las Amazonas, para que no se sirvieran de ellas los émulos y enemigos de España. No obstante, el viaje de Texeira y de los dos jesuítas españoles tuvo un resultado trascendental para el establecimiento y la organización de las misiones, que los jesuítas de Quito emprendieron en la región de los Mainas y el Marañón.

Pedro de Texeira era un Capitán prudente y pundonoroso: fuerte para el trabajo, paciente y atinado. Falleció no mucho después de su viaje de doble exploración del Amazonas, y su nombre no puede menos de ser célebre en la historia de los estudios geográficos llevados á cabo para conocer y demarcar el curso del río más grande del Nuevo Mundo.

El Padre Andrés de Artieda tornóse de España á América: residió como de paso en Bogotá y de ahí vino á Quito el año de 1643.—El Padre Acuña regresó después, pero no á Quito, sino á Lima, donde falleció en breve.

El gran río de las Amazonas, ese mediterráneo de agua dulce, que la naturaleza ha congregado bajo la línea equinoccial en el continente meridional americano, estaba, pues, bien explorado: se conocía su curso y hasta podemos asegurar que se comenzaban á disipar las fábulas del Dorado, que la acalorada fantasía de españoles y americanos había puesto en esas comarcas desconocidas: la realidad principiaba, aunque lentamente, á abrirse paso al través de las ficciones.—Cosa es digna de especial recuerdo en esta historia, que todas las exploraciones llevadas á cabo en el Amazonas lo fueron por individuos que salieron de la ciudad de Quito y de la de Loja, viniendo á ser por esto el descubrimiento de aquel gran río y su navegación, ya de subida, ya de bajada, uno de los hechos más notables, curiosos é importantes de nuestra época colonial.

III

Con el Capitán Pedro de Texeira dijimos que había venido á Quito el Hermano Fray Domingo Brieva, y con él mismo se tornó al gran Pará, haciendo un tercer viaje por el Amazonas.—Las autoridades civiles de Quito resolvieron impedir el viaje del diligente lego, y, al efecto, dieron disposiciones, que el Gobernador de Quijos no quiso cumplir: el lego bajó, pues, con la armada por-

tuguesa hasta el gran Pará, desde donde se trasladó á España, y en Madrid informó á sus superiores acerca de todo lo ocurrido. Era entonces Comisario General de Indias el Padre Fray José Maldonado, quien, como quiteño, tomó á pechos el asunto y elevó al Real Consejo de Indias una representación, en la que se quejaba amargamente contra los jesuítas por la injuria que éstos hacían á la Orden seráfica ocultando los servicios que los religiosos franciscanos habían hecho al Rey, cooperando al descubrimiento y á la exploración del gran río de las Amazonas.—A consecuencia de esta representacion y de las instancias de los prelados franciscanos en la Corte, se expidieron dos cédulas reales dirigidas ambas á la Audiencia de Quito: la una, fechada el 18 de Septiembre de 1641, y la otra el 31 de Diciembre de 1642: por la primera se resolvía que la conquista de las tribus del Marañón se hiciera por los particulares que quisieran emprenderla á su costa, mediante los premios acostumbrados para remunerar esas empresas: por la segunda se disponía que la evangelización de los infieles se encargara á los franciscanos y á los jesuítas, señalando territorio determinado para las misiones de entrambas Ordenes, á fin de que los unos no inquietasen á los otros.—Con estas disposiciones emanadas del Soberano se dejaba abierto el camino de las comarcas orientales, tanto á la actividad de los conquistadores como al celo de los misioneros.

El Hermano Fray Domingo Brieva pasó los últimos años de su vida retirado en el Convento Máximo de esta ciudad, donde murió con fama de santo.—Era, en verdad, un religioso de aus-

teras costumbres, amigo del recogimiento y muy deseoso de la reducción de los indios infieles al gremio de la Iglesia católica: en la misión de los Becabas fué estropeado gravemente, y de un golpe de macana le quebraron una pierna: cuando su tercer viaje por el Marañón le cayó un árbol, de lo cual quedó muy maltratado. Anciano, achacoso é inutilizado para el trabajo no pudo permanecer en las montañas para tomar parte, como lo deseaba, en la obra de la conversión de los infieles al cristianismo (6).

En aquella época había en la provincia de los Quijos algunos pobladores blancos avecindados en Archidona, en Avila y en Alcalá del Aguarico, y éstos conocían bien aquellos territorios y aún mantenían su cierta comunicación con las tribus infieles, á cuyos territorios entraban de cuando en

(6) Todos los datos biográficos acerca del Hermano Fray Domingo Brieva están tomados de escritores y cronistas franciscanos: en ninguno hemos encontrado nada acerca de la patria de este religioso, el cual nos parece que fué español y no americano.—El Padre Alácano asegura, que el Hermano Brieva así que volvió de Madrid, ya no pudo entrar más á las provincias orientales, por hallarce anciano y achacoso; pero el Padre Laureano de la Cruz refiere que el Hermano Brieva le acompañó en las misiones de los Omaguas: parece indudable que el Padre Alácano no conoció la relación del Padre Laureano; y lo curioso es que, el Padre Compte, que vió, leyó, imprimió y estudió ambas ralaciones, no haya caído en la cuenta de la contradicción que hay entre las dos, no sólo respecto al Hermano Brieva, sino al Hermano Fray Pedro Pecador.— Nosotros nos atenemos á la relación del Padre Laureano, porque la creemos más ajustada á la verdad: además, el Padre Laureano refiere lo que vió y narra sucesos en que tomó parte.

cuando.— Los gobernadores de los Quijos habían intentado conquistar algunas de esas provincias habitadas por los salvajes, pero la Audiencia no les había dado favor: Alonso de Miranda, uno de estos gobernadores, había exigido condiciones demasiado pesadas para el Gobierno, por lo cual sus propuestas de conquista y de colonización fueron desatendidas. Para la reducción de las innumerables tribus salvajes que poblaban las selvas amazónicas no quedaba, pues, otro arbitrio sino el establecimiento y la organización de misiones por medio de sacerdotes, adecuados para llevar á cabo una obra tan trabajosa y difícil. De entre las diversas órdenes religiosas existentes en la colonia, el Gobierno español eligió dos, la de los franciscanos y la de los jesuítas, pará confiarles la pacífica conquista de las tribus infieles mediante la predicación evangélica. En el territorio inmenso de la antigua Audiencia de Quito dos corporaciones de religiosos se repartieron, pues, la labor de las misiones entre infieles, los jesuítas y los franciscanos: más tarde, tomaron parte en ese ministerio también los dominicanos, fundando la misión que llamaron de Canelos.

Para dar á nuestra narración la mayor claridad posible y para que haya orden en la relación de los hechos, hablaremos primero de las misiones de los franciscanos y de todo lo relativo á la conservación y adelantamiento de ellas durante la época colonial; después nos ocuparemos en referir la fundación, organización y progreso de las misiones de los jesuítas, desde mediados del siglo décimo séptimo hasta fines del siglo décimo octavo, cuando la expulsión de los misioneros inte-

rrumpió bruscamente la obra de la civilización de los salvajes y dió un terrible golpe de muerte á las reducciones: finalmente, narraremos los comienzos, la duración y los resultados de las misiones de Canelos confiadas á los dominicanos en el valle del Pastaza.

Triste cosa es tener que principiar la narración histórica haciendo repetidas protestas de que, lo único que debe buscar el historiador es la verdad: el historiador ha de ser magnánimo, y la magnanimidad la ha de manifestar en dos cosas, según Cicerón: en no callar la verdad y en no decir jamás lo falso.—Apenas habrá asunto en que se haya desfigurado más la verdad que el relativo á las misiones de infieles en la región oriental ecuatoriana: digamos la verdad, no la ocultemos ni la desfiguremos, narrando sucesos que no acontecieron.

Las misiones de los franciscanos se establecieron de preferencia en las comarcas del Putumayo y del Caquetá, en la parte setentrional del distrito judicial de la Audiencia de Quito. En lo civil y político ese territorio dependía de la gobernación de Popayán.—La entrada á las misiones se hacía por la ciudad de Ecija en la provincia de Sucumbíos, situada al oriente de Pasto: la primera dificultad con que tropezaban los misioneros era, pues, la del viaje dilatadísimo de Quito á Pasto y de Pasto al Putumayo, trasmontando, ordinariamente á pie, la cordillera oriental.

Los franciscanos de Quito comenzaron sus misiones de infieles el año de 1632, un siglo cabal después de la conquista y cuando ya tenían fundados muchos conventos en las principales ciu-

dades habitadas por gente civilizada: en la primera entrada no estuvieron más que un mes, tiempo demasiado corto para una obra tan ardua y difícil como la conversión de los salvajes: esta primera entrada se hizo á la tribu de los Ceños.

La segunda fué á la tribu de los Becabas, en medio de los cuales permanecieron solamente tres meses y medio, y la abandonaron saliendo de fuga por el alzamiento de los indios.— Luego cambiaron de teatro y dieron principio á la misión de los Encabellados en las orillas del Napo, la cual acabó también desastradamente, á los cuatro meses apenas después de principiada. Esto era en Octubre de 1636.

Nueve años después, en 1645, intentaron la reducción de los Jíbaros, y fracasó la empresa sin resultado alguno. Dos años más tarde, en Mayo de 1647, resolvieron restablecer una misión entre los Omaguas pobladores de las islas del Marañón, y, en efecto, la establecieron yendo allá dos sacerdotes y dos hermanos legos. Esta misión se conservó durante tres años, al cabo de los cuales los frailes la abandonaron, desalentados por las dificultades inherentes á la vida entre salvajes. Los dos sacerdotes se dieron maña para construír una canoa grande, nueva, y en ella, disimuladamente, se echaron aguas abajo, y navegando un mes seguido aportaron con felicidad á la ciudad del gran Pará, desde donde, un año después, pasaron á España.—Los dos Hermanos legos habían salido antes.

Superior de esta misión de los Omaguas, fundada por los franciscanos de Quito en las islas del Marañón, fué el Padre Fray Laureano Montes-

doca, quien nos ha dejado escrita con notable ingenuidad la relación del modo cómo se fundó la misión y la manera cómo se deshizo. Los indios Omaguas, dice, con grande candor el Padre Laureano, no eran como nosotros nos los habíamos figurado, sino más rústicos y salvajes; ni sus poblaciones eran como nos las habían descrito: además la espantosa epidemia de viruelas que invadió las islas, las inundaciones periódicas, la tosquedad de los alimentos y la plaga insoportable de los mosquitos dieron al traste con la constancia de los misioneros, y la misión dejó de existir.

Por el largo espacio de más de treinta y cuatro años quedaron abandonadas las misiones de infieles, hasta que en 1686 volvieron los franciscanos á entrar á las provincias orientales, para continuar en ellas sus interrumpidas faenas apostólicas. En efecto, desde el año de 1686 perseveraron con varia fortuna hasta el de 1721 en la ocupación de reducir á los salvajes, los cuales el día 22 de Mayo de aquel año se alzaron contra los religiosos y quemaron los pueblos que estaban fundados. Dos misioneros perecieron asesinados á manos de los indios furiosos.—Esta misión estaba en las orillas del Putumayo; volvieron á ella nuevamente los franciscanos de Quito, y á mediados del siglo décimo séptimo había siete pueblos grandes y algunos pequeños.

Los religiosos misioneros pasaban una vida penosísima, llena de privaciones y de trabajos: cultivaban ellos mismos en persona la tierra para tener seguro algún alimento; un sacerdote murió perdido en las selvas, y otros dos se dieron al comercio á consecuencia de la escasez de recursos

para vivir. La pensión que el Rey tenía señalada como congrua para los misioneros no se pagaba con puntualidad, sino de tarde en tarde y no íntegramente cuanto estaba mandado: así las misiones no podían prosperar, y languidecían en un estado antes de postración que de progreso.

Otra circunstancia había aún más digna de consideración para que las misiones no adelantaran, y era la falta absoluta de un buen régimen y de una organización adecuada: para reparar este inconveniente se fundó en el convento de Pomasqui un colegio de misioneros, en el cual los religiosos destinados á la conversión de los infieles formaran su espíritu y se fueran preparando metódicamente para desempeñar después con acierto el arduo ministerio de evangelizar á los salvajes.— El colegio de misiones fundado en Pomasqui se trasladó después al convento de la recolección de San Diego; y, cuando las misiones se organizaron mejor años después, la erección de una comunidad de misioneros con todas las condiciones de un colegio de *Propaganda fide* se verificó, por orden expresa del Gobierno español, en el convento de Popayán, al cual se le confiaron las misiones del Chocó y las de los Andaquíes, juntamente con las del Caquetá y Putumayo (7).

(7) El año de 1731 murieron asesinados por los salvajes los Padres Lucas Rodríguez y Miguel Marín y los legos José de Jesús y Juan Garzón. En 1732 había en las misiones seis sacerdotes y dos legos. El Padre Juan Bahamonde y Villota estuvo en las montañas treinta años de misionero.

La pensión que á cada misionero le estaba asignada por el Gobierno eran trescientos pesos anuales, pero para seis

En 1739 el Real Consejo de Indias pidió informes circunstanciados acerca de las misiones que estaban á cargo de los franciscanos, y con esta ocasión el Padre Alácano presentó una relación extensa respecto del principio, adelantos y estado presente de las misiones. Era Presidente de la Audiencia de Quito Don José de Araujo y Río, quien, al enviar al Consejo el escrito del Provincial de los franciscanos, hizo oportunas y muy discretas reflexiones: no hay quien pueda dar un informe imparcial sobre el estado en que se encuentran esas misiones, decía el advertido Presidente; pues, como no hay comercio ni trato ninguno de los indios convertidos con la gente blanca, no se encuentra una sola persona que pudiera informar con imparcialidad: la relación del Padre Alácano le inspiraba una cierta no mal fundada desconfianza al Presidente, el cual añadía, que no era necesario que de España se mandaran unos cuarenta religiosos para las misiones, como pedía el Provincial, pues en Quito los franciscanos poseían cuarenta y dos curatos, en los

---

misioneros sacerdotes apenas se les daba quinientos cincuenta pesos al año.

En el río Negro murieron asesinados por los indios el Padre Juan Benites y el Hermano Antonio Conforte, ambos naturales de la entonces villa de Ibarra.—Fray Juan Montero, quiteño, y Fray Diego de Céspedes, ambateño, perecieron de hambre, extraviados entre los bosques.—(Informe dado en Pasto en 1711 por el Hermano lego Fray Manuel Cisneros.—Inédito.— Cartas y expedientes eclesiásticos de la Real Audiencia de Quito vistos en el Consejo.— Cartas y expedientes del Presidente de Quito: documentos originales en el Real Archivo de Indias en Sevilla).

cuales había ocupados más de noventa frailes sacerdotes: hay muchos clérigos beneméritos, observaba Araujo, los cuales carecen de beneficio eclesiástico: "conviene, pues, que los franciscanos dejen los curatos y no habrá falta de misioneros". Nosotros preguntaremos á nuestra vez: ¿los que no eran curas buenos podrían ser, acaso, buenos misioneros? Las misiones de los franciscanos en el Putumayo, en el Caquetá y en el Coca, al tiempo de la expulsión de los jesuítas se encontraban en un estado más bien de decadencia que de prosperidad; y de ese estado de postración no lograron reponerse; antes cayeron todavía en mayor ruina, á la cual contribuyeron muchas causas de diversa naturaleza. La falta de cooperación de la autoridad civil fué una de esas causas; pues el Gobernador de Popayán dió amplia licencia á un favorecido suyo para que sacara cuantos indios pudiera de los pueblos de las misiones y los llevara á Barbacoas, para ocuparlos allí en el laboreo de las minas de oro. Los indios huían de los pueblos, á fin de no ser arrancados de sus bosques nativos y trasladados por la fuerza á las costas enfermizas del Pacífico.

Introdújose también otra costumbre no menos inmoral y funesta para el adelantamiento de las misiones, y fué la de comprar muchachos para sacarlos afuera, á las poblaciones de la sierra, y emplearlos como esclavos en el servicio doméstico: una hacha, un machete, unos cuantos abalorios se daban por un muchacho, y de esa manera se hacía odiosa la predicación de la religión cristiana, la cual á los ojos de los indios, siempre desconfiados del blanco, aparecía como un arbi-

trio para establecer y fomentar entre las tribus salvajes recién convertidas la odiosa granjería de la compra y venta de niños. Los frailes misioneros no tenían medio alguno para impedir semejantes extorsiones; y, desamparados por la autoridad civil, se consumían en medio de los bosques, viendo la ruina de los pueblos y sin poder evitarla.—Tal era el estado en que se encontraban las misiones servidas por los franciscanos de Quito el año de 1767 cuando fueron expulsados los jesuítas, cuyo extrañamiento constituye una época trascendental en la historia de las misiones americanas.

CAPITULO CUARTO

Misiones de los Padres de la Compañía de Jesús

(1638-1768)

Don Diego Vaca de Vega capitula la conquista de Mainas.—Fundación de la ciudad de Borja.—Los primeros sacerdotes que entraron en Mainas.— Los Jesuítas de Quito se hacen cargo de las misiones en la banda oriental.—Extensión del primitivo territorio de las misiones.— Trabajos de los misioneros.— Las plagas de la montaña.—Carácter de los salvajes.—Grandes padecimientos de los misioneros.—Los caminos á la región oriental.— Curato de Archidona.—El Dr. Riofrío es nombrado Visitador de las misiones.—Viaje y excursión del Visitador.—Su informe.—El Padre Andrés de Zárate visita las misiones.—Viaje de La-Condamine por el Amazonas.—Causas de la ninguna prosperidad de las misiones.—Misioneros célebres. — El Padre Samuel Fritz. — Expulsión de los Jesuítas.

I

Vamos á exponer ahora el modo cómo se fundaron las misiones del Marañón y el estado á que llegaron bajo la dirección de los Padres de la Compañía de Jesús. Una relación circunstanciada y prolija de los sucesos de aquellas misiones sería inoportuno en una Historia General de la República del Ecuador; por lo cual, sin omitir incidente alguno importante, nos limitaremos á trazar un cuadro abreviado de lo que fue-

ron esas misiones, desde la época de la fundación de ellas, hasta el año de la expulsión de los Jesuítas, casi á fines del siglo antepasado.

Allá, por el año de mil seiscientos diez y seis, sucedió que unos cuantos soldados de Santiago de las montañas salieron en persecusión de los indios salvajes, que, subiendo aguas arriba por el Marañón, cometían robos y asesinatos en las haciendas, que los españoles tenían en el distrito de la ciudad de Santiago: los salvajes remontaban la corriente del Pongo de Manseriche en sus frágiles embarcaciones, llegaban á las habitaciones de los blancos, caían de sorpresa sobre éllas, robaban lo que podían haber á las manos, daban muerte alevosa á los que no alcanzaban á huír oportunamente, y se regresaban á sus bosques, infundiendo terror y desaliento en los escasos moradores de la por entonces casi destruída Jaen de Bracamoros, en la Gobernación de Yaguarsongo. Los soldados pasaron también la estrechura del Pongo y salieron á la comarca bañada por el Marañón, donde no sólo no encontraron resistencia de parte de los bárbaros, sino que fueron por ellos bien acogidos con demostraciones pacíficas de hospitalidad; pues los indios se mostraron bien dispuestos para entrar en comunicación con los blancos, y aún manifestaron deseo de que éstos se establecieran en sus tierras.

Noticia tan halagüeña como inesperada, no pudo menos de estimular la ambición del Corregidor de Yaguarsongo, haciéndole concebir el proyecto de reducir á esas tribus, extender las conquistas por esas regiones todavía inexploradas y fundar una nueva gobernación, con la cual pu-

diese dejar asegurada para lo futuro la fortuna de sus descendientes. La relación hecha por los soldados á su regreso presagiaba un éxito feliz para una empresa, que no parecía muy difícil.—En efecto en las tribus, en cuya reducción se comenzó luego á trabajar, eran las de los Mainas, indios de índole mansa y no muy refractarios á las exigencias de una vida civilizada, con hogar fijo y costumbres sedentarias.

El Corregidor de Yaguarsongo era un hidalgo español, natural de Medina del campo; algo entrado en años y padre de una numerosa familia: llamábase Don Diego Vaca de Vega y había servido en Santa Marta, en Panamá y en el Callao, desempeñando en esas ciudades varios cargos militares, por cuya remuneración se le había dado el corregimiento de Yaguarsongo. Oída la relación de los soldados, concibió Don Diego Vaca de Vega el propósito de conquistar la provincia de Mainas: hizo sus propuestas al Virrey del Perú, alegó merecimientos no remunerados todavía en el real servicio, y capituló la reducción de las tribus ribereñas del Marañón, bajo ciertas y determinadas condiciones. En las mismas ciudades de Nieva, de Santiago de las Montañas y de Loja, de donde era vecino, colectó alguna gente de tropa; y, á los principios de Setiembre del año de mil seiscientos diez y nueve, con sesenta y ocho hombres bien armados y unos cuantos indios de servicio, se embarcó en veintidos canoas grandes, descendió por el Santiago, reconoció la junta de éste con el Marañón, atravesó, no sin grandes peligros para su vida, el famoso estrecho del Pongo y llegó al fin á la comarca habitada por

los Mainas, quienes le recibieron con muestras de paz y de amistad. Por medio de un indio de Santiago llamado Antón, casado con la hija de uno de los principales caciques de los Mainas, fueron convocados los caudillos de las más importantes parcialidades: hablóseles acerca de su conversión al Cristianismo, y se manifestaron dispuestos á oír dócilmente las enseñanzas de los tres misioneros que iban en compañía del Gobernador: platicóse con ellos sobre su obediencia al Rey de España, y como no repugnaran prestarla, fueron declarados vasallos de su Majestad; así tan fácilmente, se dió cima á una empresa, que parecía casi imposible. El ocho de Diciembre de aquel mismo año, en la orilla izquierda del Marañón, fundó Vaca de Vega una ciudad, á la cual le puso el nombre de San Francisco de Borja, para honrar la memoria del Príncipe de Esquilache, en cuyo tiempo y bajo cuyos auspicios se verificaba la fundación. Don Francisco de Borja, Príncipe de Esquilache y Virrey del Perú, era nieto del Santo Duque de Gandía, y llevaba su mismo nombre (1).

(1) En todos los historiadores, así antiguos como modernos, ha habido generalmente una equivocación en cuanto á la fecha de la fundación de la ciudad de San Francisco de Borja, confundiendo la fecha de la fundación de la ciudad, con la fecha de la primera entrada de los Jesuítas en Mainas. La ciudad fué fundada por Don Diego Vaca de Vega, el 9 de Diciembre de 1619: los jesuítas entraron como misioneros en Mainas, el año de 1634, en tiempo de Don Pedro Vaca de la Cadena, segundo Gobernador de Mainas.

RELACIONES GEOGRAFICAS DE INDIAS.-PERU.-(*Tomo cuarto.*--Contiene documentos originales, publicados por

En la primera expedición del Gobernador Diego Vaca de Vega se descubrieron los ríos Morona y Pastaza, que desembocan en el Marañón por el lado izquierdo; se inspeccionó el lago de Rimachuma, y se adquirieron noticias circuns-

---

la primera vez por la imprenta, sobre el descubrimiento de Mainas por Don Diego Vaca de Vega).

REVISTA DE ARCHIVOS Y BIBLIOTECAS NACIONALES.- (Año segundo, Volumen III).—Publicación que se está haciendo recientemente en Lima: contiene documentos relativos á la fundación del Gobierno de Mainas, y á la conquista de los Jíbaros.— Don Diego Vaca de Vega era casado con Doña Ana de la Cadena, y nació en España en la villa de Siete Iglesias, cerca de la ciudad de Medina del Campo: sus padres legítimos fueron el Capitán Don Pablo Vaca y Doña Catalina Fernández de Medina y Ebán, y, por esto, algunos de los hijos de Don Diego llevaron como segundo apellido el de Ebán: Don Diego falleció en la ciudad de Loja el año de 1527, dejando nueve hijos en un estado de pobreza notable.—Daremos aquí algunas noticias más acerca de la primera expedición de Don Diego Vaca de Vega.

El Presidente Don Antonio Morga le dió cuantos auxilios hubo menester: en 1620 tenía Vaca de Vega fundada la ciudad de Borja y reducidas cuatro parcialidades, que eran las de los Mainas, Pastazas, Jeberos y Moronas, de todos los cuales había muchos, que se habían bautizado ya.

Sucedió que, al atravesar el Pongo, se volcara la canoa en que iba embarcado Don Diego, el cual por eso se vió en gran peligro de ahogarse, y salvó la vida, aunque con pérdida de toda su bajilla de plata que cayó en el río y fué arrebatada por la corriente. — Cuando Don Pedro volvía de la provincia de los Jeberos, le salieron al encuentro los Cocamas y mataron á traición ocho indios, que se habían alejado del real y estaban ocupados en pescar: esto aconteció en el punto donde el Pastaza desemboca en el Marañón. Don Pedro intentó perseguir á los Cocamas, para hacer en ellos un escarmiento; pero un huracán desbarató su flotilla y le obligó á subir á Borja; mas para que los indios no quedasen sin

tanciadas acerca de las parcialidades de los Cocamas, con cuyos jefes entró en relación Don Pedro Vaca de la Cadena, el cual avanzó hasta la desembocadura del Guallaga y del Tigre, dejando así explorada gran parte del bajo Marañón.—En

---

castigo y para que los españoles no perdieran su autoridad ante los ya reducidos, Don Diego salió á Santiago y á Nieva para buscar gente y regresar á hacer la guerra á los Cocamas, quedando entre tanto Don Pedro como Tienente de Gobernador: cuarenta soldados se salieron en diversos tiempos, y el castigo de los Cocamas no se llevó á cabo.

Don Diego planteó en la recién conquistada provincia de los Mainas el sistema de las encomiendas, lo cual fué causa de que los indios se alzaran y cometieran en su desesperación incendios y asesinatos. Salió á pacificarlos el Capitán Luis de Armas y apoderóse de unos novecientos, con los cuales fundó una población á orillas del Pastaza; pero los pobres indios se enfermaron y casi todos murieron en poco tiempo. Este mismo Capitán Luis de Armas Betancur fué el que, en 1616, entró á la provincia de los Mainas con los soldados, según referimos en el texto.—(*Carta del Presidente Morga al Rey.—Quito, 25 de Abril de 1621.— Carta de Don Diego Vaca de Vega al Rey.—Octubre de 1620.—Cartas y expedientes del Presidente de Quito y los Oidores vistos en el Consejo.— Documentos inéditos del Real Archivo de Indias en Sevilla*).

Don Diego Vaca de Vega aseguraba que había gastado treinta mil pesos en su primera expedición: en efecto, llevó caballos é introdujo gallinas y puercos, estimulando la cría de aquellas aves de corral, las que en breve se multiplicaron mucho; hizo plantaciones de tabaco y de algodón y repartió los indios entre los principales compañeros de expedición.—De sus nueve hijos, cinco eran varones y cuatro hembras. (*Relación hecha por Don Alberto de Acuña, Oidor de la Audiencia de Lima en 1629.— Inédito, en el Archivo de Indias en Sevilla*).

La ciudad de Borja, capital del Gobierno de Mainas, estuvo situada, como lo hemos dicho en la narración, en la

esta primera expedición fué también cuando se comenzó á dar el nombre de Manseriche al famoso Pongo ó estrecho del Marañón (2).

Las expediciones de Don Diego Vaca de Vega no eran las primeras que se hacían á las extensas comarcas orientales bañadas por el Marañón y sus caudalosos afluentes: en años anteriores, esas provincias habían sido visitadas por otros exploradores castellanos, uno de los cuales llamado Francisco de Vivero, había residido entre los Mainas el tiempo necesario para hacer plantaciones de naranjos, que habían nacido y prosperado hasta dar fruto en aquella región. Francisco de Vivero era Teniente de Juan de Alderete, pariente y sucesor de Juan de Salinas en la gobernación de Jaen de Bracamoros y Yaguarsongo. Sin embargo, las expediciones verdaderamente beneficiosas para las tribus indígenas, esparcidas

---

orilla izquierda del Marañón, y nunca prosperó ni adelantó en ningún sentido: en 1814 contaba 88 habitantes, y en 1868 ya no llegaban ni siquiera á la mitad de ese número.—(PAZ SOLDAN.—(*Mariano Felipe*).—*Diccionario Geográfico estadístico del Perú*).

(2) Se asegura que el nombre de *Manseriche* es de la lengua de los Mainas, y que significa una especie de papagayo pequeño, el cual se encuentra en las montañas de Mainas y principalmente en las breñas del estrecho, donde abunda mucho. No ha faltado quien pretenda derivar el nombre *Manseriche* de la palabra quichua *Mancherini*. "*Temblar de miedo*".—La palabra Manseriche nos parece á nosotros una voz ó expresión más bien del idioma caribe, que de la lengua quichua, eso sí, pronunciada á la castellana: si acaso no estamos equivocados, es nombre compuesto de cuatro sílabas, en una de las cuales se encuentra la radical que significa agua, y, en otra la que equivale á abundancia.

en las dilatadas comarcas del Marañón y los afluentes que descienden de la cordillera oriental ecuatoriana, fueron las que, sin mucho estrépito de armas, llevó á cabo Vaca de Vega, primer Gobernador de Mainas.

La primera entrada de los jesuítas á esas montañas y la fundación de las célebres misiones del Marañón sucedieron casi veinte años después de fundada la ciudad de San Francisco de Borja, y cuando ya en ella se habían sucedido en el ministerio de curas ó doctrineros algunos sacerdotes seculares; no obstante, el planteamiento de las misiones con un sistema de gobierno prudentemente organizado para la predicación del Evangelio á las tribus salvajes y su reducción á la vida civilizada, se debió á los Padres de la Compañía de Jesús (3).

---

(3) Los Padres Jesuítas no fueron los primeros sacerdotes que entraron en Mainas, pues con el mismo Don Diego Vaca de Vega habían entrado ya tres sacedotes, un clérigo y dos religiosos: el clérigo fué Don Alonso de Peralta, Cura de Santiago, el cual entró llevando la jurisdicción espiritual en nombre del Ilustrísimo Santillana, entonces Obispo de Quito: los otros dos fueron, el Padre Fray Lorenzo del Rincón, agustino, y el Padre Fray Francisco Ponce de León, mercenario, cuyo memorial de servicios se halla impreso y lo ha reproducido, extractándolo, el señor Marcos Jiménez de la Espada en el Tomo IV de las *Relaciones Geográficas de Indias*.—También hace mención de la entrada del Padre Ponce de León en Mainas el Padre Remón en su *Crónica de la Orden de la Merced*. (*Capítulo octavo del Libro trece, en el Tomo 2º*) Consta que el Padre Francisco de León estuvo en Mainas hasta el año de 1622.— El primer Cura canónicamente instituído de la nueva ciudad de San Francisco de Borja en los Mainas, fué el clérigo Diego Núñez Castaño, el

La entrada de los dos primeros misioneros jesuítas á Mainas sucedió el año de mil seiscientos treinta y ocho: la expulsión de los misioneros del Napo, de Mainas y del Marañón tuvo lugar el año de 1768; y en el transcurso de ciento treinta años, los Jesuítas se conservaron en las montañas del Amazonas, ocupados, con una constancia admirable, en la reducción y catequización de los salvajes: aumentaron paulatinamente el número de los misioneros, recorrieron toda aquella dilatadísima región en todas direcciones, navegaron todos sus ríos, exploraron todos sus bosques, no dejaron tribu alguna salvaje sin visitar, estudiaron los idiomas variadísimos de los indígenas, procuraron trazar la carta geográfica de todas aquellas desconocidas comarcas, padecieron con heróica resignación molestias y trabajos innumerables, y por fin, se tuvieron por dichosos, cuando, muriendo á manos de los bárbaros, fertilizaron con su sangre la tierra, que con sus sudores apostólicos habían procurado hacer fecunda. Los vivos, en medio de sus casi increíbles padecimien-

---

cual estaba sirviendo su beneficio el año de 1623.-(*Así consta de documentos oficiales inéditos existentes en elReal Archivo de Indias en Sevilla*).—Respecto del Padre Fray Francisco Ponce de León dice el cronista Gil González Dávila lo siguiente: "En su tiempo, (del Obispo Santillana), se fundó en este obispado, (el de Quito), la ciudad de San Francisco de Borja por mandado del Virrey Príncipe de Esquilache; y el que puso la primera piedra en élla y la primera Cruz y dijo la primera Misa fué el Maestro Fray Francisco Ponce de León, religioso de la Orden de Nuestra Señora de la Merced.-(*Teatro eclesiástico de la primera Iglesia de Indias.—Tomo 2°-Madrid.—1665*).

tos, envidiaron la suerte de los que sucumbían asesinados alevosamente por los salvajes (4).

Dos Jesuítas notables, el Padre Lucas de la Cueva y el Padre Gaspar Cujía fueron los primeros misioneros de Mainas: como la ciudad de San Francisco de Borja, cabecera del nuevo gobierno de Mainas, tenía desde su fundación todos los honores y todos los privilegios políticos de ciu-

---

(4) No deja de ser un poco difícil la situación del Historiador cuando quiere escribir la Historia de las Misiones, pues los sucesos acaecidos en las montañas orientales no han tenido más narradores, que los mismos Padres de la Compañía de Jesús, cuyo amor á su Instituto y cuyo celo por las glorias de su Orden son proverbiales; y así, para valerse de esta clase de fuentes, ha de armarse el historiador de todos los recursos de la crítica histórica, á fin de discernir la verdad, y no confundirla nunca ni con el elegio ni con la censura.—Conservando nuestra imparcialidad, enumeraremos las fuentes, dividiendo los documentos en dos clases, á saber, los impresos y los manuscritos, y presentándolos según el grado de su antigüedad.

RODRIGUEZ.—*El Marañón y Amazonas*.—Historia de los descubrimientos, entradas y reducción de naciones, trabajos malogrados de algunos conquistadores y dichosos de otros así temporales como espirituales,en las dilatadas montañas y mayores ríos de la América.—*Madrid*.—1685.

MARONI.—Noticias auténticas del famoso río Marañón y misión apostólica de la Compañía de Jesús de la Provincia de Quito en los dilatados bosques de dicho río.—(*Permaneció inédita esta obra hasta el año de 1889, en que la publicó, enriqueciéndola con Apéndices y Notas, el célebre americanista Marcos Jiménez de la Espada*).— La narración llega hasta el año de 1738, comprende, pues, un siglo entero.

VELASCO.—*Historia del Reino de Quito*.—(En el Libro IV y en el Libro V de la Historia moderna, que está en el Tomo III de la obra, habla extensamente de todo lo relativo á la historia de las misiones).

dad, fué indispensable que, para el servicio de las misiones, uno de los Jesuítas se hiciera cargo del ministerio parroquial como cura de Borja, canónicamente instituído, según todas las formalidades del patronato real. El Padre Cueva, designado por el Superior de los Jesuítas y presentado por el Presidente de la Audiencia, fué aceptado por el Obispo de Quito y recibió de manos de éste la institución canónica y la jurisdicción como Cura párroco de Borja y Director de las Misiones del Marañón. Por aquel entonces estaba ejerciendo el cargo de gobernador de Mainas Don Pedro Va-

---

CARTAS EDIFICANTES Y CURIOSAS.-(*Descripción abreviada del río Marañón y de las misiones establecidas en sus contornos.—TomoVII.*—Carta del Padre Guillermo D'Etre. Tomo XIV—Cartas del Padre Manuel Iriarte.-TomoXVI. —Nos referimos siempre á la édición castellana ó á la traducción hecha por el Padre Diego Davín.— Los Padres D'Etre é Iriarte fueron misioneros en Mainas y en el Napo: aquél era francés, y éste español).

MENDIBURU.-*Diccionario histórico y biográfico del Perú.* (En los artículos relativos á los Padres Lucas de la Cueva, Cujía, Fritz, Richler, etc.)

INFORME del Padre Andrés Zárate, Visitador de los Jesuítas de la Provincia de Quito.—(1736-1738).

INFORME del Padre Tomás Nieto Polo,Procurador de los Jesuítas,sobre las misiones del Marañón y del Napo.-(1743).

INFORME del Padre José María Maugeri, también Procurador de los Jesuítas.

INFORME del Padre Maroni, jesuíta, misionero del Marañón: fué dado al Presidente Alcedo.

INFORME hecho por varios misioneros sobre el estado de las misiones.--(Todos estos son documentos inéditos y reposan en el Real Archivo de Indias en Sevilla: otros documentos asimismo inéditos, los citaremos en sus lugares portunos).

ca de la Cadena, que había heredado de su padre aquel empleo, por habérselo concedido para dos vidas el Virrey del Perú; y como los indios se hallaban alzados, el nuevo gobernador confiaba que mediante el celo prudente y caritativo de los Jesuítas, se lograría pacificarlos y reducirlos de nuevo á la obediencia.--La ciudad de Borja había sido casi destruída, y los blancos se habían visto en el caso de encastillarse en la iglesia, para defenderse desde ahí de los indios, que los tenían sitiados. (5)

Para el adelanto de las conversiones, se dividieron los misioneros, estableciendo cada uno su residencia en un punto determinado, desde donde fuera fácil salir á hacer exploraciones por los ríos y los bosques. Los misioneros fueron recorriendo poco á poco la extensa región del Amazonas, siguiendo de occidente á oriente el curso de aquel gran río; y entrándose por la embocadura de sus principales afluentes, reconocieron las tierras bañadas por éstos y las diversas tribus salvajes que

(5) El Curato de Borja pertenecía al Obispado de Quito, y el Ilmo. Señor Don Fray Pedro de Oviedo fué quien dió la jurisdicción parroquial al Padre Lucas de la Cueva, en Enero de 1642: era vice-rector del colegio de Quito el padre Alonso de Rojas, quien formó la terna siguiente: Padre Lucas de la Cueva, Padre Francisco Figueroa y Padre Juan de Enebro. Dióselo el curato con el carácter de amovible *ad nutum*.—Los clérigos entraban como curas, pero no residían en su parroquia y salían y la abandonaban, por la mucha pobreza y las penalidades de la vida de montaña.--El Provincial de los Jesuítas era á la sazón el Padre Gaspar Sobrino, y en la Audiencia presidía como Oidor más antiguo Don Antonio Manrique de San Isidro.

moraban en ellas: el territorio de las misiones vino á ocupar así una extensión inmensa de terreno en el centro de la América Meridional, pues abrazaba todo lo comprendido entre la gran cordillera oriental y el Amazonas, hasta la embocadura del río Negro.

II

Difícil es hacer una enumeración exacta de todas las tribus indígenas reducidas por los misioneros, ni sería posible referir punto por punto la historia del descubrimiento y de la conversión de cada una de ellas al cristianismo.--En los ciento treinta años, durante los cuales estuvieron las misiones del Marañón puestas bajo el cuidado y la dirección de los Jesuítas, recorrieron éstos todo el terreno regado por el Amazonas y sus afluentes, sin dejar sitio alguno que no lo visitaran y examinaran prolijamente. La fundación y sostenimiento de las misiones no podía menos de exigir gastos muy crecidos, y éstos al principio, en su totalidad, salieron de los bienes que poseían los Jesuítas de Quito; más tarde el gobierno español contribuyó con una suma anual, corta y no siempre pagada á tiempo ni con buena voluntad. Algunos años antes de la expulsión las misiones llegaron á tener fondos propios, manejados por un procurador especial: estos fondos eran donativos, que personas piadosas hacían para aquel tan laudable objeto. El viaje de los misioneros, que desde Europa venían á Quito, era costeado por el Rey con dinero de su real hacienda; pero no todos los religiosos á quienes el Rey acudía

con lo necesario para el viaje de Europa á Quito eran destinados á las misiones de infieles: antes, lo ordinario era, que casi todos se ocuparan en los colegios, y solamente, cuando más, cuatro ó cinco de los recién llegados entraban á los pueblos de infieles como misioneros (6).

Los Jesuítas mediante una larga experiencia descubriron que los extranjeros, principalmente los de raza germánica, eran aptos para las misiones del Marañón, en las cuales se notó que los americanos y aún los mismos españoles se enfermaban fácilmente; por esto, se pidió y se obtuvo del Consejo de Indias, ya desde fines del siglo décimo séptimo, permiso para traer Jesuítas italianos y alemanes. Al principio las misiones formaban parte de la Provincia de Santa Fe, ó del Nuevo Reino de Granada, al cual pertenecían todos los colegios y residencias que había en el territorio de lo que es actualmente República del Ecuador: erigida la provincia quitense, las misiones dependieron del Superior ó Provincial de Quito, sin que

(6) Carta del Padre Lucas de la Cueva al Presidente de la Real Audiencia de Quito: tiene la fecha de 1666.—(*Inédita, en el Real Archivo de Indias en Sevilla*).-Es una larga representación elevada á la Audiencia por el Padre Lucas de la Cueva, como Superior de las Misiones: expone que durante los primeros veinte años todos los gastos fueron hechos por los mismos Jesuítas: hace saber que el Virrey del Perú les había concedido, hacía poco, como auxilio para las Misiones la dotación con que de las cajas reales se debía acudir á los doctrineros de montaña, por estar sirviendo los Padres el curato de Borja, y suplica que se le ayude con algún socorro permanente para el sostenimiento de las Misiones. Los misioneros eran ya trece en aquel año.

hasta la época de la expulsión se hubiera hecho, bajo este respecto, ignovación alguna. La provincia de Quito, por medio de su procurador, cada cierto tiempo buscaba misioneros en Europa, los recogía y los hacía venir á Quito; y desde el colegio de Quito eran enviados á la región oriental.

La región oriental, como ya lo hemos repetido en diversas ocasiones, estaba dividida en varios gobiernos ó provincias: al Norte se hallaba la de Mocoa y Sucumbíos, que en lo judicial pertenecía á la Audiencia de Quito, y en lo político y administrativo dependía del gobernador de Popayán. Las misiones fundadas sobre los ríos Caquetá y Putumayo estuvieron siempre al cuidado de los Franciscanos. La gobernación de Quijos ocupaba la parte alta de la región oriental tras la cordillera de los Andes, desde la base de la cordillera hasta el primer puerto del Napo; y las misiones establecidas en esa gobernación se conocían con el nombre especial de misiones del Napo; seguía la gobernación de Macas, la cual se extendía por tras de la cordillera oriental, hasta tocar al Sur con los límites de la gobernación de Jaen de Bracamoros y de Yaguarzongo, la más meridional de todas. En el territorio de la gobernación de Macas estaban las tribus de los Jíbaros, gente vigorosa é indomable, cuya conversión intentaron también los Jesuítas, aunque sin resultado ninguno satisfactorio: los ríos Pastaza, Morona y Santiago, descendiendo de la cordillera oriental, atraviesan una gran parte de la gobernación de Macas antes de llegar al Marañón y mezclar sus aguas con las del monarca de los ríos americanos. El Gobierno de Mainas era el más

extenso de todos, porque comenzando en el Pongo de Manseriche, se dilataba de occidente á oriente hasta topar con las posesiones que los portugueses tenían sobre el Amazonas. Toda esta inmensa región comprendida en las tres secciones llamadas gobierno de Quijos, gobierno de Macas y gobierno de Mainas, fué el campo donde los Jesuítas trabajaron con laudable constancia, durante más de un siglo, en la obra penosa de la evangelización de las tribus salvajes.

¡Obra, en verdad, ardua y penosa sobre toda ponderación! Los misioneros debían vencer muchas dificultades y superar obstáculos, casi de todo punto insuperables, atendida la flaqueza de la condición humana. El clima de aquellas montañas es abrigado, por lo regular, y en algunas partes, no solo abrigado, sino muy ardiente, sobre todo en ciertas épocas del año, y el calor enerva las fuerzas del cuerpo y va consumiendo lentamente la salud. De ordinario, el suelo es muy húmedo, y el ambiente, empapado en emanaciones acuosas, pone pesada la atmósfera y hace difícil la respiración: en unas partes llueve de continuo días y noches seguidas, y una neblina arropa la selva causando un bochorno desesperante, principalmente durante la noche: la humedad del suelo y el calor del ambiente hacen germinar insectos con una abundancia increíble: densas nubes de mosquitos, diminutos y ponzoñosos, persiguen de día y de noche al habitante de aquellos bosques, sin dejarle ni un momento siquiera de sociego ni de tranquilidad, atormentándole con sus picaduras é inquietándole con su molesto é incansable zumbido: el terreno bulle

en hormigas y las cucarachas pululan por todas partes: enormes arañas de formas horripilantes se hospedan dentro de las mismas casas; otras, de veneno más mortífero que el de las víboras abundan en algunos lugares: sapos de varios tamaños, alacranes ponzoñosos, culebras y víboras de diversas especies hacían enojosa la vida, peligrosos los caminos é inseguro el descanso. El misionero, cuando se tendía en el lecho para reposar; cuando estaba sentado á la mesa, tomando alimento; cuando subía al altar para celebrar los divinos misterios, se veía rodeado de una nube de zancudos que lo acometían y martirizaban sin cesar; si armaba su tolda y se escondía dentro de ella, su sufrimiento variaba, pero no disminuía, pues el calor sofocante lo atormentaba y el sudor copioso no le dejaba conciliar el sueño; no obstante, le era indispensable guarecerse bajo su toldo, para evitar las mordeduras de los murciélagos, que, en compactas bandadas, volaban de noche en torno de su lecho. Las manos, los pies, la cara, las orejas se hinchaban enormemente con la humedad y el calor, y se llagaban con las picaduras de los mosquitos; y sobre el calor del clima había que soportar la fiebre producida por las picaduras irritadas y exacervadas hasta causar á veces la inutilización temporal del cuerpo.

Las enfermedades que sufrían los misioneros eran continuas y muy prolongadas, sobre todo al principio, cuando entraban recién á la montaña y tardaban en aclimatarse: languidez de miembros, hinchazones y disenterías, de las cuales, cuando lograban sanar pronto, quedaban en un estado de postración de fuerzas casi completo.

Retirados en los pueblos de la misión, sin regalo ninguno en las enfermedades, con alimentos groseros, faltos de un servicio prolijo y entregados muchas veces al cuidado de un muchacho indígena, los sufrimientos eran imponderables: las comidas eran insípidas; y, como no podían guisarlas, ni siquiera variarlas, en vez de recibir alivio con ellas, recibían una nueva molestia: pan de trigo no lo probaban, sino allá de cuando en cuando; por lo regular, dos veces al año, así que llegaba el biscocho que desde Quito se enviaba á la misión: maíz tostado, tortillas de masa de yuca era su comida cuotidiana: carne de vaca no la gustaban nunca; pescado, cuando los indios querían pescar; mono asado, cuando cazaban alguno: esos eran sus potajes delicados. Si había tortuga ó manatí, la mesa del misionero era mesa para banquete: postres, ordinariamente, frutitas silvestres, bayas de los árboles, recogidas en las montañas: tal era la comida del misionero.

Una de las mortificaciones mayores era la que les causaba la humedad: reducciones había, en las cuales durante casi todos los meses del año, la lluvia era incesante de día y de noche; y cuando no llovía, una niebla densa y compacta, se derramaba por el bosque y envolvía la población, inspirando tristeza y abatimiento en el ánimo: papeles, libros, imágenes, todo se deterioraba en breve tiempo, cubriéndose de moho y pudriéndose. En ningún pueblo era posible conservar reservada la sagrada Eucaristia, porque las formas se corrompían en una sola noche, y á la mañana siguiente se las encontraba reducidas á un líquido espeso y acedo, casi diluidas por la humedad y el calor: la

harina para fabricar hostias se guardaba dentro de urnas de barro, colgadas sobre el hogar, para que el humo las preservara de la corrupción.

No había vestido que durara: las sotanas de lana se podrían, y pudriéndose en el cuerpo, caían á pedazos: las de lienzo de algodón teñido de negro resistían más tiempo. La experiencia les hizo descubrir que las de cáñamo burdo eran más durables, y de esas comenzaron á usar ordinariamente, poniéndose las de algodón sólo para decir misa, y asimismo sólo entonces llevaban los pies calzados con zapatos de cuero, porque casi siempre acostumbraban usar alpargatas toscas de lienzo y trenza de cabuya, ó andaban enteramente descalzos: los caminos eran lodazales, donde los zapatos de cuero se destruían á los pocos pasos, y los mismos alpargates, cargándose de lodo, se ponían tan pesados, que más bien servían de estorbo, que de auxilio para la marcha.

Los viajes eran causa de penalidades y de mortificaciones sin cuento: cuando se hacían por agua, iban en canoas; viaje por demás incómodo y peligroso, porque era necesario mantenerse sentado casi en cuclillas durante largas horas, quemándose con los rayos de un sol abrasador ó empapándose en lluvias torrenciales: ya la canoa era llevada á merced de la corriente, ya paraba dando vueltas presa de un remolino: ahora se volcaba tropesando de repente de un peñón oculto: ahora era detenida por los troncos de árboles enormes, que, tronchados por el viento, habían caído y estaban atravesados en el río: tan pronto surcaba la corriente con vertiginosa rapidez, como quedaba en seco atollada en el fango; y en-

tonces era menester arrastrarla fuera, y cargar á hombros con ella para echarla de nuevo al agua.

Los viajes por tierra se hacían á pie y casi siempre descalzándose, porque no era posible servirse ni de zapatos ni de alpargates: aquí hundiéndose en lodazales; allá atravesando pantanos: unas veces siguiendo encorvados por entre el bosque, porque la espesura de la vegetación y lo intrincado y enmarañado de las ramas de los árboles y de las lianas entrelazadas no permitía caminar derechos: otras veces por arenales caldeados por el sol ó por cuestas pendientes, cuyo piso, formado de piedrecitas agudas, lastimaba los pies: las estacas ocultas en el lodazal; las espinas escondidas entre la hojarasca causaban en los pies y en las piernas desnudas heridas profundas, llagas dolorosas: como las distancias eran enormes, sucedía que la noche les sorprendiera en los ríos ó en medio de los bosques, donde les era indispensable hacer alto y pernoctar á toda intemperie, expuestos á mil molestias y peligros, sin alimento, sin defensa contra las fieras, sin lecho en que reposar el cuerpo, extenuado de cansancio y de fatiga. Venía la mañana, y con el nuevo día cantinuaban el viaje, sin alivio ni refrigerio alguno. En los viajes por tierra el paso de los ríos era una de las más penosas dificultades para los misioneros: los ríos eran innumerables y en ninguno había puente: era necesario pasarlos entrando en el agua ó á hombros de los indios. En algunos, la corriente era tan impetuosa que, para no ser derribados y arrebatados por ella, tenían necesidad de sostener entre dos al indio, que iba cargando al padre, poniéndose uno á un lado

y otro á otro lado para vadear el río, con el agua al pecho ó á la cintura. El puente era otras veces un solo madero, acomodado sobre las piedras, y por ahí era necesario aventurarse á pasar, arrostrando toda clase de peligros. Sucedía con frecuencia que los ríos crecían de un instante á otro, y entonces había que esperar á la orilla, hasta que el caudal de agua disminuyera, y en disminuir tardaba días y aún semanas enteras, durante las cuales el viaje quedaba suspenso y la caravana estacionada: las lluvias de la cordillera, las nevadas y el deshielo repentino causaban crecientes inesperadas en los ríos de la región oriental, haciendo imposible el vadearlos; y mientras la corriente volvía á su antiguo cauce, era indispensable esperar, sufriendo privaciones de todo género: por alimento las raíces de los árboles; por abrigo, la ramada improvisada sobre el suelo húmedo, con la densa nube de zancudos por la noche y el torbellino porfiado de mosquitos durante el día.

No era raro que la punta de la creciente llegara en el momento mismo, en que el misionero con los indios estaban atravesando el río, y entonces, con el peligro aumentaban los sustos é inquietudes.

Ya para descender á los ríos, ya para continuar la marcha después de haberlos vadeado, era necesario bajar pendientes llenas de peligros, y trepar cuestas fatigosas: sin caminos, sin veredas, sin siquiera ni un angosto sendero, descolgándose, agarrándose de las ramas, gateando por entre la tupida maleza, mientras los mosquitos les zumbaban al oído y les clavaban á mansalva

su dañino aguijón en las manos y en la cara indefensa. — ¿Habremos enumerado ya todas las molestias?—Nó: al cuadro de una vida tan penosa le faltan todavía algunas pinceladas: descritas las penalidades corporales, conviene que demos á conocer los padecimientos morales.

La primera dificultad que encontraba el misionero, el primer obstáculo en que tropezaba era la variedad de idiomas y de dialectos de las tribus salvajes. No había una sola lengua general, y cada tribu y cada parcialidad hablaba un idioma propio suyo, y hasta entre las parcialidades que tenían un idioma común se encontraban dialectos, que variaban de una manera sorprendente. Estos idiomas de los salvajes eran pobrísimos de palabras para expresar ideas abstractas, y en ellos era de todo punto imposible explicar la doctrina cristiana: ¿cómo dar á entender los sublimes dogmas del cristianismo en lenguajes, faltos de términos adecuados para la expresión de semejantes misterios? — Si eran muy escasos de palabras que expresaran ideas sobrenaturales, los idiomas de los salvajes, en compensación, poseían una variedad abrumadora de sonidos nasales, guturales, dentales y hasta paladiales: aprendida la lengua, era necesario ir acostumbrando poco á poco el oído al sonido de las voces.—Unos formaban un medio gruñido con la garganta, y apenas se alcanzaba á percibir en confuso la última sílaba: otros pronunciaban con una rapidez tan grande, que no permitía distinguir con el oído unos términos de otros, sonando toda la cláusula de una vez, como un grito desentonado.

La diversidad de idiomas obligó á los misio-

neros á introducir la lengua quichua y á hacerla general en el territorio de las misiones, en donde procuraron también difundir el uso de otras lenguas, que les parecieron menos pobres y bárbaras, con lo cual, al fin, llegó á haber en las misiones del Marañón y del Napo una lengua que pudiéramos llamar oficial, la quichua, y otras cuatro ó cinco, á las que se podría apellidar doctrinales, porque en ellas se enseñaba la doctrina cristiana y el catecismo á un número determinado de parcialidades indígenas, ya reducidas á pueblos.—El trabajo del salvaje y el trabajo del misionero no podía ser más ímprobo: éste debía aprender además de la lengua quichua, otra de las doctrinales, ó siquiera las oraciones redactadas en ella: aquél había de escuchar, en un idioma que no era el suyo, la enunciación de dogmas altísimos, para cuya creencia no estaba naturalmente preparado su entendimiento. El salvaje, pensando en su idioma, tenía que formarse ideas nuevas, expresadas en una lengua que no era la suya materna: ¿podía darse una labor más difícil para la mente de un salvaje?

Los intérpretes eran casi siempre los indígenas ya convertidos y bautizados; pero ¿éstos conocían bien el idioma quichua? ¿Eran capaces de trasladar á la lengua bárbara de los neófitos la explicación del misionero? Con laudable previsión desde un principio procuraron los jesuítas allanar esta dificultad, recogiendo niños tiernos, poniéndolos á su lado y educándolos de propósito, para que más tarde les sirvieran de intérpretes. Para esta obra escogían de preferencia las niñas y niños huérfanos: les enseñaban á hablar la len-

gua castellana y la lengua quichua, y con la lengua materna de éllos desempeñaban el cargo importantísimo de intérpretes y aún de catequistas.

Una vez ganada la voluntad de los salvajes, comenzaba la faena dilatada y ardua de reducirlos á salir de los bosques y formar pueblos, reuniéndose varias familias con hogar fijo y vida sedentaria: se buscaba el sitio á propósito para fundar el pueblo, cosa al parecer fácil, pero en verdad nada hacedera y muy difícil: ningún lugar les agradaba á los salvajes, ningún punto les parecía conveniente; al fin, era necesario fijarse en el que el misionero elegía, convenciéndoles á fuerza de razones y ganándoles la voluntad á fuerza de halagos: se descuajaba el bosque, se limpiaba el terreno y se daba principio á la fundación del pueblo, construyendo ante todo la iglesia. Lo primero de que se proveían los misioneros cuando intentaban formar un nuevo pueblo, era de campanas, para causar novedad y grata impresión en el ánimo inquieto de los salvajes: después de la iglesia, se fabricaba la casa del misionero y luego las cavañas de los indígenas, á la redonda de la iglesia. — En todas estas empresas el misionero había de dirigir los trabajos, y trabajar con sus propias manos él mismo personalmente, ya manejando el hacha para derribar los árboles y labrar la madera, ya llevando el nivel y la escuadra ó colocando el haz de paja ó las hojas de palma para formar el techo de la iglesia y de la casa de sus neófitos: en toda faena había de tomar parte; en todas las tareas había de ser el primero, y no había trabajo en que no estuviera presente, para enseñar, animar y dirigir á los recién convertidos.

Fundado el pueblo, comenzaba la labranza del campo, la siembra de maíz, la formación de las sementeras: todo bajo la dirección del misionero. Concluída la iglesia, se celebraba la bendición de élla, procurando dar á esa ceremonia el mayor aparato y pompa posible; para lo cual se reunían los misioneros y hacían la fiesta con gran solemnidad. Los salvajes piensan poco, reflexionan menos; pero tienen imaginación muy viva, y era necesario dejarlos profundamente impresionados con lo que vieran y oyeran aquel día.

Para que la enseñanza fuera más provechosa, se dividía la población en dos secciones: la de los adultos y la de los niños, y á cada cual se daba la instrucción conveniente. Hubo algunos hermanos coadjutores que en esta labor evangélica de la enseñanza de los adultos y de la catequización de los niños se ocuparon años seguidos, ayudando á los misioneros y hasta haciendo las veces de éllos en algunos pueblos, en cuanto era posible.

Todos los días por la mañana y por la tarde, á campana tañida, se congregaba al pueblo en la iglesia, para rezar la doctrina y cantar las alabanzas divinas, con tonadas compuestas por los mismos misioneros: durante el día el misionero recorría la población, visitando á los enfermos ó animando á los trabajadores. Una de las cosas más difíciles era acostumbrar á los indios al trabajo, pues su vida salvaje la habían pasado en la holganza ó en la inacción.

La iglesia se procuraba conservar aseada y adornada con flores, y las fiestas del culto se celebraban con pompa y solemnidad, convirtiéndolas en regocijos populares.

La vida del misionero era vida de continuas privaciones, de molestias y de sobresaltos: desterrado voluntariamente de su propia patria, lejos de su hogar nativo, (el cual por pobre que sea siempre es halagüeño, siempre es querido y nunca se lo reemplaza con nada), confinado en los bosques, el misionero, en medio de sus neófitos semi-salvajes, pasaba una vida monótona y solitaria. ¿Con quién se había de comunicar? ¿Con quién podía conversar un momento, para dar descanso y solaz á su ánimo cansado y abatido?..... Rodeado de indios incapaces de comprenderle, si su corazón no se volvía á Dios, ¿cómo hubiera sido posible hacer llevadera una vida tan penosa?.... La hora de solaz y de consuelo se retardaba á veces hasta un año, cuando, al cabo de ese espacio de tiempo, volvía el superior de la misión á visitar el pueblo, mientras recorría de una en una las reducciones.

Para comunicarse unos con otros los misioneros, necesitaban hacer viajes largos, en los cuales gastaban días y aún semanas enteras: se reunían en un lugar convenido, se confesaban, se auxiliaban proporcionándose vino y hostias para el santo sacrificio, y se despedían.

Los salvajes se hallaban tan connaturalizados con su vida bagabunda, de libertad y aislamiento, que se enfermaban cuando se reducían á los pueblos formados por los misioneros: acometíales la nostalgia de sus bosques solitarios; la sociedad se les hacía tediosa y, poseídos de negra melancolía, se dejaban estar mudos, sentados en cuclillas, días y noches seguidos, negándose á todo trato y conversación: algunos morían, otros

fugaban y se ocultaban de nuevo en la montaña: las mujeres se esterilizaban. El cambio de la vida nómada y salvaje por la vida sedentaria, les era insoportable. De la noche á la mañana desaparecían poblaciones enteras: se las había juzgado ya formadas, y el día menos pensado huían los neófitos volviendo á sus antiguas moradas.

El trabajo, por ligero que fuera, les era odioso, y la sujeción al misionero, al cabo, se les hacía aborrecible: al principio la novedad les halagaba y los retenía: acudían con gusto á la iglesia, y presenciaban embelesados la celebración de la misa; después, satisfecha la curiosidad, no sólo no les agradaban las ceremonias del culto, sino que les eran fastidiosas y molestas: ¿cómo les habían de ser deleitables, si ignoraban el significado sobrenatural de ellas?—¡Qué de veces, mientras el misionero les estaba explicando la doctrina cristiana, cuando los indios, taciturnos y meditabundos, parecía que le escuchaban con atención, de repente le interrumpían haciéndole preguntas impertinentes y hasta ridículas, sobre la barba del padre, ó sobre otro objeto cualquiera, ó le pedían una hacha, una aguja, dando á conocer con eso que se hallaban distraídos, cuando parecían más atentos!

No siempre los indígenas formaban buen concepto del misionero; antes, por el contrario, lo tenían por un miserable, que, de puro necesitado, había ido á buscar cómo vivir entre ellos; y comenzaban á sospechar y á cavilar: la acción más insignificante les parecía cautelosa y lo despreciaban ó huían de él. Gravísimo obstáculo era para la conversión sincera, la sensualidad:

¿cómo hacer el sacrificio de contentarse con una sola mujer, cuando tener muchas había sido una costumbre, una necesidad y hasta un título de honor y una preeminencia en su tribu? ¿Cómo abstenerse de la embriaguez, cuando en la embriaguez encontraban una fruición gratísima, una delicia cuotidiana? y cuando con la poligamia y la embriaguez estaba unida la antropofagia, y el deseo vehemente, el apetito irresistible de comer carne humana!—¿No sería obra difícil la de acostumbrar á que llevaran vestidos los salvajes, que siempre habían andado desnudos?

Los indios son agoreros y extremamente supersticiosos; para ellos ninguna enfermedad era natural, y todas provenían ó de la influencia maligna del genio del mal ó de la dañina acción secreta de un enemigo, de un rival, de un envidioso: la muerte tampoco era natural, según las creencias de que estaban imbuidos algunos de ellos, y siempre la atribuían al maleficio de un enemigo. Por esto, la venganza hacía en los salvajes las veces de religión, y vengarse no sólo era una satisfacción, sino un deber sagrado: el que no se vengaba era tenido como un cobarde; y dejar de vengarse se consideraba como una infamia, que envilecía á los ojos de los demás á toda la tribu. Y en las venganzas era costumbre hacer alarde de una crueldad calculada y sangrinaria. ¿Cómo enseñar la humildad al indio salvaje? ¿Cómo convencerle de que el perdón de las injurias era una nobilísima virtud, y el amor á los enemigos un deber religioso estrictísimo?..... Unas tribus odiaban á otras: la reducción de las unas era un motivo que imposibilitaba la con-

versión de las otras. ¡Cuántas dificultades!..... Los indios no son solamente agoreros, supersticiosos y vengativos, son también muy interesados y por demás codiciosos: se manifestaban dóciles al misionero y complacientes con él, mientras el misionero les hacía obsequios; y lo despreciaban así que le faltaba dones; y para tener contentos á los salvajes, era indispensable darles cuanto pedían, y no negarles nunca los objetos de que se antojaban. Por esto, una suma considerable de los fondos de la misión se empleaba en regalos para los indios: hachas, cuchillos, machetes, agujas, abalorios y así otras cosas de éstas era necesario tener en cantidad en todas las reducciones, para halagar á los indios y mantenerlos sumisos. Ningún carácter más altivo y voluble que el del indio salvaje: el salvaje americano se estima á sí mismo como hombre de una condición muy superior á la de los blancos, á quienes mira con desdén: los teme, sus armas le infunden miedo; pero los desprecia. Hoy desea una cosa, mañana la aborrece: la vida laboriosa y sedentaria lo enferma y aflige: el misionero no podía confiar en la constancia del afecto de sus neófitos, porque éstos con la más asombrosa facilidad, pasaban del cariño al odio, y de la reverencia á la venganza. No se los podía reprender, sino con mucho tino y grandes miramientos, para que no se enojaran y, teniéndose como afrentados, se lanzaran á la venganza: reprensiones indiscretas fueron causa de levantamientos en las reducciones y hasta de la muerte de algunos misioneros, asesinados por los mismos indios, que parecían sumisos y sinceramente convertidos.

Los indígenas que se conservaban salvajes les afeaban á los convertidos su obediencia al misionero, contra quien les inspiraban sospechas: estas sospechas se convertían en aversión, cuando llegaban á descubrir el miserable estado de servidumbre en que vivían los indios cristianos en los pueblos de la sierra, donde había Curas, y tras el misionero recelaban los salvajes, que vinieran los blancos para hacerlos esclavos y mantenerlos oprimidos con trabajos pesados. Hubo reducciones que desaparecieron el día menos pensado: cundió el recelo, y los indios en una sola noche, abandonando el pueblo ya formado, tornaron á sus antiguas rancherías en lo más escondido de la montaña.

Referiremos los arbitrios de que se valían los misioneros para formar estas reducciones, que desaparecían como por encanto algunas veces.

El misionero se ponía en camino, acompañado de algunos blancos y de algunos indios amigos ya convertidos: por los datos ó señales que había recogido oportunamente sabía en qué punto de la montaña se encontraba la ranchería que intentaba visitar; y, andando con mucha cautela, llegaba en silencio á las cercanías de ella, donde oculto en el bosque se dejaba estar esperando que anocheciera: luego en altas horas de la noche, cuando los salvajes estaban dormidos, se dirigía á la casa del jefe, la sitiaba y se ponía en asecho hasta el momento en que los que se hallaban dentro lo sentían: entonces, lo primero que hacían era quitarle al indio las armas: como en todas las puertas de la casa había centinelas, desarmar al jefe no era difícil, y, ya desarmado, lo agasajaban

y le presentaban obsequios para él y para la más querida de sus mujeres y para sus hijos: ganada la voluntad del jefe, toda la parcialidad se entregaba de paz.

Pero no todas las tribus reconocían un jefe; muchas familias vivían aisladas unas de otras, y no había entre ellas más vínculo de unión que el idioma, por lo cual era necesario ir reduciendo á la tribu de familia en familia.—A veces eran los exploradores sentidos antes de que llegaran á la ranchería, y los salvajes ó fugaban precipitadamente ó acudían á las armas y se ponían á punto de guerra, y entonces el misionero y los suyos corrían grandes peligros: con señales y demostraciones se procuraba tranquilizar á los indios y hacerlos comprender que iban de paz, sin intención ninguna de hacerles daño, antes buscando su amistad. El más seguro arbitrio para reducir á los salvajes era, sin embargo, el de enviarles donecillos y llamarlos y atraerlos por medio del cebo del interés, á que frecuentaran el trato y comunicación con los indios ya bautizados, y así poco á poco se fueran aficionando á las dulzuras de la vida cristiana.

También la necesidad de defenderse de las acometidas de otras tribus enemigas obligaba á las más débiles á implorar el amparo de los misioneros, acogiéndose á los pueblos organizados.—El misionero en medio de sus neófitos, todavía semi-salvajes, era á la vez el maestro, el director, el médico y en ocasiones hasta el enfermero de los indígenas, porque se veía precisado á aplicar él mismo los remedios, sirviendo personalmente á los enfermos.

¿No es cierto que la sincera conversión de los indios salvajes al cristianismo, considerada desde un punto de vista meramente humano era casi imposible? Sin embargo, esa conversión se verificó: Dios bendijo los afanes de los misioneros, y se formaron reducciones ó pueblos compuestos de salvajes convertidos, donde florecieron las virtudes cristianas, con admiración de los mismos misioneros. Los indios amaron la verdad y la sinceridad: se aficionaron al trabajo, guardaron la fidelidad conyugal, fueron pudorosos y tuvieron en alta estimación la castidad: de vengativos se habían tornado mansos; y de ociosos, diligentes. La vida de algunos era inocente, y la santificadora influencia de la religión los conservaba con extraordinaria pureza de alma: de unos salvajes sanguinarios y rencorosos el Evangelio había hecho niños, por la inocencia y el candor de sus costumbres, realizando en ellos la palabra del Redentor: "*Si no os hiciereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.*"

La primera entrada que hicieron los misioneros á la región oriental fué por Santiago de las Montañas, y por esa misma vía continuaron entrando durante algún tiempo, con trabajos increíbles: de Quito iban á Santiago, pasando por Cuenca y Loja: se embarcaban en Santiago, y, atravesando el canal de Manseriche, el famoso Pongo, salían á Mainas, gastando en semejante viaje hasta tres meses seguidos: parte andaban á mula, parte caminaban á pie, expuestos á mil peligros y contratiempos, de modo que, cuando llegaban á Borja, estaban débiles y enfermos. Como no se conocía bien en aquella época el cur-

so de los grandes afluentes del Marañón, los misioneros se ocuparon en explorar toda la región oriental, navegando contra corriente todos los ríos caudalosos, que bajan de la cordillera de los Andes ecuatorianos; así subieron aguas arriba por el Morona, por el Pastaza y por el Napo, buscando un nuevo camino para entrar más pronto y con menos peligros al territorio de las misiones. Merced á estas arriesgadas y penosas exploraciones de los Jesuítas, se comenzaron á trajinar dos nuevos caminos á las comarcas orientales trasandinas: uno, que de Quito partía por Papallacta y Archidona al Napo, y del Napo bajaba al Marañón: otro hacía estación en Ambato, y por Baños, descendía á Canelos, buscaba el Pastaza y, embarcándose en este río, llegaba al Amazonas. El camino del Napo tenía el paso terrible del páramo de Guamaní, donde en épocas de nevada y de ventisca perecían los viajeros. La ruta de Baños tampoco era cómoda, pues había una cuesta larga y pendiente, en la cual era necesario ir agarrándose de los bejucos y de las ramas de los árboles para no descender rodando al abismo, donde se arremolinaban bramando las aguas de un río caudaloso.

Mediante un arreglo celebrado con la autoridad eclesiástica y aprobado después por el gobierno civil, se hicieron cargo los Jesuítas de la parroquia de Archidona como Curas de élla, y así se les facilitó la entrada á las misiones de Mainas por la vía del Napo. La parroquia de Archidona era beneficio que pertenecía al clero secular, y los Jesuítas cedieron más tarde un pueblo que doctrinaban en la provincia de Guayaquil. — Hu-

bo al principio algunas dificultades por parte del Ilmo. Señor Montenegro, que se resistió á dar la colación y canónica institución del curato al Padre Lucas de la Cueva, mientras no se trajera primero la autorización del Consejo de Indias, para que no se vulneraran los derechos del patronato real; pero, obtenida la aprobación del Rey, no opuso ya tropiezo ninguno el Prelado, y los Jesuítas continuaron en la parroquia de Archidona, con lo cual se disminuyeron algo las molestias del viaje á las misiones y quedó definitivamente establecida la entrada á ellas por la vía del Napo.—Los Jesuítas conservaron la parroquia de Archidona, desempeñando el ministerio espiritual como Curas de ella, hasta el año de su expulsión. El primer Cura fué el mismo Padre Lucas de la Cueva (7).

(7) El Cura de Borja tenía 183 pesos, 6 reales como congrua anual, y durante casi diez años este fué el auxilio que de la Hacienda real recibieron los Jesuítas para las misiones: esta suma se pagaba en Loja de la Caja real de aquella ciudad. El Padre Cueva pidió que se les aumentara hasta seiscientos veinticinco pesos la dotación anual, y que se les pagara en Quito y no en Loja, cuya Caja ó Tesorería real no tenía siempre caudal suficiente: suplicó también que en la misma Caja de Quito se les mandara pagar lo que se les estaba debiendo, que era la congrua íntegra de un año y cuatro meses. El Conde de Santistevan, Virrey del Perú, concedió todo cuanto le fué pedido; pero, á consecuencia de las representaciones que hicieron los oficiales de la Tesorería real de Quito, la merced del Virrey fué revocada: al fin, en 21 de Enero de 1667, obtuvieron que se les pagara los estipendios caídos.—En 1670 se les mandó dar mil pesos, como ayuda de costa, para que pagaran las deudas contraídas por el Superior de la misión en los viajes de los misioneros y en la curación de los que habían salido enfermos.

III

Los juicios diversos y hasta contradictorios, que con frecuencia llegaban á la Corte acerca del estado en que se encontraban las misiones, movieron, al fin, al Real Consejo de Indias á expedir varias disposiciones para conocer la verdad; y una

En 1750, el 15 de Febrero, se les dió diez mil seiscientos diez pesos, como auxilio, para sesenta Jesuítas que venían á Quito.—En 1717 perecieron naufragando venticinco Jesuítas, de los cuales cinco eran legos y de los restantes unos eran sacerdotes y otros estudiantes, españoles, bávaros y sicilianos.

En 1720 se concedió licencia para traer catorce misioneros.—En 1751 se permitió traer á Quito noventa Jesuítas: con esta licencia, el 25 de Junio de 1754, se embarcaron en Cádiz catorce, de los cuales era Superior el Padre Francisco Javier Arzoni: el 30 de Setiembre se embarcaron ocho más: el 15 de Enero de 1756, se embarcaron tres: á fines de 1758, se permitió que se embarcaran nueve, el mayor de los cuales tenía veinticinco años de edad. Para el viaje de todos éstos, contrajeron los Jesuítas de Quito la enorme deuda de setenta mil pesos.—La dotación señalada por el Gobierno español á cada misionero, era doscientos pesos por año, y noventa más, como sueldo de un sacristán en cada pueblo. Los demás gastos los hacían los mismos Jesuítas. Las rentas del Colegio de Quito, á fines del siglo décimo séptimo ascendían á mil pesos por mes ordinariamente. poco más ó menos, según se deduce del libro de gastos y entradas del Colegio de Quito, del tiempo en que fué Procurador el Hermano Marcos Guerra. (*Manuscrito autógrafo de nuestro archivo privado*). En un siglo esas rentas se aumentaron considerablemente. *Cédula real de Madrid, á* 21 *de Junio de* 1670.—*Informe del Gobernador de Quijos, Don Melchor de Peñalosa.—Baeza, á* 2 *de Agosto de* 1662.—*Informe de Don Melchor de Mármol, Gobernador de Quijos.-Macas, á* 15 *de Enero de* 1678. (*Documentos inéditos.-Volumen primero del Cedulario de la Curia*

de las medidas adoptadas fué la de hacer que las misiones fueran visitadas por el Obispo de Quito, dentro de cuya jurisdicción se encontraba todo el inmenso territorio de éllas. Como el Ilmo. Señor Paredes estaba anciano y muy falto de salud, se le concedió facultad para nombrar un Visitador de su confianza, y el Obispo eligió al Doctor Don Diego de Riofrío y Peralta, que, á la

Metropolitana de Quito).—El estado de la llamada provincia de Quijos y Macas en aquella época no podía ser más lamentable, así en lo eclesiástico como en lo civil. En Quijos había cuatro curatos ó doctrinas, que eran las siguientes:

Baeza, capital de la provincia; tenía sólo un vecino blanco y diez indios, con siete anejos, en los cuales no había ni cincuenta indios.

Archidona, tenía cuatro vecinos blancos y trece indios, con seis anejos.

Las otras dos poblaciones eran la de Avila y la de Atunquijos, asimismo miserables sobre toda ponderación:—Avila y Baeza continuaron como curatos de clérigos, y Atunquijos como doctrina de dominicanos.

Las misiones de los Indios Colorados que tenían los Jesuítas, pertenecieron al asiento de Latacunga, y había solamente dos pueblecillos, llamados Llichipe y Calope: el año de 1694 todavía cuidaban de ellos los mismos Jesuítas, como consta del expediente promovido por el Padre Garofalo para que los encomenderos ayudaran á reponer los ornamentos, quemados por los indios, juntamente con la iglesia.—(*Documentos inéditos de nuestro archivo privado.*)—Un tiempo considerable transcurrió desde que el Presidente Vázquez de Velasco dió la parroquia de Archidona al Padre Cueva, hasta que se resolvió el punto cuestionado sobre si esa parroquia había de continuar á cargo de los Jesuítas ó había de volver á los clérigos, muerto el Padre Cueva.—Cuando este Padre fué como Cura de Archidona, la Audiencia le dió un socorro en dinero: protestaron los tesoreros reales, y el Gobierno de Madrid mandó que los Oidores devolvieran de sus bolsillos la suma que habían dado al Jesuíta.

sazón, desempeñaba el ministerio de párroco en el curato de Santa Bárbara en Quito. Los franciscanos reclamaron no sólo contra el nombramiento de Visitador, sino contra el derecho mismo que de visitar las misiones tenía el Diocesano de Quito; acudieron á la Audiencia y alegaron privilegios canónicos expedidos en favor de su Orden por los Sumo Pontífices; pero, como la Cédula Real era terminante, la Audiencia falló en contra y declaró que el Prelado de Quito podía visitar los pueblos de misiones dependientes de los regulares.

Los Jesuítas no opusieron resistencia alguna al Visitador; antes le facilitaron el viaje y lo recibieron en todas partes con agrado, sirviéndole y ayadándole para que lograra desempeñar su comisión con esmero y prolijidad. El Visitador salió de Quito, y, tomando el camino de Papallacta, recorrió todos los pueblos y todos los anejos de la Gobernación de Quijos; se embarcó en el Napo y salió al Marañón; navegó este río en dos distintas direcciones; reconoció uno por uno todos los pueblos de entrambas orillas, desde Borja hasta los límites de las posesiones españolas con las portuguesas: asimismo visitó todos los pueblos fundados en las márgenes del Napo y del Pastaza, y no dejó lugar alguno sin reconocerlo personalmente, haciendo en cada uno la enumeración prolija de todos los habitantes, con distinción de sexos, estados y edades. Visitadas así con tanta diligencia las misiones del Napo y del Marañón, siguió al Pará, y de ahí continuó su viaje á Madrid por el Atlántico; llegó á la Corte y presentó á Fernando sexto un informe sobre el

estado de las misiones, con observaciones oportunas acerca del modo cómo convenía mejorarlas y hacerlas prosperar. El informe del Doctor Riofrío y Peralta es el documento más concienzudo, que en punto á las misiones orientales se presentó al Gobierno español á mediados del siglo décimo octavo, cuando las misiones contaban ya más de cien años de existencia.

El Visitador no se atrevió á pasar á la provincia de Sucumbíos, temiendo las amenazas de los franciscanos, quienes protestaban que, si entraba en sus misiones, lo escarmentarían haciendo echar vivo en algún río al pretendido comisionado para visitar sus pueblos, contra los privilegios de la Orden Seráfica; pero los examinó de un modo muy oculto y muy sagaz. Valióse del Cura de Avila: disfrazóse éste de secular, y así, sin ser advertido ni descubierto por los frailes misioneros, se paseó por todos los pueblos, los vió, los inspeccionó y, recogiendo datos y noticias seguras sobre el estado de las misiones, se embarcó en el Putumayo, y fué á encontrarse con el Doctor Riofrío en la embocadura del Putumayo con el Amazonas, en el punto donde habían acordado darse cita. El informe suministrado por el Cura de Avila puso de manifiesto el estado de atraso, de descuido y de lamentable decadencia en que se hallaban las misiones confiadas á los franciscanos, y constó, además, que éstos no tenían el número de pueblos que habían asegurado que había en el territorio de sus misiones.—¿Para esto alegaban privilegios?

El Doctor Riofrío y Peralta fué muy bien recibido en la Corte: su informe se leyó y discutió en

el Consejo de Indias, y á las indicaciones que hizo respecto á las misiones servidas por los franciscanos, se debieron las medidas que para el mejoramiento de éstas dictó Fernando sexto en los últimos años de su vida. El Doctor Riofrío presentó al Rey cuatro indiecillos salvajes pertenecientes á las tribus del bajo Marañón, donde todavía no habían entrado misioneros (8).

La visita del Doctor Riofrío no fué la única que se practicó en aquel tiempo á las misiones del Napo y del Marañón: diez años antes fueron éstas recorridas por el Padre Andrés de Zárate, que, según lo hemos referido ya en otra parte, vino á Quito á mediados del siglo antepasado con el cargo de Visitador de los Jesuítas. El Padre Zárate entró también por Papallacta, recorrió todo el territorio de las misiones, y tomando para su regreso la vía del Pastaza, salió por Baños á Ambato, gastando en su excursión diez meses enteros (9).

(8) El informe del Doctor Riofrío es el documento más autorizado que existe respecto á las misiones de la región oriental: hízose de él, por la imprenta, una edición privada, de esas que se permitían hacer para uso de los miembros del Real Consejo de Indias, por lo cual los ejemplares son ahora sumamente raros.—La Cédula para la visita se expidió el 11 de Diciembre de 1742, en Buen Retiro.—El informe fué presentado en Madrid, el 11 de Junio de 1746.—Daremos en su lugar correspondiente algunas noticias biográficas acerca del Doctor Riofrío.—El Cura de Avila se llamaba Don Tomás Abad, pero el que hizo la hazaña de visitar las misiones de Sucumbíos fué Don Joaquín Pérez Guerrero, que servía de excusador por enfermedad del propietario.

(9) El informe del Padre Zárate lo hemos citado ya en otra nota de este mismo capítulo.—Salió de Quito el 12 de

Otro observador muy diligente y curioso exploró también por aquella misma época toda la región amazónica: ese explorador fué un francés, el académico Lacondamine, cuyo viaje por el Amazonas fué el primer viaje verdaderamente científico que se hizo por aquel famoso río.—Terminado el ingrato asunto del pleito sobre la inscripción de las pirámides de Oyambaro y Caraburu, emprendió Lacondamine su viaje por el Marañón, para regresar á Europa, visitando la Guayana francesa: se embarcó en el Santiago y tuvo la satisfacción de atravesar la canal del Pongo de Manseriche en una balsa bien acondicionada, de modo que no le fué difícil practicar observaciones científicas sobre el volumen del agua, sobre la rapidez de la corriente, sobre la dirección misma de la canal y sobre la extructura de las peñas que la forman, y aún trazó una carta del estrecho y dibujó la escena de su navegación.

Los viajes de exploración que se habían verificado antes, no habían sido viajes científicos, ni las cartas geográficas de la hoya del Amazonas levantadas por los misioneros de la Compañía de Jesús tenían toda aquella exactitud matemática que exige la ciencia en esa clase de trabajos; por

---

Noviembre de 1736, descansó en Tumbaco tres semanas, porque estaba enfermo, y el 4 de Diciembre estuvo en Papallacta.—En el pueblo de la Laguna falleció el compañero del Padre, que lo era un Hermano Coadjutor, llamado José Mugurza, el cual tenía apenas treinta y nueve años de edad.—El Padre Zárate les prohibió á los misioneros atravesar el Pongo de Manseriche, porque un Padre estuvo tres días detenido en un remolino, con gran peligro de la vida.

eso, la carta que del Amazonas trazó Lacondamine es la primera carta geográfica, que de una manera científica, se levantó del curso hasta entonces casi desconocido del mayor de los ríos no sólo de América, sino del mundo entero (10).

El viaje atrevido del Cura de Avila, aguas arriba y aguas abajo del Putumayo, contribuyó á hacer que este gran afluente del Amazonas fuera mejor conocido y se descubriera que era navegable, sin obstáculo alguno, hasta su desembocadura. De este modo la geografía y principalmente la orografía de la región oriental Sud-Americana principiaron á ser conocidas con más exactitud y provecho no sólo para la ciencia, sino para el comercio y para la predicación del Evangelio y conversión de los salvajes al cristianismo.—El Visitador Riofrío recomendaba á los misioneros que hicieran observaciones sobre la historia natural de aquellas montañas, sobre las costumbres de los salvajes y sobre cuanto mereciera ser consignado para instrucción de la posteridad en la historia de las misiones: estas observaciones debían po-

(10) LACONDAMINE.—Relación abreviada de un viaje hecho por el interior de la América Meridional.—París 1745.—Este mismo opúsculo se publicó, cuatro años más tarde, en las MEMORIAS DE LA REAL ACADEMIA DE LAS CIENCIAS, en el volumen que corresponde al año de 1745, el cual se imprimió en 1749: tiene una carta geográfica del curso del Marañón, y una lámina en que está el plano y la vista del Pongo de Manseriche.—El mismo Lacondamine dió á luz en Amsterdan una traducción castellana de la relación de su viaje. Lacondamine se embarcó en Chucunga, el 4 de Julio de 1743, después de haber visitado las minas de Zaruma, en su tránsito de Cuenca á Jaén de Bracamoros.

nerse por escrito, y cada cierto tiempo enviarse al Superior, para que se custodiaran con cuidado en los archivos. El Padre Andrés de Zárate les prescribió á los misioneros, entre otras cosas, que establecieran escuelas para enseñar la lengua castellana y la lectura y la escritura á los indios; que pusieran talleres, en los cuales aprendieran los indios oficios mecánicos y que, aún en tiempo de paz, hicieran que todos los varones se ejercitaran en el manejo de las armas que éllos usaban: todavía hizo más el Visitador de los Jesuítas. Solicitó del Gobierno español el permiso de introducir, por lo pronto, siquiera doscientas armas de fuego, para que los indios de las misiones se adiestraran en el manejo de ellas, á fin de que los pueblos se pusieran en estado de defenderse por sí mismos, tanto de las acometidas de las tribus salvajes todavía infieles, como de las invasiones piráticas de los portugueses; empero, el Consejo de Indias no dió oídos á las representaciones del Padre Zárate, cuya previsión no podía ser comprendida por el Gobierno de la Metrópoli.—El Padre manifestaba tener ideas levantadas en punto á la manera de dar cima, con éxito duradero, á la obra de la reducción de los salvajes á la vida civilizada.

Además del carácter voluble de los salvajes y de la dificultad de convertirlos de corazón al cristianismo, tres espantosos flagelos cayeron sobre las misiones, contribuyendo á la destrucción de éllas: las rebeliones periódicas de parcialidades enteras; la epidemia de viruelas que desolaba los pueblos, y las invasiones de los portugueses del bajo Marañón en demanda de trabajadores

para sus plantaciones de caña de azúcar y sus ingenios en los territorios del Brasil.

Los indios se conservaban mansos y sumisos solamente mientras no se les presentaba una ocasión favorable para levantarse contra los blancos, destruir los pueblos y volver á su antigua vida vagabunda en medio de los bosques: un leve resentimiento bastaba para despertar en ellos sus instintos salvajes y hacerlos sublevarse y cometer incendios, robos y asesinatos. Así se acabaron algunas reducciones, que daban grandes esperanzas de estabilidad y de mejoramiento civil. Por esto, para mayor seguridad de los misioneros y para garantía contra la mala voluntad de los indios, acostumbraban aquellos hacerse acompañar en los pueblos con algunos mozos blancos ó mestizos, cuya amistad sucedió alguna vez que se mudara en traición. La conservación en las misiones de una fuerza armada, para contener á los salvajes y hacer hasta cierto punto imposibles las sublevaciones y los levantamientos, se conoció por experiencia que era indispensable, y los misioneros la pidieron y la reclamaron con instancia, aunque de parte del Gobierno civil las instancias de los misioneros no fueron siempre bien despachadas.

La epidemia de la viruela, antes desconocida en el territorio de las misiones, llegó después á ser periódica, y tan terrible y tan desoladora, que exterminó por completo tribus y reducciones enteras; los indios le tenían horror, y bastaba solamente que un misionero estornudara con fuerza de seguida dos ó tres veces, para que los indios huyeran alarmados, dejando abandonadas sus

casas. Una enfermedad tan dolorosa y cuyos estragos no podían evitarse, les parecía á los indios calamidad sobrenatural, enviada por influencias malignas: éllos, que consideraban toda enfermedad como efecto de un hechizo, ¿no habían de atribuir la más terrible de todas á una causa extraordinaria y desconocida?..... Cuando comenzaban á verse las primeras señales de la epidemia los indios se alarmaban y, abandonándolo todo, huían: los enfermos perecían miserablemente deshechos por la fuerza de la enfermedad, sin remedio ninguno, sin auxilio de ninguna clase, pues, todos, hasta las mismas madres, fugaban desamparando al enfermo!

Se observó que las enfermedades cundían más fácilmente en los indios recién reducidos, cuando mudaban de lugar de residencia saliendo del interior de los bosques á las orillas de los grandes ríos: entonces los catarros se encruelecían en los salvajes, á quienes el ambiente húmedo y los vientos de las orillas de los ríos les eran muy nocivos.

Los salvajes del Marañón y de sus caudalosos afluentes no formaban una nación, ni siquiera un pueblo medianamente organizado bajo el gobierno de un jefe, cuya autoridad respetaran y obedecieran todos: cada familia vivía aislada; y, si reconocían la autoridad de un caudillo, era solamente cuando, uniéndose varias familias, salían á la guerra contra otra parcialidad; pero, aún en esos casos, la unión duraba lo que tardaba en concluirse la guerra, después de la cual cada familia volvía á su vida de separación y de aislamiento. En algunas tribus este género de vida era más

común; en otras había á lo menos un crierto vínculo de unión bajo la dependencia de algún caudillo, que, por sus hazañas guerreras, había alcanzado fama de muy esforzado y muy valiente. Sin embargo, ni aún entonces llegaban á constituir un pueblo, menos una nación. El único vínculo de unión entre los salvajes era propiamente la identidad de lenguaje; y sucedía que, cuando dos tribus tenían lenguaje distinto, vivía en guerra constante, aunque estuvieran establecidas la una cerca de la otra, y aunque las separara solamente la corriente de un río, habitando la una en la una orilla y la otra en la orilla del frente.—Esta condición social de aislamiento y disgregación de las tribus salvajes fué gran parte para que la obra de convertirlas al cristianismo y reducirlas á la vida algo civilizada fuera difícil, nada estable, y facilitara las depredaciones escandalosas de los portugueses, establecidos en las colonias del Brasil.

Subían éstos en partidas más ó menos numerosas, armados con armas de fuego, y caían de repente sobre las reducciones del Marañón castellano y tomaban presos á cuantos indígenas capaces de trabajo podían pillar: los amarraban, y así amarrados y muchas veces engrillados, se los llevaban para emplearlos como peones en sus ingenios de azúcar, y allí acababan con ellos en breve tiempo, dándoles una vida penosa sobre toda ponderación. Los portugueses del Pará y del bajo Marañón no respetaban nada, ni religión, ni vínculos de familia, ni autoridad: cristianos, y no sólo cristianos, sino católicos y, jactándose de profesar en toda su pureza la religión santísima

de Jesucristo, entraban de sorpresa en las indefensas aldeas de los indios cristianos, bautizados ya y adoctrinados por los Jesuítas, y reclutaban esclavos para sus inicuas granjerías, sin que pudiesen nada contra tamaña iniquidad los requerimientos y las protestas de los misioneros. Así, en breve tiempo, desaparecieron las numerosas poblaciones de los Omaguas, establecidas en las grandes islas y en la margen derecha del Amazonas: lo más deplorable de este caso y, á la vez, lo más escandaloso es la participación que en crímenes tan reprobados por la moral cristiana tenían sacerdotes católicos. ¿Quién se atrevería á narrarlo, si los hechos no constaran hasta la evidencia?..... Los frailes carmelitas calzados portugueses, encargados de las misiones de infieles en el Brasil, eran no pocas veces los caudillos de las bandas que invadían las reducciones castellanas en demanda de esclavos: ¡la historia de América tiene páginas negras, muy negras; pero ninguna es tan negra como esta!!....

Cuando la primera invasión armada de los portugueses del Brasil contra las reducciones de los Omaguas fundadas por el Padre Fritz, en compañía de los soldados andaba un fraile carmelita calzado, el cual con una arma de fuego amenazó al misionero, intentando matarlo: en la segunda invasión contra el nuevo pueblo fundado por el mismo Padre Fritz, volvió el fraile, y, diciendo bravatas escandalosas, amenazaba otra vez al Jesuíta: el fraile carmelita se llamaba Antonio Andrade y no era sacerdote sino corista, muy ignorante, pero atrevido y emprendedor.—La enemistad de los Jesuítas y de los carmelitas calzados

en el bajo Marañón es uno de los sucesos más lamentables de la historia de las misiones. Los portugueses se creían con pleno derecho para poseer ambas orillas del Marañón hasta el Napo, no sólo por la toma de posesión de Tejeira, sino también como una justa indemnización de los territorios, que Portugal había perdido en la India Oriental á consecuencia de las guerras de Felipe tercero con los Holandeses, y de los esfuerzos hechos por los mismos portugueses para recuperar el dominio sobre el Amazonas, expulsando de sus fortalezas á los Holandeses enseñoreados del Brasil.—En cuanto á los escándalos cometidos por frailes carmelitas contra los misioneros Jesuítas del Marañón, bueno será advertir, que los narradores de esos hechos son los mismos Jesuítas; y la crítica histórica no puede menos de preguntar: ¿qué dicen los carmelitas? ¿Cómo refieren ellos esos mismos hechos?..... Ambas partes deben ser oídas. ¿Podrían haber culminado, talvez, los Jesuítas, en documentos oficiales, y narrando los sucesos, como testigos oculares, que al punto podían ser desmentidos?....

IV

Hemos referido ya los sucesos más dignos de recordación en la historia de las misiones del Napo y del Marañón confiadas á los Padres de la Compañía de Jesús; ahora conviene que digamos siquiera una palabra acerca de los más célebres misioneros de aquellas montañas.

Las misiones del Marañón, según nuestro juicio, fueron las misiones más difíciles y más pe-

nosas entre todas las misiones de los Jesuítas, no sólo en el nuevo sino aún en el antiguo mundo: ¡en ninguna eran tantas las privaciones ni tan arduos los trabajos! Fué necesaria una constancia á toda prueba y el amor sobrenatural de las almas, para condenarse voluntariamente á una vida de inquietudes y de sobresaltos continuos, sin halagos humanos ni consuelo alguno en este mundo; y varios de los que así voluntariamente se desterraron eran hombres de letras, varones dignos de consideración entre los suyos y merecedores de gran loa por sus virtudes.

El más ilustre entre todos fué, sin duda, el Padre Lucas de la Cueva, uno de los dos primeros misioneros de Mainas, y el fundador y sostenedor durante treinta años de aquellas misiones: era natural de la villa de Cazorla en Andalucía; entró en las misiones el año de 1638; fué Cura de Borja y de Archidona y falleció en Quito á los 72 años de su edad, sufriendo en su vejez enfermedades y achaques dolorosos, causados por el clima húmedo de la montaña.

El Padre Francisco de Figueroa, natural de Popayán, murió asesinado por los Cocamas, de quienes fué misionero algunos años. El Padre Raimundo de Santacruz pereció ahogado en el río Bobonaza, mientras viajaba buscando un camino menos incómodo que el de Borja, para entrada y salida de las misiones. El Padre Santacruz era natural de Ibarra, descendiente de una familia noble de España, pero mucho más esclarecido por sus heroicas virtudes. El Padre Pedro Suárez, á la temprana edad de 26 años, murió á manos de los Abigiras, lanceado por el cacique Quiricoa-

re, á quien procuraba reducir á vivir cristianamente: así mismo todavía joven pereció con muerte desastrada el Padre Agustín Hurtado, misionero de los Gayes, al cual un mulato dió de puñaladas, porque el Padre pretendió expulsarlo del territorio de las misiones, á causa de la vida deshonesta con que escadalizaba á los indios. El Padre Suárez era natural de Cartagena, y el Padre Hurtado de Panamá.

En la misma reducción de los Gayes, indios altivos y de natural indómito, fué asesinado cruelmente el Padre Nicolás Durango, napolitano: en el mandar y sobre todo en el reprender usaba este misionero de cierta excesiva viveza y destemplanza, lo cual fué causa para que los Gayes enfurecidos le dieran muerte, descargando contra él sus hachas y macanas. También á traición murió asesinado alevosamente por lòs Piros de Ucayali el Padre Enrique Rikter, de nación alemán y uno de los más célebres misioneros de la Compañía de Jesús en la región oriental: este Padre fué misionero de los Cunivos y sucumbió, cuando se había empeñado en la conversión de los Piros, pues en ese tiempo los Jesuítas del colegio de Quito habían avanzado con sus misiones hasta el Ucayali.

Mas ninguno entre los misioneros Jesuítas del Marañón alcanzó tanta y tan merecida celebridad como el Padre Samuel Fritz: fué natural de Ornavía en Bohemia; vino muy joven todavía á América; entró á las misiones, y en las misiones acabó su vida en avanzada y achacosa vejez: redujo y evangelizó principalmente á los Omaguas de las islas del Marañón, en las cuales logró formar hasta treinta y ocho poblaciones de indígenas de

aquella tribu, la menos bárbara indudablemente de todas las del Amazonas; y cuando estas cristiandades estaban florecientes, tuvo el dolor de verlas dispersadas y destruídas con las invasiones de los portugueses, que asolaban las aldeas de los tristes Omaguas y se los llevaban cautivos, sin que á su misionero le fuera posible defenderlos. Destruída la misión de los Omaguas, el Padre Fritz se estableció en Jeberos y allí terminó su vida, consagrado sin descanso á la conversión de los indios.

Durante cuarenta años se mantuvo retirado en las montañas: recorrió todos los ríos y visitó muchas veces todas las reducciones: enfermo y muy extenuado de fuerzas, bajó á la ciudad del Gran Pará, donde el Gobernador del Brasil lo mantuvo disimuladamente preso, teniéndolo como espía; y para poder regresar á sus misiones, le fué necesario elevar quejas y hacer representaciones á la Corte de Lisboa, pidiendo que mandaran dejarlo en libertad: á los dos años logró regresar á su misión, cuando ya lo habían considerado como muerto, ignorando dónde estaba y qué había sido de él: sabían que había bajado enfermo al Pará; y, como pasaba tanto tiempo sin que regresara, juzgaban que ya había fallecido.

Poseía el Padre Samuel Fritz dos grandes virtudes: una constancia inquebrantable y una paciencia á toda prueba. Ninguna dificultad lo acobardaba, ni había obstáculo que no venciera; en la prosperidad se conservaba modesto, y en la adversidad sereno y tranquilo: sabía aguardar con confianza la hora de la Providencia, en cuyas manos depositaba siempre el éxito de sus tareas

apostólicas: manso, pero firme en el cumplimiento de su deber, defendió la libertad de sus neófitos y los derechos de su soberano contra la violencia y las tropelías de los portugueses, tanto más insolentes, cuanto el misionero estaba más indefenso. Para defender sus queridas misiones emprendió desde el fondo de los bosques del Marañón un viaje dilatado hasta Lima, y puso en conocimiento del Virrey del Perú la situación en que se encontraban las nuevas reducciones y el peligro de que desaparecieran hostilizadas por los portugueses; y de Lima, dando un inmenso rodeo por Jaen de Bracamoros, regresó al Marañón: serio, grave, siempre igual á sí mismo, las tribulaciones no le desazonaban, ni los aplausos humanos le envanecían. Cuidaba de estar siempre ocupado; y para que la soledad no le fuera, talvez, ocasión para perder su recogimiento interior, se ocupaba en pintar cuadros devotos, en fabricar imágenes de madera y en hacer obras de carpintería, porque, de propósito, aprendió la escultura, la pintura y la carpintería, no desdeñándose del trabajo de manos. La muerte le sorprendió una mañana, cuando, según parece, se preparaba para celebrar el Santo Sacrificio; y en sus funerales y en su entierro fué honrado con el duelo y las lágrimas de los indígenas, que lo veneraban como á un Apóstol y lo amaban como á un padre (11).

(11) El Padre Samuel Fritz llegó á Quito á mediados de Septiembre del año de 1685: vino en compañía de otros seis Jesuítas, cuyo superior era el Padre José Cases. El 4 de Abril de 1774, se le concedió licencia de traer 34 Jesuítas y seis Coadjutores al Padre Alonso Pantoja, con el Privilegio de que una tercera parte fuese de extranjeros: en virtud de

Empero, cuando menos se esperaba, llegó para los Jesuítas un día fatal y sonó una hora en que dió contra ellos un torbellino; y este torbellino soplaba desde el pie mismo del trono de los reyes, en cuyos palacios tanta mano habían tenido: su prosperidad se tornó en desgracia, y de su influencia poderosa nadie se receló. ¡La autoridad despótica de un monarca absoluto, en la cual los Padres habían confiado, descargó sobre éllos un golpe rudo, y en un momento la obra lenta y laboriosa de más de un siglo desapareció!! La famosa cédula de expulsión fué ejecutada con

---

este mismo permiso, diez años más tarde, consiguió el Padre Manuel Rodríguez autorización para que se embarcaran siete Jesuítas, que fueron los siguientes, todos los cuales veníau á Quito con destino á las misiones del Marañón. Padre José Cases, valenciano; Padre Juan Gastel, austriaco; Padre Enrique Rikter, de Bohemia.—Gaspar Vidal, catalán, estudiante de Teología; Domingo Martínez, Aragonés, estudiante de Teología; Hermano Juan Bautista Justo, Coadjutor, español.—Entre éstos vino el Padre Fritz, el cual tenía treinta años de edad, y era ya sacerdote, y no estudiante, como dice el Padre Velasco.

Estos siete Jesuítas se embarcaron en Sevilla en el buque llamado San Juan y San Francisco, uno de los que venían comboyando la flota de los Galeones reales al mando del General Don Gonzalo Chacón, en Setiembre de 1684: el 7 de Diciembre estaban en Cartagena, de donde vinieron á Quito.—De las Cajas Reales se les abonaron en esta ciudad mil ochocientos setenta y cinco pesos, seis reales, que había costado el viaje de todos siete desde Sevilla hasta Quito. El Padre Rickter tenía treinta y un años: buen cuerpo, blanco, pelo castaño, grueso, según la filiación tomada en la Casa de la contratación en Sevilla. El Padre Samuel Fritz era alto, pelo castaño claro, ojos pardos.-(*Documentos inéditos, auténticos de nuestro Archivo privado.*)--En cuanto al Padre José Cases, advertimos que este Padre es el mismo, cuya vida es-

docilidad en las montañas y los misioneros se vieron emplazados en sus reducciones, puestos en prisión y luego sacados de la comarca por ellos evangelizada. Se los reunió á todos y, con grandes precauciones, se los condujo al Pará, desde donde se los despachó á Europa: así que arribaron al puerto de Cádiz se los retuvo incomunicados, se les recibió una declaración jurada sobre el estado de las misiones y, después, los españoles y los americanos fueron deportados á los Estados Pontificios, y á los alemanes se los mandó reembarcar con dirección á uno de los Puertos

---

cribió el Padre Cassani en su *Historia de la provincia de la Compañía de Jesús del Nuevo Reino de Granada.*

Respecto á la muerte del Padre Samuel Fritz, tenemos como verídica la relación, que de ella hizo el Padre Guillermo D'Etre; y desechamos como falta de verdad la hecha por el Padre Velasco, en cuya narración hay asomos de leyenda con pretensiones de maravilla.— El Padre D'Etre asistió á la muerte del Padre Fritz, acaecida el 20 de Marzo de 1726 en el pueblo de Jeberos, y su relación es la de un testigo de vista: tenía el Padre Fritz 75 años de edad cuando murió, y pasó 42 en las misiones del Marañón.—(Cartas Edificantes y Curiosas: tomo décimo cuarto de la edición castellana.—Carta del Padre D'Etre al Padre Du-Chambge, Cuenca, 1°. de Junio de 1731).—El Padre Velasco lo hace morir de edad de 80 años, y fija la muerte del misionero en 1730: el Padre D'Etre salió de las misiones en Septiembre de 1727.—El Padre Velasco habla de la muerte del Padre Samuel Fritz en la *Historia de los Jesuítas de Quito,* obra que se conserva todavía inédita: el Señor Marcos Jiménez de la Espada se equivocó teniendo el manuscrito de esta obra como una variante, dirémoslo así, de la *Historia del Reino de Quito,* pues son dos obras distintas, escritas ambas por el Padre Velasco, y ambas con no pocas inexactitudes. —El Padre Fritz nació en 1654.

del Norte, dándoles á cada uno, como auxilio, la módica suma de cien pesos fuertes (12).

Así, tan fácilmente fué deshecha la obra de las misiones de Mainas: causa asombro tanta facilidad en países tan religiosos como los nuestros y tratándose de una comunidad regular tan poderosa como la de los Jesuítas; pero ese mismo poder de ellos fué la causa de su ruina, pues

(12) Según el Catálogo de los Jesuítas de la Provincia Quitense impreso en Quito el año de 1761, había en la misión del Marañón veintidos sacerdotes y un Hermano Coadjutor, y en la misión del Napo siete sacerdotes: nueve eran alemanes y cinco italianos. En Julio de 1769 arribaron á Cádiz en un bergantín inglés nombrado "DOS AMIGOS" diez y siete misioneros de Mainas, procedentes de Lisboa, donde habían muerto los Padres Ubler y Widman.—El 1°. de Setiembre de 1769 llegaron á Cádiz tres misioneros de Mainas que fueron los Padres José Villegas, Francisco Javier Crespo y Juan Ullauri.— (*Documentos inéditos en el Real Archivo de Indias en Sevilla y en el de Simancas*).--Todo cuanto hemos referido en el texto de nuestra narración y en las notas que la acompañan estaba escrito y preparado para la impresión desde antes del año de 1894, en que intempestivamente tuvimos que suspender la publicación de esta nuestra Historia General de la República del Ecuador; después ha salido á luz la obra del Padre Chantre y Herrera sobre las Misiones de Mainas, pero no hemos querido hacer alteración ninguna en el texto de nuestra narración.—La obra del Padre Chantre contiene datos prolijos y minuciosos sobre el arresto y viaje de los misioneros desde los pueblos de la misión hasta Europa; y las noticias que da son recojidas de boca de algunos de los mismos misioneros, á quienes conoció personalmente en Italia: tan prolias son y tan minuciosas algunas de esas noticias, que la narración del Padre Chantre llega á donde llegan ahora los escritores de novelas que cultivan el género realista, y, talvez, se pasa algo más allá, en su afán de referir los sufrimientos (en verdad terribles), de los misioneros durante su viaje de Mainas á Rave-

con sus riquezas y con su influencia, avasalladora y descontentadiza, los Jesuítas en la colonia habían llegado á ser una corporación que causaba recelo y cuya preponderancia se odiaba en silencio, temiendo al rey que los patrocinaba: cuando los colonos de América advirtieron que el monarca no les era propicio, entonces creyeron que podían volverles sin peligro las espaldas, y se las volvieron. La expulsión de los misioneros se llevó á cabo despacio; y no se puso por obra, sino en el mes de Febrero de 1768, seis meses después de la salida de los Jesuítas de Quito, y conforme iban llegando á las poblaciones de la misión los sacerdotes que habían de reemplazarlos. La noticia de la expulsión de los Padres de Quito les llegó á los misioneros de un modo vago y confuso, y después con claridad y certidumbre, y desde ese instante estuvieron esperando el golpe que ya veían caer sobre éllos (13).

na. Léase, por ejemplo, la página 697, en que está la descripción de los trabajos y miserias de los Padres en la cárcel del Pará.

CHANTRE Y HERRERA.--Historia de las misiones de la Compañía de Jesús en el Marañón español.-(1637-1767).—Madrid.—1901.

(13) Según el diario prolijo del Padre De-Francisis, todavía hasta el 31 de Enero de 1768 los misioneros se conservaban en Mainas: en ese mismo diario leemos lo siguiente.-(1767).Octubre 1º:-*Salgo señalado misionero de San Regis.-Una tempestad al pasar el río casi voltea la conoa... Al llegar ayer tarde, me da el Padre Palmé, una noticia fatal de cierta papeleta, que ha llegado sobre la expulsión de nuestra Comñía en Quito, á 21 de Agosto.—¡¡Sea Dios bendito!!—4 Viene carta del Padre Superior exhortatoria á padecer.*— (Documento autógrafo de nuestro Archivo privado).

Después de un viaje dilatado y penosísimo, lleno de privaciones y de molestias, llegaron, por fin, los misioneros de Mainas á las costas de Italia y se recogieron en la ciudad y en el territorio de Ravena, donde se habían establecido los Jesuítas expulsos de lo que ahora es República del Ecuador; allí constituyeron la provincia de Quito, allí se mantuvieron unidos, hasta que el Breve Pontificio de supresión de la Compañía de Jesús los dispersó á todos, desvaneciendo la halagüeña ilusión, que de tornar á sus queridas montañas algunos de ellos se habían forjado.— El Rey de España les señaló á cada úno una corta pensión alimenticia, para cuyo goce era indispensable que probaran ante la embajada española residente en Roma que se conservaban en pobreza y fieles y sumisos á su Majestad católica. Tal fué el fin de las trabajosas misiones del Marañón, que, á no dudarlo, serán una de las páginas más gloriosas en la historia de los Jesuítas en la América española.

CAPITULO QUINTO

Erección del Obispado de Mainas

Extención de la Provincia de Mainas.— Primeros Gobernadores de Mainas.— Suprímese el Gobierno de Mainas.— Invasiones de los portugueses.—Protestas de los misioneros Jesuítas.—Se restablece el Gobierno de Mainas.—Comisiones españolas para el cumplimiento de los tratados de límites entre España y Portugal.— Don Francisco Requena.—Sus trabajos como primer Comisario de límites y como Gobernador de Mainas.—Las misiones de Mainas se confían á sacerdotes seculares.—Piden hacerse cargo de ellas los franciscanos.—Conducta de los nuevos misioneros.— Decadencia de las misiones.—Erección del Obispado de Mainas.—Don Fray Hipólito Sánchez Rangel, primer Obispo de Mainas.— Carácter de este Prelado.—Misiones del Putumayo.— Misiones de Canelos.— La provincia de los Jíbaros.—Entusiasmo por descubrir las ruinas de Logroño.—Expedición del Padre Fray José Prieto.— Primeros movimientos ó tentativas de emancipación política de España.— Abandono de las misiones.

I

HEMOS referido en el capítulo anterior todo cuanto debía ser narrado en punto á la historia de las misiones del Napo y del Marañón; ahora diremos como estaba organizado en lo civil el gobierno de aquellas provincias.

El territorio del gobierno ó provincia de Mainas principiaba en la ciudad de Borja y se extendía hasta el límite de las posesiones castellanas en el Amazonas: en los grandes afluentes del

Amazonas el gobierno de Mainas no tuvo límites fiijos y determinados, pues se iba dilatando en extensión á medida que los misioneros Jesuítas avanzaban en sus excursiónes apostólicas; así es que llegó hasta el Ucayali por una parte y hasta el río Negro por otra.

El primer Gobernador fué Don Diego Vaca de Vega: el segundo Don Pedro Vaca de la Cadena, hijo primogénito de Don Diego, á quien por dos vidas, como se decía entonces, se le hizo merced de la gobernación de Mainas: testó, pues, Don Diego la gobernación en favor del primero de sus hijos. A la muerte de éste la gobernación fué solicitada por Don Martín Riva Agüero con el compromiso de conquistar y reducir la belicosa nación de los jíbaros; empero, Riva Agüero escolló en su empresa, y, á instancias del Padre Lucas de la Cueva, el Virrey del Perú prefirió para la gobernación de Mainas á Don Juan Mauricio Vaca de la Cadena, hermano de Don Pedro é hijo segundo de Don Diego: por renuncia de Don Juan Mauricio Vaca fué nombrado su sobrino Don Jerónimo Vaca, hijo de Don Pedro, y como la gobernación le fué concedida para durante su vida, continuó poseyéndola hasta su fallecimiento: de este modo en la familia de los Vacas de Vega, vecinos de Loja, se conservó el gobierno de Mainas durante largos años.—La entrada de Riva Agüero á la provincia de los jíbaros no fué sino como un episodio, que, por poco tiempo, interrumpió la tranquila sucesión de la autoridad en los descendientes del primer Gobernador de Mainas. Los Jesuítas patrocinaron con su influjo á los hijos de Don Diego Vaca de

Vega; y éstos, á su vez, se esmeraron en servir y agasajar á los misioneros de la Compañía de Jesús.

Muerto Don Jerónimo Vaca de Vega, obtuvo el cargo de Gobernador de Mainas otro vecino de Loja, Don Antonio Sánchez de Orellana, primer Marqués de Solanda, cuyo nombramiento fué expedido el 24 de Marzo de 1694: Sánchez de Orellana no entró á Mainas, y solamente procuró componer el camino, que desde Loja, donde él habitaba, conducía á Borja, capital de la gobernación.—En tiempo de este Gobernador comenzaron las invasiones de los portugueses al territorio de las misiones del Marañón: el 10 de Diciembre de 1707, fué entrada á saco una de las reducciones de los Yurimaguas, por una tropa de portugueses, capitaneados por el cabo José Pereira.—Con toda la diligencia que el caso requería, comunicaron los Jesuítas la noticia á la Audiencia de Quito; pero, cuando todavía no se había tomado medida ninguna para la defensa de los indígenas, subió aguas arriba la segunda expedición, dirigida por el cabo Ignacio Correa, y el 1°. de Febrero de 1709, volvieron á ser asaltadas las reducciones de los Yumiraguas. — Urgente era la necesidad de acudir á la defensa de las misiones; pero, la Audiencia de Quito se limitó á dar cuenta de lo que estaba sucediendo al Virrey del Perú, y el Virrey se contentó con disponer que el Gobernador de Mainas partiera con una compañía de gente armada á la defensa de los pueblos de su gobernación. Requerido el Marqués de Solanda con la orden del Virrey, se excusó de cumplirla, alegando su edad avanzada, sus achaques y la oportuna renuncia, que de la gobernación había

elevado á Su Excelencia.—En efecto, la renuncia le fué aceptada, y el cargo de Gobernador de Mainas fué provisto en Don Luis de Itúrbide, quien logró juntar un cuerpo de tropa, compuesto de cien plazas, y con ellas salió de Quito y entró al territorio de las misiones; descendió hasta los pueblos invadidos y luego fué visitando toda la provincia, haciéndose cargo del estado en que se hallaban los indígenas y de las necesidades que padecían las reducciones.— Quince años, poco más ó menos, tuvo Itúrbide el cargo de Gobernador de Mainas, hasta su muerte, acaecida en Quito el 27 de Abril de 1731.—Sucedióle Don Juan Antonio de Toledo, el cual falleció, asimismo en Quito, el año de 1744 (1).

Con motivo de la muerte de este Gobernador, quedó vacante la gobernación; y, antes de que fuera nombrado un sucesor para Don Juan Antonio de Toledo, los Jesuítas solicitaron de la

(1) Don Luis de Itúrbide murió en Quito, el 27 de Abril de 1731, y fué sepultado en la iglesia de San Buenaventura, llamada ahora de San Carlos: nombrósele Gobernador de Mainas el 28 de Diciembre de 1715: tenía de renta anual dos mil ducados, lo cual equivalía á dos mil setecientos cincuenta y cinco pesos de á ocho reales, poco más ó menos, (2,755 pesos, 2 reales, 3 cuartillos), y se le pagaba en Quito de las Cajas Reales de esta ciudad.—Para el pago de esta renta se asignó primero una encomienda vacante, y después el ramo de alcabalas: todo esto se arregló en tiempo de Itúrbide. Su expedición se hizo con cien hombres reclutados en Quito, y se gastaron ocho mil pesos de la Real Hacienda.

En 1707 se publicó un mapa de las misiones del Marañón por el Padre Juan de Narváez, Jesuíta: en ese mapa se señalan 37 pueblos.—En 1731 había en el Marañón 930 indios varones, mayores de edad, y 4900 habitantes, sin contar

Audiencia de Quito la supresión del Gobierno de Mainas, y, el 12 de Diciembre de 1744, la Audiencia pronunció un acuerdo, por el cual, accediendo á la representación del Padre Carlos Brentano, provincial de los Jesuítas y antiguo misionero del Marañón, el Gobierno de Mainas fué suprimido; y para que administrara justicia, fué establecido en Borja un Justicia Mayor.— Elevado al Virrey del Nuevo Reino de Granada lo acordado por la Audiencia, el Virrey lo aprobó, añadiendo al de Justicia Mayor el cargo de Capitán de guerra ó autoridad militar en el territorio de las misiones: era aquella la época en que la influencia de los Jesuítas había llegado á su apogeo, y en la región oriental bañada por el Amazonas y sus afluentes no se hacía sino lo que los Jesuítas querían.— Era Virrey del Nuevo Reino Don Sebastián de Eslava, y su auto está firmado en Cartagena, el 28 de Noviembre de 1746 (2).

---

las tribus de los Payaguas y de los Icaguates, que poblaban las orillas del Napo. En tiempo de Itúrbide se hizo la reducción de la tribu de los Lamas. Itúrbide hizo una descripción de toda la provincia de Mainas, en la cual indicó la distancia que había entre un pueblo y otro; y, en carta escrita al Rey el 14 de Enero de 1731 desde Quito, dice que, aunque en el mapa del Padre Narváez se enumeraban 26 mil indios bautizados, él no había encontrado más que los cuatro mil y tantos que constaban en su adjunto informe.— Era entonces Superior de las misiones del Marañón el Padre Ambrosio Surmillen, el cual emitió un certificado favorable á Itúrbide. (Documentos inéditos en el Real Archivo de Indias en Sevilla).—Don Juan Antonio de Toledo tomó posesión del Gobierno de Mainas, el 14 de Mayo de 1738.

(2) Las razones que alegaron los Jesuítas, para solicitar que no se conservaran los gobernadores de Mainas fueron,

Para la designación de la persona en quien había de recaer el nombramiento de Justicia Mayor de Mainas, se les pidió también informe á los Jesuítas, y, por indicación del mismo Padre Brentano, fué nombrado un antiguo vecino de Borja, llamado Don Francisco Matías de la Rioja. Más tarde, el año de 1748, se recibió la aprobación, que el Rey daba á todo lo hecho por la Audiencia de Quito y el Virrey del Nuevo Reino de Granada. Hasta entonces las cosas no podían ir más prósperamente para los Jesuítas: ¡veinte años después todo estaba cambiado! Sin embargo, á los Jesuítas, después tan sospechosos de infidelidad á su Majestad el Rey de España, se les debía las protestas contra las invasiones de los portugueses y los reclamos contra las usurpaciones, que los colonos del Brasil cometían á mansalva en las orillas del bajo Marañón pertenecientes á la Corona de Castilla; pues los Jesuítas en el Amazonas eran misioneros y centinelas avanzados del derecho de España sobre las orillas del gran río.

que los gobernadores casi nunca residían en la provincia de Mainas y se contentaban con poner en Borja un teniente que hiciera sus veces; y que, suprimido el gobernador, ahorraría la Real Caja la pingüe renta señalada á ese funcionario público. Las razones no eran, por cierto, muy concluyentes en sí mismas, pero lo fueron para los Oidores de Quito y para el Virrey de Bogotá: presidía entonces en la Audiencia de Quito como Oidor más antiguo el Doctor Rubio de Arévalo, anciano ya muy entrado en años y débil de carácter. (Documentos inéditos en el Real Archivo de Indias en Sevilla.—Informes del Padre Bretano y títulos del Justicia Mayor de Mainas.— Inéditos en el Archivo de la Tesorería Nacional de Quito).

En 1691 era restituído el Padre Samuel Fritz, desde la ciudad del Gran Pará, donde había sido retenido en prisión disimulada, á sus queridas misiones de los Omaguas; y seis años más tarde defendía los derechos de España contra las pretenciones de los portugueses, que con fuerza armada subían á tomar posesión violentamente de los pueblos, que con tanto afán había fundado aquel celoso misionero. Desde el año de 1688 estoy ocupado en evangelizar á estos indios, decía el Padre Fritz al Capitán José Antúnez de Fonseca, y he hecho de misionero suyo pacificamente por la Corona de Castilla, sin contradicción por parte de Portugal; y requiero á Vuesa Merced y le suplico que no haga novedad ninguna, mientras la Corte de Lisboa no arregle con la Corte de Madrid los límites entre las posesiones de entrambas Coronas aquí en estas partes; y á la voz del Padre fué la única protesta contra las usurpaciones que comenzaban á hacer los portugueses.— El Padre Fritz dió cuenta inmediatamente á la Audiencia de Quito de lo que había sucedido, y la Audiencia informó al Virrey del Perú y le intimó al Gobernador de Mainas que entrara á recidir en la ciudad de Borja.— Poca importancia dió el Virrey á lo sucedido en las misiones del Marañón, y contestó diciendo, que bastaba con lo dispuesto por la Audiencia, cuya medida aprobaba por su parte (3).

El 15 de Enero de 1737 llegó el Padre Andrés

(3) Documentos relativos á este asunto.—(Poseemos en nuestro archivo privado una copia autógrafa del requerimiento del Padre Fritz).

de Zárate al pueblo de San Joaquín de los Omaguas, donde permaneció hasta el 23, que era el día señalado para continuar la visita de los demás pueblos de la misión: en la mañana de ese día el pueblo estaba en grande alarma y confusión: las canoas de los portugueses habían asomado y los indios despavoridos huían á ocultarse en lo más retirado de los bosques: el Padre Zárate dió orden de que se armasen y tuviesen apercibidas sus escopetas á seis mozos blancos sirvientes de los misioneros, y con ánimo sereno aguardó á los portugueses: llegaron éstos al pueblo y pidieron licencia para desembarcar; diósela el Padre, y saltaron en tierra un fraile carmelita calzado y el alférez de la expedición, llamado José Fereiras de Melo: convidóles á almorzar el Visitador y los recién venidos aceptaron: en la mesa reinó la urbanidad. Luego el alférez expuso el motivo de su venida, el cual, dijo, que era para impedir que los misioneros continuaran fundando pueblos en terrenos que pertenecían á Portugal; pero en la discusión con el Padre Zárate no acertaba á determinar dónde acababan los dominios de Portugal y dónde comenzaban los de España. El Padre Zárate hizo, por escrito, ante el Jefe un requerimiento en forma, defediendo los derechos de España sobre entrambas orillas del Amazonas, y en el mismo sentido escribió al Gobernador del Pará, mereciendo por semejante loable conducta las quejas que contra él dió la Corte de Lisboa en Roma al Padre General de la Compañía. El descuido y la indiferencia con que las autoridades superiores de América miraban la defensa de los derechos de España, contrastaba con el celo y la

vigilancia de los misioneros: en ese tiempo, por la muerte de Don Luis de Itúrbide, estaba vacante la gobernación de Mainas y los inmensos territorios del Marañón carecían de una autoridad que los defendiera (4).

En lo político, las misiones formaban una dilatadísima provincia, cuya capital era la ciudad de Borja, donde debía residir el Gobernador; en lo eclesiástico, Borja continuó sirviendo de lugar de residencia para el Jesuíta que desempeñaba el ministerio de Cura de élla, pero el Superior de las misiones estableció primero en Jeberos el centro del gobierno de las misiones del Marañón, y más tarde, en Santiago de la Laguna, pueblo fundado junto á una laguna, la cual desagua en el río Guallaga.

La primera invasión armada de los portugueses del Brasil contra las misiones del Marañón se verificó en 1707, y entonces dieron en los pueblos de los Omaguas y Yumiraguas, de los cuales eran misioneros los Padres Matías Lazo y Andrés Cobo; se llevaron presos á los indios varones y

(4) En nuestro archivo privado conservamos documentos auténticos relativos á la protesta del Padre Zárate, y, entre ellos, la contestación que Juan Abreu de Castelblanco, Gobernador del Gran Pará, dió al Visitador de los Jesuítas, documentos curiosos por más de un respecto.—Los portugueses sostenían que eran dueños de entrambas orillas del Amazonas, hasta la desembocadura del Napo, y fundaban su derecho en la toma de posesión, que, en nombre de Felipe cuarto y *para la Corona de Portugal* había verificado de toda la hoya del bajo Amazonas el Capitán Pedro de Tejeira en 1639: fundamento nada sólido en nuestro juicio, pues un siglo antes había enarbolado el estandarte de Castilla en esas mismas playas Don Francisco de Orellana, descubridor del Amazonas.

dejaron solamente cuatro muchachos; mas, sucedió que, mientras iban navegando aguas abajo por el Marañón con dirección al Pará, se levantara una fuerte borrasca, de la cual se aprovecharon algunos indios para fugar y regresar al pueblo saqueado, de donde ayudaron á salir á los Padres.- En la segunda invasión se llevaron preso al Padre Juan Bautista Sanna, rompieron las puertas de las casas y cargaron hasta con las campanas de la iglesia: el pueblo quedó reducido á un montón de cenizas y los neófitos dispersados. No eran salvajes los que hacían esto; eran gentes civilizadas y que profesaban la religión católica, y por eso, ahora la Historia, en nombre de esa misma Religión divina, condena esos escándalos y entrega á la execración de la posteridad los nombres de los que los cometieron.

II

Catorce años casi completos se mantuvo suprimido el Gobierno de Mainas, hasta que fu restablecido el año de 1757: conferíalo interinamente el Virrey de Santa Fe, por un período de dos ó, cuando más, de cuatro años, y así hubo una serie de varios gobernadores, que se fueron sucediendo durante veinte años, hasta que, el 28 de Agosto de 1777, se le concedió el gobierno civil y militar de la provincia de Mainas á Don Ramón García de León y Pizarro, hermano menor del Presidente de Quito (5).

(5) Don Ramón García de León y Pizarro tomó posesión de su cargo de Gobernador de Mainas, el 22 de Diciembre de 1778, en la Audiencia de Quito; pero, como decimos

Era entonces necesaria en Mainas una autoridad militar, para que contuviera los avances de los portugueses, y protegiera las comisiones para la demarcación de límites, enviadas por el Gobierno español.—García y Pizarro, aunque tomó posesión de su cargo, no entró en Mainas; y cuando fué agraciado con la gobernación de Guayaquil, le sucedió el célebre Don Fracisco de Requena, Ingeniero y Comisario de una de las partidas de límites por la Corona de España.— La cédula de su nombramiento fué expedida el 19 de Marzo de 1779, y tomó posesión el primero de Octubre del mismo año.

Requena desempeñó por quince largos años el difícil y enejoso cargo de Gobernador de Mainas y Primer Comisario de la Cuarta Partida, que debía llevar á cabo la fijación de los límites entre las posesiones castellanas y las portuguesas, en las orillas del Amazonas.— Requena era honrado y pundonoroso: fiel á su soberano hasta el rendimiento, sereno en los peligros, sufridor paciente de toda clase de privaciones, inclinado á la conciliación y amante del trabajo, prendas de que en muchísimas ocasiones dió pruebas notables durante el largo tiempo que se mantuvo en las inhospitalarias comarcas del Amazonas, luchando con la astucia, la suspicacia, el interés y ¿por qué no decirlo también?—la perfidia de los comisarios portugueses!—Tres siglos había durado la negociación de límites entre las Cortes de Lisboa y de Madrid; se habían celebrado tratados sobre tratados, y, no obstante, la negociación es-

---

en el texto, no entró á servir su destino, y se quedó en Guayaquil, á cuya gobernación fué promovido.

taba como si nunca se hubiera iniciado siquiera. Los portugueses avanzaban cada día más y más sobre la orilla izquierda del Amazonas, é iban ocupando por la fuerza terrenos, que, sin duda ninguna, pertenecían á la Corona de España.

¿ De parte de quién estaba el derecho ?-- El derecho estaba indudablemente del lado de España, y los tratados celebrados entre las dos Cortes lo reconocían; pero llegando el momento de ponerse en práctica lo reconocido y pactado en los tratados, entonces, con una malicia ingeniosa, hacían los portugueses surgir dudas y dificultades, ponían obstáculos á los arreglos y dejaban burlada la buena fe y la hombría de bien del Comisario español.

En once años de trabajos asiduos no logró arreglar nada Requena, ni pudo recobrar ninguno de los lugares de que se habían adueñado los portugueses: la fortaleza de Tabatinga pertenecía á España, los comisionados de Portugal lo reconocieron; pero, aunque le anunciaron á Requena que la fortaleza le iba á ser entregada, no llegó el día de entregarla. El examen práctico de los ríos Yapurá y Apaporis no sirvió sino para que los portugueses conocieran mejor esas localidades y fueran estableciendo en éllas poblaciones nuevas, sacando á los indios de una parte y trasladándolos á otra.—Las circunstancias apretadas en que se encontraron España y Portugal á fines del siglo antepasado, y el trastorno causado en toda Europa por la revolución francesa, fueron parte para que los trabajos sobre la fijación de los límites de las posesiones españolas con las portuguesas en el Amazonas no dieran resultado ninguno

positivo, quedando, al fin, las cosas como habían estado antes (6).

Las comisiones organizadas por la Corte de Lisboa en el Brasil estaban mucho más bien atendidas que la comisión española: aquéllas no carecían de nada; ésta sufría falta de todo: el Gobernador del Gran Pará atendía con diligencia á las primeras; la segunda necesitaba acudir á Quito por todo, desde los confines del Marañón, y de Quito pasaba la solicitud del paciente Requena á Bogotá, y de Bogotá, casi medio año después se le respondía, que nada se podía resolver, y que era preciso consultar el punto á Madrid.—Sin soldados, sin auxiliares, sin ayudantes y hasta sin víveres, la paciencia del Comisario español no se agotaba: las emanaciones deletéreas de los terrenos pantanosos de las orillas del Yapurá causaron enfermedades mortíferas; la gente de la expedición era víctima del clima; y parte había sucumbido y parte yacía moribunda en las mismas canoas, convertidas por la necesidad en

(6) Quijano Otero.— Memoria histórica sobre límites entre la República de Colombia y el Imperio del Brasil. —Bogotá, 1869.

Id. Límites de la República de los Estados Unidos de Colombia.—(Tomo primero.— Tratados hispano lusitanos.— El *uti posidetis* de 1810).— Sevilla: 1881.—El autor no publicó más que este tomo.— Como no entra en el plan de esta Historia General de la República del Ecuador una narración más amplia y circunstanciada de los trabajos de las comisiones para el cumplimiento de las Tratados sobre límites entre España y Portugal, no citaremos aquí ningún otro documento más relativo á este asunto.— Los textos de los Tratados se hallan en muchos autores de fácil consulta, para todo el que desee conocerlos y estudiarlos.

hospitales improvisados; empero el ánimo de Requena no desmayaba; y, si tan sólo de este honrado español hubiera dependido, se habría dado indudablemente exacto cumplimiento á los tratados. Los tratados, por desgracia, no se cumplieron.—¡Las nuevas naciones, que se han formado de las antiguas colonias, heredaron ese legado de inquietud y de mutua desconfianza!!....

Concluído su gobierno, regresó Requena á la Corte, la cual había reconocido sus méritos y los había premiado, dándole el grado de Brigadier de ejército. Hizo su viaje por el Amazonas, bajando, como á escondidas, hasta el Pará, desde donde se dirigió á España.—Requena procuró mejorar la suerte de los indios de su gobernación, así en lo espiritual como en lo temporal: sus ideas sobre las reformas que en el sistema de misiones era necesario introducir y sus opiniones en punto á comercio, agricultura é higiene en la provincia de Mainas son muy dignas de atención, y manifiestan un espíritu ilustrado y nada vulgar.—Escribió una *Descripción de la provincia de Mainas*, y trazó la carta geográfiica de toda aquella región, tan conocida y examinada por él: su correspondencia con los Presidentes de Quito y con los Virreyes de Bogotá es la prueba más convincente de su honradez y de su integridad.

Requena había nacido en Orán: su padre fué Don Francisco Requena, Contralor de Artillería: principió su carrera como cadete de infantería, y en España desempeñó comisiones difíciles en Málaga y Almería. Antes de ser nombrado Gobernador de Mainas, había estado en Cartagena, en Portobelo y en Panamá, de donde vino á Guaya-

quil: encargósele de levantar el plano de la ciudad y de las fortificaciones, que se proyectaba construir en élla; diósele después la comisión de hacer la demarcación del obispado de Cuenca y, por fin, en 1779 fué nombrado Gobernador de Mainas; entonces contaba trinta y siete años de edad.— Como sucesor de Requena en el Gobierno de Mainas fué nombrado, en 1795, Don Diego Calvo, en cuyo tiempo se hizo la nueva demarcación del gobierno y la erección del Obispado (7).

(7) El expediente de los servicios y méritos de Requena existe en el Real Archivo de Indias en Sevilla.— (Provisiones de oficios civiles y militares).-Requena se casó en Guayaquil con Doña Luisa de Santistevan, hija de Don Domingo de Santistevan, alférez real y maestre de campo.—Doña María Teresa Requena, hija de Don Francisco Requena, se casó en Madrid, el 30 de Octubre de 1799, con Don Francisco Cortázar, el cual fué Oidor en Bogotá, y después Regente de la Audiencia de Quito: falleció en Cuenca el once de Febrero de 1813.

La *Descripción de Mainas* escrita por Don Francisco Requena se conserva inédita: en nuestro archivo privado poseemos una copia de ella.—El mapa de la provincia de Mainas fué mandado publicar por el Señor Don Luis Cordero, cuando fué Presidente de la República, y en Quito se hizo una edición litográfica bastante buena, según el original, que existía en el Archivo de la Corte Suprema de Justicia, el cual en gran parte está formado del que fué de la antigua Real Audiencia.

Sobre los trabajos relativos al arreglo de límites existen todavía inéditos los documentos siguientes:—Relación de los países examinados por la Cuarta División de límites, para acompañar al mapa formado de ellos, que se remite con la representación, Número 38.—Requena.—Ega, 24 de Abril de 1783.—(Documentos del Archivo de Simancas.—Legajos rotulados con la inscripción de Gracia y Justicia.—Papeles de Estado.—Legajo 7452: Número 2°).

III

Aun no habían salido todavía de sus reducciones los misioneros Jesuítas expulsados de los dominios del Rey de España en América, cuando ya se comenzó á sentir la dificultad de reemplazarlos en las misiones. El Señor Ponce y Carrasco, Obispo de Quito, á cuya jurisdicción pertenecían las misiones establecidas en el Napo y en el Marañón, obedeciendo las órdenes terminantes del Gobierno de Madrid, puso clérigos en todos los pueblos de las misiones, nombrando, como lo mandaba el Rey, un superior que vigilara sobre todos ellos; pero para dar cumplimiento á lo dispuesto por el monarca, acudió el bueno del Señor Carrasco á un arbitrio por demás censurable. Fijó edictos excitando á presentarse para ser ordenados de presbíteros á todos los que desearan entrar

---

Testimonio íntegro de los autos formados en Gobierno sobre la ejecución y cumplimiento de la Real Cédula, dada en San Ildefonso á 2 de Septiembre de 1772, sobre el mejor gobierno y adelantamiento de las misiones de Mainas.-(Documentos del Archivo de Alcalá de Henares.-- Legajo Número 3410).

Historia de la demarcación de límites en la América entre los dominios de España y Portugal, compuesta por Don Vicente Aguilar y Jurado, oficial segundo de la Secretaría de Estado, y por Don Francisco Requena, Brigadier é Ingeniero de los Reales Ejércitos, para acompañar al Mapa general construído por este último de todos los países por donde pasa la línea divisoria, con arreglo al Tratado preliminar de límites de 1777.—(Documentos del Archivo del Depósito hidrográfico en Madrid.—Legislación.—Derecho público.—Límites.—Número 15).

á las montañas y ocuparse como párrocos en los pueblos de las misiones. Así con poca ó ninguna preparación, recibieron las órdenes sagradas unos diez y ocho individuos, y partieron al Marañón para sustituir á los Jesuítas: por fortuna iba como Superior un eclesiástico benemérito, Don Manue Mariano Echeverría, bajo cuyo gobierno y dirección los nuevos sacerdotes observaron una conducta recomendable y no impropia de la santidad del ministerio que se les había confiado; no obstante, apenas habían transcurrido dos años, cuando fué necesario enviar nuevos eclesiásticos en reemplazo de los primeros, á quienes el clima enfermizo de las comarcas montañosas del Marañón había casi del todo inutilizado (8).

---

(8) El Dr. Don Manuel Mariano Echeverría era quiteño, hijo legítimo de Don Francisco de Echeverría y de Doña Tomasa Díaz: fué Cura de Toacaso y de Saquisilí, hombre de muy buenas costumbres, instruído y sumamente hábil en la lengua quichua. Contaba treinta y tres años de Cura cuando fué nombrado, en Noviembre de 1767, como superior de las misiones de Mainas: salió de Quito con 22 compañeros clérigos, el 2 de Enero de 1768: siete se enfermaron luego á consecuencia del mal clima. El Doctor Echeverría se estableció en el pueblo de la Laguna, y ahí estaba cuando recibió el nombramiento de Medio-racionero de la Catedral de Quito: murió en Quito, el 12 de Enero de 1785 ya muy anciano.

En 1767 había 24 misioneres Jesuítas en el Napo y el Marañón: era procurador de las misiones de Mainas el Padre Pedro Troyano.—El 19 de Enero de 1767, se pagaron de la Tesorería Real de Quito 5,009 pesos por las pensiones de un año-de 19 de Enero de 1766 á 19 de Enero de 1767 - á razón de 200 pesos anuales por cada misionero: la data debía ser solamente de 4,800 pesos, pero se añadieron 81 pesos 21 maravedises por el Padre Luis Visoqui, desde 19 de Enero de 1766 hasta 16 de Junio de 1766; y 106 pesos, 2 reales, 14 ma-

Tomóse en consideración el asunto, elevá-ronse representaciones al Rey, enviáronse informes de la Audiencia y del Obispo de Quito, y las misiones de Mainas fueron confiadas á los franciscanos de la provincia de Quito, quienes espontáneamente se ofrecieron para ese ministerio. El ofrecimiento hecho por el Prelado de los franciscanos fué aceptado por la Audiencia en circunstancias inoportunas, pues se aproximaba la época de elegir Provincial; el Capítulo fué reñido y tumultuoso, y el nuevo Provincial se vengó de los que le habían negado el voto, enviándolos á las selvas del Marañón como misioneros, sustitutos de los Padres de la Compañía de Jesús en la por demás ardua y penosa labor evangélica de las reducciones de infieles. El éxito de semejante medida fué lamentable sobre toda ponderación, como no podía menos de esperarse.

Los frailes se consideraron como desterrados y vivieron enteramente olvidados del temor de Dios: azotaron á los indios; dieron de golpes dentro de la misma iglesia á los caciques, arrancándoles las varas de justicia, y hubo uno que maltrató á una india, hiriéndola á puntapies en público.

La autoridad del Superior no era acatada, y cada uno andaba á su voluntad.

El Gobierno de Madrid desaprobó la sustitu-

ravedices por el Padre Antonio Yenzque, desde 19 de Enero hasta 1° de Agosto de 1766.—En la cuenta de los Oficiales Reales había, pues, un error de 21 pesos, 7 reales y 28 maravedises.—(Cuentas de la Real Hacienda.—Inéditos en el Real Archivo de Indias en Sevilla).

ción de los clérigos con los franciscanos y mandó que salieran éstos, y se volviera á enviar sacerdotos seculares: la orden del Gobierno se cumplió, pero la decadencia de las misiones no se contuvo, antes se aceleró hasta llegar á una ruina completa.— Considerados los pueblos de las misiones como parroquias de montañas, no entraban á servirlo como Curas, sino aquellos individuos, que, á fuer de pobres y necesitados, se comprometían á pasar en las misiones unos cuantos años, labrando merecimientos para obtener después un beneficio pingüe con que poder mejorar la condición social, redimiéndose de la penuria y de la escasez en que antes habían vivido: iban á las misiones en busca de fortuna, y no por celo cristiano de la salvación de las almas y la gloria divina. ¿Qué fruto habían de hacer en éllas?—Muchos eran ignorantísimos y su vida en vez de ejemplar, era escandalosa: la reducida pensión con que les auxiliaba el Gobierno venía á menos, porque con ser esta pensión tan pequeña, todavía de ella se había de sacar el gasto del viaje desde Quito hasta el pueblo señalado á cada uno, y aún el precio del vino y de la harina para las hostias con que habían de celebrar el Santo Sacrificio. Algunos se resignaban á tanta escasez, y procuraban, á pesar de las innumerables privaciones de los pueblos en que residían como Curas, llevar vida morigerada, cumpliendo esmeradamente sus deberes: otros descuidaban el ministerio parroquial y se dedicaban al comercio, haciéndose servir por los indios y teniéndolos á éstos ocupados en recoger aquellos objetos que se expendían con ventaja en Quito y en otros puntos de las provincias interandinas. De nuevo

se confiaron los pueblos por una segunda vez á los mismos Franciscanos, por la dificultad que de conservar clérigos idóneos encontraban los Obispos de Quito; y así en manos de los franciscanos se mantuvieron doce años, hasta la erección del Obispado de Mainas.

La conservación y el mejoramiento de las misiones del Marañón fué objeto de insensantes cuidados por parte del Gobierno español, durante los reinados de Carlos tercero y de Carlos cuarto, su hijo y sucesor. Carlos tercero dictó varias órdenes para que las misiones fueran atendidas; pero no se encontraban ni en el Clero secular ni en el regular sacerdotes idóneos para ese ministerio, que exigía una vida abnegada y de constantes sacrificios: los pueblos se disminuyeron y el número de los pobladores de cada pueblo disminuyó también, y no se hizo ni una sola reducción nueva de infieles, con haber tantos en aquellos ríos y montañas. Las iglesias edificadas por los Jesuítas se habían deteriorado tanto, que daba grima entrar en éllas: cobertizos miserables, oscuros y desaseados con un montón de barro por altar: ninguno tenía ni puertas ni sacristía, ni tabernáculo, pues un cajón de madera rústica, dentro del cual se veía una imagen desfigurada y enmohecida, era todo su retablo. Ornamentos sagrados casi no los había; pues, si algunos pueblos conservaban una ó dos casullas, los otros no tenían ninguna. Cuadros, estatuas, frontales y librerías, todo había desaparecido: en la montaña es necesario un esmero prolijo para conservar todas las cosas, y durante veinte años todo había estado descuidado y abandonado: los Jesuítas tenían en

algunas iglesias cálices y custodias de plata, y ni estas alhajas se conservaban.—En 1790, volvieron los franciscanos á tomar á su cargo esas desgraciadas misiones, que parecían condenadas á una ruina irremediable.

Requena había sido ascendido á una silla del Real Consejo de Indias, y á sus dictámenes defirió aquel augusto tribunal: la postración de las misiones de Mainas era evidente, y constaba por larga experiencia cuán estériles habían sido los esfuerzos hechos para evitar una decadencia, que de año en año iba siendo más alarmante. Pidiéronse, pues, informes y se sometió el asunto á un examen, serio y concienzudo: el Consejo tuvo conferencias y discutió el punto con la atención, que su importancia reclamaba. Los informes autorizados de Requena fueron estudiados y, al fin, con el dictamen del Consejo de Indias, el Rey decretó la erección de un obispado y de una gobernación en Mainas, bajo un plan nuevo y con límites también nuevos (9).

(9) Don Francisco Requena emitió tres informes sobre las misiones de Mainas: el primero el 29 de Marzo de 1799. Este informe fué resumido por el Consejo el 28 de Marzo de 1801: tiene tres puntos: primero, que todo el territorio de Mainas se separe del Virreinato de Santa Fe y se incorpore en el Virreinato de Lima: segundo, que las misiones se entreguen á los franciscanos del Convento de Ocopa: tercero, que se erija un obispado sin cabildo, segregando de los obispados de Popayán, Quito, Trujillo, Lima y Guamanga el territorio oriental respectivo. Según Requena, las misiones estaban en la más completa decadencia, y la pintura que de ella hace es lamentable.

El segundo informe es del 15 de Abril de 1807: el tercero de 28 de Abril de 1817.

Dos cosas se propuso realizar el gobierno de la Metrópoli: una para el bien espiritual, y otra para el adelanto material de los indios y de todos los habitantes de la provincia de Mainas: para el bien espiritual se resolvió erigir una diócesis nueva, señalándole como límites hacia el Oriente los establecimientos de los portugueses en las orillas del Amazonas; por Occidente la base de la cor-

---

Los dos Fiscales, el de Méjico y el del Perú, acogieron y apoyaron el informe primero de Requena, y el Consejo se adhirió á él, el 28 de Abril de 1801.—El 10 de Mayo de ese mismo año se publicó la resolución del Rey, adoptada el 3, relativa á que el Consejo se ocupara en el examen de los tres puntos propuestos por Requena, y á que se oyera también sobre lo mismo á la Contaduría Real. El 7 de Diciembre de 1801, emitió su dictamen el Consejo, en un todo conforme con lo propuesto por Requena.— La Cédula Real se expidió el 15 de Julio de 1802.—Los límites del nuevo obispado gobernación y comandancia militar de Mainas los trazó el mismo Requena.

Fué elegido para Obispo de Mainas Don Juan Antonio Montilla, el cual no aceptó, alegando que sufría de mal de piedra.-)Erección, ejecutoriales,presentaciones eclesiásticas, misiones y expedientes sobre el territorio de Mainas.—Años de 1771 á 1825.—Audiencia de Lima.—Inéditos en el Real Archivo de Indias en Sevilla).— Exposición del Presbítero Don José María Padilla.—Madrid: 1823.—También inédita en el mismo Archivo de Indias en Sevilla. Este Padilla era Secretario del Obispo de Mainas.

Garcia y Garcia.— Relaciones de los Virreyes del Nuevo Reino de Granada.--Nueva York: 1869.— Véase sobre la ejecución de la Cédula Real del 15 de Julio de 1802 la Relación del Virrey Mendinueta.-En nuestras controversias con la República del Perú sobre la tan debatida cuestión de límites, se ha alegado que la Cédula fué obedecida, pero no cumplida: esa es una equivocación contraria á la verdad de

dillera de los Andes; por el Norte el Putumayo, y por el Sur el Pongo de Manseriche en el Marañón, abrazando así en la región oriental del continente meridional americano una comarca inmensa, formada por la gran hoya del Amazonas y de sus más caudalosos afluentes. Los límites de la gobernación debían ser los mismos que se determinaban para el obispado, llegando de Oriente

---

los hechos, tal como aparece del estudio sereno é imparcial de documentos auténticos.

DOCUMENTOS encontrados últimamente en el archivo de la Sub-Prefectura de Moyobamba.--Un folleto publicado en Lima el año de 1860.—Contiene documentos de innegable autenticidad. La Cédula de 15 de Julio de 1802 fué recibida y ejecutada por Carondelet, el 20 de Febrero de 1803.

PASTORAL RELIGIOSO-POLITICO-GEOGRAFICA.-Lugo. 1827.—Un volumen.—(Es obra del Obispo de Mainas, Don Fray Hipólito Rangel, y está dedicada al Rey Fernando Séptimo, quien, según dice el Obispo, le preguntó á éste dónde estaba Mainas; y para responder á semejante pregunta, escribió el Obispo su Pastoral: parte es en prosa y algo también en verso; pero, como documento meramente histórico, conviene tenerla presente).

En la parte descriptiva ó geográfica de los informes de Don Francisco Requena, acaso, se pudieran notar algunas faltas de exactitud y ciertas contradicciones, que se advierten estudiando detenidamente esos documentos; pero, respecto de la manera de proveer al mejoramiento de las misiones y á la conveniente organización de la provincia de Mainas, es claro que Requena tenía desde un principio el convencimiento íntimo de que todos esos territorios no habían de estar bien gobernados mientras continuaran formando parte del Virreinato de Santa Fe: de ahí su afán de que se los anexara al Virreinato de Lima. ¿Influirían también en ese convencimiento las noticias, que de los planes de emancipación política de España que acariciaban los quiteños, habían llegado á oídos de Requena?....

á Occidente hasta donde los ríos que bajan de la cordillera real de los Andes dejan de ser navegables, según se expresa terminantemente Carlos cuarto, en la Cédula de 15 de Julio de 1802.

La nueva provincia ó gobierno se declaró que, en adelante, formaría parte del Virreinato del Perú, y no del Virreinato de Santa Fe ó Nuevo Reino de Granada, como la había formado desde el restablecimiento difinitivo de este último Virreinato, casi á mediados del siglo décimo octavo. La nueva organización cercenó en la Presidencia de Quito las gobernaciones de Quijos y de Macas, que á fines del siglo pasado estaban separadas, é incorporó gran parte del territorio de ellas en la nueva de Mainas.

En el obispado, que se declaró sufragáneo de la Metropolitana de Lima, se incluyeron todos los pueblos de las misiones de Putumayo y de Sucumbíos, dirigidas por los franciscanos; y la reducción de Canelos de la que cuidaban los dominicanos.— Elevadas al Papa Pío séptimo las preces necesarias á nombre del Rey de España, expidió Su Santidad la Bula de erección del nuevo obispado, el 28 de Mayo de 1803: así quedó, por entonces, erigido el nuevo obispado de Mainas, en el Virreinato del Perú.

Según la demarcación de la nueva diócesis, se le adjudicaron á ésta varios curatos del obispado de Trujillo, algunos del arzobispado de Lima, los que en la provincia de Quijos tenía el obispado de Quito, todas las misiones de Mainas, las de Canelos, del Napo, del Putumayo y del Yapurá. Las misiones de todo el obispado se dispuso que se confiaran á religiosos de un solo instituto, y se

prefirió á los franciscanos del convento de Santa Rosa de Ocopa, el cual, con ese fin, fué erigido en Colegio de misiones; de este modo la reducción de Canelos, que hasta entonces había estado á cargo de los Padres dominicos de Quito, pasó al cuidado de los franciscanos de Ocopa, y recibió como misionero ó párroco al Padre Fray José Prieto, gallego, originario de la diócesis de Mondoñedo. Mas, aunque el rescripto pontificio para la erección del obispado de Mainas fué expedido á mediados del año de 1803, con todo, el primer Obispo no llegó á su diócesis sino cuatro años después.

Por renuncia del eclesiástico que fué elegido primero, se hizo la elección y la presentación en la persona de Don Fray Hipólito Sánchez Rengel, religioso franciscano, que vino de España y fué consagrado en esta ciudad por el Ilmo. Señor Cuero, Obispo de Quito: poco tiempo después de recibida la consagración episcopal, emprendió el viaje á su diócesis, tomando el camino de Papallacta, para entrar por el Napo al Marañón: su residencia, según lo prevenía la Cédula de la erección del Obispado, la debía hacer en Jeberos, donde había una iglesia decente, con algunas alhajas de plata. — El Obispo Sánchez Rengel, desde que llegó á la provincia de Quijos, fué visitando los curatos y administrando el sacramento de la Confirmación; pero no pudo proveer de sacerdotes ni de misioneros á todos los pueblos de su dilatadísima diócesis (10).

(10) El primer eclesiástico designado por el Consejo para primer Obispo de Mainas fué, como ya lo dijimos, Don Juan Antonio Montilla, español, capellán de San Felipe Neri en

Aquí deberíamos poner término á la narración de los sucesos de la región oriental ecuatoriana, pues hemos llegado con nuestra relación al año de 1809, época en la cual se cierra la historia de la dominación colonial y comienza la de nuestra lucha por emanciparnos de España y constituírnos en nación independiente; con todo, aún conviene que nos detengamos un momento refiriendo cómo estaban organizadas las misiones de Canelos y las del Putumayo.—Con motivo de los primeros movimientos de los patriotas de Quito, el año de 1809 se alteró también la tranquilidad en las comarcas del Napo y del Marañón, y comenzaron para el no muy discreto y atinado Obispo de Mainas, las inquietudes y las zozobras, que en vez de calmar, continuaron aumentándose, sin dejarle ni un día de tregua ni un momento de reposo: fiel al poder del Rey de España, miraba con ira y aversión el Señor Sánchez Rengel las tentativas, que hacían los americanos para sacudir el yugo de la Metrópoli, y así el año de 1824 regresó á España, donde se le dió el Obispado de Lugo. El levantamiento de los indígenas de Jeberos, las disputas de Don Diego Calvo con los frailes misioneros, la conducta de algunos de éstos y los movimientos revolucionarios enturbia-

Valladolid, el cual no quiso aceptar. — El Señor Sánchez Rengel estuvo primero en Cuba, desempeñando un cargo de importancia sobre los religiosos de su orden: se consagró en Quito, en la iglesia de San Francisco, el 20 de Diciembre de 1807, sin las Bulas, porque éstas no le habían llegado, á causa de los trastornos políticos sucedidos en España: á principios de 1808 entró á su Obispado; fué preconizado en el Consistorio del 26 de Junio de 1805.

ron de tal manera los años del gobierno del Señor Sánchez Rengel, que éste no pudo hacer nada en beneficio de su diócesis, y cuando salió de ella, la dejó más perturbada que nunca. — Parece que falleció en edad ya muy avanzada, pues vivía todavía hasta el año de 1838: del Perú salió de fuga, así que en Mainas se supo la entrada en Lima del General San Martín.

IV

Diremos una palabra primero sobre las misiones de los mercenarios en el Putumayo, y después sobre las de los dominicanos en Canelos (11).

(11) Sobre la misión de los Padres mercenarios del convento del Tejar de Quito en el Putumayo existen documentos en el Real Archivo de Indias en Sevilla: nosotros, en nuestro archivo privado,guardamos algunos papeles auténticos,como son: la instrucción dada por Requena á los misioneros.--Ega, 28 de Septiembre de 1784.—Derrotero de las jornadas y días de camino desde la ciudad de Pasto hasta el río del Marañón. --Pasto,10 de Julio de 1785: el autor de este derrotero es Don Ramón de la Barrera, quien lo remitió á Requena.-Copia de la resolución y elección que hizo la junta para misioneros del Putumayo, en 15 de Enero de 1798: la junta fué de todos los Padres graves del convento máximo de la Merced de Quito,y la copia legalizada se pasó al Ilmo. Señor Alvarez Cortés. Por este último documento consta que ya en aquel año no había misionero ninguno de la Merced en el Putumayo.— El convento del Tejar fué erigido en Colegio de Misiones á solicitud del Padre Fray Mariano Ontaneda: la patente fué expedida por el Padre General, el 7 de Julio de 1789.— Los primeros colegios de Misiones se fundaron en la Orden de la Merced en tiempo del Padre Fray José Mezquía, el año de 1740, y los estatutos de ellos fueron aprobados por Benedicto décimo cuarto, por su Bula *Explicare verbis*, dada en Roma el año de 1741.

En el año de 1784 salió á Quito un indio del Putumayo, llamado Comaidena, cacique de la tribu de los Yuriés, pobladores de las orillas de aquel río: el cacique venía enviado por Requena y solicitaba misioneros para los de su nación.— Hallábanse entonces en su primitivo fervor los religiosos mercenarios del Tejar, y dos de ellos se ofrecieron voluntariamente para ir á ocuparse en la nueva misión: el cacique con otros dos indios compañeros suyos fué bautizado solemnemente, el 31 de Mayo de aquel año, sirviéndoles de padrinos el Presidente Villalengua, el Marqués de Miraflores y el Conde de Selva-florida, é impusiéronseles los nombres de Blas, Juan José y Carlos respectivamente.

Los Padres mercenarios, que salieron del Tejar para las nuevas misiones del Putumayo, fueron Fray Francisco Delgado y Fray Manuel Arias: el primero permaneció algunos años en la misión; el segundo murió á los dos meses de haber llegado á la montaña.—Tal fué el origen de las misiones que los Padres del Tejar fundaron y sostuvieron en el bajo Putumayo, con grandes dificultades y contradicciones domésticas, por la repugnancia que los nombrados para aquel ministerio manifestaban á obedecer la orden de su Provincial, aunque la Recolección del Tejar había sido erigida en colegio de misiones y aunque había disposiciones apretadas del Padre General, vivamente empeñado en despertar en los frailes de Quito el espíritu apostólico.

Después de un litigio muy ruidoso y dilatado entre los Padres de la Compañía de Jesús y los religiosos de Santo Domingo acerca de la priori-

dad de las misiones de los ríos Bobonaza y Topo, los Jesuítas sosteniendo que éllos habían sido los primeros que entraron en esas regiones y los únicos que habían trabajado en convertir á la fe cristiana á los infieles que moraban en ellas, y los dominicos negándolo y contradiciéndolo, al fin, el Rey Carlos segundo puso término á la disputa, mandando que la misión de los Gayes continuara á cargo de los Jesuítas, y la de los Canelos fuera servida por los dominicanos; y así continuó hasta el año de 1303, en que fué entregada al Obispo de Mainas.

Esta misión de Canelos no progresó nada durante más de cincuenta años, y en el de 1775 estaba reducida á un solo pueblecillo, en el cual se contaban apenas diez y nueve indios varones; y si del todo no desapareció, fué porque entró como misionero el Padre Fray Santiago Riofrío, religioso de espíritu mortificado y celo apostólico, que enseñó á los indios no sólo los rudimentos de la fe cristiana, sino también los de la vida civilizada. Con todo, la misión llamada de Canelos no creció ni prosperó mucho en ningún tiempo, ya porque la peste de viruelas diezmaba con frecuencia la población, ya porque los indios varones abandonaban los pueblos y se retiraban á los montes, huyendo de la exacción del tributo real que se les constreñía á pagar anualmente.—Las acometidas de las tribus belicosas de los Jíbaros, que caían sobre los pueblos de Canelos para arrebatar mujeres y hacerse de herramientas de hierro, era otra de las plagas que estorbaba el adelanto de esta misión: en los días de su mayor prosperidad no llegó á contar más que cuatro

reducciones, y ordinariamente éstas no eran más que dos, con muy pocos pobladores (12).

Así mismo en vez de progresar fueron decayendo las misiones del Putumayo: se dieron á clérigos como curatos de montaña y se nombró

(12) La historia de las misiones de los Padres de Santo Domingo en Canelos merece una aclaración concienzuda, y la vamos á hacer en este lugar.—La solicitud de los Padres Fray Jerónimo de Cevallos y Fray Ignacio Quesada en el Real Consejo de Indias, para que se les adjudicara á los dominicanos la misión llamada de Canelos, fué ocasión de un litigio dilatado y odioso, que en la Audiencia de Quito siguieron los Jesuítas contra los dominicanos. Poseemos todos los autos originales de ese litigio; y, de la lectura de ellos, hemos deducido lo siguiente:--Unos cuantos indios cristianos de las actuales provincias de Tunguragua y del Chimborazo,huyendo de las exacciones de los cobradores de tributos, se retiraron á las montañas de Canelos, donde se establecieron, deseando vivir tranquilos: supo la existencia de esos indios un Padre dominicano, Cura ó doctrinero de Pelileo, entró á verlos y edificó una capilla, en la cual puso un cuadro pequeño de Santa Rosa de Lima: formóse con esto uno como pueblo compuesto de cuatro casasgrandes, donde vivían unas pocas familias de indios. Tal fué el origen del pueblo llamado Santa Rosa de Penday.—Como ocho años después, volvió á entrar otro religioso dominicano; pero hasta 1684 no hubo misión ninguna permanente.

En 1775, en tiempo del Presidente Diguja, salieron al pueblo de Canelos unos cien indios de las Jibarías de Macas y con ese motivo se puso mayor empeño en atender á esa misión. El 27 de Abril de 1798, el Padre Fray Lorenzo Ramírez, á instancias del Ilmo. Señor Alvarez Cortés,emitiendo informe acerca del estado de las misiones de Canelos, decía: *Es constante que en más de medio siglo no dió un paso la conquista, contentándose el uno ó dos misioneros con trabajar en mantener en la fe recibida á los de la capital de dicha misión llamada* CANELOS, *experimentando las alternativas de más ó menos gente,según las circunstancias que las retiraban al monte*

un superior, que vigilase sobre ellos en el último año de la vida del Ilmo. Señor Alvarez Cortés; pero dieron tan mala cuenta de su cargo algunos de los nombrados, que las misiones del alto Putumayo se deshicieron casi completamente (13).

ó consentían su pacífica existencia, hallándose varias veces precisados los misioneros á salir por no perecer por la total deserción que hacían del pueblo por huír del tributo, que varias veces se les ha pretendido imponer".—En ese año la misión de Canelos había progresado, y se componía de tres pueblecillos: Nuestra Señora del Rosario ó la Palma, con 173 habitantes; San Jacinto, con 37, y San Carlos de los Achuales, con 36; todo debido á los esfuerzos del Padre Fray Santiago Riofrío. —Para estas misiones las Cajas Reales contribuían con cien pesos anuales. — (Autos formados de todos los documentos recogidos por el Ilmo. Señor Cortés, Obispo de Quito, para informar al Rey acerca del estado de la misión de Canelos. Inéditos en nuestro archivo privado; también los expedientes del pleito seguido entre los Jesuítas y los dominicanos sobre las mismas misiones y, además, las piezas relativas á la reorganización de la misión en 1775, todos en nuestro archivo privado).—El Padre Ramírez, autor del informe citado, era procurador de las misiones.—Una circunstancia debe no olvidarse, y es el abuso cometido por los recaudadores de tributos, quienes exigían que el mismo misionero cobrara el tributo á los indios de Canelos, cosa odiosa y contra la cual reclamaron los dominicanos, aunque no siempre con buen éxito.

(13) Por Cédula de 25 de Julio de 1771, los pueblos de Mainas debían ser gobernados, según el mismo sistema adoptado para los de los Guaraníes, Chiquitos y Moxos. En Cédula de 12 de Julio de 1790 se dispuso que volvieran los franciscanos á hacerse cargo de las misiones de Mainas.

Sobre el estado de las misiones de los franciscanos en el Marañón tenemos un documento muy autorizado: se titula *Estado de las Misiones de Mainas sujetas al obispado de Quito y encargadas á los Padres de San Francisco:* es un in-

Las misiones de Canelos, del Putumayo, del Napo y de Mainas no estaban, pues, florecientes, sino antes por el contrario, en decadencia y abandono, cuando á principios del siglo pasado, en 1802, se erigió la nueva diócesis de Mainas y se

---

forme, trabajado de orden del Obispo Cortés, por el Padre Fray Mariano Aguilera, Superior de las Misiones, y está firmado el primero de Noviembre de 1798, en Santiago de la Laguna.—Según este informe, no había más que 4,455 adultos en toda la misión. (Este documento autógrafo es de nuestro archivo privado).

En 1798 fueron enviados de Quito diez clérigos sacerdotes á las misiones de Mocoa y Sucumbíos, pero ninguno de ellos permaneció en el pueblo que le fué señalado: faltó de parte de algunos la obediencia y sujeción al Superior; otro se enfermó, y uno murió.—En el camino supieron la noticia de la muerte del Ilmo. Cortés, y de ahí algunos de ellos se tornaron á Pasto. (Poseemos acerca de este suceso una documentación completa en nuestro archivo privado).

En cuanto á las misiones de los mercenarios en el Putumayo, nos bastará citar el testimonio del Provincial de la Merced: en un informe, que, el mismo año de 1797, dió al Obispo Cortés se expresó así:—*Aun cuando mi antecesor el Rdo. Padre Maestro Fray Pedro Garcés de Aguilar expidió una patente circular el año de noventa y tres, á fin de que leída en cada uno de los conventos de esta Provincia é inteligenciados todos los religiosos del motivo de ella viesen si se animaban á seguir con la misión de Putumayo, aunque hizo los últimos esfuerzos no halló religiosos voluntarios que quisiesen adelantar las conquistas de aquella misión: el mismo año compelió á los Padres de la Recolección del Tejar y conminó con la última amenaza se dispusiesen para elegir de ellos los necesarios para dicha misión, y respondió el Comendador de la Casa, con fecha de once de Marzo de 93, no tener obligación alguna para permanecer ni seguir con la misión etc. . . .* Este provincial era el Padre Fray Toribio Calderón: Mayo 2 de 1797, en Quito. (Documento autógrafo de nuestro archivo privado, en el cua poseemos otros relativos á este mismo asunto). Los Padre

encargaron las misiones á los franciscanos observantes del Colegio de Santa Rosa de Ocopa. Las misiones del bajo Putumayo no fueron atendidas, sino como de paso por los mercenarios de la Recolección del Tejar; los franciscanos del Colegio de Propaganda Fide de Popayán rehuían hasta la entrada en el territorio señalado á su evangelización, y los clérigos enviados á Mocoa y Sucumbíos se manifestaron menos idóneos que los frailes para ese penoso ministerio.

---

mercenarios que se emplearon en las misiones del Putumayo no fueron más que seis, inclusos dos legos: el Padre Fray Ignacio Soto permaneció diez años, y los Hermanos legos Jacinto Márquez y José Molineros murieron ambos en la misión.

"De los que actualmente existen en esta Casa (decía el "Comendador del Tejar en 1797) no encuentro un solo reli-"gioso que pueda emprender semejantes misiones; pues ha-"biendo de ser idóneos los que se nominasen, como así me lo "ordena prudentísimamente V. P. M. R., no hay uno solo "que tenga tan indispensable y necesaria cualidad".—Carta del Padre Fray Mariano Ontaneda al Provincial de la Merced: el Tejar, 2 de Agosto de 1797. (Autógrafo de nuestro archivo privado).

Documentos relativos á las misiones de Mocoa y Sucumbíos.—(Archivo de la Curia Metropolitana de Quito).—El año de 1797 se le mandó al Obispo de Quito que diera un informe circunstanciado acerca del estado de las misiones; y, para emitir ese informe á la Corte, pidió datos el Obispo á los prelados regulares de Santo Domingo, de San Francisco y de la Merced.

Haremos aquí una comparación entre los datos más seguros que poseemos acerca de las misiones de Mainas, en tres épocas sucesivas, para que se conozca la progresiva decadencia de ellas.

El año de 1746 había: Pueblos 24; catecúmenos 2,939;

Cuando se llevó, pues, á cabo la erección del obispado de Mainas, las misiones de esa región estaban servidas por religiosos franciscanos del convento de Quito, de los cuales había á la sazón diez y siete sacerdotes y dos hermanos conversos, distribuídos en veintidos poblaciones de indios, en las comarcas bañadas por el Marañón y sus afluentes, el Napo, el Pastaza y el Guallaga. Por una expresa disposición del Gobierno español, los franciscanos de Quito debían permanecer en la nueva diócesis, hasta que el Obispo de ella pudie-

---

bautizados, 9,970: total 12,909.—Según el informe del Dr. Riofrío y Peralta.

El año de 1786 había: Pueblos 22; habitantes, 9,111.—Según la descripción de Requena.

El año de 1798 había: Pueblos 22; habitantes, 4,455.—Según el informe del Padre Aguilera. — La decadencia era manifiesta.

En la llamada gobernación de Quijos y Macas, según el informe del mismo Doctor Riofrío y Peralta se numeraban las siguientes poblaciones:

Papallacta, con 123 habitantes:

Maspa, con 44; Baeza con 20: Avila, 270: Concepción, 208: Loreto, 162: San Salvador, 126: Mote, 46: Cotapino, 40: Santa Rosa, 65.

Archidona, 565: Misagualli, 76: Tena. 67: Napo, 432: Siecoya estaba desierto: Necoya, 30: San Pedro de aguarico, 78: San Estanislao, 108: San Luis Gonzaga, 68: Santa Cruz, 80: Nombre de Jesús, 125: San José, 184: el Nombre de María, 64: San Javier, 144: San Juan Bautista, 45: la Reina de los Angeles, 61: San Ignacio, 113.

En 1754 á media legua de la aldeita del Napo estaba el Real de Mainas con 53 negros: era propiedad de tres vecinos de Quito á saber: Don Juan Ventura Tejada, Don Lorenzo Nates y Don Juan de la Hacha.--(Informe de Don José Basabe, Gobernador de Macas: 1° de Mayo de 1754.—Inédito en el Archivo de Indias en Sevilla).

ra reemplazarlos con sacerdotes del colegio de Ocopa.

Las misiones de Mocoa y de Sucumbíos, que entonces dependían del obispado de Quito, se hallaban sin misioneros, porque los clérigos, enviados á ellas en 1799 por el Ilmo. Señor Alvarez Cortés, las abandonaron así que supieron la noticia del fallecimiento del Prelado. — Las misiones de los mercenarios del Tejar en el Putumayo nunca se fundaron establemente ni menos recibieron una organización formal y sistemática; fueron tan sólo entradas y excursiones de unos cuatro religiosos, á quienes su fervor les impulsó á acometer una empresas uperior á sus fuerzas y para la cual no se hallaban preparados.

La época de prosperidad para las misiones de Mainas fué, pues, únicamente la que precedió á la expulsión de los Jesuítas, entonces estuvieron florecientes y asistidas con esmero y constancia por misioneros ejemplares; después fueron decayendo sin tregua, hasta desaparecer completamente algunas poblaciones.

Casi al mismo tiempo en que entraba á la región oriental trasandina el primer Obispo de Mainas, comenzaron las alteraciones políticas y los trastornos civiles, tanto en la Presidencia de Quito, como en el Nuevo Reino de Granada y aún en el Perú, con motivo de la revolución de nuestros mayores para dar cima á su atrevida empresa de emanciparse políticamente de la Metrópoli; y ya nadie se ocupó entonces en favorecer á las misiones, las cuales quedaron olvidadas hasta el tiempo de la gran Colombia. Como se establecieron de nuevo, lo referiremos en otro

lugar de esta nuestra Historia General de la República del Ecuador.

La conquista de la tribu de los Jíbaros merece un recuerdo especial, tratando de los sucesos acaecidos en las comarcas trasandinas ecuatorianas.—Entre todas las tribus indígenas pobladoras de aquella dilatadísima región, ninguna tan viva, tan belicosa, tan sanguinaria como la de los Jíbaros: esta tribu estaba dividida en varias parcialidades, y vivía en el inmenso territorio comprendido entre los orígenes del Santiago al Sur, y las orillas del Pastaza hacia el Este, donde se fundaron poco tiempo después de la conquista de Quito, según lo hemos referido ya oportunamente, las ciudades de Sevilla del Oro, Logroño y Zamora. Esa comarca tan extensa, era la que constituía la provincia ó gobierno de Macas.

La fama de la mucha riqueza que se encontraba en aquella provincia, cuyos ríos abundaban en lavaderos de oro de subidos quilates, estimuló al principio la codicia de los colonos, y hubo competencias y litigios entre los que solicitaban la conquista y reducción de los Jíbaros, principalmente de la parcialidad que moraba al Oriente de la actual provincia del Azuay, donde se fundó la ciudad de Logroño, arruinada por una sublevación de los indígenas, pocos años después de fundada.—En las capitulaciones que para la conquista de Mainas celebró Don Diego Vaca de Vega con el Virrey del Perú, se pactó la reconquista y pacificación de los Jíbaros; y más tarde, cuando entre Don Jerónimo Vaca y el Gobernador de Cajamarca Don Martín de la Riva Agüero se disputaban la Gobernación de Mainas, todavía el

segundo alegaba para pretenderla, que llevaría á cabo la conquista de los Jíbaros, en la cual no se habían ocupado hasta entonces los gobernadores de Mainas, faltando así á sus compromisos.—En efecto, Riva Agüero juntó gente y salió á su expedición; recorrió la orilla izquierda del Marañón, y cerca del punto en que el Pastaza desemboca en el Marañón fundó, el 25 de Julio de 1656, la ciudad de Santiago de Santander, la cual podemos decir que se deshizo con la misma precipitación con que fué fundada.

Varios otros capitanes intentaron con éxito desgraciado la misma conquista de los Jíbaros, así antes como después de la expedición de Don Martín de la Riva, y no menos desgraciadas fueron las excursiones de los Jesuítas, que como misioneros se aventuraron á entrar á esa provincia; pues el Padre Juan Lorenzo Lucero salió huyendo de las alevosas maquinaciones preparadas por los bárbaros para asesinarlo, y las medidas empleadas más tarde por el Padre Viva dieron funestos resultados.

Discurrió el Padre Viva hacer de cuando en cuando entradas á la provincia de los Jíbaros, sorprender á los que lograra encontrar descuidados, apoderarse de éllos y sacarlos fuera de su territorio, llevándolos á las reducciones mejor establecidas; pero semejantes correrías aventuradas no podían menos de hacerse empleando un número muy considerable de indios bautizados, lo cual causaba disgusto en las reducciones y ocasionaba rebeliones y levantamientos: los Jíbaros eran muy temidos por los otros indios, y la entrada á la provincia habitada por ellos, les era muy

odiada, siendo por esto necesario llevarlos á la fuerza. Los Jíbaros, sacados violentamente de sus rancherías nativas, ó se huían ó se suicidaban: las madres mataban á sus propios hijos tiernos, ahogándolos adrede con tierra, ó con lodo y piedras. Estas correrías fueron prohibidas por el Virrey del Perú, tan pronto como llegaron á su conocimiento los peligrosos resultados de éllas.

A fines del siglo décimo octavo despertóse en los vecinos de Cuenca el deseo de descubrir las ruinas de la antigua ciudad de Logroño, para volver á explotar sus lavaderos de oro, de cuya riqueza divulgaba cosas increíbles la fama pública; se quería abrir un camino fácil por Cuenca al territorio de las misiones de Mainas, y se fantaseaba con las ventajas que resultarían de hacer en la comarca oriental establecimientos mineros y agrícolas. Se esparcían noticias muy curiosas acerca de las ruinas de la ciudad y la riqueza acumulada en ellas, y durante más de veinte años no dejaron de practicarse investigaciones para dar con las buscadas ruinas, hasta que, al fin, el año de 1815, se organizó una expedición formal bajo la dirección del Padre Fray José Prieto, religioso franciscano descalzo, quien llegó al sitio donde se conjetura con fundamento que estuvo la tan afamada ciudad.— El Padre Prieto bautizó á algunos párvulos de los Jíbaros, de quienes fué bien recibido; y, para emprender la obra principal de la conversión de la tribu al cristianismo, juzgó oportuno fundar una especie de pueblecillo, y con aquel intento eligió un lugar que le pareció adecuado, y allí construyó una iglesia, y junto á élla una casa para el misionero, todo con anuencia de

los Jíbaros, la voluntad de cuyos jefes tuvo destreza para captarse el religioso.—Tal fué el origen de la poblacioncita de Gualaquiza, puesta como á una legua de distancia de la confluencia del río Bomboiza con el Paute ó Santiago (14).

---

(14) Entre los documentos de nuestro archivo privado poseemos una copia del *Diario* del Padre Fray José Prieto á las montañas de Gualaquiza, en busca de las ruinas de la antigua ciudad de Logroño, acerca de la cual se empezaron á divulgar en Cuenca noticias fabulosas, que enardecieron no pocas cabezas. — Según se deduce de la relación del Padre Prieto, los Jíbaros, por una tradición constante trasmitida de padres á hijos, sabían donde había estado la ciudad; y, en un sitio poblado de naranjos entre los ríos Bomboiza y Jambibiza, le decían al Padre: "aquí están sepultados los blancos, tus antepasados".—(En el Real Archivo de Indias en Sevilla existen documentos inéditos sobre los trabajos, que algunos vecinos de Cuenca emprendieron para descubrir las ruinas de la antigua ciudad de Logroño).

Este Padre Prieto, fundador de Gualaquiza, es el mismo que fué Cura de Baños: salió de allí y se fué á Lima á consecuencia de sus disgustos con el Obispo de Mainas, y de Lima vino á Cuenca para buscar las ruinas de Logroño.--En cuanto á la destrucción de esta ciudad, no es exacto que en ella haya habido monjas, pues no se fundó convento ninguno ni de frailes ni de monjas.—(Poseemos muchos documentos fidedignos sobre este asunto).—La riqueza de los lavaderos de oro es indudable.

CAPITULO SEXTO

Condición social de las tribus salvajes.

Imposibilidad de escribir la historia de las tribus indígenas salvajes.—Multitud y diversidad de parcialidades.—Su manera de gobierno.—Habitaciones.—Armas ofensivas y defensivas.—La guerra.—Diversiones.—Alimentos.—Vestidos.—Costumbres.—Ideas religiosas.—Sepulturas.—Funerales.—Lenguas diversas.—Sistema establecido para las misiones.—Graves equivocaciones.—Vacíos del sistema.—Carácter del salvaje americano.—Qué cosas se echaban de menos en el sistema de las misiones.—Porvenir de la región oriental trasandina.—Medios de civilización.—Los más poderosos inventos de la civilización moderna y el Evangelio.

I

NARRADOS los sucesos que parecían más dignos de memoria, tiempo es ya de dar á conocer quienes eran esas gentes, pobladoras de los bosques trasandinos y de las llanuras bañadas por el Amazonas y sus afluentes. Algo hemos dicho ya respecto de las tribus que vivían al tiempo de la conquista en la provincia de Quijos y la Canela: hablemos, por lo mismo, de las que se hallaban establecidas en el Marañón.

Toda la región oriental de la América meri-

dional estaba habitada más ó menos por tribus indígenas innumerables, y parece que en la época del primer descubrimiento del gran río de las Amazonas, cuando bajó por él navegando hacia el Atlántico, Don Francisco de Orellana, eran muy pobladas tanto las orillas como las islas del río: á mediados del siglo décimo séptimo, cuando el viaje de los Padres Acuña y Artieda, todavía la población era muy considerable, principalmente en las islas habitadas por los Omaguas: después la población, en vez de acrecentar, disminuyó notablemente en algunas partes, y en otras desapareció por completo.—La primera equivocación, que, en punto á las tribus indígenas salvajes moradoras de las comarcas orientales, debe, pues, rectificar la crítica histórica, es la de suponer que esas tribus eran muy populosas, y, por lo mismo, crecidísima la población de esos bosques: en esas regiones había menos población de la que, por lo regular, se ha imaginado: leguas de leguas estaban desiertas, y las tribus indígenas vivían como perdidas en aquellos inmensos bosques.

Tampoco tienen historia los aborígenes de nuestras comarcas trasandinas, y lo único que podemos hacer como historiadores es describir sus usos, costumbres y género de vida; exponer sus creencias religiosas y decir cuáles eran los rasgos particulares con que una parcialidad podía distinguirse de otra. La historia propiamente dicha es imposible: ciertos puntos, que acerca de las tribus indígenas salvajes desparramadas en la región oriental pudieran investigarse, pertenecen á las ciencias auxiliares de la historia y no á la historia misma.

Las parcialidades eran innumerables, pero no se encontró ni una sola siquiera que formara una nación regularmente organizada, con caudillos, bajo cuya autoridad viviesen todos sometidos: cada parcialidad constituía un grupo de gentes separado. En algunas los curas mandaban sobre los demás solamente en tiempo de guerra; pues, restablecida la paz, cada parcialidad se disgregaba de las otras y volvían las familias á su vida de aislamiento (1).

En la manera de formar sus rancherías había mucha variedad: unas estaban dispuestas de modo que constituían una especie de aldea, en la cual la choza de cada familia estaba separada: en otras varias familias vivían en una sola cabañ grande, y de estas cabañas, más ó menos próxi-

(1) En nuestro *Estudio histórico sobre los Cañaris, antiguos pobladores de la provincia del Azuay*, describimos el carácter y las costumbres de los Jíbaros, y no creemos necesario repetir lo que en esa obra consignamos: fué publicada en Quito, el año de 1878.—No obstante, como fuentes de nuestra narración, además de los autores citados en los capítulos que preceden, enumeraremos aquí los siguientes:

ORBIGNY. (Alcides).—El hombre americano.—(El tratado sobre la Raza Brasilio-Guarani: segundo volumen de la edición de 1839).—En francés.

SANTA-ANNA NERY.—El país del Amazonas. (El capítulo séptimo de la segunda parte). — Esta es, á nuestro juicio, una de las obras escritas mejor sobre el Brasil.--París: 1885. El autor es nativo del Brasil, pero su obra fué escrita en francés.

WALTER BATES.—El naturalista en el río de las Amazonas.—(Londres: 1864.—En inglés: muy digna de ser leída

mas, se formaba la ranchería.—Había parcialidades, cuyas rancherías estaban á mucha distancia unas de otras: varias tribus eran cortas, y acostumbraban morar todos los individuos de ellas dentro de una sola casa, como sucedía entre los Yuríes del bajo Putumayo.

Los Jíbaros solían vivir separados: cada familia en su casa, y las casas á distancias considerables unas de otras. Los Omaguas eran los menos bárbaros y sus rancherías formaban aldeas dilatadas.—Los Mainas, de índole suave, obedecían á sus curacas y constituían tribus más unidas, con una cierta especie de confederación muy imperfecta, entre todas éllas: parece que el centro principal de la población de los Mainas estaba en la laguna de Rimachuma, cuyas márgenes é

---

para formar concepto del escenario, dirémoslo así, en que sucedieron los hechos narrados en este libro de nuestra Historia).

BERTILLON.—Las razas salvajes.—(Estudio de Etnografía moderna; en francés).—En una de sus láminas presenta la figura de una cabeza achicada por los Jíbaros de Gualaquiza; pero nos parece que escribe mal el nombre de ese curioso objeto,el cual nose llama *chancha*,sino *zansza* en Jíbaro.

MEMORIA DE LOS VIRREYES DEL PERU.—(En la edición de Lima, tomo sexto: 1859: la relación del Virrey Don Francisco Gil de Taboada y Lemos).

En el diario, que escribió el Padre Prieto, de su viaje en busca de las ruinas de Logroño, hay acerca de la tribu de los Jíbaros de Gualaquiza una corta pero interesante descripción, la cual fué publicada por el Padre Compte en el Tomo segundo de sus *Varones ilustres* de la Orden Seráfica en el Ecuador.

islas estaban en tiempo de la conquista de la comarca oriental muy pobladas.

La ocupación constante de los salvajes, su entretenimiento frecuente y su pasión más poderosamente dominante era la guerra: en guerra vivían unas tribus con otras, y hasta las parcialidades de una misma tribu entre ellas. En la guerra procuraban el exterminio de sus enemigos, degollando unas veces á todos, sin excepción, y reduciendo á cenizas las rancherías; otras veces mataban á los varones y á las mujeres ancianas, y reservaban á los niños y á las mujeres jóvenes, como lo acostumbraban los Jíbaros. — Para la guerra no se buscaban motivos razonables, y bastaban, de ordinario, los sueños de un hechicero supersticioso ó las sospechas de un curaca resentido.

Las armas ofensivas eran lanzas formadas de enormes varas de chonta, con la punta aguzada ó guarnecida de una lengüeta muy cortante, fabricada de pedernal ó de hueso: cuchillos, ó puñales de piedra, pues el fierro y el acero les eran enteramente desconocidos, y los primeros instrumentos de metal que tuvieron los recibieron de los españoles y de los misioneros. — Dardos largos y pesados, saetas ligeras y flechas muy delgadas eran sus principales armas arrojadizas: los dardos, los lanzaban con el arco ó solamente con la mano; y para disparar las flechas, se valían de la cerbatana, siendo muy de admirar la fuerza con que las soplaban: cerbatanas había hasta de tres metros de longitud. Para dar á sus flechas un peso conveniente, les ponían al extremo un birote de barro ó un penacho pequeño de plumas. Como las mujeres y hasta los niños to-

maban parte en la guerra, aquéllas iban llevando las cargas de flechas, y éstos las recogían á la hora de la refriega.

La fabricación de las flechas y, en general, de todos sus utensilios domésticos, instrumentos de labranza y armas de guerra era la ocupación ordinaria, y por temporadas también cuotidiana de los maridos: fabricación lenta y muy laboriosa, hecha con piedras, con arena y, cuando más, con unos cuchillejos de hueso. Para aguzar la punta de las lanzas, se valían primero del fuego, quemando una de las extremidades de la chonta, y luego la adelgazaban y afilaban á fuerza de frotarla con arena.

Entre sus armas ofensivas tanto para la guerra como para la caza, merece enumerarse el veneno, en cuya composición hubo tribus que alcanzaron á poseer un arte sorprendente: componían venenos mortíferos de una eficacia segura y espantosa, extrayéndolos ya de los jugos de ciertas hierbas por ellos conocidas, ya de la ponzoña de algunos reptiles é insectos. Bastaba una cantidad imperceptible de estos venenos, para que se siguiera la muerte del herido necesariamente.— El veneno era una como pasta blanda, con la cual se untaba la punta de la flecha; y el salvaje iba, por eso, llevando en una olla pequeñita de barro, la masa venenosa, cuando salía á la caza ó á la guerra.

Arma defensiva era también el escudo ó la rodela, hecha de palo de balsa, de cuero de danta, ó de piel de vaca marina; á veces se fabricaba también tejiendo bejucos ó hilos de palma. El tamaño variaba, adaptándose al cuerpo del indivi-

duo, y á los usos de la tribu; así es que algunas eran redondas y pequeñas, y otras ovaladas y muy grandes. La estolica para despedir saetas arrojadizas, el arco enorme, que así servía para la guerra como para la caza y aún para la pesca, y la macana completaban las armas de las tribus indígenas. La macana era de madera, y les servía como de alfange, cuyos filos estaban guarnecidos de pedernales ó de dientes de pescados.

Nunca empeñaban los salvajes una verdadera batalla, y su manera de hacer la guerra se reducía siempre al asalto y á la sorpresa: los que acometían, caminaban con cautela, haciendo adelantar espías y exploradores, y daban de repente sobre sus enemigos, cogiéndolos desprevenidos. Las primeras horas de la noche, ó las de la madrugada eran de ordinario las que preferían para el asalto. El vencedor quemaba las casas de los vencidos y se llevaba todo lo demás.—De los acometidos, unos se defendían briosamente; otros huían y se ocultaban en el bosque. Las guerras eran exterminadoras, y no era raro, que á consecuencia de ellas, quedaran destruídas parcialidades enteras, de las cuales no sobrevivía ni un solo individuo.

Sucedía también, aunque muy raras veces, que los acometidos se rehicieran, y, revolviendo contra los salteadores cuando éstos iban ya de regreso, les quitaran la presa y los exterminaran, sin dejar ni uno sólo con vida. No había una sola tribu que estuviese segura ni pudiese vivir tranquila: todas estaban siempre inquietas y dormían sobresaltadas. De ahí las precauciones prolijas que tomaban para no ser sorprendidas por sus enemigos: retirarse á lo más recóndito de los

bosques; borrar todo camino y todo sendero; rodear de empalizadas el ámbito ocupado por sus rancherías; ahondar fosos en derredor, con agudísimas estacas hincadas en el fondo; clavar huesos con púas disimuladas, y hasta aderezar trampas, para que el tambor se tocara y diera la señal de alarma; pero la sagacidad de los salteadores se burlaba de todo. Con las lanzas tanteaban el suelo, y tanto miraban y remiraban hasta las hojas de los árboles, que descubrían el tambor é inutilizaban el aparato dispuesto para hacerlo sonar. En algunas parcialidades mientras unos dormían, otros estaban haciendo de centinelas, parados en las puertas de las chozas, con su manojo de flechas en la mano, y el arco al hombro.

Los Jíbaros de Gualaquiza y de Zamora tenían un modo especial de hacer la guerra, el cual consistía en cerrar los caminos, y preparar en lo alto de los montes piedras enormes, para hacerlas rodar sobre sus enemigos: lo quebrado y fragoso del terreno favorecía semejante sistema de guerrear; pues, el Jíbaro, oculto entre las ramas del bosque, estaba atalayando al enemigo, y, sin que éste pudiera descubrirlo para defenderse, lo atacaba, dejando que las piedras se precipitaran con ímpetu, dando botes, y aplastaran á los contrarios ó lo dispersaran. Peñascos enormes desgalgaban así contra los españoles y contra los indios, cuando entraban en són de guerra en sus fragosas guaridas.

Esta nación de los Jíbaros, con las diversas parcialidades que la componían y algunas otras más, se distinguía entre todas las tribus salvajes por su ferocidad calculada y sangrienta: el

Jíbaro hacía la guerra no sólo para vengarse, no sólo para defenderse, sino con el fin de holgarse y de divertirse. La guerra era para el Jíbaro una fiesta, un motivo de diversión y una causa de tumultuoso regocijo. Cuando algunos curacas, cansados de la monotonía de su vida ordinaria, casi siempre ociosa y regalona, querían hacer alguna gran fiesta ó diversión, principiaban por prepararse para salir á la guerra. La primera diligencia era consultar sobre el éxito feliz ó desgraciado de ella; y, para esto, uno de los jefes se retiraba al fondo del bosque, y allí permanecía encerrado en una choza pequeña, guardando por semanas enteras un ayuno riguroso, durante el cual se abstenía de ciertas comidas y de todo trato carnal con mujer, sin gustar ají ni comer otra cosa más que hierbas y raíces del campo: este ayunador presagiaba el éxito de la guerra, y, con su anuncio, la emprendían, si les decía que sería feliz; ó la dejaban, si les vaticinaba que sería desgraciada. Otra de las condiciones del ayuno era que el que ayunaba había de guardar silencio absoluto, sin hablar ni una sola palabra con nadie. Si, verificado el asalto, salían triunfantes, la mejor parte del botín era para el ayunador, aunque no hubiese tomado parte en el ataque; asimismo, cuando el éxito era desgraciado, lo maltrataban á golpes, diciendo que por su causa habían perdido, porque sin duda habría quebrantado el silencio ó comido algo que no le era lícito probar.

Para la guerra no era necesario que hubiese agravios que vengar: muchas veces se emprendía tan sólo con el deseo de cortar cabezas y te-

ner pretexto para fiestas y diversiones. No todos los salvajes eran igualmente sanguinarios, pero algunas tribus lo eran en un grado de perversidad que parece increíble. Su regocijo consistía en degollar á los enemigos, cortarles la cabeza y acondicionarla de modo que pudieran conservarla, seca y endurecida, por algún tiempo: para esto tenían un procedimiento especial, prolijo y muy ingenioso. Cortada la cabeza por la mitad de la garganta, la hacían hervir, y, hablandada, le extraían con destreza todos los huesos de la cara y del cráneo, y en esa como bolsa iban introduciendo ciertas piedrecitas pequeñas, preparadas para aquel objeto, caldeándolas primero al fuego; con esta industria conseguían achicar notablemente la cabeza, sin que el muerto perdiera sus facciones propias, por las cueles era al punto reconocido.

Con estas cabezas hacían sus fiestas y sus regocijos, engalanándolas y adornándolas con un cerco de plumas de colores, á manera de rayos: el vencedor la tomaba en la mano derecha, y, levantándola en alto, bailaba, cantándole endechas, en las cuales oprobiaba al muerto y se burlaba de él. ¿Por qué no fuiste tan valiente como yo? le decía. ¿Por qué no estuviste vigilando, para no dejarte sorprender por mí? ¿Por qué no te curaste los ojos con ají, para tener la vista perspicaz, como la tengo yo, que me unto los ojos con ají? Los demás respondían repitiendo lo mismo, y así perseveraban hasta caer rendidos de fatiga.

Sus fiestas eran ruidosas, y sus bailes una espantosa algazara. Con tiempo se preparaban

para celebrar su triunfo, con el baile en honra de la cabeza cortada, haciendo en cantidad sus comidas para ellos regaladas y, principalmente, sus bebidas embriagadoras; y convidaban á todos los de la tribu ó parcialidad. El día señalado, llegaban los convidados y entraban de tropel á la casa, después de haber hecho antes dos ó tres veces la ceremonia de acercarse á ella y retirarse. Con la comida y la bebida daba principio el baile, unas veces formando círculo, cogidos de las manos todos los varones; otras, haciendo escaramuzas todos sueltos y mezclados hombres con mujeres: esta danza ó brincoteo tumultuoso era acompañada de cantos monótonos, de gritos y de alaridos: remedaban todos, á una voz, el graznido de los pájaros ó ahullaban y gruñían como los animales montaraces. Semejantes cantos y gritos, el zapateo de los que bailaban y el sordo ruído del tambor formaban una algazara horrible: los misioneros, describiendo estas fiestas de los salvajes, dicen que no se las podía mirar sin horror y espanto. Así, danzando, se mantenían días seguidos, hasta que consumían toda la provisión que de comida y bebida habían preparado.

En algunas tribus las mujeres no solían tomar parte en los bailes; en otras, eran ellas las que bailaban, cantando alabanzas á sus maridos, mientras éstos las miraban, sentados, conversando unos con otros. Las mujeres en sus bailes llevaban alzadas en un palo las cabezas de los enemigos, á manera de trofeo ó de estandarte.

Casi todas las tribus salvajes de la región oriental andaban desnudas: las mujeres cubrían su cuerpo con cierta laya de honestidad á su mo-

do, atándose á la cintura una tira de lienzo de algodón, que les caía por delante; los varones, por lo regular, cubrían tan sólo el miembro viril con una pampanilla muy bien ajustada á la cintura. No obstante, muchas parcialidades usaban vestidos y mantas, tejiéndolos de algodón y de hilo de palma, muy curiosamente labrado: empleaban también para este objeto, la corteza de un árbol, majándola y suavizándola hasta dejarla flexible y suave como paño de lino burdo. La forma de sus vestidos era muy sencilla: una manta cuadrada de algodón en los más elegantes, para envolverse con ella, y una camisa sin mangas, que á los varones no les llegaba á la rodilla, y que á las mujeres les caía hasta los pies.

Los Omaguas eran muy curiosos y acostumbraban pintar á pincel sus ropas, y lo mismo hacían los Mainas. En esta labor de pintar la ropa se ocupaban las mujeres, imitando con los colores la piel de las grandes culebras del Amazonas.—Los colores eran extraídos de tierras y de polvos minerales.—En cuanto al adorno de sus personas, los salvajes eran muy caprichosos: se pintaban todo el cuerpo de colorado, de morado, de amarillo ó de negro, según el gusto de cada uno: si algunos no se pintaban todo el cuerpo, se teñían de negro siquiera los labios ó se taraceaban con un espino, haciendo rayas y labores en la cara, en el pecho y en los brazos. Para la cabeza tenían guirnaldas de plumas de colores, muy galanas y vistosas, y martinetes blancos de pluma de garza: para el cuello, collares de colmillos de mono, de huececillos de aves y también de dientes humanos: para las piernas, unas como ligas,

con que se ceñían apretadamente debajo de las rodillas. Las mujeres se adornaban atándose á la cintura muchas sartas de conchas y también de abalorios, cuando los conseguían. — En la cara se hacían agujerillos, taladrándose las ternillas de la nariz, las mejillas, las orejas y el labio superior, para llevar palitos, plumas, cáscaras de frutas, metidas en los agujeros, con lo cual les parecía que andaban muy hermosos.

El gusto por los adornos lo manifestaban pintando de colores muy vistosos sus rodelas y sus macanas, y hasta sus lanzas, haciendo en ellas labores prolijas, con grecos y líneas caprichosas, y adornádolas con plumajes y airones: no eran raras las rodelas entretejidas con primor de menudas plumas de colores, formando con ellas variedad de dibujos.

Sus camas eran unas talanqueras en plano inclinado, y un madero dispuesto horizontalmente, para que sobre él descansaran los pies: el cuerpo yacía tendido hasta las rodillas, y los pies se apoyaban en el madero, para tenerlos calientes por medio del rescoldo, que toda la noche conservaban debajo de las camas: así dormían los Jíbaros, pues los indios de otras tribus se tendían en el suelo ó, cuando más, sobre un montón de hojas ó hierbas secas.

Su alimento lo obtenían por medio de la caza y de la pesca: monos, aves y puercos monteses, llamados sahinos; la vaca marina, las tortugas y toda clase de pescados, en que son tan abundantes los afluentes del Marañón, eran su comida más ordinaria. Para la caza empleaban la cerbatana, las flechas y las lanzas. En la pes-

ca eran muy diestros, y se valían del anzuelo, de la red, del arpón y del barbasco, con cuyo sumo envenenaban las aguas en los remansos de los ríos. Aunque todas las tribus salvajes de la región oriental trasandina ecuatoriana conocían el fuego y lo usaban en sus menesteres domésticos, con todo algunas comían crudas ciertas viandas, por pereza de cocinarlas.

La tortuga fluviatil era potaje regalado para los salvajes, y tan apetecido de ellos, que en la época del desove las aldeas de los cristianos quedaban desiertas, sin que á los misioneros les fuera posible contenerlos. — El paladar grosero de los indígenas no hacía elección de manjares: comían gusanos, sapos, ratones, sabandijas y hasta culebras venenosas, contentándose con cortarles á estas últimas la cabeza. No había tribu alguna que no cultivara una ó más variedades del plátano: el maíz era muy estimado, y la yuca constituía la base de su cuotidiana alimentación. De la yuca hacían el pan, el cazabi y hasta su vino, una de sus más embriagadoras bebidas fermentadas.

Sus utensilios domésticos eran de piedra, de madera, de hueso y de barro: sus ollas y sus cántaros ni por su forma ni por su manera de fabricarlos merecen atención alguna, aunque los Omaguas y algunas otras tribus ribereñas del Marañón eran muy hábiles así en la elección del barro como en su preparación, y se distinguían de todas las demás por el modo cómo los pintaban y embarnizaban, constituyendo estas prendas de uso doméstico el principal artículo de comercio entre varias parcialidades. — No era raro el que al-

gunos salvajes comieran el barro amasado; y así, cuando se quebraba una olla, los pedazos eran inmediatamente devorados por los circunstantes (2). Causaba sorpresa verlos mascar los tiestos y tragárselos con avidez!

La abundancia de zancudos y de mosquitos ocasionaba un tormento insoportable á los tristes indígenas: ¿qué arbitrios no habían discurrido para librarse de esa molestia? — Las chozas eran oscurísimas, sin más puerta que unos agujeros estrechos, tapados con hojas de palma: el techado, muy bien tejido, bajaba hasta el suelo, y dentro había tantos fogones, cuantas eran las familias que habitaban en la casa. Muchos dormían en amacas ó redes colgadas al aire;

(2) Sobre la costumbre, que de comer tierra tenían algunas de las tribus salvajes de la región amazónica existen documentos muy fidedignos: nosotros presentaremos aquí úno, inédito, de un testigo de vista: el caso sucedió á fines del siglo antepasado con los Jíbaros moradores de la comarca de Zamora.—En el Diario de la expedición, que por orden del Presidente de Quito hizo á las Jibarías de Zamora Don Manuel Vallano y Cuesta, Corregidor de Loja, en el mes de Agosto de 1785, se lee lo siguiente:—"Celebrando el "Comandante Corregidor una de sus ollas (ollas de los Jíba- "ros, porque la escena fué en la casa de éstos), se le fué al sue- "lo, quedándose con el pedazo en las manos, y recibió por "ello grande pesar, según la delicadeza y amor con que los "trataba. Los infieles festejaron mucho el caso, y en el "momento se repartieron los cascos de la olla quebrada en- "tre cuatro que se hallaban presentes, y se los comieron con "mucha frescura y risadas, dejándonos espantados del pa- "radero que vino á tener la vasija". — (Expediente para averiguar la salida de algunos indios infieles á la Doctrina de Zamora.—Inédito, en nuestro archivo privado: tiene un mapa del sitio de Zamora, al Oriente de Loja).

otros en chozuelas, tan estrechas y tan bajas, que parecían más bien hornos que casas, y preferían abrasarse de calor ahí encerrados, antes que sufrir las picaduras de los mosquitos: en verano, hacían hoyos en las playas de arena, y allí se metían para dormir al cielo raso. Los Omaguas, más adelantados que los demás, eran los únicos que se habían construído toldos de lienzo de algodón, para dormir así defendidos del excesivo calor y de las molestas picaduras de los zancudos.

Descrito el estado de la vida de las tribus salvajes, veamos cuáles eran su condición moral y sus creencias religiosas.—La poligamia era usada generalmente en todas las tribus, y no había ni una sola, en la cual los curacas no tuviesen siquiera dos mujeres, pues el tener más de una era señal de riqueza y de autoridad: la muchedumbre de esposas argüía riqueza y señorío. Los particulares tenían sólo una mujer, pero se separaban de ella ó la cambiaban con suma facilidad. Las mujeres eran libres para continuar viviendo con sus primeros maridos, ó para abandonarlos y unirse con otros, de modo que la unidad y la inseparabilidad eran del todo desconocidos entre los salvajes en sus matrimonios.—Estos se celebraban con sólo pedir el novio la mujer al padre de la novia, y, á veces, bastaba dar por ella algún objeto agradable ó útil al futuro suegro.

La mujer servía al marido en todo: élla era la que formaba la sementera, la que cultivaba, la que hacía la cosecha y la que preparaba la comida y la bebida: también élla lavaba al marido y lo pintaba en algunas tribus.—La honestidad de las mujeres solteras no era considerada ni apre-

ciada como virtud; pero, la infidelidad en las casadas se castigaba como un gran crimen.

Cuando los hijos eran tiernos, sus padres y, sobre todo, sus madres los cuidaban con cariño; pero, no había tribu alguna en la cual el infanticidio no fuera muy común: la pereza de amamantar era suficiente pretexto para que la madre ahogara á su hijo, metiéndolo en un hoyo y echándole ceniza poco á poco, hasta que muriera. Si nacían deformes, débiles ó con alguna lesión, eran matados al instante: cuando eran gemelos, mataban al úno precisamente, y entre una hembra y un varón, se conservaba á éste y se mataba á aquélla: tomando de un piecesito al recién nacido, lo arrojaban al río, festejando la muerte con risas y carcajadas.

Los hijos grandes no guardaban amor ni respeto á sus padres, y hasta los mataban á éstos, cuando se encolerizaban ó sentían venganza contra ellos.—Para el matrimonio en algunas tribus, sólo estaban exceptuados los primeros grados de consanguinidad, y el casarse hermano con hermana carnal era costumbre entre los Omaguas. Los caciques de algunas parcialidades solían criar desde tiernas, como si fuesen sus hijas propias, á sus futuras esposas, con las cuales cohabitaban así que ellas llegaban á la edad de ser madres; y éstos eran los matrimonios más indisolubles.

En cuanto á creencias religiosas, no había una sola tribu que no tuviera una noción, aunque fuera vaga y oscura, del Sér Supremo, cuya existencia era creída por todas; pero ni levantaron templos para adorarlo, ni fabricaron imágenes que lo representaran, y ni aún había en algunas

lenguas un nombre ni una palabra que lo designara. La idea de un ser superior, maligno y enemigo de los hombres, era universal: en todas las lenguas tenía un nombre propio, con el cual fueron llamados los blancos y hasta los mismos misioneros. Este sér malo era temido; y se procuraba tenerlo contento, por medio de ruegos y de expiaciones.

Culto no tenían ni menos ceremonias religiosas, á no ser sus bailes y sus borracheras con las cabezas de sus enemigos, en las cuales adoraban mientras las guardaban consigo. Respecto del alma humana, todos creían que sobrevivía al cuerpo, que había animado; mas, en cuanto á la naturaleza de élla, no podían menos de errar lastimosamente; y así cada cual imaginaba la vida de ultratumba de un modo análogo á la vida presente, con guerras, triunfos y festejos. Los Jíbaros y otros creían en la transmigración de las almas á los cuerpos de los animales, y decían que los valientes pasaban á animar á las aves de plumaje vistoso; y los cobardes, á salvajinas ruines y despreciables, como arañas, lagartijas, &.— Estos mismos Jíbaros conservaban una reminiscencia confusa del Diluvio, pues referían que allá, en muy lejanos tiempos, había caído del cielo una gran nube, la cual, convirtiéndose en agua, causó la muerte de todos los moradores de la tierra, sin que hayan logrado salvarse más que un anciano con dos hijos suyos, los que poblaron de nuevo la tierra. Uno de estos hijos, añadían, fué maldecido por su padre, por haberse burlado del anciano, y de este hijo se confesaban descendientes los Jíbaros.

Los Mainas tenían también una tradición curiosa acerca del Diluvio Universal y del origen de su tribu: según decían, sólo se salvaron de la inundación general dos hermanos varones, quienes se desposaron con ciertas mujeres misteriosas, las cuales se dejaban ver en figura de pintadas guacamayas; y de estos matrimonios descendían todos los indígenas.

Sacerdotes propiamente no había entre las tribus orientales americanas, pues sus mohanes eran tan sólo agoreros y médicos. Las tribus salvajes tenían muchísimas supersticiones y de todo sacaban agüeros: del vuelo y del canto de ciertas aves, del rastro de las culebras, del ruído del viento, de los truenos y de los relámpagos y, sobre todo, de los sueños deducían pronósticos y adivinaciones: todo cuanto en su rusticidad nativa no podían explicar naturalmente, lo creían misterioso y sobrenatural.—Estos agoreros adivinaban tomando bebidas narcóticas, con las cuales se aletargaban; y lo que soñaban durante el letargo eso lo anunciaban como seguro: tendidos bocabajo en el suelo, se dejaban estar mientras les pasaba el efecto de la bebida adormecedora.

Las enfermedades eran consideradas siempre como resultados de hechizos y de maleficios, y nunca como efectos naturales de la condición humana; así, aunque algunos indígenas conocían la eficacia medicinal de varias hierbas y las solían aplicar con acierto para curar algunas enfermedades, con todo los demás lo primero que buscaban cuando había enfermos, era un agorero para que desvaneciera el maleficio ó remediara al hechizado. Sus remedios eran, por esto, ante

todo en salmos y conjuros, con mil embustes ridículos y supersticiones groseras.—Otras veces, el principal remedio era el más riguroso ayuno, con lo cual acontecía, á menudo, que el enfermo sucumbiera no por la fuerza de la enfermedad, sino de inanición y debilidad.—Lo más curioso era que la dieta y el ayuno lo solían guardar no solamente el enfermo, sino sus parientes y allegados, como condición sin la cual la salud se tenía por imposible.

En los funerales y entierro de los difuntos había costumbres muy diversas y hasta abominables. En medio del duelo, el cadáver era despedazado y servido en presas á los dolientes, porque les parecía una profanación enterrar dentro de la tierra los cuerpos de los suyos; y una abominación, tan contraria á los instintos de la naturaleza, era reputada como acto de piedad.

El lugar preferido para sepultura era la casa propia, á la cual, después, se le prendía fuego; y costó mucho trabajo á los misioneros persuadir á los indios cristianos que dejaran sepultar sus muertos en las iglesias, de donde los sacaban á hurtadillas, apenas el misionero se descuidaba un momento. Grande sentimiento hacían al no poder dar ya á sus muertos la única sepultura, que ellos quisieran darles sepultándolos en sus propios estómagos!

Tribus había en las cuales primero se sepultaba el cadáver en la tierra; y después, calculando que las carnes se hubiesen ya deshecho, se lo sacaba para quemar los huesos, molerlos y reducidos á ceniza tomárselos, mezclándolos con sus bebidas fermentadas, acompañando esta ceremo-

nia con extrañas demostraciones de duelo y de pesar. Entonces era el dar alaridos descompasados, el llorar y el lamentar, endechando sobre el difunto, con palabras de cariño y de ternura: sorbidas las cenizas por los circunstantes, se daba fin al duelo, riéndose y alegrándose estrepitosamente, pues una de sus máximas era no volver á acordarse ya más del difunto y no pronunciar siquiera su nombre en adelante para no tener ese motivo de pena y de dolor.

Usaban también encerrar el cadáver dentro de una tinaja grande de barro, fabricada de propósito para aquel objeto: doblaban el cadáver y lo acomodaban en esa clase de ataúd, y luego lo tapaban con otra tinaja, para depositarlo así en en una cueva ó hueco cavado en la tierra.—Otros sacaban los huesos, los lavaban bien, los pintaban y luego los guardaban en una cantarilla de barro, la cual hacía entre ellos de urna cineraria. Los Omaguas solían arrojar al río estas tinajillas, con los huesos limpios de sus difuntos.—Esto hacían los salvajes con sus muertos propios; pero, con los enemigos á quienes daban muerte en la guerra, no tenían estos miramientos, antes solían limpiar las calaveras y conservarlas ensartadas en palos dentro de sus casas.

A pesar de tan odiosa ferocidad, no dejaban de tener los indígenas salvajes del Marañón algunos rasgos de cultura y de nobleza, pues á los cautivos no siempre los maltrataban ni los mataban; antes cuidaban de ellos con esmero y hasta los agasajaban con blandura, distinguiéndose en esto los Omaguas, á quienes era hacerles injuria proponerles que vendieran un esclavo.

En los banquetes acostumbraban guardar orden, dando asiento de preferencia, sobre bancos cubiertos de paños de algodón limpios, á los magnates y principales, mientras la gente menuda se acomodaba en el suelo. Cuando el curaca principal del pueblo estaba para morir, se congregaban todas las parcialidades amigas, y, una por una, iban entrando á la choza del moribundo, para despedirse de él, diciéndole elogios y requebrándole con grandes alaridos: así que expiraba, le cerraban apresuradamente la boca y los ojos, le vestían con su ropa (si la había usado llevar), y le ponían todos sus adornos, y comenzaban los funerales, dando fuertes gemidos la esposa del difunto: al llanto de la esposa seguía el lamento de todos los que moraban en la casa, y, cuando éstos callaban, principiaban el llanto y el lamento y los ayes en todas las casas del pueblo.—Durante ocho días enteros hacían esta demostración de duelo, al amanecer, al mediodía, á la puesta del sol y en avanzadas horas de la noche; y lloraban y plañían, con tal ternura y en un tono tan lastimero y quejumbroso, que causaba honda impresión de dolor en cuantos los oían. — Y tanto sentimiento era sincero, porque entre los de una misma población ó ranchería se amaban entrañablemente.

Ni les faltaba su cierto decoro, pues en las chozas grandes, en que vivían reunidas algunas familias, solían tener departamentos separados para cada una, y en cada departamento un lugar para dormir, y otro donde estaba la cocina, y, además, había otro departamento común, el cual estaba en medio de la casa y servía para recibir

las visitas de los huéspedes: en este salón (si podemos darle ese nombre), tenían los varones sus lanzas clavadas en tierra, con mucho orden, cada una en el punto que le estaba señalado.

Lo más digno de ponderación en la labor evangélica de los misioneros era la paciencia admirable y la constancia invencible, con que se consagraban á aprender la lengua de sus neófitos: trabajo ímprobo y digno de grande loa.—Había varios idiomas que se hablaban por un número crecido de tribus; pero otros eran propios solamente de una parcialidad, y hasta de una sola ranchería, como ya lo hemos dicho antes: los mismos idiomas hablados más generalmente tenían dialectos distintos, que variaban mucho, según la manera de pronunciarlos.—La mayor de las dificultades no estaba en conocer la índole gramatical de cada idioma, sino en discernir la pronunciación de las palabras, porque en la manera de pronunciar las palabras y de articular las sílabas había una variedad asombrosa: en únas predominaban sonidos nasales; en ótras, guturales: en algunas, labiales; en varias, dentales; en no pocas, paladiales; como si adrede se hubiesen reducido á la práctica todos los modos de pronunciación, sin prescindir ni de los más difíciles ni de los más caprichosos.—Ya era un gangueo, en que no se alcanzaba á distinguir la separación de cada palabra ni menos la articulación de cada sílaba; ya un ronquido, con el cual hablaban solamente con la garganta, sin casi mover la lengua ni los labios: en una tribu con una rapidez tal, que daba á la locución el tono de un cantar monótono, en que, con suma dificultad, apenas

se lograba percibir la última sílaba de la última palabra, y era necesario adivinar lo demás de la oración: en ótra, el mismo idioma se pronunciaba entre dientes, sin menear los labios y era más bien que locución, uno como murmullo. El misionero necesitaba aguzar su oído y estar sumamente atento, ya acercándose casi á la boca de su interlocutor, ya fijándose mucho en su rostro, porque una simple mueca, hecha con la nariz ó con el labio superior, bastaba para variar el significado de una misma palabra (3).

Los primeros misioneros del Napo y del Marañón introdujeron en esas montañas la lengua Quichua, llamada del Inca, y se sirvieron de ella como de un idioma general, que obligaron á aprender á los convertidos; pues, en esa lengua les hablaban y en ella les explicaban la doctrina cristiana, sin que por esto se descuidaran de estudiar las lenguas maternas de los indígenas y de redactar en las más generales de entre ellas el catecismo, con gramáticas y vocabularios, que facilitasen su conocimiento. De este modo en el territorio de las misiones llegó á haber una lengua general y

(3) Hervas.—Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas. (Volumen primero.—Lenguas y Naciones americanas.—Tratado primero.—Capítulo quinto). Diez y seis lenguas matrices enumera Hervás en sólo el gobierno de Mainas y la misión del Napo: los datos los tomó de los Jesuítas españoles y americanos, que, después de la expulsión, estaban residiendo en Italia.

Castelneau.—Expedición á las partes centrales de la América del Sur.—(Historia del viaje: tomo sexto.—En francés). Contiene vocubularios de los idiomas de varias tribus salvajes del Amazonas.

varias lenguas nacionales, dirémoslo así, con una muchedumbre abrumadora de dialectos. — Y aún la misma lengua quichua introducida en las misiones varió muchísimo y se empobreció, porque cada tribu la pronunciaba á su modo, y no aprendía de ella más que un poco, lo indispensable para rezar la doctrina y hablar con el misionero.—Diez y seis lenguas matrices y sesenta y cuatro dialectos se hablaban en la región oriental ecuatoriana, en las misiones del Putumayo, del Napo y del Amazonas, á fines del siglo décimo octavo (4).

(4) Parecen que las principales lenguas que se hablaban en el territorio de las misiones de Mainas eran la omagua, la icaguata, la yamea, la iquita y la quichua ó del Inca, según se deduce de los catecismos, que de la doctrina cristiana en esas lenguas habían compuesto los misioneros y guardaban manuscritos para el desempeño del sagrado ministerio. Poseemos un ejemplar de cada uno de esos catecismos: el manuscrito perteneció al Padre De-Franciscis, siciliano, el cual, cuando la expulsión, era misionero en Mainas.

El Padre Guillermo D' Etre refiere que él tradujo el catecismo á diez y ocho lenguas, y pondera cuán difícil era administrar á los indios el sacramento de la Penitencia, pues algunas parcialidades eran tan salvajes, que en su rudimentaria aritmética apenas sabían contar hasta cinco ó, cuando más, hasta diez, valiéndose de los dedos de las manos; y, para sumar veinte, se sentaban en el suelo y se servían de los dedos de los pies.

Con el fin de ilustrar lo que acabamos de decir en el texto respecto de la lengua del Inca y del modo como la solían hablar en las misiones del Marañón, pondremos aquí el Padre nuestro tal como lo enseñaban los Jesuítas al tiempo de su expulsión.

LA ORACION DOMINICAL

Yayaico yanapacha cunapi tiangui: chutique muchascacáchun: capac caimiqui ñucai cumanchamu-

II

Hemos narrado ya todo cuanto era necesario referir en la historia de nuestra región oriental trasandina.— Hace tres siglos á que esa región fué descubierta y explorada: durante trescientos años se ha trabajado para que las gentes que pueblan esa región entren á formar parte moral integrante de la sociedad ecuatoriana civilizada, y, no obstante, hasta ahora las tribus que moran en esas provincias se mantienen todavía en el estado miserable del salvajismo, ó han pasado, cuando más, del salvajismo á una triste y vergonzosa barbarie. En esas provincias, hasta ahora no hay ni una sola ciudad siquiera, ni una aldea bien poblada ni centro alguno de civilización, que ofrezca esperanzas de progreso para lo futuro: las numerosas reducciones de los indígenas convertidos al

---

chun: munainiqui rarascaca chunimana, yanacpacha cunapi, chinátac caipachapipas. — Punchandicuna tandaicuta cumancuaicu: yuchanchicta pambacha paicu: ñucaicupas nucaicuman yuchallicuc cunata pambachacucchina: amatac cachiriguaicucho guaticaiman: yallinracmana allimanta quispiche guaicu. — Amen.

Compárese este Padre nuestro no sólo con el del dialecto cuzqueño, sino con el del dialecto quiteño, y se notará la diferencia del uno respecto de los otros; y hay que advertir, que en las misiones del Marañón había parcialidades, para quienes en la misma lengua del Inca tenían los Jesuítas otro catecismo con sus variantes.

cristianismo por los misioneros en el siglo décimo octavo, han desaparecido todas, y no ha quedado ni una sola: las poblaciones fundadas por los españoles con los pomposos nombres de ciudades han venido tan á menos, que ahora no merecen ni el título de aldeas, y hasta el número de habitantes de esas montañas ha desminuído. — La Nación ecuatoriana cuenta en el número de sus provincias esas comarcas orientales trasandinas, y, para vergüenza de nuestra civilización, el indio semisalvaje, morador de esas provincias, nacido á la sombra de la Iglesia católica, bañado con las aguas regeneradoras del bautismo cristiano el día mismo de su nacimiento, y amamantado con la enseñanza del Evangelio, se presenta en la Capital de la República y recorre las calles de Quito, y se pasea por las plazas, casi enteramente desnudo; desgreñado el cabello, pintado el rostro á la moda salvaje, con aire sombrío, con mirada melancólica, sucio, indecente, apoyado en su enorme lanza de chonta, y sin más conocimiento de la lengua castellana que el indispensable para pedir en la taberna el *aguardiente sabroso*, que es el único objeto que el indígena ecuatoriano de las orillas del Napo busca en Quito, cuando sale á Quito; y ha habido quien afirmara, y (más que afirmar), quien protestara que ese indio era el tipo, el ideal de una población cristiana! ¿Habrá alguien que haya visto á esos desgraciados acercarse alguna vez á la puerta de algún templo? . . . . Desdeñosos, recorren las calles, sin querer ni mirar siquiera los edificios de la Capital: ¿qué caso podrá hacer de la civilización el hijo de las selvas, si, á pesar de sus doscientos años de cristia-

nismo, no conoce todavía las ventajas de la civilización?....(5)

Preciso es, pues, que investiguemos cuáles son las causas, por las cuales los trabajos de los misioneros han sido infructuosos. ¿Qué ha faltado á los misioneros? ¿Qué es lo que no se ha hecho? ¿Cuáles son los motivos de una esterilidad tan evidente?.... La civilización moderna ¿cómo podrá abrirse camino para esas comarcas? ¿Cuál será, por fin, la suerte de las tribus salvajes, que andan todavía errantes y vagabundas por esas dilatadísimas montañas?....

Hé aquí las preguntas que no puede menos de hacerse el historiador, después de haber narrado las viscisitudes de esa región, condenada, al parecer, á un estado de irremediable barbarie.— No vacilemos en asegurar, que las causas del fracaso de las misiones han sido complejas, y que el éxito de las misiones será el mismo en lo futuro, sí, con cuidado, no se varía de sistema, echando mano de otros arbitrios morales y empleando, con magnanimidad, los recursos poderosos que ofrece la civilización moderna.

Nosotros creemos en la unidad de la especie humana, y para nosotros las que se conocen con el nombre de razas humanas no son más que variedades más ó menos distintas de una sola especie humana: en las verdades demostradas por las Ciencias naturales y de observación no hemos encontrado ni un solo dato seguro y evidente,

(5) Los indios del Napo lo único que encuentran apetecible en Quito es el aguardiente, *mizchqui trago*, el aguardiente sabroso, como ellos dicen, con una concordancia híbrida en quichua y castellano.

que contradiga las enseñanzas cristianas, fundadas en la palabra divina escrita y en la tradición. No obstante, la aptitud de la que llamamos raza roja para la civilización es un problema, cuyo estudio exige un criterio muy desapasionado para resolverlo atinadamente. El hombre cobrizo es apto, sin duda, para recibir la civilización cristiana, y para progresar mediante ella. Por voluntad del Redentor, el Evangelio debía ser predicado á todas las naciones del mundo, á todas las gentes del orbe, á toda criatura, según la frase del mismo Evangelio, *Omni creaturae;* lo cual manifiesta evidentemente que todas las razas humanas, sean cuales fueren su estado de adelanto ó de atraso, son aptas para recibir la civilización cristiana, y para alcanzar mediante ella no solamente el fin sobrenatural del hombre, sino también su bienestar y mejoramiento puramente temporal. Pero, como el modo ordinario con que la Providencia divina dirige y gobierna las cosas humanas es tan sabio, tan delicado y tan admirable, nunca violenta al hombre ni le hace fuerza para introducirlo en el gremio de la iglesia católica; de aquí es que, para la completa conversión del salvaje americano al cristianismo, debía contarse no solamente con el influjo sobrenatural de la gracia divina, sino también con todos aquellos auxilios humanos, que contribuyeran á sacarlo de la vida salvaje, á hacerlo ménos inclinado al aislamiento social y más decidido por las ventajas de la vida civilizada.

Dos cosas era necesario hacer con las tribus salvajes americanas: convertirlas al cristianismo, y obligarlas á amar la vida civilizada. Para la

conversión al cristianismo, podía, y debía, contarse con los auxilios sobrenaturales de la Providencia: mas, para la reducción á una vida civilizada, era indispensable poner medios humanos, y medios humanos eficaces, teniendo muy en cuenta la condición moral del indio y sus cualidades naturales tanto buenas como malas; éstas, para corregirlas; aquellas, para mejorarlas. ¿Se pusieron los medios humanos, que, á úna con la gracia divina, habían de convertir al indígena americano? ¿Se emplearon todos los medios humanos, aconsejados por la experiencia? ¿Hubo, talvez, un vacío en el sistema seguido en las misiones?— Las misiones fundadas en las montañas del Napo y del Marañón, es evidente que no han producido resultados satisfactorios permanentes: ¿ cuál es la causa, en que han escollado tantos afanes y tantas fatigas?....

La naturaleza física, la condición misma material de esas montañas, era un poderoso obstáculo para el mejoramiento del sistema de las misiones: el número de misioneros, corto siempre para la inmensa extensión del territorio por ellos evangelizado; la falta de caudales necesarios para dar cima á la obra de las misiones, emprendida con un plan y unas proporciones tan bastas; las guerras de únas parcialidades contra ótras; las rebeliones y los levantamientos de las tribus ya convertidas; las epidemias periódicas desoladoras y las incursiones piráticas de los portugueses del Amazonas, fueron parte para que la obra de las misiones se destruyera y se acabara; pero, esas no fueron las únicas causas; hubo también ótras, muy notables, aunque entonces casi no se cayó

en la cuenta de ellas; antes, se las tuvo por aciertos y se las calificó de discreciones. ¿Qué causas fueron esas? — Las vamos á enumerar, con severa imparcialidad.

El primer error cometido por los misioneros fué el haber introducido y generalizado entre los indígenas convertidos la lengua quichua, la lengua llamada del Inca: esa lengua era mejor que los idiomas de los salvajes, indudablemente; pero no sólo no era un medio de civilización, sino que era un obstáculo para la civilización, y un obstáculo poderoso! Debieron, pues, los misioneros haber introducido y generalizado entre los neófitos indígenas la lengua castellana, y no la lengua quichua; así, lo que á los Padres les pareció un acierto, fué un error trascendental.

De la lengua quichua no aprendían los salvajes sino un poco, y ese poco lo aprendían mal; lo que les bastaba para su comunicación cuotidiana con los misioneros y nada más. En cada reducción había, pues, dos lenguas: la materna, la nativa de los indígenas, y la quichua: en aquélla pensaban, hablaban y razonaban; en ésta trataban con el misionero y oían el sermón en la iglesia: pero ¿de ese sermón cuánto entendían? ¡Casi nada!.... En algunas reducciones se les hacía repetir toda la doctrina cristiana, traducida á la lengua materna de los indígenas, y ellos repetían lo que se les había enseñado, de memoria, sin entender nada: las enseñanzas del Padre les parecían menos interesantes, que los cuentos y las relaciones de sus hechiceros.

Una larga experiencia y un concienzudo estudio de los idiomas americanos habían demos-

trado palpablemente, que ninguno de ellos era adecuado para la enseñanza de la doctrina cristiana, y se había mandado que se procurara generalizar la lengua castellana, y extirpar las lenguas indígenas. La conversión de los salvajes al cristianismo era imposible, mientras se conservara, como se conservó tenazmente, en mala hora, cual medio de civilización, la lengua quichua, junto con las otras lenguas indígenas, pobrísimas de palabra y rudimentarias. De la misma lengua quichua no aprendieron los salvajes convertidos todo cuanto habría convenido que aprendiesen, y el catecismo, compuesto en lengua quichua para las misiones, demuestra cuánto era el desfalco que la lengua había padecido.—El mejor medio para instruír y civilizar á los indígenas habría sido, pues, introducir la lengua castellana, generalizarla y convertirla en lengua materna de los indígenas, lo cual se habría conseguido cuando más á la tercera generación.

¿No hubiera sido también muy eficaz enseñarles á leer y á escribir la lengua castellana, fundando escuelas para los niños de la misión?—Según sea el idioma en que pensemos, así será también nuestra disposición natural para la cultura y para la civilización: conservar, pues, con tesón los idiomas de los salvajes era mantenerlos tenazmente incapacitados para la ilustración intelectual y el mejoramiento social (6).

(6) En una nota del Tomo quinto de esta misma Historia General de la República del Ecuador, citamos las terminantes disposiciones del Gobierno Español para que, como medio de civilización, se introdujera la lengua castellana entre los indígenas, procurando que, abolidos poco á poco los

Otro error práctico fué el haber conservado las reducciones diseminadas en una extensión inmensa de terreno, sin comunicación expedita y fácil entre éllas. Unos pueblos estaban separados de otros á distancias enormes, y entre únos y ótros no había más medio de comunicación que los ríos y las montañas. El camino por las montañas, es decir el camino de tierra, era el más largo, el más penoso y el más difícil, pues había que atravesar pantanos y bosques dilatados, sin un sitio cómodo para posada, expuestos á gravísimos peligros y faltos hasta del sustento necesario para la vida. El viaje por agua era un poco menos trabajoso, pero siempre lleno de molestias y de peligros.— Las distancias á que estaban fundadas unas de otras las reducciones eran tan grandes, que hacían de todo punto no sólo difícil sino imposible, principalmente en ciertas épocas del año, toda comunicación entre ellas, viéndose, á consecuencia de esto, misioneros y neófitos condenados á la soledad más triste y al más perjudicial aislamiento. Terreno sobraba ¿no habría sido prudente, ya que se extraían de los bosques

idiomas americanos, llegaran los indígenas á tener la lengua castellana como lengua materna suya; y de tan sabias disposiciones no fueron exceptuados, ni podían serlo, los indígenas de Mainas y del Napo. Gran honra es para los Reyes de España el haber dado unas disposiciones tan atinadas, y recuérdese con cuanto empeño mandaban que se abriesen escuelas para los indios, y como recomendaban que se les enseñara á leer y á escribir *en castellano*; más, por desgracia, disposiciones tan ilustradas quedaron sin cumplimiento, y las tribus indígenas del Marañón se hundieron de nuevo en el salvajismo.

las tribus salvajes, ir estableciendo las nuevas poblaciones únas á continuación de ótras, con menos distancia y más fácil comunicación entre éllas? ¿No había, acaso, grandes peligros morales para los mismos religiosos en esa vida aislada, solitaria y privada, durante meses y meses, de la recepción del sacramento de la Penitencia?

El salvaje es el hombre degradado, el hombre, que ha descendido en la escala de la civilzación hasta el último escalón, más abajo del cual no se encuentra ya nada digno de la naturaleza racional humana. Todavía más: el salvaje no está ni en el último peldaño de la escala de la civilización descendente, se halla fuera de la civilización, y por si mismo no la busca ni la quiere. El salvaje está persuadido de que su género de vida es excelente, y así mira con desdén los usos y costumbres de los pueblos civilizados, y hasta se ríe y se burla de éllos, considerándolos como inútiles, caprichosos y ridículos. Para remediar el mal, es necesario conocerlo; y quien estuviere avenido con el mal, quien estimare el mal como bien, ¿será posible que desee y que busque el remedio?.... Además, una de las pasiones más fuertes del hombre en el estado salvaje es el orgullo, la soberbia; y de ahí el egoísmo: los salvajes son altivos y muy ensimismados, y no echan de menos nunca la vida civilizada, de cuyas prácticas y costumbres hacen mofa. Mantener, pues, aisladas las reducciones era, por lo mismo, condenarlas necesariamente al retroceso, á la vida salvaje, así que desapareciera la presencia del misionero, que hacía las veces de un vínculo artificial, que contenía contra sus nativas y violentas tendencias,

á los indios en los pueblos de los ya bautizados.

El aislamiento no fué el único error del sistema, hubo también otro error: ¿en qué consistió ese otro error? Ese otro error consistió en que, una vez formadas las reducciones, no se trabajó activa y eficazmente para que los neófiitos mejoraran las condiciones materiales de su manera de vida; pues, ni en vestido ni en alimentos ni en habitaciones adelantaron tanto, cuanto era necesario que adelantaran, á fin de que las nuevas generaciones fueran sedentarias y no errantes, como habían sido sus mayores. Debió habérseles obligado á aprender, y á perfeccionar las artes; debió haberse estimulado más el trabajo de la agricultura, y extendido más el comercio, y con la agricultura y el comercio, el trato y comunicación frecuente de unas poblaciones con otras. La agricultura apenas existía como en rudimentos; el comercio era escasísimo; las artes necesarias para la vida casi eran desconocidas: ¿cómo sorprendernos, pues, de que desaparecieran pueblos, donde no existía ni las artes ni el comercio ni la agricultura? — Las reducciones se habrían conservado, si los indígenas hubieran llegado á ser propietarios y dueños del suelo; si hubiera habido entre ellos más comunicación y menos aislamiento: los pueblos de las misiones, cien años después de fundados, no tenían moneda ni la conocían, y estaban reducidos todavía á trastrocar unas cosas por otras: estado de atraso casi increíble!!. . . .

Perjudicó mucho también para el adelanto de los pueblos de misiones esa condición de pupilos ó de menores, en que, de propósito fueron

conservados perpetuamente; pues, con el fin de que no perdiesen la fe ni se corrompiesen sus costumbres, se los gobernaba de modo que viviesen incomunicados con los blancos, y no tratasen ni contratasen con éllos. Empero, la fe de los salvajes convertidos al cristianismo, ¿qué laya de fe era? Y ¿sus costumbres?.... Más bien que sencillas, eran atrasadas.....La religiosidad de los indígenas muy poca ha debido ser, puesto que habían sido enseñados en una lengua pobre, inadecuada para explicar en ella los misterios cristianos, y esa lengua, no bien conocida por los intérpretes....

La raza roja se distingue por su tenacidad en conservar sus usos y sus costumbres, tiene cariño á todo lo antiguo y repugnancia invencible á toda innovación: esta raza, entregada á sí misma, podría adelantar muy lentamente, encontrándose ella sola; pero, puesta al lado de la raza blanca, no adelanta sino á la fuerza, y el único medio de hacerla salir del estado estacionario en que se mantiene, es rodeándola por la civilización, sitiándola por la civilización, y procurando que la civilización la vaya absorbiendo poco á poco, hasta tansformarla del todo. Pueblos compuestos solamente de indígenas no adelantan y se conservan atrasados y estacionarios, aunque estén rodeados de ciudades y de poblaciones de gente blanca: una experiencia secular lo está demostrando, y, por eso, el estancamiento de la raza indígena es un hecho innegable.

El sistema empleado, pues, en las misiones del Napo y del Marañón fué un sistema equivocado, y, á pesar de las fatigas, de las privaciones

y de los sacrificios de los Padres de la Compañía de Jesús, no produjo resultado ninguno estable y duradero: después, cuando fueron los franciscanos y los eclesiásticos seculares, la obra debía necesariamente deshacerse, y se deshizo y desapareció! Las causas de semejante fracaso son ya conocidas (7).

(7) La severa imparcialidad con que escribimos la historia exige que hagamos aquí una observación muy oportuna.—Ni en los tiempos de mayor auge y predominio de los Jesuítas les fué del todo favorable la opinión pública, en cuanto á su sistema de Misiones: antes, consta evidentemente que en la colonia hubo división de pareceres; y el aislamiento de los indios y la exclusión de los blancos dieron ocasión á interpretaciones muy adversas á los Padres de la Compañía de Jesús.—En el pleito de los Jesuítas con los Dominicanos en 1684, el Padre Fray Pedro de la Barrera, Procurador de los dominicanos, denunció ante la Audiencia dos puntos, los cuales dijo que eran de *pública voz y fama:* esos puntos eran el aislamiento de las misiones y la extracción sigilosa de oro de aquellas comarcas. En los autos está la vindicación presentada por el Procurador de los Jesuítas, y de ese mismo documento se deduce que en Quito había diversidad de pareceres respecto al sistema de misiones planteado y sostenido por los Jesuítas.

La opinión de los más altos magistrados del tiempo de la colonia, asimismo consta por documentos auténticos, que era adversa al sistema de misiones, cuya esterilidad estaba demostrando una experiencia secular. Merecen leerse y estudiarse las Memorias de los Virreyes del Nuevo Reino de Granada y, principalmente, la del Virrey Ezpeleta.

Estas memorias están publicadas por la imprenta, y las hemos citado ya antes en otra nota de este mismo capítulo.

Conocida es también la opinión del célebre Barón de Humboldt sobre el sistema de misiones seguido por los Capuchinos del Orinoco, y ese sistema no era sino el mismo de

La primera condición, para que las misiones se conservaran y prosperaran, debió haber sido la apertura de un camino no sólo bueno, sino cómodo, desde la capital de la colonia hasta el embarcadero mejor en el río Napo, á fin de evitar así el paso arriesgado por el pongo de Manseriche: la segunda condición acercar más los pueblos únos

---

los Jesuítas, sin algunas de las notables prendas personales que siempre adornaban á éstos.

HUMBOLDT. — Viaje á las regiones equinocciales del Nuevo Continente.—(Libros primero y segundo).

AMAT.—Véase la Memoria de este Virrey del Perú, en el Tomo cuarto de la Colección de las Memorias de los Virreyes del Perú.—Edición de Lima: 1864.

MORENO Y ESCANDON.-Estado del Virreinato de Santa Fe del Nuevo Reino de Granada.—(Esta relación se publicó el año de 1886 en Madrid, en el Tomo 85° de la Colección de Documentos inéditos para la historia de España, y es la misma que, como anónima, se hallaba ya impresa en la colección del Señor García y García, dada á luz en Nueva York en 1869, como lo hemos indicado en una nota anterior. Las variantes son insignificantes y dependen de los códices según los cuales se hizo la impresión. La fecha de este documento es la de 1772 y no la de 1782; la relación ó memoria se hizo en nombre del Virrey Messiá de La-Cerda).

Para mayor abundamiento citaremos las palabras textuales del Virrey del Perú y de los dos Virreyes del Nuevo Reino de Granada.

El Virrey Ezpeleta se hace cargo del juicio que, en cuanto al sistema de misiones practicado por los Jesuítas y otros religiosos, formó el eminente Señor Caballero y Góngora, Arzobispo y Virrey de Bogotá, y luego se expresa así:—"El "mismo jefe, que era además un Prelado eclesiástico de tan-"to carácter, dejó indicado en su pliego de entrega, hablando "de misiones, QUE ERA NECESARIO VARIAR EL METODO "OBSERVADO EN ELLAS HASTA AQUI"; lo describe, lo analiza, y demuestra su ineficacia, con razones tan sólidas

á ótros y establecer colonias formales de gente blanca junto á las reducciones, de manera que éstas vinieran á quedar como eslabonadas con aquéllas. — Pero, estas condiciones eran moralmente imposibles de hacerse prácticas en el siglo décimo séptimo, en una colonia española ameri-

---

como ciertas, inclinando al dictamen de que se prueben, á lo menos por vía de ensayo en las reducciones de indios gentiles, otros medios más conformes á las inclinaciones de la naturaleza humana; que se trate ante todas cosas de hacerles gustar las comodidades y ventajas de la vida social y política: que se les enseñe nuestra lengua y costumbres, y en una palabra, que salgan de ser brutos y empiecen á ser hombres, pasando después "á ser cristianos". "Dios libre á "un Obispo de la Iglesia católica (dice aquel Prelado) de "sentar proposición alguna que retarde la propagación del "Evangelio; pero el interés mismo de la religión pide qne no "se arrojen las margaritas á los puercos".

"Estas almas embrutecidas, no hallándose en estado de "conocer las verdades sublimes del Cristianismo, es necesario "disiparles las tinieblas en que están sumergidas, por medio "de ideas y conocimientos análogos á su actual situación, y "conducirlas como por grados hasta la luz del Evangelio".

Apoyado en este dictamen, cuyo autor no puede ni debe parecer sospechoso en la materia, me atrevo á afirmar que, MIENTRAS NO SE VARIE DE METODO, si es que una pura rutina demasiado desacreditada por la experiencia merece este nombre, se gastará en vano el tiempo, el caudal, las providencias, y cuanto no sea dirigido á establecer una entera reforma, que bien podía lograrse por medio de instrucciones dispuestas con los conocimientos que ya hay, y los demás que debían adquirirse para formarlas.

Transcribimos en seguida las palabras del Virrey Mesía de la Cerda: dicen así.

Esta misión, (la de Mainas), que se divide en alta y baja, se compone de nueve pueblos en cada una, con algunos anejos, y en la primera se numeran 7499 almas, y en los segundos 4215 almas, y el todo 11714, reconociéndose muy poco ó ningún

cana: la apertura de caminos era entonces imposible, porque no había dinero con qué costear el trabajo, y por que el gobierno español recelaba que, abriendo caminos, se facilitara la introducción de contrabando con artículos de comercio prohibido: sin un buen camino, el establecimien-

---

adelantamiento en estas misiones, que cuentan más de un siglo de antigüedad, y consiste su permanencia, no tanto en las entradas y reducciones que hagan los misioneros, cuanto en que hostilizados los indios bárbaros por los portugueses que tienen vinculadas sus utilidades en apresarlos, reduciéndolos á servidumbre, temerosos de caer en sus manos y experimentar su rigor, toman por asilo y refugio acogerse á los pueblos de las misiones, donde por este motivo nunca hay seguridad de su permanencia, como gente acostumbrada á la ociosidad y vida silvestre, contribuyendo en mucha parte á este daño, que por la dificultad y aspereza de los caminos, rara ó ninguna vez reside el Gobernador en la provincia, buscando pretextos para vivir fuera, dejando tenientes en su lugar, por los gastos y penalidades de las intransitables veredas desde Quito hasta las misiones de Mainas, por cuya causa tampoco hay ejemplo de que algún prelado eclesiástico haya entrado á visitar aquel distrito, y lo que es más, ni aún los Provinciales de los religiosos misioneros, quienes tal vez por fines particulares procuraron siempre conservar estas dificultades para que se ignorase el estado de la provincia y se embarazase el comercio de estas gentes. Los cuales inconvenientes, según los últimos informes del Gobernador de aquella provincia, pudieran vencerse si se abriese la montaña que media desde el puerto del río Napo hasta la ciudad de Quito, para que se traficase en cabalgadura, como en años anteriores se conseguía, y parece no haberse continuado por la oposición de los citados regulares, que repugnaban el establecimiento de poblaciones de españoles, sobre que sería conveniente que, tomando nuevos informes de sujetos prácticos y de confianza, se interesase la apertura de dicho camino, y también de algunos lugares de españoles, en los sitios más proporcionados, para que facilitándose el

to de las colonias de gente blanca era irrelizable (8).

En las reducciones se organizó una especie de ayuntamiento, compuesto de los mismos indígenas, el cual funcionaba bajo la dependencia de los misioneros; y habría sido un comienzo de vida municipal, si los indígenas, hablando como lengua materna suya, la lengua castellana, hubieran alcanzado alguna instrucción y adquirido

---

comercio, contribuyesen á la civilidad de los indios, sirviendo al mismo tiempo de freno á sus insultos y de resguardo á los Gobernadores y Justicias para hacer exigible sus providencias, adelantándose con la población la reducción de gentiles, el cultivo de aquellas fértiles tierras, que producen cacaos y variedad de frutos, y reprimiéndose igualmente á los portugueses, cuyas introducciones, fuera del perjuicio que cansan á los indios, pueden en lo venidero ser muy nocivas á la Corona.

El juicio del Virrey Amat es más franco y más decisivo. Helo aquí.—Por nuestra desdicha en estos últimos tiempos no se experimentan los progresos que se refiieren de los pasados, y sin que hayan cesado los verdaderos motivos que entonces inspiraron á estas importantísimas conquistas, ni haya padecido el menor desmedro el celo de nuestro Soberano, contra toda esperanza, se ven *pocos ó ningunos Indios* verdaderamente convertidos, con haber crecido el número de conversores.

(8) Las continuas invasiones de los portugueses les obligaron á los Jesuítas á solicitar del Real Consejo de Indias algunas medidas para defensa de las misiones: estas medidas fueron tres: pronto y definitivo arreglo de límites con Portugal; un buen camino á las misiones y fuerza armada para defender los pueblos ya formados. Unos cien hombres provistos de armas de fuego: estos cien hombres debían ser los mismos indios, con cabos españoles ó mestizos, y las armas debían enviarse de España. El Consejo no concedió esto.

mayor trato y comunicación con las poblaciones civilizadas; pero, tales como fueron establecidos los alcaldes indígenas, no sirvieron más que para hacer más fácil la concurrencia de las gentes á los ejercicios del culto, y, más tarde, también las granjerías del comercio, á que se dedicaron algunos curas ó doctrineros de aquellos desgraciados pueblos. — Para contener las invasiones de los portugueses, y para domeñar á las tribus sangui-

---

En cuanto al camino, se aprobó el proyecto de abrirlo por Baños y Canelos, y, en efecto, lo abrieron los Jesuítas; por fortuna, tenemos un itinerario de él, descrito por el Padre Sequeira, franciscano de Quito, que por esa vía bajó al Marañón, en su viaje á Roma, para asistir al Capítulo General que celebraban los franciscanos en 1751.—(Documentos existentes en nuestro archivo privado, en el cual poseemos el original del Viaje del Padre Sequeira).

El día 10 de Junio de 1743 acordó el Consejo de Indias que se oyera el dictamen de los procuradores de la América Meridional sobre dos puntos: la introducción de los portugueses del Brasil en tierras del dominio de Castilla, y la parte por donde convendría abrir un camino para entrar á las misiones del Marañón. Concurrieron los Padres Pedro Ignacio Altamirano, procurador general y encargado de representar á Bolivia y al Perú (Charcas y Lima); Juan José Rico, procurador del Paraguay; y Tomás Nieto Polo del Aguila, procurador de Quito: asistió también el Padre Pedro Fresneda, de la misma Compañía, el cual desempeñaba el cargo de Cosmógrafo mayor de Indias. Presidió en la Junta Don José de la Quintana.—Las conferencias duraron hasta fines de Julio, y el 7 de Agosto emitió su dictamen el Presidente de la Junta. En cuanto al camino, se acogió el proyecto del Padre Nieto Polo, y se resolvió que se abriera por Baños y Canelos.

El camino por Jaen de Bracamoros era muy dilatado, y el temido paso del Pongo de Manseriche lo había hecho casi impracticable: el camino de Archidona era lleno de vuel-

narias, y hacer imposibles sus levantamientos y sus rebeliones desvastadoras, habría convenido muy mucho el empleo de armas de fuego; pero el uso de esas armas era severamente vedado en las poblaciones civilizadas de los blancos en la sierra y en la costa; ¿cómo se hubiera permitido en las reducciones de los salvajes?

Los Gobernadores de Mainas debían residir en la ciudad de Borja, y desde allí, desde una dis-

---

tas y rodeos y, además, peligroso, porque los Omaguas, (que eran los piratas del Marañón), infestaban el Napo, cuya navegación con ese motivo se había hecho muy arrisgada: la entrada por Latacunga, faldeando el Cotopaxi, se había abandonado, pues era molesta sobre toda ponderación, á causa del descenso brusco de la cordillera, de los muchos pantanos y lo desierto de esa vía. La salida era todavía más peligrosa, pues los indios morían pasando casi repentinamente del calor sofocante del arcabuco, al viento helado del pajonal; por Baños se iba gradualmente cambiando de temperatura. Esta vía fué la que se prefirió, y así el año de 1732 se comenzó el trabajo de la apertura y composición del camino: de Ambato á Patate, de Patate á Baños, de Baños á Canelos: se gastaban ocho días y se podía caminar á bestia: el embarcadero estaba en el Topo. Este camino tenía un obstáculo, que lo hacía temible, y era una cuesta de quince leguas sobre el Pastaza, muy peligrosa, pero se la podía evitar trazando el camino por otra dirección.-(Documentos sobre exoneración de tributos á veinte indios de Canelos, por diez años, para que cuiden de la conservación del camino desde Canelos al Topo: inéditos en nuestro archivo privado).-Según se deduce de estos documentos, la apertura del camino de Baños á Canelos comenzó diez años antes de que el Consejo resolviera autoritativamente, que la entrada á las misiones del Marañón se hiciera siempre por ese camino: la cédula de expulsión les soprendió á los Jesuítas ocupados en la apertura del camino, cuya necesidad era imposible no reconocer.

Tres caminos había para entrar de la meseta interandina

tancia tan remota y sin vías de comunicación, habían de cuidar de todos los pueblos y de las reducciones, desparramadas en la inmensa extensión bañada por el Amazonas y sus afluentes: muchos de los Gobernadores no entraron nunca al territorio de su gobernación, y se contentaron con nombrar un teniente, mal remunerado, que hiciera sus veces; y ellos dejaban transcurrir todo el período de su mando, viviendo tranquilos en alguna de las ciudades de la sierra y disfrutando del salario que percibían de las cajas reales. ¿Cómo hubieran adelantado esos pueblos?

En ellos se establecía y se organizaba la milicia; pero era con las mismas armas que habían tenido siempre los indios: su arco, sus flechas, su lanza, sin ninguna mejora ni el más pequeño adelanto.—Se practicaban revistas de cuando en cuando, se hacían alardes en las plazas de las reducciones, se les concedía á los indios grados militares de alfereces, de maeses de campo; pero ¿qué estimación harían de esos grados los salvajes, cuando en su manera de guerrear no les

en la región montañosa de la banda oriental: el primero por Santiago de las Montañas, para atravesar la temida canal del Pongo de Manseriche; el segundo, por el gobierno de Quijos, para embarcarse en el Napo, y el tercero por Baños y Canelos, siguiendo con dirección al Oriente, por la base del Tunguragua: todos tres caminos tenían dificultades y peligros, pero el menos dificultoso y peligroso les pareció el tercero, y por sólo ese comenzaron á trajinar últimamente y áun emprendieron en la obra de componerlo y mejorarlo á su costa.—La expulsión los sorprendió luchando todavía con las graves dificultades de la entrada á la montaña y al territorio de sus amadas misiones.

servían para nada? —Las milicias de las misiones no eran sino las mismas hordas de salvajes, acaso con menos valor y menos audacia guerrera que antes....

El Gobierno español pretendió repetidas veces, en épocas sucesivas, imponer el tributo real á los pueblos de las misiones, y hubo de cejar en su resolución, porque esos pueblos no tenían de qué tributar ni cómo pagar ni el más pepueño pecho y contribución, lo cual es una prueba evidente de que esos pueblos carecían casi absolutamente de agricultura, de industria y de comercio. Y algunos de esos pueblos eran tan antiguos, que contaban más de cien años de vida cristiana. ¿Cómo se explica que en tan largo transcurso de tiempo se hayan quedado estacionarios?....Esos pueblos se deshicieron casi de la noche á la mañana, así que se les quitó el misionero jesuíta, cuya residencia en medio de los indígenas era, como lo hemos dicho ya, un lazo artificial, que los conservaba unidos y concordes.—¿Habría echado raíces en ese suelo salvaje la civilización cristiana?....La región de la montaña y la región de la sierra, el territorio oriental y la altiplanicie interandina en el Ecuador, son comarcas tan distintas en clima, en vegetación, en terreno, que la una es como la antítesis de la ótra, y están separadas una de otra por el muro enorme de la cordillera oriental, que hace casi imposible la comunicación expedita entre ellas, y condena á la oriental á un aislamiento perdurable: el único arbitrio eficaz, para hacer penetrar allá la civilización, sería la apertura de buenos y cómodos caminos, y el establecimiento de una serie de po-

blaciones de blancos, que fueran escalonándose gradualmente entre la sierra y la región oriental.--El orden establecido por la Providencia divina para el llamamiento de las tribus salvajes al gremio de la iglesia católica, requiere que no se den de mano los medios naturales; antes, éstos y los sobrenaturales son los que han de verificar la transformación de las selvas orientales ecuatorianas en residencia de pueblos civilizados.

En el sistema de misiones planteado en el siglo décimo séptimo y continuado durante todo el décimo octavo, hubo, á no dudarlo, defectos y vacíos que lo hicieron estéril: esos defectos y esos vacíos provenían ya de las ideas generales y dominantes en aquella época sobre las condiciones que debía tener un pueblo de indígenas, para conservarse netamente cristiano; ya del régimen colonial, tan absorbente y tan destructor de toda actividad individual (9). Por esto, en aquellos

(9) No era solamente la diversidad de las lenguas lo que conservaba divididas á las tribus indígenas salvajes: era también el carácter moral de ellas lo que las dividía y envolvía en una guerra perpetua.—La vida miserable, retirada en el fondo de montañas seculares, donde la exuberancia de una vegetación vigorosa condenaba á los indígenas al más completo aislamiento, contribuía poderosamente á desenvolver los instintos egoístas, en que es tan fecundo el corazón humano, y de ahí el odio de unas tribus contra otras: aún convertidas al cristianismo se conservaban en secreto rivales entre ellas.—En las cualidades mismas naturales de los salvajes había gran diversidad: unos eran alegres, comunicativos y sociables; ótros melancólicos, taciturnos y acedos. ¿Cuánta diferencia, no había, por ejemplo, entre los Omaguas, de índole suave, y los Cocamas, de carácter duro envidioso y reservado?—Algunos años antes de la expulsión,

tiempos, cuando más floreciente se creía que estaban las reducciones, apenas se hallaba como en mantillas la vida civilizada de los indígenas: vino la prueba, llegó la hora de la contradicción y todo se deshizo, porque la obra no estaba levantada sobre cimientos duraderos y sólidos! Ahora ¿cuál será el porvenir reservado en lo futuro á esas dilatadísimas y fértiles regiones? ¿Estarán condenadas, acaso, para siempre á ser ancha morada solamente de tribus errantes y vagabundas? —¡Ah! No.... La Providencia ha dotado á la civilización moderna de una fuerza de expansión portentosa en los asombrosos inventos del buque de vapor y del ferrocarril; y esos inventos allanarán los caminos para el Evangelio en las inmensas comarcas bañadas por los caudalosos afluentes del Amazonas, y día llegará cuando la activa industria humana, dando impulso al progreso material de las naciones

---

ya los mismos Jesuítas estaban convencidos de que las misiones no podían ni adelantar ni conservarse, sino mediante un buen camino y la introducción y manejo de armas de fuego; aunque esta convicción era solamente un tardío resultado de la dolorosa experiencia de la esterilidad de sus esfuerzos para defender las reducciones de las invasiones armadas de los portugueses, y no de los vacíos de que adolecía su sistema de misiones, por el cual los salvajes estaban condenados necesariamente al estancamiento de la vida social.

Por no carecer de algún interés, consignaremos aquí la noticia siguiente.-El año de 1631, un tal Gaspar Chillan, de nación irlandés, solicitó del Gobierno español el permiso para pasar á América y establecer en el Marañón una colonia de ingleses é irlandeses católicos: elevó, con ese objeto, al Real Consejo de Indias tres extensos memoriales en tres distintas ocasiones; pero en todas tres la licencia solicitada le

americanas, habrá cooperado, sin saberlo, á la obra de Dios, entregando á la civilizada raza blanca las regiones, donde se alberga ahora la raza roja, bárbara y salvaje.

Mas, conviene que notemos una cosa muy digna de ponderación: la civilización tiene rumbo invariable y marcha conocida, y no camina nunca aguas-abajo, sino siempre aguas-arriba; y así la civilización ha de ir subiendo paso á paso del Atlántico á la gran cordillera oriental de los Andes, y el Amazonas verá levantarse en sus orillas y en sus islas ciudades populosas; y, cuando la vida ya rebosare en esas ciudades, entonces se derramará por uno y otro lado, y subirá hacia arriba, surcando la corriente de los ríos, que descienden de los Andes.—En el centro de la América meridional ha puesto Dios al Amazonas, como un gran mar Mediterráneo de agua dulce, y por ese mar está abierto el camino para que los pueblos civilizados vengan y transformen toda aquella extensísima región: si la locomotora truena en las selvas amazónicas, la vida salvaje habrá llegado á su último término.

Para civilizar, pues, la cuenca oriental tra-

---

fué negada en absoluto, á pesar de que Chillan ofrecía poner en Madrid veinticuatro mil pesos en hipoteca y un hermano suyo en reenes, para asegurar su fidelidad al Gobierno de su Majestad Católica.— (Documentos inéditos en el Real Archivo de Indias en Sevilla).—La desconfianza de todo extranjero es uno de los más notables rasgos del Gobierno colonial: de tiempo en tiempo, el Rey hacía expulsar de sus dominios de Indias á todo eclesiástico y religioso extranjero, de cuya medida hay numerosos documentos.—Véanse las Leyes de Indias.

sandina, es indispensable abrir caminos, anchos y cómodos, que conduzcan á ella; y, para abrirlos, se han de utilizar todos los inventos de la civilización moderna: por esos caminos entrará la Religión, y con la Religión, la caridad, y entonces la obra de las misiones dejando de ser estéril, se tornará fecunda (10).

El sistema de aislamiento, como lo ha probado una larga experiencia de tres siglos, no produce resultado ninguno benéfico, estable y duradero: para civilizar á la raza indígena salvaje es

(10) Hemos concluído la narración de todo cuanto en la historia de la región oriental ecuatoriana juzgábamos que debía ser narrado; y, con toda sinceridad y llaneza, hemos expuesto las causas, que, según nuestro juicio, contribuyeron á hacer estéril la obra evangélica de las misiones de los Jesuítas en aquella región.—Las misiones de los Jesuítas del colegio de Quito en las comarcas montañosas de los valles trasandinos bañados por el Amazonas y sus caudalosos afluentes de la banda septentrional, son hasta ahora generalmente muy poco conocidas, á pesar de constituir una de las más imperecederas glorias de la antigua Compañía de Jesús; y así, casi nada han dicho acerca de éllas ni Henrion, ni Marshall, ni Baluffi, en cuyas obras se echa de menos el recuerdo, que con elegio debe tributar la Historia á una labor tan penosa, emprendida con gran celo y continuada con abnegación admirable, durante más de un siglo.

MARSHALL.— Las misiones cristianas.—(El autor fue inglés: nos referimos á la traducción francesa, anotada por Mr. Waziers.—París, 1865).

HENRION.— Historia general de las misiones desde el siglo duodécimo hasta nuestros días.— (Edición castellana: Barcelona, 1863).

BALUFFI.—La América un tiempo española, considerada desde el punto de vista religioso.—(En italiano.— Ancona, 1844).—Citamos ya esta obra en el tomo quinto de esta misma Historia.

indispensable llevarle con el Evangelio la lengua castellana, las artes que ennoblecen y las costumbres que dignifican. Obstinarse en sostener y en practicar otro sistema, es luchar contra la experiencia, y condenarse ciega y tenazmente á una triste esterilidad (11).

---

(11) Como las noticias geográficas acerca de los territorios orientales ecuatorianos son tan escasas y tan poco conocidas, opinamos que no es inoportuno hacer aquí mención del mapa, que de esos territorios levantó en 1847 el viajero italiano Osculati.—En ese mapa se encuentra una delineación prolija del curso del Napo, del Curaray y del Aguarico, y se marcan las divisiones de Macas y de Canelos; se señala además el sitio de residencia de algunas tribus salvajes.

OSCULATI.—Exploración de las regiones ecuatoriales á lo largo del Napo y del Amazonas.—(Segunda edición. Milán, 1854). En italiano. Pudiera compararse el mapa de Osculati con la descripción, que de Macas, Canelos y Quijos hace Alcedo en su *Diccionario geográfico de América.*

INDICE

LIBRO CUARTO

CAPITULO PRIMERO

Descubrimientos y conquistas.—Primeros descubrimientos

(1534-1550)

Pags.

CAPITULO SEGUNDO

Nuevos descubrimientos y conquistas

(1550-1600)

CAPITULO TERCERO

Las misiones en la región oriental

CAPITULO CUARTO

Misiones de los Padres de la Compañía de Jesús

(1638-1768)

Pags.

CAPITULO QUINTO

Erección del Obispado de Mainas

CAPITULO SEXTO

Condición social de las tribus salvajes

PAGS.





